
SUSURROS
DEL
DESTINO
D.D. GIANNI

SUSURROS DEL DESTINO



D.D. GIANNI

Hay amores que no gritan, susurran.
Y cuando logras escucharlos, entiendes que el destino no se equivoca.
Una historia sobre el amor que renace…
cuando por fin se animan a vivirlo.




: @ddgianni_books


: https://www.amazon.com/author/ddgianni

Los hechos y/o personajes de la historia son ficticios y producto de la imaginación de la autora, cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

https://open.spotify.com/playlist/2W5u2HWLCUALtdBPPpwomC?si=f66ba9495acd4555

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Prólogo

«El dolor de la pérdida es un tributo al amor que sentimos.»
—Anónimo

Evander

Dos años atrás…

Encontrar las palabras para explicarle a un niño de dos años que su mamá había fallecido, era una de las cosas más difíciles de la vida. Un pequeño que no entendía el significado de la muerte ni comprendía lo irreversible, lo definitivo.

Estuve días intentando reunir fuerzas para afrontar ese momento, pero nunca encontraba las palabras adecuadas. Cada vez que esos ojitos grandes y curiosos me miraban sin comprender, mi corazón se rompía un poco más.

¿Cómo podía hablarle a un ser tan inocente y decirle que su mamá ya no estaría más?

¿Cómo explicarle a mi hijo que, a partir de ese momento, los abrazos de su madre solo serían un recuerdo? Algo que solo viviría en su memoria.

Julia, mi esposa, había muerto en un accidente de tránsito. Un conductor que iba a exceso de velocidad perdió el control y chocó con su coche. Ella murió en el acto. Ese hijo de puta había matado a una esposa, a una hija, a una amiga… pero, sobre todo, a una madre.

La madre de Christopher, nuestro pequeño de casi dos años.

Nuestra vida había cambiado para siempre.

Algunos días eran soportables; otros, apenas podía respirar.

Pero las noches… las noches eran las más difíciles.

Chris se dormía abrazando su peluche y pidiendo por ella. A veces, en la madrugada, se despertaba llamándola, y yo corría a su

dormitorio tratando de consolarlo con palabras que nunca alcanzaban. Porque él no necesitaba palabras. Extrañaba su regazo, sus besos, su voz amorosa.

La angustia se mezclaba con el inmenso amor que sentía por él, deseando poder protegerlo de esa realidad tan dolorosa. Entonces, me tragaba el nudo en mi garganta y me obligaba a sonreírle, a susurrarle cuánto lo amaba, a sostenerlo en mis brazos como si con mi amor pudiera llenar ese vacío imposible de llenar.

Pero Chris seguía llamando a su mamá.

Seguía buscándola.

Hasta que el cansancio lo vencía y se dormía en mis brazos.

Y entonces, en ese silencio, mi memoria me arrastraba de vuelta a aquellos momentos en que la felicidad parecía infinita e inquebrantable. Ecos lejanos de una vida que ya no existía… y que jamás volvería. Recuerdos que ahora solo dolían, como un puñal que no dejaba de hundirse en mi pecho.

Estaba devastado.

La partida de Julia me había destrozado para siempre. Ese dolor era como la muerte en vida.

Pero lo enfrentaría.

Me aferraría a la ilusión de que algún día, con mi amor, lograría que nuestro hijo se sintiera a salvo. Y feliz. Porque, aunque la tristeza fuera parte de mi vida, aún quedaba algo por lo que seguir adelante.

Por nuestro hijo, tenía que intentarlo.

Y me aferraría al dolor para no olvidarla nunca.

Para no traicionar su recuerdo.

Solo me acostumbraría al peso de su ausencia.

Y viviría a medias.

Los días pasarían sin brillo.

Las noches serían largas y frías.

Y cada amanecer, un recordatorio cruel de que el mundo no se detenía… aunque yo lo deseara.

Julia fue la única mujer que amé.

Y así sería siempre.

Jamás volvería a amar a otra mujer.

Mi corazón estaba sellado.

Capítulo 1

«Casi todas las cosas buenas que suceden en el mundo nacen de una actitud de aprecio a los demás.»
—Dalai Lama

Darla

Actualidad



El tintineo de las tazas contra los platillos, el murmullo de las conversaciones y el aroma a café recién molido se mezclaban en el aire creando una atmósfera cálida y acogedora. Me ajusté el delantal y me dirigí a la barra, donde Mara, mi compañera de turno y amiga, me lanzaba una mirada exasperada.

La cafetería *ArteLatte*, donde trabajaba como camarera desde que llegué a la ciudad para estudiar medicina, estaba sorprendentemente llena para ser un domingo por la tarde en un día de otoño lluvioso y fresco. Trabajar allí me permitía costear todo lo relacionado con mis estudios. No era algo que me gustara especialmente, pero tampoco lo detestaba. Pagaban bien, tenía buenas compañeras y estaba cerca de mi piso. No me podía quejar.

—¿Viste cuántas personas hay hoy? —dijo Mara, mientras rellenaba una taza con capuchino espumoso—. No sé qué tiene este clima que los hace venir en masa.

Sonreí y la saludé con un beso en la mejilla.

—Yo creo que es el aroma a café bien hecho y la buena atención que brindamos. ¿No crees? —respondí con una sonrisa antes de

tomar la bandeja para atender mis mesas.

—Menos mal que una de nosotras llegó con buen humor —bufó.

Estaba sacando mi libreta del bolsillo cuando la risita burbujeante y contagiosa de un niño me hizo sonreír. Su risa era tan pura que sentí que me envolvía como si fuera un abrazo.

Volteé para observarlo.

Tendría unos cuatro o cinco años, con mejillas sonrojadas y unos ojitos celestes que brillaban con picardía y alegría. Le hacía muecas graciosas y exageradas al hombre que estaba sentado frente a él, aunque yo no podía ver su rostro porque estaba de espaldas. En ese momento el pequeño infló las mejillas como un globo y luego soltó el aire con un sonido cómico que le arrancó una carcajada. Me pareció una escena entrañable. Su risa llenaba el aire y era imposible no rendirse a su encanto. Observándolo, pensé que la felicidad parecía sencilla y alcanzable.

Un cubierto cayó al suelo desde la barra y el ruido lo hizo mirar en mi dirección. Nuestras miradas se encontraron y le sonreí con ternura. Al instante me respondió con una sonrisa que iluminó su rostro angelical. Luego levantó su pequeña mano y la agitó enérgicamente para saludarme. Enseguida levanté mi mano y la llevé a mi boca para tirarle un beso volado. Sus ojos se abrieron llenos de asombro y alegría y, sin dudarlo, se cubrió la boca con su manito e imitó mi gesto. La actitud del pequeño hizo que el hombre frente a él se diera vuelta, seguramente para comprobar a quien saludaba.

Los ojos del desconocido, de un celeste cristalino como los del pequeño, se clavaron en los míos y… sentí como si me golpeara un rayo.

Y el murmullo de la cafetería se evaporó.

O dejé de oírlo, no lo sé.

Mierda. ¡Qué ojos!

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Y como si sus ojos no fueran suficiente, su rostro era arrebatador.

Seguramente mi madre habría dicho que ese hombre había hecho un pacto con el diablo para conseguir ese rostro.

Tenía el cabello castaño, más largo en la parte superior, con algunos mechones rebeldes cayendo sobre su frente. Y una mandíbula fuerte, cuadrada, que le daba un aire de firmeza y carácter.

Pero eran sus ojos los que más me atraparon. Celestes como un cielo despejado, con un brillo especial, enmarcados por pestañas gruesas y oscuras.

Hipnóticos.

Y, aun así, pude notar que detrás de esa belleza había algo más: una sombra de tormento. Una gran pena.

Al menos eso me pareció hasta que frunció el ceño y endureció la expresión.

Me recorrió con la mirada, sin prisa, con un gesto difícil de descifrar. No supe si me estaba evaluando, analizando…o simplemente quería que desapareciera de la faz de la Tierra. Probablemente lo último.

Después, simplemente y como si nada hubiera pasado, giró la cabeza y volvió a concentrarse en el pequeño.

Me quedé desconcertada ante su mirada tan despectiva. Su actitud me dejó una sensación de incomodidad que no sabía cómo procesar.

—¿Has visto esos ojos? —preguntó Mara, sobresaltándome. No me había dado cuenta de que se había acercado.

—Sí, y también he visto el fastidio que le causa el ser observado —contesté, mirándola—. Así que deja de babear con él y vamos a trabajar que tenemos mucho por hacer.

—Pareces mi madre —protestó.

—Solo nos protejo porque ese hombre nos miraba como si quisiera matarnos.

—Te aseguro que yo dejaría que hiciera conmigo lo que quisiera —dijo, tomando su bandeja y alejándose hacia una de las mesas.

No volví a mirarlos, aunque seguía con el corazón un poco acelerado. No entendía por qué me había lanzado esa mirada furiosa…, pero tampoco me importaba. Debía seguir trabajando.

Me acerqué a una mesa y saqué la libreta del bolsillo de mi delantal.

—Buenas tardes, chicas. ¿Qué les apetece un día lluvioso como este? —pregunté con una sonrisa amable.

—Dos chocolates calientes y dos *cookies* de limón —respondió una con simpatía—. Además, queremos… —Antes de que pudieran decírmelo, el grito desgarrador de un hombre paralizó la cafetería.

Giré de inmediato.

Todos miraban hacia la mesa del pequeño y el hombre antipático.

Y me llevó dos segundos comprender que el niño se estaba ahogando y que el hombre intentaba ayudarle con desesperación, pero no como debía.

Corrí hacia ellos sin pensarlo.

El pánico se reflejaba en los ojos de ese hombre mientras intentaba liberar al niño de lo que fuera que obstruía su respiración mientras gritaba pidiendo por un médico.

—Déjame a mí —grité.

—¡Llamen a un médico! —rugió él, empujándome para apartarme.

Tuve un instante para decidir: ceder ante su desesperación o actuar por el bien del pequeño.

—Sé lo que debo hacer, estudio medicina —dije con firmeza, apartándolo sin miramientos.

—Si algo le pasa a mi hijo me aseguraré de que no llegues a ser médico ni vuelvas a trabajar en tu maldita vida —espetó.

Sus palabras me golpearon como un latigazo, pero no me importaron. Podía entender su angustia. No era crueldad, era miedo.

—Apártate —ordené, mientras él seguía pidiendo a todo pulmón que llamaran a un médico.

El pequeño tenía algo atorado en la garganta, probablemente un trozo de comida, lo que impedía que les llegara oxígeno a sus pulmones. Debía proceder de inmediato para evitar que se asfixiara. Y lo que correspondía en esos casos era hacerle la maniobra de Heimlich.[1]

Tomé aire, me coloqué detrás de él, y apliqué la primera presión.

Nada.

Una segunda más fuerte.

Un trozo de comida salió disparado y cayó al suelo.

El niño inhaló con fuerza y comenzó a toser.

Un alivio inmenso me recorrió el cuerpo al ver cómo el color volvía a su rostro.

Estaba a salvo.

—Respira…, respira —murmuré sin soltarlo, pero aflojando mi agarre, mientras su padre se arrodillaba junto a él y lo miraba aterrado.

El niño rompió en llanto. Me sorprendió que me abrazara con fuerza. Su cuerpito temblaba. Instintivamente lo rodeé con mis brazos, acariciándole el pelo y murmurándole palabras cariñosas en un intento de calmarlo y demostrarle protección.

—Ya todo está bien —susurré con ternura.

Entonces sentí la mirada de su padre sobre nosotros. Se acercó y lo separó de mis brazos con delicadeza. Lo sostenía con un cuidado casi temeroso, como si temiera perderlo en cualquier momento.

A nuestro alrededor, las personas observaban con preocupación y alivio. Una mujer ofreció un vaso de agua y alguien más anunció que la ambulancia ya estaba en camino. Yo… me sentía sobrepasada por la adrenalina del momento.

Respiré hondo y me dirigí al padre.

—Puede estar tranquilo, ya está bien, pero igual sería bueno que lo revise un médico.

No me respondió, pero el pequeño se separó un poco de él frotándose los ojitos con el dorso de la mano. Me miró con timidez y, para mi sorpresa, me tendió su manito. Su padre lo miró perplejo. Yo simplemente sonreí y tomé su pequeña mano.

—Vas a estar bien, pequeñín. Cuídate y sigue sonriendo como lo hacías hace un rato.

Me regaló una dulce sonrisa que me derritió el alma.

Le di un beso en la manito y le sonreí.

Cuando lo solté, su gesto de tristeza me rompió el corazón y me conmovió, así que, sin pensarlo, hice lo que él había hecho un rato antes: inflé mis mejillas como un globo y solté el aire haciendo un sonido gracioso.

Eso logró arrancarle una gran sonrisa que iluminó todo su rostro, y mi corazón se llenó con esa calidez.

La expresión del padre cambió sutilmente.

Primero, sorpresa.

Después, por un instante fugaz, algo parecido al agradecimiento… hasta que volvió a fruncir el ceño y se concentró en su hijo.

Aproveché ese momento para dar un paso atrás, dándoles espacio. No quería incomodar a ese hombre porque algo me decía que no estaba acostumbrado a la amabilidad de los extraños ni le gustaba.

El niño me miró una vez más antes de esconder el rostro contra el pecho de su padre. Algo en esa imagen me conmovió. Quizás fue la pequeña y frágil figura buscando refugio en un hombre fuerte, que parecía hecho de piedra.

La sirena de la ambulancia sonó a lo lejos.

Me alejé.

Necesitaba tranquilizarme para poder seguir trabajando.

—¡Eres mi heroína! —exclamó Mara, abrazándome.

Sentí aplausos y algunas palmaditas en la espalda.

Antes de seguir mi camino no pude evitar volver a mirarlos.

El hombre me observaba, ya no con dureza ni con desprecio. Había algo distinto es su mirada. Era como una mezcla de emociones… indescifrables para mí.

Respiré hondo y decidí no darle importancia a su actitud. No sabía por qué había reaccionado así, pero entendía que a veces las personas cargan con más de lo que pueden expresar con palabras.

Seguí mi camino, pero sintiendo algo extraño. Como si, de algún modo, ese encuentro breve… hubiera dejado huella en los tres.

Capítulo 2

«No se puede encontrar la paz evitando la vida.»
—Virginia Woolf

Evander



Sentado en el sillón del dormitorio de mi hijo, con un vaso de *whisky* en la mano, lo observaba dormir.

Mi pequeño descansaba tranquilamente.

Su respiración era pausada, serena, como si en la tarde nada hubiera sucedido.

Pero había sucedido.

Y no podía dejar de pensar en ello.

Si le hubiera pasado algo…

Pensé en la fragilidad de su vida. En lo fácil que habría sido perderlo. En el miedo que me había paralizado. Y, por un instante, el mundo se había desmoronado a mi alrededor.

Negué con la cabeza porque ni siquiera podía imaginarlo.

Di un sorbo al *whisky*. Sentí el ardor en la garganta, pero ni eso logró apaciguar la sensación de angustia en mi pecho.

Mi mirada se desvió hacia su manito que descansaba sobre las sábanas. La misma que aquella mujer que lo había salvado había tomado y besado con tanta dulzura.

Aquella mujer…

Apreté la mandíbula.

Si no hubiera sido por ella…

Suspiré y me pasé una mano por el rostro. No estaba acostumbrado a la amabilidad desinteresada. Un rato antes de lo sucedido con Chris, la había encontrado mirándome con esos ojos

con los que siempre me miraban las mujeres. En ese momento había pensado que era otra joven solo interesada en mi cuerpo, mi dinero y mi estatus, y lo que más me enfureció fue que estuviera utilizando a mi hijo para llegar a mí. Esa era la historia que siempre había conocido y más aún desde que Julia había fallecido. El patrón que se repetía una y otra vez: mujeres buscando una forma de entrar en mi vida, y muchas veces a través de Chris.

Y eso no lo permitiría jamás.

Pero luego…

Luego había visto algo en su preciosa mirada color verde jade, algo que no podía ser fingido. Algo genuino.

Esa chica no buscaba nada conmigo, no pretendía nada ni tenía más interés que hacer reír a Chris y ayudarlo.

Era una mirada pura, limpia.

Una mirada como nunca había visto.

Y había salvado a mi pequeño.

Simplemente me había sorprendido con su valentía, calidez y generosidad. Y no estaba acostumbrado a que las personas me sorprendieran… de forma positiva. Me había acostumbrado a la gente que solo veía en mí un beneficio, que buscaba acercarse por interés.

Fruncí el ceño, molesto conmigo mismo.

Tal vez la había juzgado demasiado rápido. Tal vez había proyectado en ella mis propios miedos.

La imagen de su sonrisa y la dulzura con la que había tomado la mano de Chris seguía ahí, grabada en mi mente.

Era algo extraño.

Si bien estaba preocupado por lo sucedido, también experimentaba otras sensaciones.

Era como si el tiempo de dolor hubiera tomado una pausa y, en medio de todo ese sufrimiento, sentía algo de paz.

Esa paz que me había sido ajena durante años.

No entendía nada.

¿Cómo podía sentir esa paz después del miedo y la desesperación que había vivido con mi hijo?

Quizás esa paz no era otra cosa que el agotamiento, eso que se siente cuando el cuerpo ya no puede más.

Sí; probablemente era eso.

Di otro sorbo al *whisky*. Más profundo esa vez. Como si con el alcohol pudiera arrastrar los recuerdos. Me dejé hundir un poco más en el sillón, observando cómo los hielos se derretían lentamente.

Unos suaves golpecitos en la puerta del dormitorio me sacaron de mis reflexiones.

—Adelante.

Almudena, la señora que cuidaba a Chris desde que había nacido, entró en la habitación y me miró con preocupación.

—¿Cómo se encuentra Christopher, señor Campbell?

—Duerme tranquilo, Almudena. Vaya a dormir que ya es muy tarde.

—Usted también debería descansar, se lo ve agotado.

—Me voy a quedar un rato más aquí. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Campbell —saludó, pero antes de cruzar la puerta, se detuvo y volteó para mirarme—. Lo conozco desde hace muchos años, señor. Desde que era un jovencito y yo trabajaba con sus padres, así que le pido que me permita el atrevimiento de hacerle una sugerencia —dijo, y asentí con la cabeza—. El dolor de perder a un ser amado es devastador, el reto está en evitar que el dolor nos destruya. —Sus ojos sabios me miraron intensamente—. Que descanse, señor Campbell.

Me quedé en silencio, observando cómo se retiraba con pasos firmes pero pausados. Llevé la mano izquierda a mi anillo de boda que aún usaba en el dedo anular de la derecha y lo hice girar alrededor de mi dedo. Sentí la suavidad seca de su tacto y eso me tranquilizó un poco. Apenas había superado la experiencia de deshacerme de algunos objetos de Julia. Había conservado algunas fotografías, joyas que le había regalado y el anillo de boda. Pero las

palabras de Almudena aún resonaban en mi mente queriéndose aferrar a mi pecho.

El reto es evitar que el dolor nos destruya.

¿Cuántas veces me había dejado consumir por el dolor?

¿Cuántas noches esperando que Chris se durmiera para tratar de ahogar ese dolor en alcohol?

Demasiadas.

Demasiadas noches en las que me sentaba en el sillón en el que me encontraba en ese momento, con un vaso en la mano y el peso del mundo sobre mis hombros.

Solo esperaba a que se durmiera creyendo que así le ahorraba la carga de un padre roto.

Pero el dolor nunca desaparecía.

Salvo… esa noche.

Esa noche era distinta.

Sentía que había hecho una tregua con el dolor.

No entendía qué me pasaba, pero cerré los ojos y dejé que esa paz me arropara.

Por esa noche, me permitiría descansar.

Y a medida que el sopor me fue envolviendo, unos ojos verdes jade se adueñaron de mis sueños avanzando lentamente en la penumbra de mi mente junto con una cálida y dulce sonrisa.

Capítulo 3

«Cada corazón canta una canción, incompleta, hasta que otro corazón le susurra.»
—Platón

Darla



Intentaba estudiar para los exámenes finales de unos días, pero allí estaba, con el libro abierto sobre el escritorio y leyendo sin entender una palabra. No porque no supiera del tema, sino porque mi mente seguía repitiendo lo que había pasado ese día en la cafetería con el pequeño y… su padre.

Cerré el libro con un suspiro y me froté el rostro con las manos. Necesitaba descansar porque ya era muy tarde. Estaba claro que ese día no iba a concentrarme porque la escena se repetía en mi mente una y otra vez. Sus rostros seguían grabados en mi memoria: las morisquetas del niño, su miedo después de su accidente y su abrazo buscando consuelo… también los ojos del padre, intensos, severos y tormentosos.

Apoyé mi espalda en el respaldo de la silla y miré hacia la ventana. La luz de la luna entraba en mi habitación bañándolo todo con su resplandor y, por un instante, me pregunté si volvería a verlos.

Crucé los brazos sobre la mesa y apoyé en ellos la cabeza.

Cerré los ojos.

Sentía el latido constante de mi corazón como si fuera el eco silencioso de mis pensamientos. Esos pensamientos que, implacables, volvían a mi mente. No importaba cuánto intentara

apartarlos, siempre hallaban la manera de infiltrarse como un murmullo persistente.

¿Por qué me habían impactado tanto?

Seguramente se debía a que le había salvado la vida al pequeño, pero si bien eso afectaría a cualquiera, había algo más.

No podía explicarlo.

Eran sus miradas.

Había algo en ellas… algo en la manera de aferrarse a la mía.

Quizás, la necesidad de atención que había visto en ese niño, como una súplica silenciosa envuelta en cada uno de sus gestos, incluso en una sonrisa o una morisqueta. Y quizás, el tormento y la gran soledad que se reflejaban en los ojos del padre.

De repente, una tristeza inexplicable se apoderó de mí. Era una sensación ajena y propia al mismo tiempo, como si de alguna manera hubiera absorbido aquel dolor silencioso que ese hombre llevaba sobre su espalda.

Negué con la cabeza y abandoné la silla para ir a la cama.

Era mejor ir a dormir y estudiar en la mañana porque evidentemente el cansancio me estaba haciendo divagar.

Yo NO los conocía.

NO sabía nada de sus vidas.

Estaba creándome una historia que, seguramente, nada tenía que ver con su realidad. Probablemente eran felices y había una mamá, y hasta quizás hermanos, que los estaban esperando en casa.

Me metí en la cama, apagué la luz y me quedé mirando el techo. La habitación quedó envuelta en penumbra, solo iluminada por el resplandor plateado de la luna filtrándose por la ventana. Cerré los ojos y exhalé lentamente, esperando que el sueño me arrastrara lejos de esos pensamientos, que calmara mi mente e hiciera que el corazón pesara menos.



Se acabó.

Dejé el bolígrafo sobre la mesa y, con la tranquilidad y la certeza de haber respondido todo correctamente, me tomé unos segundos para observar el salón en el que había terminado mi último examen.

Algunos compañeros seguían escribiendo frenéticamente y otros repasaban sus respuestas con gesto concentrado porque aún faltaban diez minutos para entregar las hojas. El profesor se movía entre las filas, revisando que todos estuvieran terminando.

Y yo tenía una sensación agridulce porque después de años de esfuerzo, desvelos y estrés, todo había acabado y la alegría se mezclaba con la melancolía de saber que ya no volvería a clases.

Comenzaba una nueva etapa en mi vida con distintos desafíos.

En cuanto sonara el timbre y entregara mis hojas, todo cambiaría.

Sonreí y miré a Juan Pablo, mi amigo y compañero de estudio que seguía escribiendo, aunque estaba segura de que aprobaría con muy buena nota.

En ese momento, Juanpi, como le decíamos a Juan Pablo, levantó la cabeza y me miró. Su sonrisa de oreja a oreja lo dijo todo. También estaba feliz con su resultado.

Sin duda alguna, esa noche sería de celebración.

—¡Terminamos la carrera académica! ¡Somos doctores! Bueno… aún nos queda la residencia[2] —exclamó Juanpi, apenas salimos del salón y nos abrazábamos eufóricos.

—Aún no puedo creerlo.

—Créetelo, porque es así, Darla. Ahora comienza lo lindo, ahora a poner en práctica todo lo aprendido y a pasar horas y horas en el hospital. —Lo miré y sonreí.

—No hay cosa que me guste más, aunque sonaste un poco irónico.

—Sabes que me encanta trabajar en la salud, pero también sabes que cuando comencemos nos van a dar los peores turnos, las guardias interminables… todo como parte de ese «derecho de piso».

—Sí, lo sé; pero tenemos veinticuatros años, mucha energía y nadie que nos espere en casa. No nos importan los turnos agotadores, las noches sin dormir ni el cansancio que nos espera. Para eso estudiamos hasta quemarnos las pestañas —bromeé—. Pero hoy, solo importa celebrar.

—Eres más optimista de lo que pensaba, pero bueno, mirándolo así… Y sí; es un hecho que lo vamos a celebrar, Darlita. Esta noche

NO se duerme temprano, aunque mañana tengamos que trabajar.

—¡En eso estoy cien por ciento de acuerdo contigo! Le voy a decir a Mara que nos acompañe.

—Perfecto.

Salimos del edificio y, aunque estaba feliz, seguía teniendo esos sentimientos encontrados.

—Se siente raro ¿verdad? —comenté, mientras nos encaminábamos hacia el coche de mi amigo porque, si bien yo tenía el mío, él me había pasado a buscar por mi piso para ir charlando.

—¿Qué cosa?

—Saber que no volveremos por aquí. No sé… como si la alegría se mezclara con nostalgia.

—¿Raro? ¿Nostalgia? ¡¿Estás loca?! Yo estaba deseando dejar las clases y los exámenes atrás.

—Nueva etapa, nueva vida. Yo creo que, al principio, me va a costar acostumbrarme —murmuré, como si al decirlo en voz alta pudiera terminarme de convencer.

—¿Acostumbrarte a la incertidumbre de no saber que te van a pedir los profesores? ¿A no tener un horario marcado? ¿A no pasar noches y noches sin dormir? —bufó.

—¿Responder sin ironía va en contra de tus principios, Juan Pablo Moli? —dije, y lo empujé con mi hombro haciéndolo reír.

—Ya me conoces. Sabes que tengo un humor irónico, pero en el fondo me adoras —señaló, y esa vez fue él quien me dio un leve empujón en el hombro.

—Eso sin duda.

—Yo también te adoro, preciosa. Eso sí, si te llego a ver llorando sobre uno de los libros en los que estudiábamos, se termina nuestra amistad, además de filmarte y subirlo a las redes sociales con el título «Exacadémica en crisis existencial». —Rodé los ojos, pero no pude evitar sonreír.

—No dudo que lo harías, aunque no te voy a dar ese gusto porque te aseguro que no voy a llorar sobre un libro. Se terminaron los

dramas por exámenes y horas de estudio, ahora a divertirse y festejar los logros.

¡Trato hecho! —exclamó, levantando la mano para que se la chocara—. Y comenzaremos esta misma noche.

Sonreí y me colgué de su brazo.

—Voy a llamar a mis padres para contarles porque deben estar esperando mi llamada para saber cómo me fue.

—Sí, yo también voy a llamar a mi madre.

Apenas nos montamos en el coche, cada uno sacó su teléfono. Mientras esperaba me atendieran, sentía un nudo en la garganta. Hablar con mis padres siempre me emocionaba.

Escuchar sus voces llenas de cariño y alegría, me recordaba cuánto habían hecho por mí para que lograra ese sueño. Sabía que para ellos no era solo un logro profesional, sino también una confirmación de que su apoyo, sus sacrificios y sus palabras de aliento habían dado fruto.

En ese instante, el cansancio quedó en segundo plano.

Por un momento cerré los ojos y sonreí, sosteniendo el teléfono con fuerza.

¡También lo había logrado por ellos!

La felicidad y el orgullo que demostraron me conmovió mucho y, aunque extraño, cuando corté la llamada, mis pensamientos volvieron a los recuerdos del pequeño y su padre.

Ese hombre serio y ceñudo ¿sería un buen padre?

¿Le celebraría los logros a su hijo como lo hacían mis padres conmigo?

Cuando me di cuenta de que mis pensamientos iban nuevamente por esos derroteros, me molesté conmigo misma, así que encendí la radio del coche y puse música. Busqué una canción al azar, algo que llenara el silencio y disipara mis locos pensamientos. La música tenía ese poder. Y, mientras escuchábamos *Si Antes Te Hubiera Conocido* de Karol G, con Juanpi nos dedicamos a planificar nuestra salida de esa noche.



—¡Por supuesto que voy a ir a festejar con ustedes! —exclamó Mara, a quien había llamado por teléfono para invitarla.

En ese momento ella estaba trabajando en la cafetería, pero yo me había pedido el día libre para poder rendir el examen.

—Te juro que aún no puedo creer que haya terminado la carrera.

—¿Y cuándo empiezas a trabajar en el hospital? —preguntó.

—En poco más de tres meses comienzo la residencia, mientras tanto seguiré en la cafetería.

—Para mí es muy bueno poder tenerte acá por un tiempo más. Y hoy… ¡vamos a festejar a lo grande y nos vamos a emborrachar como nunca!

—No sé si sea una buena idea —dije, sonriendo—, ya sabes cómo me pongo cuando bebo de más. Siempre pasa algo.

—¡Por eso! Esta noche te vas a soltar.

—Veremos.

—Ah, me olvidaba. ¿Te puedo pedir un favorcito?

—Por supuesto. ¿Qué necesitas?

—Ya que vives a unas calles de aquí, ¿podrás traerme tu uniforme? Se me cayó café en el mío y me veo horrible con esta mancha. No la pude sacar. Tengo otro uniforme en casa, pero nadie que me lo pueda alcanzar.

—Dame unos minutos y estoy por allí.

—Gracias, Darla. Te debo una.



—Tú eres más delgada y alta, y me queda algo estrecho y largo, pero igual me veo *sexy* —dijo Mara, haciendo un giro, enfundada en mi uniforme.

—Siempre te ves *sexy* —dije, y batió las pestañas exageradamente, haciéndome reír—. Hoy está tranquilo por acá —comenté, porque eran las seis de la tarde y no había muchos clientes.

En ese momento me encontraba sentada en la barra de la cafetería como clienta y disfrutaba el hecho de beber un café tranquilamente porque no trabajaba.

El ruido de la puerta al abrirse hizo que Mara mirara en esa dirección, yo estaba de espaldas.

—No mires hacia atrás —susurró, mientras hacía como que limpiaba la barra—, porque acaba de entrar el padre del chico al que salvaste hace unos días, y hoy viste traje y corbata. Está para comérselo.

Esa información hizo que mi corazón diera un pequeño brinco, pero me obligué a seguir bebiendo mi café sin demostrar la intranquilidad que me invadió. Mara se inclinó un poco hacia mí, como si fuera a contarme un secreto y murmuró:

—Madre del amor hermoso… es... guapísimo, en serio.

—Ve a atenderlo y deja de mirarlo con tanta… *curiosidad*.

—Aún no se ha sentado, está como… buscando algo o a alguien, seguramente quedó en encontrarse con alguna persona, aunque… viene hacia aquí.

—¿Qué?

—Que viene hacia aquí —repitió, aunque ya había entendido.

Respiré hondo.

El ruido de pasos firmes acercándose me hizo sentir esa extraña mezcla de anticipación y ansiedad. De repente, el sonido de esos pasos se detuvo y, aunque no lo miré, sentí su presencia a mi lado.

—Buenas tardes —saludó, y Mara levantó el rostro y lo miró con una sonrisa.

Yo seguí bebiendo mi café con la mirada hacia abajo, aunque mi pulso se aceleró sin razón, y aunque intenté mantener la calma, pude notar un leve temblor en mis manos. ¡¿Qué me sucedía?!

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarlo?

—No sé si me recuerdas, yo soy el papá del niño que hace unos días una compañera tuya le… salvó la vida —respondió con tono firme, aunque no pasé por alto lo mucho que le costó decirlo.

—Por supuesto que lo recuerdo. ¿Cómo se encuentra el pequeño?

—Muy bien, gracias —hizo una pausa mientras Mara lo seguía mirando sonriente y yo seguía con la cabeza baja y absorta en mi café—. Necesito hablar con esa chica ¿sabes dónde puedo localizarla?

—¿A Darla?

—¿Darla?

—Así se llama mi compañera. ¿Y para qué la necesita? —preguntó, sin decirle que yo me encontraba allí.

—Entiendo que quieras proteger la privacidad de tu compañera, pero te aseguro que es solo para agradecerle.

Mara, como si ya estuviera totalmente convencida de sus buenas intenciones, se enderezó de golpe mirándome con una sonrisa traviesa en los labios y me apuntó con su dedo índice.

—Le presento a Darla Dupont, flamante doctora y excelente persona y amiga.

Por unos segundos cerré los ojos y, sin otra alternativa, levanté el rostro y giré lentamente para mirarlo.

Y entonces, nuestros ojos se encontraron.

Y el ruido de la cafetería se desvaneció por un segundo.

Solo éramos él y yo, y la conexión que, aunque breve, parecía estar cargada de algo más que simple reconocimiento. El momento fue fugaz, pero lo sentí, era esa mezcla de intensidad y cercanía.

—Me voy porque debo atender a unos clientes. —La voz de Mara cortó el aire, dándome la excusa perfecta para volver al presente.

Mara se marchó dejándome a solas con él. Bueno, en realidad estábamos en una cafetería y rodeados de personas.

—Soy Darla, encantada —saludé, aunque no estiré la mano para estrechársela. Él tampoco.

—Usted es la joven que ayudó a mi hijo —afirmó.

Traté de centrarme en sus palabras para no dejar que mis pensamientos se descontrolaran con su belleza y magnetismo. Había algo en su mirada que me atraía y, al mismo tiempo, me desconcertaba.

—Sí, esa soy yo —respondí, quizá con más nervios de lo que me hubiera gustado. Me sentía un poco tonta por mi reacción. Ni siquiera lo conocía y me alteraba como nadie.

Él inclinó ligeramente la cabeza, su expresión era seria, pero con algo en sus ojos que me hizo pensar que no era solo gratitud lo que sentía al verme, porque esos ojos celestes me miraban con tanta intensidad que parecían no perderse ni un solo detalle de mis gestos. Por un segundo me sentí como si estuviera siendo analizada, escudriñada de una manera casi incómoda.

—Creo que no me he presentado —dijo—. Mi nombre es Evander Campbell y soy el padre de Christopher, el pequeño que salvaste.

—Espero que él se encuentre bien.

—Lo está, gracias. El otro día… —Se pasó una mano por el pelo como si el solo hecho de recordarlo lo tensara y noté en él una vulnerabilidad que raramente veía en alguien con tanta compostura, así como también noté que llevaba un anillo de boda—, no tuve oportunidad de agradecerte como corresponde, es más, creo que ni siquiera te agradecí. Muchas gracias, Darla —dijo, dejando entrever algo genuino, una especie de respeto que me hizo sentir un escalofrío.

—No tiene que agradecerme. Era mi deber.

—Por supuesto que debo hacerlo, pero yo… ni siquiera sé cómo hacerlo —dijo, su tono era ligeramente más suave, aunque seguía sonando firme—. Mi hijo… no sé qué habría hecho si no hubieras intervenido.

—Para mí solo importa que él esté bien. —Frunció ligeramente el ceño, como si estuviera tratando de interpretar el tono detrás de mis palabras.

Su expresión cambió por un breve momento, un leve destello de algo que podría haber sido desconcierto.

¿Mis palabras lo desconcertaban?

Eran palabras sinceras, lo que yo realmente sentía, aunque él parecía sorprendido.

—Eso es lo que hace que lo que hiciste sea aún más admirable —afirmó, y en sus palabras no había simplemente gratitud, había algo más, algo que se parecía bastante al asombro.

—Estudio medicina, señor Campbell, sabía lo que hacía. En ningún momento hubiera puesto la vida de su hijo en peligro. Le repito, no estaba improvisando y me aseguré de que su hijo estuviera bien —afirmé con tono seguro.

—Discúlpame si en ese momento dudé de ti y te hablé de forma… totalmente inadecuada y descortés. Soy un padre muy sobreprotector y la situación me desbordó totalmente y me aterró, además… debo confesar que no estoy acostumbrado a que la gente se acerque a ayudar desinteresadamente, te lo aseguro.

Había algo desolador en sus ojos, algo brutalmente honesto, y de repente sentí empatía por él, por ese papel tan protector que lo llevaba a cuestionar, incluso, los gestos más altruistas.

La voz de Mara nos hizo desviar la mirada hacia ella.

—¿Le traigo un café u otra cosa, señor? —le preguntó, y él inmediatamente me miró.

—Me preguntaba si tomarías un café conmigo —dijo, y su invitación me tomó por sorpresa porque… era casado.

—Como Darla hoy no está trabajando, les aconsejo cambiarse a aquella mesa —indicó, Mara, con una gran sonrisa y señalando una de las mesas junto a la ventana—. Van a estar más cómodos. Ya mismo voy a preparárselas. —Y volvió a irse.

—¿Qué dices? —preguntó, y sus ojos se suavizaron por un momento y su rostro adoptó una expresión más tranquila.

—No me malinterprete, pero no lo conozco y… es un hombre comprometido —dije, señalando su anillo.

Miró su alianza y exhaló.

Luego me volvió a mirar y, nuevamente, pude notar una gran tristeza reflejada en sus ojos. Era como si a través de ellos pudiera trasmitirme su dolor y agonía.

—No estoy casado. Además, te aseguro que mi intención es ser amable contigo y agradecerte lo que hiciste por mi hijo, solo eso. Si no quieres no hay problema, solo quería…

—Está bien. Acepto el café —lo interrumpí, un tanto avergonzada de haber sugerido que tuviera algún otro tipo de interés en mí.

Pero en ese momento no sabía que, no solo estaba aceptando un simple e inocente café.

Estaba por cambiar mi vida por completo.

Capítulo 4

«Siempre he sabido que las grandes sorpresas nos esperan allí donde hayamos aprendido por fin a no sorprendernos de nada...»
—Julio Cortázar

Darla



Seguimos el camino hacia la mesa junto a la ventana y en el trayecto me dediqué a observarlo mejor.

Alto, de postura impecable. Su traje le quedaba maravillosamente bien. Caminaba con una elegancia que parecía natural en él. Pero no solo era su porte, sino también su imponente presencia.

Y cada paso que daba, acentuaba lo mucho que yo me sentía fuera de lugar.

Él, sumamente atractivo, en su elegantísimo traje entallado a medida y con sus lustrosos e impolutos zapatos. Rezumaba poder y prestigio por todos los poros. Hasta el más mínimo detalle de su atuendo gritaba exclusividad.

Yo, por otro lado, en ese momento no tenía nada de especial. Llevaba la cara lavada, unos *jeans* gastados y una blusa blanca. Mi largo cabello castaño claro estaba atado en una coleta alta y despeinada, y calzaba tenis blancos que hablaban de comodidad, no de estatus.

No es que me avergonzara de mi ropa, pero a su lado, no podía evitar sentir que desentonábamos completamente.

Campbell se acomodó en la silla con la misma elegancia con la que se movía. Antes de sentarse, se desabrochó la americana y sacó su teléfono del bolsillo para dejarlo sobre la mesa.

Yo me senté frente a él.

De fondo se escuchaba la canción *Steady* por Emily Wolfe, una preciosa canción que combinaba la letra emotiva con una instrumentación poderosa.

—Gracias por aceptar el café —dijo, mientras me miraba con esa intensidad que me abrumaba. De cerca, sus ojos eran más maravillosos.

—Gracias a usted por tomarse la molestia de venir hasta aquí para agradecerme, aunque, le repito, no era necesario.

—No fue ninguna molestia y es lo que corresponde —dijo, sosteniéndome la mirada. Era desconcertante porque quería apartarla, pero estaba atrapada en sus ojos—. Entonces… eres doctora. Discúlpame, pero ¿qué haces trabajando en una cafetería?

—Hoy me gradué. Hace unas horas rendí mi último examen.

—¿Hoy te graduaste? —preguntó sorprendido—. Enhorabuena. Felicidades.

—Gracias.

—¿Y por qué aquí y no en un hospital? —insistió.

—Porque no podía trabajar allí hasta terminar los exámenes. Ahora me falta hacer la residencia en el hospital de la ciudad. Mientras tanto, seguiré trabajando aquí.

—Van a ser muchas horas de trabajo —afirmó, frunciendo el ceño.

—Sí, lo serán, pero necesarias para poder pagarme mis gastos —señalé, encogiéndome de hombros.

Por una milésima de segundo pareció algo perdido.

Mara llegó sonriente con nuestros cafés. Los dejó sobre la mesa y se fue.

—¿Vives sola o compartes piso?

Me removí en mi asiento, incómoda con tantas preguntas. ¿Por qué me estaba haciendo preguntas personales? Lo miré y, sin responder, di un sorbo a mi café, él me imitó.

—Sí, vivo sola.

—¿Tu familia?

—Solo mis padres, y viven a unas cuantas horas de aquí.
—¿Novio?

¡Suficiente!

—Discúlpeme, ¿por qué le interesa? Con todo respeto, no lo conozco y no entiendo por qué debería responderle. Yo… no suelo hablar de mi vida con extraños. Y, para serle sincera, siento como si estuviera en una entrevista laboral.

Por un momento se quedó en silencio, evaluándome. Luego esbozó una sonrisa ladeada, como si mis palabras le divirtieran en lugar de incomodarlo. Era la primera vez que lo veía sonreír, aunque más que una sonrisa, era una mueca contenida.
Tomé otro sorbo de mi café, intentando ignorar el nerviosismo que me provocaba su presencia y, sobre todo, su mirada.

—Tienes razón, lo siento. No quiero que pienses que soy un entrometido. Solo que… me gustaría que dejemos de ser extraños.

¿Dejar de ser extraños?
Llevaba un anillo de boda, aunque no estuviera casado.
Lo miré con la mayor seriedad posible.

—¿A dónde quiere llegar?

Se recostó en la silla con una expresión relajada, no parecía molesto ni incómodo por mis comentarios. Yo, por el contrario, me sentía intimidada.

—¿Una entrevista laboral? —dijo, y yo fruncí el ceño porque a cada minuto que pasaba me encontraba más confundida con su comportamiento—. ¿Y si lo fuera?
—De verdad no entiendo a dónde quiere llegar. Le agradecería que sea claro.
—Verás… tengo una propuesta de trabajo para ti. Me gustaría que trabajes para mí.

—Señor Campbell, comprenderá que no entiendo nada de lo que me dice. No lo conozco, no sé a qué se dedica ni tengo idea de lo que me está proponiendo y…

—Que cuides de mi hijo. Esa es mi propuesta.

—¿Qué?

—Después de lo que sucedió el otro día… digamos que quedé intranquilo y me gustaría que mi hijo tenga a su lado a alguien que sepa cómo actuar ante situaciones así. Te quiero contratar como doctora particular de Chris para que lo acompañes cuando está en casa y yo no estoy, por lo menos mientras no quedes efectiva en el hospital. Puedes…

—Señor Campbell —lo interrumpí—, yo ya tengo un trabajo. Como le dije, trabajo en esta cafetería y en unos meses comienzo con la residencia, así que como comprenderá, no dispongo de más tiempo para…

—Piénsalo mejor —dijo, esa vez interrumpiéndome él—. Te aseguro que te pagaré lo suficiente para que no necesites seguir trabajando aquí. Recibirás el salario que le corresponde a una profesional como tú, sobre todo a una que hará un trabajo en forma particular. —Abrí la boca para replicarle, pero levantó la mano para detenerme y prosiguió—: No me respondas ahora, piénsalo mejor. Si te parece, te espero mañana en mi oficina y hablamos sobre los términos del contrato. Luego lo lees tranquila, lo evalúas y lo piensas mejor.

—¿Qué es lo que necesita, exactamente?

—Que durante el día estés con Christopher, por lo menos hasta que yo llegue a casa. A mi hijo lo cuida una señora a la que le tengo total confianza y ella seguirá haciéndolo, pero ahora también quiero a alguien con conocimientos médicos. Podemos ponernos de acuerdo en el horario y en tus días libres. El salario te aseguro que no será un problema porque te voy a pagar mucho más de lo que ganarás en el hospital.

Era mi turno de hacer preguntas personales.

—¿Y la mamá de Christopher?

Su semblante se ensombreció al instante, tal como le había sucedido al hablar sobre su anillo de boda. También noté que le costó mucho recomponerse. Parecía que interiormente lidiaba con una gran batalla. Recién respondió cuando su mirada volvió a aclararse.

—No necesitas saber de ella. De ese tema no hablo con nadie —respondió tajante, y su voz era una clara advertencia de que no debía insistir.

Enseguida comprendí que había algo más profundo y doloroso detrás de esa respuesta. Porque su expresión, esa sombra que había cruzado su rostro por un instante, decía mucho más de lo que decían sus palabras. En su rostro se reflejaron los vestigios de una gran pérdida, de un gran dolor, algo que parecía llevar consigo como una sombra. Sin duda su mujer había fallecido o los había abandonado. Y el hecho de que aún llevara el anillo puesto, decía mucho de su dolor.

—Señor Campbell, comprendo los motivos que lo llevaron a decidir contratar a una persona así, es lógico que lo piense después de lo que sucedió con su hijo y del miedo que vivió, pero le aseguro que esos son eventos excepcionales y no creo que me necesite.
—Te necesito —afirmó sin titubear—. Solo te pido que lo pienses. Quizás puedas quedarte con él mientras no haces la residencia y luego buscaremos a otra persona.

La propuesta era tentadora porque necesitaba el dinero, pero también implicaba un cambio drástico en mi vida. Un cambio que, a su vez, no me terminaba de convencer. Bastaba mirar al hombre que tenía frente a mí para comprender que me estaba metiendo en algo que podía llega a lamentar.

—No creo que necesite pensarlo. Le agradezco la oferta, pero mi respuesta es no.
—¿Por qué? —preguntó con un leve arqueo de cejas.
—Porque… cuidar a un niño es una gran responsabilidad y nunca lo he hecho.

—No quiero que sientas que te estoy presionando, pero me gustaría que lo consideres. Ten en cuenta que no lo cuidarás, para eso está Almudena, tú solo estarás con él por si surge alguna emergencia médica.

Finalmente, suspiré.

—De acuerdo, lo pensaré. No es un sí, solo lo pensaré —advertí, él asintió con la cabeza y me siguió mirando con seriedad, pero pareció que mis palabras le dieron cierta tranquilidad. Metió una mano en el bolsillo de su americana y sacó la cartera.

—Mi tarjeta. Allí está la dirección de mi empresa y mi número de teléfono. Si te parece bien, mañana podemos reunirnos en mi empresa. ¿A qué hora prefieres?

—En la mañana porque trabajo en la tarde, pero recuerde que eso no significa que haya aceptado —aclaré, tomando su tarjeta.

—Lo tengo claro. ¿A las nueve o a las diez?

—A las diez estaré allí —respondí, porque esa noche iba a salir con mis amigos y no quería levantarme muy temprano.

—Bien

—Bien.

Inmediatamente se puso de pie y yo también lo hice. Tomó su americana y volvió a ponérsela.

—Nos vemos mañana, Darla —dijo, y, muy a mi pesar, mi nombre en sus labios sonó como una caricia.

—Hasta mañana, señor Campbell.

Asintió con la cabeza y abandonó la cafetería.

Me quedé mirando su tarjeta:



Era el presidente de la compañía, probablemente también el dueño. Ese hombre tendría unos treinta y ocho o treinta y nueve años, y tenía un imperio dependiendo de él. Era un megaempresario. Exitoso. Inalcanzable.

En el dorso de la tarjeta figuraba su teléfono de contacto, la dirección de la empresa, la página *web* y la dirección de *e-mail.* Mientras la sostenía en la mano y la observaba, la voz de Mara me sobresaltó.

—¿Qué hablaron? ¿Te invitó a salir?

—No digas bobadas. —Era una broma que se atreviera siquiera a sugerirlo.

—No son bobadas. Si no ¿para qué iba a querer tomar un café contigo? Además, vi cómo te miraba.

—¿Lo viste bien? ¿Te parece que un hombre cómo él me miraría de esa forma? ¡Por favor!

—Darla, eres una mujer bellísima, increíble e inteligente. No dudo que lo hayas flechado. Cualquiera se enamoraría de ti —dijo, tomándome de las manos, y en ese momento notó que tenía la tarjeta de Campbell en una de ellas—. ¿Te dio su tarjeta personal?

—Sí, porque en realidad… me ofreció trabajo.

—¿Te ofreció trabajo? —preguntó, sacándome la tarjeta de la mano y observándola detenidamente—. *Evander Campbell; presidente de Campbell Entreprise Holdings* —leyó, en voz alta—. ¿Y qué puedes hacer tú en una empresa como ésta?

—No es para trabajar en su empresa. Me ofreció cuidar a su hijo.

—¿Cuidar a su hijo? ¡Pero tú no eres *babysitter*, eres doctora! —exclamó.

—En realidad, el pequeño ya tiene una niñera, lo que su padre pretende es que en su casa haya alguien con conocimientos de primeros auxilios por si le pasara algo parecido a lo que le sucedió aquí —dije, encogiéndome de hombros.

—¿En serio? ¡Qué paranoico!

—Se veía genuinamente preocupado por su hijo.

—Me imagino que le dijiste que no —afirmó, mirándome con los ojos entornados.

—Eso fue exactamente lo que le dije, pero…

—¿Aceptaste? —cuestionó, abriendo los ojos como platos.

—Me puedes dejar hablar.

—Está bien, habla —dijo, cruzándose de brazos y mirándome con seriedad.

—Le dije que no, pero insistió en que no tendría que encargarme de su cuidado, solo estar con él por si se presentara una emergencia.

—¿Y?

—Lo voy a pensar. Mañana quiere que vaya a su empresa para hablar del tema y…

—¡Darla! —exclamó, llevándose las manos a la cintura—. ¿Lo pensarás? ¿En serio? ¿Tú, con un niño, esperando a que le pase algo? ¿Escuchas lo absurdo?

—Me dijo que me pagaría muy bien, incluso que el salario sería mejor que el que voy a ganar en el hospital… —suspiré—. Necesito el dinero, Mara. No sé… solo iré a escuchar lo que me ofrece y luego…, luego veré que hago. Tampoco es para tanto.

—Darla, cariño, eres doctora, estudiaste para salvar vidas en emergencias reales, no para sentarte en una casa esperando a que pueda sucederle algo a un niño.

—Lo sé —admití, deslizando los dedos sobre la tarjeta que Mara me había devuelto—. Pero solo sería hasta que comience la residencia. A partir de ese momento me dedicaré en exclusividad a mi profesión, porque, además, no me va a quedar tiempo para otra cosa.

—Ya lo decidiste —afirmó.

—No. —Negué con la cabeza—. Pero mañana me voy a reunir con él y escucharé los detalles de su oferta.

Capítulo 5

«No sé si cometo una locura contigo, o si es una locura no cometerla.»
—Anónimo

Evander



Eran las nueve y media de la mañana.
En media hora tenía que recibir a la señorita Darla Dupont.
Me recosté en la silla e hice rodar mi bolígrafo sobre mi escritorio mientras pensaba.

¿Qué me había llevado a ofrecerle trabajo?

Había ido hasta la cafetería para agradecerle su intervención y ofrecerle una disculpa por mi comportamiento… poco amigable, pero… había terminado ofreciéndole un puesto de trabajo en mi casa.

¡En mi casa!

Yo no permitía que extraños entraran en mi hogar y mucho menos que tuvieran contacto con Chris.

¿Por qué había hecho tantas excepciones con ella?

Cerré los ojos e inhalé profundamente.

¿Qué hombre no las haría?

Si ella no era el sueño húmedo de cualquiera, no sabía quién lo era.

Apreté la mandíbula mientras sentía que me tensaba al pensar en esa chica.

Y la inquietud se apoderó de mí.

Yo no me acostaba con las personas que trabajaban para mí, y mucho menos con alguien que se encargaría de mi hijo.

Si bien era verdad que el accidente con Chris me había llevado a pensar que necesitaba en casa a alguien que supiera de primeros auxilios, también lo era el hecho de que podía haber contratado a cualquier otro doctor, y uno con más experiencia que una doctora recién recibida. Con lo que yo pagaba, estaba seguro de que cualquiera aceptaría.

Pero… la quería a ella.

También era cierto que su dulzura con Chris me había conmovido, pero eso no sabía si era bueno o malo porque si mi hijo se encariñaba, cuando ella se fuera quizás terminaba sufriendo.

Me pellizqué el puente de la nariz con frustración.

En unos minutos entraría en mi despacho y yo no terminaba de decidir si lo que le había propuesto era bueno o malo para mí.

—Buenos días, señor Campbell. —Noelia, mi secretaria, sonrió mientras entraba y me ofrecía mi café de la mañana.

—Buenos días, Noelia. Gracias —dije, mientras tomaba el café.

—¿Quiere que revisemos su agenda de hoy? —preguntó, mientras se sentaba frente a mí.

—A las diez tengo fijada una reunión que no estaba en la agenda y no tengo claro cuánto me llevará, aunque no creo que más de una hora —expliqué.

Levantó la mirada. Estaba perpleja. Pero decidí pasar de ella, aunque me quedé mirándola fijamente. Si bien ella solía saber de todas mis reuniones en horario de trabajo, también era cierto que yo era el jefe y no tenía por qué darle explicaciones sobre mis asuntos particulares. Y, sin duda, la señorita Dupont era un «asunto particular».

—No me lo había comentado, señor.

—Es un asunto personal —afirmé, en tono seco.

—Lo siento, es que su próxima reunión es a las once.

—Cancélala porque no estoy seguro de estar libre a esa hora.

—Muy bien, señor Campbell —dijo, un tanto desconcertada—. Entonces… —Miró la agenda—, su próxima reunión será después del

almuerzo.

—Perfecto. Retomaremos la agenda habitual después de mi reunión de las diez.

—Discúlpeme, pero ¿a quién debo recibir a las diez?

—A la señorita Darla Dupont —respondí, porque si bien sabía que preguntaba porque estaba intrigada, también era cierto que era la mejor secretaria personal que había tenido.



El teléfono sonó

—Sí —respondí a Noelia.

—La señorita Dupont ha llegado, señor —avisó, y no sé por qué, pero el corazón se me aceleró… un poco.

—Que pase. —Miré la hora, las diez en punto. Era muy puntual, una buena cualidad.

Me enderecé en la silla y permanecí atento a la puerta de mi despacho.

Y qué Dios me ayudara porque sospechaba que no tenía idea de dónde me estaba metiendo. Pero lo extraño era que… no me importaba.

Unos segundos después se escucharon unos golpecitos.

—Adelante.

Y se me secó la boca.

Allí estaba ella.

Por un segundo quedé aturdido como no recordaba que me hubiera sucedido anteriormente.

Se veía… impresionante. Y eso era un problema.

Por primera vez la veía vestida formalmente, con tacones y maquillada.

Si bien las dos veces que la había visto me había parecido una mujer hermosa, ese día estaba deslumbrante. Su largo y precioso cabello le caía en suaves ondas hasta el pecho y sus hermosos ojos maquillados parecían aún más verdes y enormes.

Y ese vestido…

Ese vestido ceñido de color beige realzaba su figura ágil y seductora.

Cuando logré recuperar algo de compostura, me adelanté para recibirla.

—Buenos días, señorita Darla —dije, estirando la mano para saludarla.

Su mano, suave y pequeña, en la mía me provocó un estremecimiento.

Ella me miró con timidez.

—Buenos días, señor Campbell, ¿cómo ha estado?

—Muy bien, gracias.

—¿Christopher?

—Se encuentra bien, gracias por tu interés. Toma asiento, por favor —dije, señalándole la mesa de reuniones.

Se dirigió hacia allí y no pude evitar mirar su trasero que se veía genial en ese vestido. Tampoco pude evitar bajar la mirada hasta sus tacones. En ese instante, supe exactamente que esa noche cuando me acostara, las imágenes de ese espectacular culo y esas largas piernas en esos tacones no me iban a permitir dormir.

Afortunadamente, ella se sentó y me miró con el ceño fruncido y eso fue suficiente para que mi mente se calmara.

—¿Quieres café, té, agua? —pregunté, mientras me sentaba.

—Un café, por favor. Gracias —dijo, y sonó a una súplica, entonces recordé que me había comentado que la noche anterior tenía planes para festejar su graduación, así que seguramente había dormido poco.

Levanté el teléfono y le pedí dos cafés a Noelia.

—Bueno… no quiero quitarle mucho tiempo. Me gustaría que me explicara mejor su oferta de trabajo, sobre todo, lo que espera de mí

—dijo, un tanto inquieta, y pude ver que estaba nerviosa. ¿Era yo quién la ponía así?

—Primero me gustaría comentarte algunas cosas de Chris —dije, porque mi hijo tenía algunos temas de salud importantes y esa también era una de las razones que me habían llevado a decidir contratar a una persona con conocimientos médicos.

—Sí, por supuesto.

Noelia llegó con los cafés y los dejó sobre la mesa, abandonando el despacho con rapidez.

Mis ojos volvieron a encontrarse con los de Darla y sentí que la electricidad atravesaba el aire entre nosotros.

¿Qué carajo?

¡Céntrate!

—Cómo te comentara ayer, el accidente que sufrió Chris me hizo pensar mucho y decidí que quiero que lo acompañe una persona que sepa de primeros auxilios, si es médico, mejor. Me daría tranquilidad —dije, y ella asintió con gesto serio y atento—. Además, debes saber que es un niño alérgico a varias cosas y en dos ocasiones ha tenido episodios de broncoespasmo, pero aparte de eso, es un niño saludable. Por supuesto que te voy a entregar una copia de su historia clínica y me gustaría que me preguntes todas las dudas que te puedan surgir.

—¿Tiene claro que yo no tengo experiencia en el cuidado de niños? —me recordó, pero eso en vez de desalentarme, me gustó. Era importante que fuera sincera.

—Sí, me lo hiciste saber, pero yo te recuerdo que te dije que para el cuidado de Chris está Almudena. Y antes de seguir debería comentarte que te pagaría cuatro mil dólares a la semana, aunque si te parece poco podemos negociarlo.

Noté como sus ojos se abrieron como platos. Sabía que le estaba ofreciendo un muy buen salario, mucho más de lo que le iban a pagar en el hospital porque ella recién empezaba y, sin duda, muchísimo más de lo que ganaba en la cafetería.

—No tengo nada que decir del salario —afirmó.

—Entonces… ¿lo pensarás?

—De acuerdo, pero antes de tomar una decisión quería proponerle pasar una tarde con Christopher. Para conocernos mejor y ver si realmente él se siente cómodo conmigo. ¿Está de acuerdo?

Bueno, por lo menos no era un no.

Y, una vez más, me sorprendió el alivio que sentí. Alivio que también me desconcertaba.

Por otro lado, realmente me parecía una buena sugerencia. Si bien Chris era un niño social y alegre, también era bastante tímido y no estaba acostumbrado a ver extraños en la casa.

—Estoy de acuerdo y me parece una buena idea. ¿Cuándo podrías?

—Hoy en la tarde trabajo en la cafetería, pero el sábado tengo el día libre. La residencia en el hospital comienza dentro de tres meses.

—Arreglaré todo con Almudena para que el sábado en la tarde te reciban. Por ahora, Chris va al colegio solo en la mañana, pero obviamente sábado y domingo está todo el día en casa.

—Muy bien, señor Campbell, volveremos a hablar después del sábado —dijo, poniéndose de pie.

—¿Ya te vas? —pregunté, y ni yo supe por qué lo hice.

—¿Quería decirme algo más? —preguntó, avergonzada, y se volvió a sentar.

—No, no; solo quería contarte alguna cosa más de Chris, pero lo podemos hablar después de tu encuentro con él, creo que será lo mejor porque no quiero presionarte —señalé, y esa vez fui yo quien abandoné la silla y, viéndome, ella volvió a hacerlo—. Gracias por haber venido, Darla.

—Gracias a usted por el ofrecimiento y… la confianza.

—¿Puedes dejarme tu número de teléfono así te envío mi dirección y estamos en contacto por algún cambio de planes?

—Sí, por supuesto. Yo no tengo tarjeta personal, pero luego le envío un mensaje al teléfono que figura en su tarjeta así puede

agendar el mío —respondió, mirándome con sus sinceros y preciosos ojos verdes.

Asentí con la cabeza y la acompañé hasta la puerta. Nos despedimos estrechándonos la mano con mucha formalidad.

—Nos vemos —dije, y sus dedos se deslizaron lentamente de los míos, dejando tras de sí un vacío absurdo. ¡Sí, absurdo!

—Hasta pronto, señor Campbell —saludó, sonriéndome con timidez.

Y ese simple gesto volvió a acelerar mi corazón.

Cerré la puerta.

¡Mierda!

Dejé escapar un profundo suspiro y me pasé los dedos por el pelo.

¡Eres un idiota!, me dije.

Era una chica de veintipocos años y yo… encajonado en la etiqueta de «*señor Campbell*» ¡como si fuera un maldito anciano!

Tenía treinta y ocho. NO era un anciano.

Pero lo eres para ella, murmuró mi conciencia con tono burlón.

Quizás había cometido un gran error.

Quizás aún estaba a tiempo de corregirlo.

O tal vez… ya era demasiado tarde.

Capítulo 6

«Dentro de veinte años lamentarás más las cosas que no hiciste, que las que hiciste. Así que suelta amarras y abandona puerto seguro. Atrapa el viento en tus velas. Sueña. Explora. Descubre.»
—Mark Twain

Darla



Miré a mi alrededor.

La zona en la que estaba el edificio de la empresa Campbell Entreprise Holdings estaba ajetreada, bulliciosa, pero yo caminaba lentamente, como si cada paso costara más de lo que debería.

Parecía que el cuerpo me pesaba.

Lo único ajetreado en mí era mi cabeza.

Cerré los ojos y respiré hondo dejando que el aire llenara mis pulmones e intentando recuperar la poca serenidad que me quedaba.

El trabajo que me ofrecía se me presentaba como una gran oportunidad para ayudar a mis padres porque el salario era muchísimo más alto de lo que yo ganaba en la cafetería y, probablemente, también del que ganaría en el hospital, pero algo me inquietaba. Me tenía confianza en cuanto al cuidado de la salud del pequeño, para eso había estudiado, lo que me hacía dudar… era él.

Evander Campbell.

Su presencia, su forma de mirarme. Había algo en ese hombre que me desconcertaba profundamente, algo en su mirada. No podía sacármelo de la cabeza, y eso me tenía intranquila y confusa porque

aceptar la oferta significaba acercarme a él, entrar en su hogar, en su espacio, en su mundo.

Verlo.

Por extraño que pareciera, creo que era el hombre más atractivo que había conocido en mucho tiempo. Si no el más atractivo que había conocido en toda mi vida.

Seguí caminando, intentando aclarar mis pensamientos, pero cuanto más lo intentaba, más confundida me sentía. No lo entendía porque en definitiva era solo una oferta de trabajo, una oportunidad más. Sin embargo, la sensación que me quedaba en el pecho no era de entusiasmo, sino de inquietud.



—¡¿Cuánto dijiste que te va a pagar?! —exclamó Mara, con los ojos abiertos como platos, haciendo que varios clientes de la cafetería nos miraran.

—Cuatro mil dólares semanales.

—¡Madre mía! Imagino que ya habrás firmado el contrato.

—No, aún no está decidido. Primero quiero conocer al pequeño, pasar un rato con él y luego veremos. Sé que el salario es muy bueno, pero…

—¿Bueno? —me interrumpió—. ¡Te va a pagar una pequeña fortuna! Y eso sin tener en cuenta que tu jefe, si bien es un poco mayorcito, es un Adonis por dónde se lo mire.

—Mara, su aspecto no tiene nada que ver con esto. El hombre debe estar casado o tener pareja, y...

—¿Lo está? ¿Está casado?

—¡¿Y yo cómo puedo saberlo?! Además, como bien dijiste, para nosotras es un hombre grande.

—En realidad, él no está tan viejo, como mucho tendrá… cuarenta. —Se mordió el labio para reprimir su sonrisa—. ¿Sabes su edad? ¿Te la dijo?

—¿Por qué me la diría? —dije, poniendo los ojos en blanco—. Imagino que tiene treinta y ocho... o nueve. En realidad, para ser honesta, no estoy segura ni me importa.

—No creo que estés siendo honesta —se burló—. Pero no importa la edad, la cosa es que está… jodidamente comestible. ¡Es súper *seeexy*! —Y, nuevamente, varios clientes de la cafetería nos miraron.

—¿Pero a ti no te gustaba una chica? —pregunté, bajando la voz, algo desconcertada por su entusiasmo.

—Sí, pero no tengo ninguna chance con ella —dijo, encogiéndose de hombros con naturalidad—. Además, también me gustan los hombres… y sé reconocer cuando uno está que arde.

—Mara…

—¿Qué? ¿Vas a negarme que el señor Campbell está para arrastrarse por el piso?

—Baja la voz y deja de decir bobadas porque su aspecto no es lo importante. Lo que tengo que decidir es si de verdad quiero trabajar cuidando al pequeño. No sé… no me gusta estar encerrada en una casa… prefiero el trajín del hospital.

—Si bien yo antes te hice un comentario similar, ahora no puedo dejar de decirte que ¡estás loca si no aceptas! Y que conste que a mí me entristece que te vayas de aquí, pero no puedo pedirte que te quedes cuando tienes esa posibilidad inigualable. Si fuera tú, trabajaría unos meses, ahorraría y luego comenzaría en el hospital.

—No sé… tampoco me gusta mucho trabajar para él. Es un poco…

—Ardiente.

—Malhumorado.

—No importa. De todos modos, casi no lo verás porque durante la semana él va a estar en su empresa y no trabajarás los fines de semana cuando él esté en la casa. Deja de hacer tanto drama, Darla. Te aseguro que más de una mujer daría lo que fuera por trabajar con ese hombre, sobre todo con lo que te va a pagar.

Sus palabras me dejaron pensativa.

Mara tenía razón en algo: yo siempre tomaba decisiones en forma racional y, quizás, estaba dramatizando demasiado.

¿Debería dejar que la oportunidad se me escapara por mi inseguridad?

Suspiré, mirando a Mara con una expresión que no sabía si era resignación o incertidumbre.

—No sé… tal vez estoy sobrepensando todo esto —dije, frotándome la sien como si de alguna manera pudiera aclarar mis pensamientos.

—Sabes qué es lo que pasa, ¿verdad? —susurró, inclinándose un poco hacia mí con una pícara sonrisa—. El señor Campbell te gusta, pero no quieres admitirlo.

—Ya te dije que lo considero atractivo, pero eso no tiene nada que ver —respondí, aunque no estaba segura de que fuera cierto.

—Entonces no seas cobarde y… ve a por él.

—¿Ve a por él? ¿Enloqueciste? —dije, mirándola como si le hubiera salido otra cabeza. ¡Lo que había dicho era una locura!

—Me refería al trabajo, ¡mal pensada!

Bufé y la miré con seriedad mientras ella no paraba de reír.

—Probablemente tengas razón y deba aceptar su oferta. No estoy en condiciones económicas como para despreciar ese salario. Incluso, con ese dinero podría ayudar a mis padres que necesitan hacer varias refacciones en la casa.

—¡Al fin dices algo con sentido! —exclamó con una gran sonrisa—. Visto lo que opinas de tu nuevo jefe y tus inseguridades, ha sido más fácil de lo que esperaba.

Negué con la cabeza y le pegué en el brazo con la servilleta que tenía en la mano. Mara rio y se alejó para atender una mesa, dejándome con una mezcla de nervios y emoción.

No sabía qué me esperaba, pero algo me decía que con el niño nos íbamos a llevar bien y que ese pequeño… me necesitaba.

Era como una corazonada.

En el padre… prefería no pensar.

Sábado al mediodía y estaba a unas calles de la casa de Campbell.

Agarré con fuerza el volante de mi viejo coche intentando aplacar los nervios que se habían anudado en mi estómago. Ni siquiera había podido probar bocado en el almuerzo. Mientras avanzaba

lentamente, miraba la numeración de las hermosas casas de la zona, todas impecables y rodeadas de jardines perfectos.

Unas calles después la casa apareció ante mi vista, dejándome totalmente perpleja. Eso no era una casa…, era una mansión con aire de castillo. La fachada de piedra blanca brillaba bajo el sol de la mañana regalándome una imagen imponente. Varios garajes se alineaban a un costado y un gran portón de hierro de dos hojas resguardaba el acceso a un largo camino adoquinado que te llevaba hasta la casa principal.

—Guauu…, hermosa casa y… enorme —murmuré.

Sin bajar del coche pulsé el timbre y escuché como alguien atendía.

—Buenos días. Mi nombre es Darla Dupont y me están esperando —dije, porque en realidad no sabía quién me recibiría. Campbell había mencionado a una mujer, pero no tenía claro si me iba a recibir ella, él o ambos.

—Adelante, señorita Dupont —respondió una voz de mujer, seria, pero amable.

Detuve el coche frente a la entrada de la casa y apagué el motor. Una mujer de mediana edad salió a recibirme e imaginé que era la misma que me había atendido por el timbre de portería. Seguramente sería empleada de Campbell.

—Bienvenida, señorita Dupont. Le están esperando en la sala principal. Sígame, por favor.

—Gracias.

Al cruzar la puerta no pude evitar sentirme pequeña en medio de aquel lugar.

—Por aquí —indicó, avanzando con pasos firmes sobre el suelo de mármol.

La seguí en silencio, intentando no parecer demasiado impresionada. Mientras caminábamos, mis ojos no podían evitar recorrer los detalles de la mansión: el enorme salón con un techo alto y una lámpara de araña colgando en el centro, el mármol pulido del suelo, los grandes ventanales con cortinas elegantes y pesadas, una gran escalera de madera oscura ascendía al piso superior, mientras que enfrente se abría un pasillo que parecía llevar a diferentes alas de la mansión. Todo en esa casa gritaba elegancia y poder, pero me resultaba demasiado impersonal. Como si hubiera sido diseñada solo para impresionar y no para disfrutarla. No parecía tener emoción o recuerdos, no lograba transmitir calidez. Los muebles, aunque de un gusto exquisito, no invitaban a sentarse, sino a mantener una postura recta y distante.

La mujer se detuvo frente a una puerta doble de madera tallada y la abrió con suavidad.

—Puede pasar —afirmó.

—Gracias.

—Para servirle, señorita —me saludó con una inclinación de cabeza y se marchó.

Le sonreí y crucé el umbral.

Y nada me preparó para lo que vi.

Campbell sentado en el suelo junto a su hijo y jugando con unos bloques de madera.

Él, un hombre que siempre me había parecido tan imponente, autoritario y distante, en ese momento estaba riendo y hablando con una suavidad y una ternura que jamás le había escuchado.

El pequeño, risueño, le daba instrucciones para un juego que parecía ser el centro del universo para ambos.

Esa imagen contrastaba con todo lo que había visto anteriormente.

La mansión, con su aire impersonal y distante, de repente parecía irrelevante ante la escena que se desplegaba ante mis ojos. Mi mente luchaba por procesar la contradicción entre el hombre que había conocido días atrás y aquel que ahora tenía delante. Sentía

una mezcla de fascinación y desconcierto, pero también me sentía extraña, como una intrusa en una intimidad que no debería haber presenciado.

Me quedé en el umbral, observando en silencio, sin atreverme a dar un paso más porque no quería interrumpir su juego, su felicidad. De repente, Campbell se dio cuenta de mi presencia, como si hubiera vuelto a la realidad. Sus ojos se encontraron con los míos, y por un instante, su rostro cambió. Aquella expresión de ternura se desvaneció rápidamente, sustituida por la cautela que le conocía.

—Lo siento, no me avisaron que habías llegado —dijo con un dejo de incomodidad, como si fuera consciente de lo desconcertante que debía ser para mí ver esa faceta de él.

—Discúlpeme a mí por interrumpirlos.

Campbell se levantó rápidamente. El niño, ajeno a nuestra conversación, siguió jugando, concentrado en su propio mundo.

—No interrumpes, al contrario, te estábamos esperando —respondió y miró a su hijo—. Mira quien llegó, Chris, es Darla y vino a jugar con nosotros.

Un momento.

¿Había dicho «con nosotros»?

Se suponía que yo estaría con su hijo y, como mucho, con la señora que lo cuidaba, pero ¿con él?

No pude pensar más.

El pequeño me miró y me regaló una hermosa sonrisa y, recordando nuestra pequeña interacción en la cafetería, le sonreí y le tiré un beso volado. Para mi sorpresa, se puso de pie y corrió hacia mí con sus bracitos abiertos. Al principio quedé sorprendida, pero inmediatamente abrí los brazos para recibirlo. Se aferró a mí con una confianza conmovedora y una risa tan dulce que me desarmó por completo.

Mi corazón se inundó con su calidez.

Cuando miré a su padre lo encontré observándonos con una expresión indescifrable, sus ojos recorrieron mi rostro y la forma en la que Chris se aferraba a mí.

¿Le incomodaría ver a su hijo tan cercano a alguien más?

De repente, esbozó una media sonrisa, casi imperceptible.

—Parece que no debemos preocuparnos por tu relación con Chris porque ya eres su mejor amiga —comentó, pero yo seguía sin poder descifrar si eso le gustaba o le molestaba.

El pequeño se removió en mis brazos y se giró para mirar a su padre con una gran sonrisa de felicidad.

—¡Vamos a jugar con ella, papá! —exclamó emocionado, señalando el suelo donde antes estaban jugando.

—¿Eso está bien para usted? —consulté.

—Por supuesto, para eso estás aquí —respondió un poco seco—. Chris, ella es Darla, la doctora de la que te hablé.

—Yo no estoy enfermo, yo quiero jugar contigo —dijo, mirándome con el ceño fruncido, cosa que me hizo recordar a su papá.

Sonreí sin poder evitarlo.

—Claro que no estás enfermo, mira qué fuerte y saludable eres. Quizás, yo venga unos días a estar contigo, pero solo para asegurarme de que estés bien mientras tu papá trabaja.

—¿Te quedarás a dormir? —preguntó con su carita inocente.

—No; como te dije, quizás comience a venir a pasar un rato contigo mientras tu papá no esté en la casa —respondí, tratando de dejar claro que aún no era seguro que lo cuidara.

—¿Y podemos jugar?

—Sí, por supuesto.

Me miró un poco más, evaluándome, hasta que finalmente pareció satisfecho y dio un pequeño asentimiento.

—¿Podemos jugar ahora?

—Cuenta conmigo —respondí, haciendo que su sonrisa se ampliara.

Lo bajé con cuidado de mis brazos y enseguida me tomó de la mano y tiró de mí hacia el centro de la habitación donde una torre de bloques de madera esperaba volver a ser construida. Me senté junto a él, dejándome llevar por su entusiasmo infantil. Campbell volvió a sentarse en el suelo, colocándose al lado de su hijo y frente a mí. Su postura era un poco más contenida que la de minutos antes.

Comenzamos a jugar y a medida que el juego avanzaba, me di cuenta de que lo estaba disfrutando, y parecía que Campbell también. En ese momento lo veía solo como un padre compartiendo un momento de felicidad con su hijo y, de alguna manera, conmigo.

Para mi sorpresa, la tarde transcurrió con una facilidad inesperada.

Chris no me soltó en todo el rato que estuve con él, parecía muy feliz de tenerme allí. Y también me encontré compartiendo sonrisas e instantes de complicidad con Campbell, como si por un momento fuéramos solo dos adultos disfrutando del juego de un niño.

Cuando finalmente la niñera apareció para llevarse a Chris a dormir, Campbell nos presentó. Almudena resultó ser una mujer encantadora que me cayó bien enseguida. Era una señora mayor que, por el trato que tenía con el niño, parecía más la abuela que su niñera. Su calidez con Chris y la buena relación que tenían se hizo evidente al instante.

—Cinco minutos más… —suplicó a su padre con mirada esperanzada.

—Si quieres que Darla venga a jugar nuevamente contigo, es mejor que ahora la dejes descansar y también lo hagas tú, cariño —comentó Campbell, con una sonrisa indulgente.

Chris me miró, pareció pensárselo y corrió hacia mí para abrazarme con fuerza. Su padre no se perdió ni un solo detalle. Luego se acercó a él y también lo abrazó.

Campbell lo siguió con la mirada hasta que desapareció por la puerta y luego se volvió hacia mí.

—Admito que no dudaba de que se llevarían bien, pero no esperaba que te llevaras tan bien con él —aceptó, cruzándose de brazos.

—Es un niño muy cariñoso —respondí con sinceridad.

—Aunque no lo creas, no suele ser así con las personas que no conoce. Es más, es un niño muy tímido al que le cuesta relacionarse con los extraños.

—Pues no lo parece.

—Bueno… un tema menos del que preocuparse —dijo, tomando asiento e invitándome a hacer lo mismo—. Gracias por quedarte toda la tarde. Chris lo disfrutó mucho.

—Yo también lo disfruté —admití, sorprendida de lo fácil que había sido relacionarme con él.

—¿Ya tomaste una decisión?

—Voy a pensarlo y luego hablamos —respondí.

—Sigues teniendo dudas —afirmó.

—No son por Chris, se lo aseguro. Es un tema personal.

Él asintió con su mirada fija en mí, como si intentara descifrar qué era exactamente lo que me retenía.

—No voy a presionarte. Solo te pido que no demores mucho porque me gustaría contratar a alguien lo antes posible.

—Aprecio su espera y le prometo que haré lo posible por decidirme pronto.

—Eso espero. Mientras tanto, si necesitas consultarme algo o si hay algo en lo que pueda ayudarte, solo llámame.

Asentí, pero desde que Chris se había ido, yo también quería salir de allí lo antes posible. Como siempre, había algo en su tono y en la manera en que me miraba, que me ponían nerviosa.

Y eso era precisamente lo que complicaba mi decisión.

Me acompañó hasta la puerta para despedirse.

—Buenas noches, Campbell —saludé con una sonrisa rápida.

—Buenas noches, Darla —respondió, apoyándose en el marco de la puerta y sin dejar de mirarme de esa forma tan intensa.

Volteé y caminé con paso firme hacia mi coche. A medida que me alejaba, seguía sintiendo el peso de su mirada sobre mí, lo que me hizo apretar las llaves entre los dedos con más fuerza.

Exhalé aliviada cuando estuve dentro del coche y encendí el motor.

Al llegar a mi piso me desplomé en el sofá, sintiendo la tensión abandonar mi cuerpo poco a poco. Mi teléfono sonó, sacándome de mis pensamientos. Lo tomé y vi que me había enviado un mensaje:

Evander Campbell:

«Gracias por hoy.
Chris ya está dormido, pero no ha
parado de hablar de ti.
Espero tu respuesta.
Buenas noches.
Campbell»

Suspiré y dejé el teléfono sobre la mesa sin responderle. No quería apresurarme a tomar una decisión porque algo dentro de mí me decía que, de aceptar ese trabajo, mi vida cambiaría en formas que todavía no podía comprender.

Me recosté en el sofá, observando el techo.

Mis dudas no se debían al trabajo, ni siquiera a Chris.

Era por Campbell.

Su presencia parecía remover algo en mí, algo que siempre había permanecido dormido.

Y no estaba segura de estar lista para dejarlo salir.

Capítulo 7

«Caminar con un amigo en la oscuridad es mejor que caminar solo en la luz.»
—Helen Keller

Evander



Entré en el *Moon Bar* alrededor de las siete de la tarde para reunirme con Ciro y Arsenio, algo que hacíamos, al menos, una vez a la semana. Eran mis mejores amigos desde la secundaria. Nunca dejamos de vernos. Esos dos me mantenían cuerdo cuando lo necesitaba.

Los tres éramos empresarios exitosos.

Ciro era dueño de una empresa de telecomunicaciones, estaba casado desde hacía tres años y no tenía hijos, no porque no lo quisieran, sino porque Andy, su señora, aún no había podido quedar embarazada.

Arsenio era ingeniero, soltero empedernido y mujeriego. Para él, las posibilidades de algo más que una breve relación carnal, eran nulas.

Ambos ya tenían una copa delante cuando los divisé en nuestra mesa habitual. Ciro la levantó en señal de saludo y Arsenio se recostó en la silla y elevó el dedo medio en un gesto obsceno, seguramente, por mi retraso.

—Tarde, como siempre —comentó Arsenio con su típica mueca socarrona.

—El milagro es que tú hayas llegado temprano —respondí con sorna, dejando mi americana sobre el respaldo de la silla.

Ciro soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—¿Qué tal tu semana, Campbell? —preguntó.

Suspiré y me pasé una mano por el pelo.

—Digamos que ha sido… interesante.

Arsenio arqueó una ceja y se inclinó hacia adelante con evidente interés.

—Eso suena a historia jugosa. Empieza a hablar.

Sonreí con resignación y tomé la copa que el camarero acababa de dejar frente a mí. El líquido ámbar se deslizó por mi garganta con un ardor reconfortante. Inspiré profundo y dejé la copa sobre la mesa, observando a mis amigos y preparándome para su intenso y detallado interrogatorio.

—Voy a contratar a una doctora para que esté con Chris mientras yo no estoy en la casa.

—¿Le pasa algo a Chris? —preguntó Ciro preocupado.

—Chris está bien —respondí. No les había contado lo sucedido en la cafetería. Evitaba hablar de Darla—. Pero hace unas semanas tuvo un accidente y, no solo me quedé preocupado, también aterrado.

—¿Qué sucedió? No nos habías dicho nada —dijo Arsenio con alarma.

—Estábamos en una cafetería y se ahogó con la comida… y yo no sabía cómo ayudarlo… fue desesperante, si no hubiera sido porque una chica lo asistió y logró que volviera a respirar… —Negué con la cabeza porque no podía ni mencionarlo—. No sabía qué hacer… no hubiera podido…

—Tranquilo, Evander, a los niños suele pasarles —señaló Ciro, dándome un golpecito en el brazo.

—Estaba aterrado, pensé que…

—Te entiendo, pero por suerte estaba esa chica y no pasó nada —dijo Ciro.

—Eso me llevó a decidir que quiero que en mi casa haya una persona que sepa de primeros auxilios. Almudena es la mejor para cuidarlo, lo hace como una abuela, pero tengo claro que no hubiera podido hacer nada en una situación así.

—¿No te parece un poco exagerado? —preguntó Arsenio.

—No. Si es para proteger a mi hijo, estoy dispuesto a hacer lo que sea.

Por un momento nos quedamos en silencio.

—Pero rebobinemos un poco —dijo Arsenio—, si no entendí mal dijiste que vas a contratar a una doctora, término femenino… ¿ya tienes a alguien en mente? Porque ahora sospecho que lo de tu semana interesante y tu estúpida sonrisa viene por ahí.

Antes de responder di un largo trago a mi cerveza.

—Le propuse el trabajo a la chica que le salvó la vida. Es empleada de la cafetería *ArteLatte* que era dónde nos encontrábamos esa tarde, pero resulta que es doctora, solo le falta hacer la residencia. Ella lo salvó y luego lo trató con mucha dulzura.

—¿Y? —preguntó Arsenio, mientras Ciro me evaluaba.

—Aún no ha aceptado.

—¿Cómo es ella? —insistió.

Suspiré y me pasé las manos por el pelo. A mis amigos nunca les ocultaba nada ni les mentía, así que me preparé para decirles todo lo que me sucedía.

—Ella es… demasiado espectacular. Ese es el problema. —Intercambiaron una mirada, sonrieron burlonamente y luego volvieron a mirarme.

—¿Problema? ¿Dónde está el problema? —preguntó Arsenio, mientras Ciro seguía observándome.

—Para empezar, si decide trabajar en casa, la voy a tener que ver todos los días y… resulta que me pongo duro cada vez que está cerca y yo no follo con las mujeres que trabajan para mí, y mucho

menos si tienen relación con Chris. Además, es… es muy joven. Debe tener veinticuatro o veinticinco años, no más.

—Es adulta, ese no es un problema, y menos si está buena —acotó Arsenio.

—Jodidamente buena. Y con Chris se lleva de maravilla.

—¡Quiero conocerla! —exclamó Arsenio, llevándose una seria mirada de mi parte.

—Ni lo sueñes —respondí, y largó una carcajada.

—¿Y por qué no aceptó? Imagino que le vas a pagar bien —preguntó Ciro.

—El salario no es el problema. Supongo que sus dudas se deben a que en unos meses comienza la residencia. Hace poco rindió el último examen de la carrera de medicina. Creo que piensa que no le va a dar el tiempo.

—Eso es probable, tengo entendido que las residencias de los hospitales son muy exigentes y agotadoras —acotó.

—Sí, lo sé, por eso tengo temor de que no acepte —comenté, y mis amigos volvieron a mirarse, esa vez con la sorpresa dibujada en sus rostros.

—Contrata a otra persona —sugirió Arsenio.

—No, quiero que sea ella —afirmé con seguridad, y los muy malditos chocaron sus copas de cerveza y sonrieron ampliamente.

—Si quieres acostarte con ella y el que sea tu empleada es un problema, entonces no la contrates, fóllatela y asunto arreglado —sugirió Arsenio con su desparpajo de siempre, pero yo negué con la cabeza.

—El bienestar de mi hijo es mi prioridad. Además, ya tengo una relación casual con varias mujeres y así está bien para mí.

—Eso es una muy mala excusa. ¿Cuándo te detuvo el hecho de que ya tuvieras relaciones casuales? —señaló Arsenio.

—No es solo eso —murmuré, removiendo el líquido ámbar en mi copa—. Ella es… es muy joven, no es como las mujeres con las que suelo estar. Ella… es diferente a todas las que he conocido.

Ciro se inclinó sobre la mesa, interesado.

—¿Y eso te asusta, querido Evander?

¿Me asustaba?

Hacía años que no permitía que nadie se acercara demasiado. Mi vida estaba perfectamente estructurada: mi empresa, mi hijo, mis encuentros esporádicos y sin compromiso.

Darla Dupont era una variable inesperada que ponía en riesgo mi orden.

—No es miedo —respondí, mirando a Ciro con seriedad—. Solo sé que no tiene sentido complicarme. Además, ella… no está en el mercado.

—¿Tiene novio? ¿Es casada? —preguntó Arsenio.

—No tengo ni puta idea. Se lo pregunté… pero no me respondió.

—¿Se lo preguntaste? —Y ese fue Ciro que me miraba asombrado.

—Si va a trabajar para mí debo saber de su vida.

—¡Jódeme! ¿Sabes de la vida romántica de todas tus empleadas? —ironizó Arsenio.

—Es distinto, ella estaría con Chris —respondí, pasándome las manos por el pelo.

—¿Es distinto? Lo único distinto es que te gusta más de lo que quieres reconocer, y eso es… ¡GRANDIOSO! No seas cobarde y no huyas de algo que quieres.

Mis amigos volvieron a chocar sus copas celebrando.

—No estoy huyendo. Estoy siendo racional.

—No, ¡estás siendo un idiota! —me corrigió Arsenio

—¡Y ustedes están dementes! Par de lunáticos. No empiecen con sus tonterías —advertí, pero sabía que era inútil.

—Estás jodido —dijo Arsenio, y ambos largaron una carcajada.

Suspiré, vacié el vaso y… me quedé con la duda ardiéndome en el pecho.

¿Lo estaba?

Capítulo 8

«Que tus decisiones sean un reflejo de tus esperanzas, no de tus miedos.»
—Nelson Mandela

Darla



Mi madre me llamó el viernes por la mañana. Solíamos hablar una o dos veces por semana, generalmente antes de que yo me fuera a clase porque en las tardes trabajaba en la cafetería. Vivir tan lejos no era fácil. Los echaba mucho de menos y no podía visitarlos tan seguido como quería. Siempre que podía, volvía para las fiestas de Navidad y los cumpleaños. El resto del tiempo, hablábamos por teléfono.

—Hola, cariño. —La dulce voz de mi madre se sintió como un abrazo, cálido y maternal.

—Hola, mamá.

—Me imagino que estarás disfrutando de estos días sin clases.

—Sí, sobre todo disfruto de dormir un poco más. Como en la cafetería trabajo en la tarde, aprovecho las mañanas. Aunque, he cubierto algún turno de mi compañera para que ella pudiera descansar.

—¿Cuándo comienzas la residencia?

—En poco más de tres meses. ¿Y papá, cómo está?

—Está bien. Los fines de semana ha tenido que trabajar en la casa porque se nos ha roto un caño de la cocina y la humedad ha hecho un desastre. Ha sido un caos.

—¿Por qué no contratan a alguien? —pregunté, aunque sabía la respuesta: el presupuesto de mis padres no se los permitía. Y también estaba segura de que mi madre no lo admitiría para no preocuparme.

—A tu padre le gusta, se entretiene con esas cosas —respondió, tal como imaginaba.

—¿Y la refacción del baño?

—Ah… esa tendrá que esperar —dijo sin perder su optimismo, aunque yo sabía que era algo que tenían que solucionar a la brevedad. La casa era grande y bonita, pero con muchos años encima y el mantenimiento constante era un lujo que no podían permitirse.

Tragué saliva con dificultad al sentir el nudo que se formó en mi garganta.

Ojalá las cosas fueran diferentes y los pudiera ayudar.

Y entonces recordé la oferta de Campbell y supe lo que tenía que hacer. Mis padres se merecían todo lo bueno, no solo por ser excelentes padres, sino porque eran personas trabajadoras y de gran corazón.

—Mamá, les voy a enviar el dinero necesario. No te lo había contado, pero en estos meses en los que estoy libre, voy a trabajar cuidando un niño y el salario es… muy bueno.

—¡¿Qué?! No quiero que trabajes en dos lugares. ¿Cuándo vas a descansar? ¡De ninguna manera! —exclamó alarmada.

—Voy a renunciar a la cafetería. No será necesario que trabaje allí.

—Pero… ¿cuidando un niño, cariño?

—En realidad no lo cuidaré, ya tiene una señora que se encarga de su cuidado. El padre quiere que haya alguien con conocimientos de primeros auxilios acompañando a su hijo.

Le conté todo con detalle: el episodio en la cafetería, el ofrecimiento, el salario. Incluso le hablé del niño, de su dulzura.

Mi madre me escuchó en silencio.

—Es mucho dinero, cariño —dijo al fin.

—Lo sé, por eso no quiero desperdiciar la oportunidad de trabajar unos meses y ayudarlos con las refacciones de la casa.

—Solo quiero saber una cosa y quiero que seas sincera.

—Dime.

—¿Lo haces por nosotros o porque realmente quieres hacerlo? ¿Es lo que realmente quieres? —preguntó con esa intuición de madre que nunca fallaba.

—Quiero hacerlo, mamá. Ya conocí al niño y es muy dulce y cariñoso.

—¿Y la familia?

—Bien —dije sin entrar en detalles, porque ni siquiera sabía que había sucedido con la madre.

—¿Solo bien?

—Gente de mucho dinero, con mucho trabajo y poco tiempo. Con la que voy a estar la mayor parte del tiempo es con la señora que lo cuida y es encantadora —respondí, desviando el tema—. Te voy a transferir el dinero que tengo ahorrado, no es mucho, pero les servirá para lo que necesiten pagar en la casa.

Mi madre suspiró, pero no se negó a aceptarlo, lo que me dejó claro que su situación económica era más complicada de lo que yo pensaba.

Y en ese momento tuve suficiente fuerza para tomar la decisión.

Dejaría de lado mis dudas y comenzaría cuanto antes a trabajar para Campbell.



Me armé de valor y presioné en su contacto para llamarlo e informarle que aceptaba su oferta de trabajo.

—Campbell —respondió al segundo tono de llamada, y su voz me resultó seca y cortante, pero no le di importancia porque ya había tenido conmigo ese tipo de trato un poco brusco.

—Buenas tardes, señor Campbell, soy Darla…

—Lo sé, te tengo en mis contactos —me interrumpió, y agradecí no tener que trabajar con él todo el día porque su humor era una montaña rusa sin aviso—. ¿Tomaste una decisión?

—Sí, lo llamaba por eso. Acepto su oferta de trabajo, pero tiene que saber que solo será por tres meses, luego no tendré tiempo porque debo comenzar la residencia —respondí, y por unos segundos ambos quedamos en silencio.

—Me alegra saber que aceptas. El tiempo… por ahora me parece bien, luego veremos. ¿Puedes comenzar mañana?

¿Luego veremos?

Mi mente tomó ese comentario como una advertencia y supuse que lo decía porque estaría a prueba y quizás no llegara ni a trabajar tres meses. Con él como jefe no era de extrañar.

—Sí, ya dejé todo en orden en mi anterior trabajo y, mientras no comience la residencia en el hospital, tengo todo el día disponible. ¿A qué hora quiere que esté en su casa?

—Chris va al colegio de ocho a doce, mi chofer podría pasar por ti a las once para que mañana vayas a buscarlo. No será tu tarea, normalmente lo hace Almudena, pero en el colegio deben conocerte por si algún día tienes que ir en su lugar. Almudena te presentará ante las autoridades del colegio.

—Perfecto, señor Campbell —respondí, y me pareció escuchar un bufido, cosa que me sorprendió y me hizo preguntarme si lo había llamado en un mal momento.

—Nos vemos mañana. Tendré listo para tu firma el contrato de trabajo y el acuerdo de confidencialidad —señaló, y lo último me dejó sorprendida porque nunca lo había mencionado.

—Disculpe, ¿por qué debo firmar un acuerdo de confidencialidad?

—Porque trabajarás en mi casa y con mi hijo, y necesito asegurarme de que no hablarás de él ni darás detalles de su vida ni de la mía.

—Le aseguro que no lo haría, pero lo entiendo —dije, porque su planteo no dejaba de ser lógico e imaginaba que todos los

empleados de su casa lo habían firmado—. Entonces…, hasta mañana, señor Campbell.

—Hasta mañana, Darla.

Solté un suspiro.

No esperaba que la llamada fuera tan tensa, pero ese hombre podía volver tensa hasta una charla sobre el clima.

Guardé el teléfono y me recosté en el sillón.

Mañana será un día diferente, el inicio de algo nuevo, pensé.



El resto del día lo dediqué a organizarme. Revisé qué ropa sería apropiada para mi nuevo trabajo y me decidí por algo informal y cómodo, pero sobrio. Luego dediqué el tiempo libre a limpiar y ordenar mi piso. Cuando terminé ya era muy tarde y estaba agotada, así que me preparé algo ligero para cenar con la idea de acostarme temprano. Me fui a la cama con un té caliente y el libro que tenía entre manos. Pero a pesar de mi intención de dormir temprano, pasé más tiempo del planeado con el libro entre las manos. No podía concentrarme en la lectura. Mi mente estaba demasiado inquieta pensando en lo que me esperaba al día siguiente.

Antes de darme cuenta, el reloj marcaba casi la medianoche.

Suspiré, cerré el libro y apagué la luz con la intención de dormir.

El sonido de mi teléfono vibrando sobre la mesa de noche me hizo abrir los ojos.

Me incorporé de golpe.

Tomé el teléfono y lo miré.

Grande fue mi sorpresa cuando vi que era de mi nuevo jefe, pero mucho más grande fue leer lo que había escrito:

Evander Campbell:

«Estoy yendo, preciosa.

Espérame sin NADA de ropa.

Y prepárate porque esta noche

te lo voy a hacer en TODAS las posiciones que te puedas imaginar»

¡¡¡QUÉÉÉ!!!

Mis ojos se abrieron como platos y mi cerebro colapsó.

Leí el mensaje una vez.

Dos veces.

Trescientas.

El *shock* inicial me dejó paralizada y no podía razonar, solo leerlo asombrada. Luego el sentido común me golpeó con fuerza.

Ese mensaje claramente no era para mí.

¡Campbell había cometido una ENORME equivocación!

Pero, aun así, me impactaron sus palabras como si yo fuera la destinataria.

Mi dedo tembló sobre la pantalla, debatiéndome entre ignorar el mensaje, responder haciéndole saber que se había equivocado o, directamente, meter el teléfono en el cajón de la mesa de noche y fingir que nunca había sucedido.

Pero la realidad era que sí, había sucedido.

Y, en unas horas, tendría que ver a Campbell cara a cara.

La imagen de su expresión altiva y siempre controlada chocaba con la intensidad cruda de su mensaje.

¿De verdad ese era él?

No podía evitar preguntarme a quién se lo había escrito. ¿Se lo habría enviado a su novia? ¿Prometida? ¿Amante? ¿Amiga? ¿A una desconocida que lo estaba esperando en ese preciso instante?

Cerré los ojos y negué con la cabeza. No era mi problema.

Pero entonces…

Los puntos de escritura titilaron en la pantalla.

Se detuvieron.

Volvieron a aparecer.

Desaparecieron.

Y, finalmente, llegó un nuevo mensaje:

Evander Campbell:

«Ignora el mensaje anterior.

No era para ti»

¿Ignorar? Como si fuera tan fácil, pensé.

¿Y eso era todo?

¿Ni siquiera una disculpa?

Al parecer no iba a dármela porque no volvió a escribir.

Apoyé la cabeza en la almohada, pero mi cerebro estaba demasiado despierto y mi cara demasiado caliente como para pensar en dormir.

Volví a apagar la luz, esperando un milagro.

No ocurrió.

Mi mente seguía dando vueltas a ese maldito mensaje.

Negué con la cabeza.

A mí no debía importarme su vida sexual.

Que, evidentemente, era bastante activa.

Volví a negar.

Definitivamente, debía dejar de pensar en eso.

Pero ¿cómo diablos iba a mirarlo a los ojos después de eso?

No tenía idea.

Pero tendría que hacerlo porque era mi nuevo jefe.



Desperté con la alarma taladrándome los oídos y sintiéndome como si no hubiera dormido en absoluto. Recordando lo sucedido la noche anterior, mi primera reacción fue mirar el teléfono, pero no había más mensajes de Campbell. El último era su escueta respuesta donde pedía que ignorara lo que había escrito.

Por mi bien lo intentaría, pero no estaba segura de lograrlo. De lo único que estaba convencida era de que, cuando lo viera, la incomodidad nos acompañaría. La vergüenza también.

Suspiré y me levanté, preparándome para afrontar el día. Me puse la ropa que había elegido la noche anterior, pero ya no me sentía tan segura de la elección.

Un rato antes de la once salí de mi piso para esperar al chofer de Campbell.

Apenas crucé la puerta de mi edificio vi una SUV negra, grande y elegante aparcada justo enfrente. Por la puerta del conductor salió un hombre alto y de complexión fuerte. Rondaría los cuarenta años y vestía un traje negro impecable. Cuando nuestras miradas se cruzaron, supe al instante que era el chofer de Campbell.

—Señorita Dupont, soy Alonso Coti, el chofer del señor Campbell —saludó, estirando su mano con educación—. Estoy aquí para llevarla al colegio de Christopher. La señora Almudena la está esperando allí.

—Encantada de conocerlo, señor Coti.

Con un gesto cortés abrió la puerta trasera. Asentí con una sonrisa nerviosa y subí al coche. El motor rugió suavemente y comenzamos el trayecto. No tenía idea dónde quedaba el colegio de Christopher, así que decidí aprovechar la oportunidad para entablar conversación.

—¿Cuál es el colegio de Christopher?

—Es el mejor colegio de la ciudad —respondió con amabilidad, aunque su respuesta fue escueta y algo evasiva.

—¿Hace mucho que trabaja para el señor Campbell?

—Este año harán diez, señorita Dupont.

—Guau, mucho tiempo. Así que estuvo con Christopher desde que nació —insistí, para intentar de que me hablara de la madre del pequeño, aunque me arrepentí al instante porque probablemente también le habían hecho firmar un acuerdo de confidencialidad.

—Así es —asintió—. No va a tener problemas con él. Es un niño muy dulce, aunque un poco introvertido —hizo una breve pausa y me miró por el espejo retrovisor—. Y el señor Campbell es un buen hombre, señorita Dupont.

Si lo decía después de diez años de trabajo, debería confiar en él, aunque yo seguía teniendo mis dudas.

Preferí no insistir más sobre la familia Campbell y durante los siguientes minutos hablamos del clima y la ciudad.

Como bien me había dicho, el colegio privado al que asistía Christopher era muy distinguido. Había escuchado sobre él y sabía que la matrícula y la mensualidad costaban una fortuna.

Alonso bajó y me abrió la puerta del coche.

—Los esperaré aquí.

—Gracias, señor Coti —dije, y asintió con la cabeza.

Alcé la vista y vi a Almudena esperándome en la entrada. Apenas llegué a su lado me recibió con una sonrisa cálida.

—Estoy muy contenta de que haya aceptado el trabajo y de tenerla en la casa —dijo, con entusiasmo.

—Gracias, Almudena. Y, por favor, no me trates con tanta formalidad, conmigo no es necesaria.

—Así será, entonces —dijo, y sonreí con gratitud y caminé junto a ella hacia la entrada del colegio.

La secretaria nos recibió con una sonrisa cordial y nos pidió que esperáramos mientras avisaba a la dirección. Almudena aprovechó la oportunidad para explicarme más detalles sobre la rutina del niño.

—Christopher es muy sensible y reservado, pero el otro día noté que contigo tiene una relación especial y se siente muy a gusto. Te tiene especial cariño —dijo, sonriendo francamente—. Es importante que confíe en ti. No necesitas forzar nada, pero si logras que contigo se abra, será de gran ayuda para él.

Asentí, procesando sus palabras.

Unos minutos después, la puerta del despacho se abrió y una mujer de semblante serio nos invitó a pasar. Se presentó como la directora y me explicó los protocolos del colegio, sobre todo para las ocasiones en las que fuera a recoger a Christopher. Luego de unos minutos nos dirigimos a la salida donde los niños ya comenzaban a salir de los salones de clase. No tardé en reconocerlo entre los pequeños uniformados. Sus grandes ojos celestes me miraron con

sorpresa y alegría. Estiró su manito y comenzó a agitarla rápidamente para saludarnos.

—Como yo pensaba. Eres lo que este pequeño necesita.

—Almudena, no olvides que solo voy a estar tres meses —le recordé, y volvió a sonreír.

—Que en tres meses dejes el trabajo no significa que pierdas la relación con Christopher.

—Por supuesto, pero no sé si el señor Campbell permita que sigamos en contacto. —Me miró y su sonrisa se ensanchó.

—Ay, Darla, qué poco intuyen y perciben los jóvenes. —Negó con la cabeza—. En eso, te aseguro, no vas a tener ningún problema.

No pude preguntarle a qué se refería porque vimos que Christopher corría hacia nosotras con los brazos abiertos. No esperaba ese gran recibimiento y mi corazón se agitó de alegría. Quizás Almudena tenía razón y, aunque solo iba a estar tres meses con él, en ese tiempo ambos nos ayudaríamos. En el fondo de mi corazón sentía que ese pequeño me necesitaba y él… bueno… él, con su cariño sincero y desinteresado, me enseñaría a abrirme a la ternura y la confianza.

—Ya decía yo —señaló Almudena haciéndome un guiño.

—¡Darla! —exclamó Christopher al llegar hasta mí, abrazándome con fuerza.

—Hola, pequeño —le respondí, devolviéndole el abrazo.

—¿Vas a venir todos los días? —preguntó, mirándome con ilusión.

—No todos los días, pero voy a estar aquí para recogerte muchas veces y estaremos juntos en la casa todas las tardes.

—Hola, mi niño. ¿Para mí no hay abrazo? —comentó Almudena, sonriente.

Chris me miró, me soltó y la abrazó con fuerza, pero enseguida volvió a mi lado y me tomó de la mano, como si nos conociéramos de toda la vida. Almudena nos observó con ternura y luego nos guio

hasta la camioneta donde Alonso esperaba con la puerta trasera abierta.

—¿Podemos ir al parque antes de ir a casa? —pidió, con ojitos suplicantes, pero dejé que Almudena respondiera porque era la responsable de su cuidado.

—Hoy mejor vamos directo a casa, pero podemos preguntarle a tu papá si otro día podemos ir —respondió enseguida, y comprendí que Almudena no hacía nada sin el consentimiento de su padre.

—Está bien —dijo vencido.

—¿Cómo te fue hoy? —pregunté para cambiar de tema.

Comenzó a contarme, entusiasmado, sobre su día en el colegio: los juegos en el recreo y lo que había aprendido y hecho en clase. Charlábamos con naturalidad y animadamente. Mientras lo escuchaba, no pude evitar la sensación de que, en cierto modo, ya formaba parte de su mundo. Un mundo que, inevitablemente, también incluía a Evander Campbell.

Y esa realidad se hizo evidente en cuanto llegamos a la casa.

Aquella figura alta y autoritaria que ya conocía tan bien se encontraba de pie en el umbral de la puerta principal de la casa.

Alto, imponente, con esa presencia que llenaba el espacio incluso sin decir una palabra.

Y, sin previo aviso, mi estómago se vio invadido por un enjambre de mariposas descontroladas.

Capítulo 9

«La intuición es el susurro del alma.»
—Jiddu Krishnamurti

Evander



¡¿Qué demonios?!

No sé por qué lo hice, pero cuando me di cuenta, había abandonado mi empresa y me dirigía a casa. Ni siquiera la expresión de asombro de Noelia al escucharme decirle que cancelara todas mis reuniones logró hacerme cambiar de idea.

¿Qué sucedía conmigo?

No había logrado concentrarme en toda la mañana. La única imagen que rondaba mi mente era la de la señorita Dupont en mi casa con mi hijo. Solo imaginarlos juntos hacía que mi estómago se sacudiera y se despertara en mí un anhelo que no comprendía.

Apreté el volante con más fuerza de la necesaria mientras el tráfico avanzaba lento, como si el universo insistiera en hacerme pensar en lo absurdo de mi comportamiento.

¿Por qué me empeñaba en verla?

¿Por qué me gustaba imaginarla en mi casa?

Y no solo imaginarla, porque me dirigía hacia allí para verla.

La imagen volvió a cruzar mi mente.

Su sonrisa tímida, la risa de mi hijo, la luz de la tarde filtrándose por las ventanas mientras ellos compartían risas, envueltos en la intimidad de nuestro hogar.

¡¿Nuestro hogar?!

A punto estuve de pisar el freno y volver a la empresa…, pero no lo hice.



El trayecto hasta casa se me hizo eterno.

Cuando finalmente llegué, mi ansiedad estaba al límite, pero me obligué a tranquilizarme. Me detuve frente a la puerta principal y apagué el coche.

Todo en su sitio, como siempre.

El jardín impresionante, los rosales perfectamente podados, el césped impecable.

Todo como debía ser.

Excepto… mi cabeza.

Salí del coche y entré en la casa.

El silencio me recibió.

Los pasos seguros y rápidos de Carmencita, mi empleada, resonaron en la sala.

—Señor Campbell, qué sorpresa tenerlo en la casa a esta hora. ¿Sucedió algo?

—No, en absoluto. Simplemente me voy a quedar en la casa toda la tarde —dije sin dar más explicaciones. Nunca las daba, a nadie.

Me miró con la misma sorpresa que me había mirado Noelia, pero tampoco me importó. ¿Por qué les parecía tan sorprendente que quisiera pasar la tarde con mi hijo?

—Christopher no ha llegado, señor.

—Me imaginé por el silencio —señalé, con una pequeña sonrisa que ella correspondió.

—Hoy comienza a trabajar la señorita Dupont, ¿verdad?

—Así es. Debería llegar con Chris y Almudena.

Se quedó mirándome como si sospechara que mi presencia allí se debía a Dupont, pero por mí que pensara lo que quisiera. Nunca me había importado lo que pensaran los demás.

—¿Necesita algo, señor?

—No, gracias. Cualquier cosa te aviso, Carmencita.

Imaginaba que estaban al llegar, así que me dirigí hacia la puerta principal para esperarlos allí. Mis dedos tamborilearon contra la madera del pórtico mientras mi mente trabajaba sin descanso.

¿Cómo sería verla llegar con mi hijo?

¿Cómo se llevarían?

¿Qué haría cuando me viera?

Muy a mi pesar, sentí un repiqueteo en mi pecho.

Eso era nuevo.

Algo estaba cambiando dentro de mí.



—¡Papá! ¡Papá! —gritó Chris apenas me vio, y su alegría me hizo olvidar, por un momento, lo vergonzoso que sería mirar a la señorita Dupont después del enorme error que había cometido la noche anterior al enviarle ese mensaje.

Cada vez que pensaba en eso me mortificaba.

Era un mensaje que estaba dirigido a una de mis amantes casuales. Pero como un gran imbécil, me había equivocado y se lo había enviado a Darla. Y eso me había sucedido porque me había pasado un buen rato mirando su fotografía del perfil de *WhatsApp*.

¡Estaba hecho un verdadero idiota!

Negué con la cabeza para tratar de no pensar en eso y me concentré en Chris.

Mi hijo no estaba acostumbrado a llegar del colegio y encontrarme en la casa, así que corrió hacia mí, claramente emocionado. De repente, se detuvo, miró hacia atrás y, al ver que Darla salía del coche, fue hacia ella y la tomó de una mano.

Me sorprendí con esa demostración de cariño, pero en el fondo, me gustó.

Chris comenzó a tironear de ella y, nuevamente, se dirigió hacia mí, pero esa vez acompañado por Darla Dupont.

Y por alguna razón, me puse nervioso.

Mientras los miraba, algo en los rosales llamó mi atención y desvié la mirada hacia allí. Julia amaba esos rosales y los cuidaba con un cariño especial. Cuando ella falleció, contraté a un jardinero para

que se encargara de su cuidado y no permitiera que nada les pasara. Para mí era muy importante mantener ese recuerdo.

Al mirarlos noté que lo que se movía era una hermosa mariposa. Me quedé absorto observándola volar vacilante entre las rosas, sobre todo, porque esos pequeños y bellos seres era los preferidos de mi esposa, aunque rara vez se veían por allí. Julia siempre me pedía que, si le regalaba alguna joya o cuadro, fuera con mariposas. Aún conservaba sus pulseras y colgantes con dijes de mariposas que le había regalado en ocasiones especiales y que ella amaba.

Mis ojos siguieron el vuelo de la mariposa que revoloteó cerca de Chris y Darla antes de posarse sobre el cabello de ella.

Y nuestras miradas se encontraron, y entonces ocurrió algo inesperado.

Ese aleteo en mi pecho que sentía siempre al mirarla se transformó en una sacudida que amenazó con hacerme perder el equilibrio.

¡Demonios!

¿Qué era eso?

Fue Chris que, lanzándome a mis brazos, me trajo de vuelta a la realidad.

—¡Papá, papá! ¡Darla me fue a buscar al colegio! ¡Y se va a quedar a jugar conmigo!

—Hola, mi amor. Estás contento —afirmé sonriendo.

—Síií —dijo, y en ese momento miró a Darla—. ¡Mira, Darla! ¡Tienes una mariposa en la cabeza! —exclamó emocionado y señalándola con fascinación.

Darla parpadeó sorprendida, pero no ahuyentó a la mariposa, sino que se quedó quieta y rio suavemente. El sonido me recorrió como un dulce eco que me hizo estremecer.

—Parece que le gusto —murmuró.

—No es a la única —solté sin pensar.

Darla alzó la vista hacia mí con la sorpresa dibujada en su rostro y se sonrojó. Yo mismo me desconcerté con mis palabras, así que me apresuré a aclararlo:

—Me refiero a que parece que te llevas muy bien con Chris.

¿De dónde demonios había salido eso?

Si ya estaba inquieto por su reacción al verme después de mi mensaje de la noche anterior, con ese comentario inapropiado sentí que me hundía más.

Chris, ajeno a la tensión que se había instalado entre nosotros, saltaba de emoción.

—¡Mira, papá, no se vuela!

—Bueno, parecerá que tengo un lindo broche —dijo Darla.

—Mi papá dice que a mi mamá le gustaban mucho las mariposas y que ella decía que traían mensajes.

Mi pecho se contrajo al escucharlo. No imaginaba que recordara lo que solía decirle cuando veíamos una.

Darla me observó con curiosidad y supuse que era porque nunca le había hablado de Julia.

La mariposa alzó vuelo y se perdió entre los rosales. Pero la sensación de su presencia quedó flotando entre nosotros.

—Se fue tu broche —dijo Chris, riendo, mientras miraba a la mariposa alejarse.

Darla sonrió y me miró.

—Señor Campbell, le pido disculpas por haber demorado un poco en llegar, no sabíamos que estaba esperando a Chris. Fue porque le pedimos al señor Coti detenernos en algunos parques, pero no bajamos del coche, solo los observamos para elegir a cuál podríamos ir en otra oportunidad. Siempre que usted lo apruebe, por supuesto.

Asentí, aún sin palabras. La miré unos segundos más antes de reaccionar.

—No hay problema. Yo no avisé que vendría —dije, recuperando mi compostura.

Ella sonrió más ampliamente y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que algo dentro de mí se salía de control.

Y me asusté.

—Yo… tengo que volver a la empresa.

—¿No te quedas a jugar con nosotros, papá?

—No puedo, cariño. Tengo que volver a trabajar. Solo vine a darle la bienvenida a la señorita Dupont y a darte un abrazo.

—Gracias —dijo Darla, y asentí con la cabeza.

—¿Otro día podemos jugar los tres?

—Sí, claro, cariño. Ahora me voy. Espero que disfruten la tarde juntos.

—Gracias —respondió Darla con cierta timidez.

Dejé a Chris en el piso, le di un beso y me marché.

Al pasar junto a Almudena, la saludé. Ella me devolvió el saludo con una gran y luminosa sonrisa, como si supiera algo que yo ignoraba.

Me subí al coche para huir de mi propia casa, temeroso de eso tan extraño que había sucedido momentos antes y que no quería analizar.

Justo antes de encender el motor, vi que la mariposa que había revoloteado entre nosotros se posaba en el parabrisas.

Me quedé inmóvil, observándola.

Con cada segundo que pasaba el día se tornaba más extraño.

Suspiré y encendí la radio para acallar mis pensamientos.

Y entonces…, comenzó esa canción.

Los primeros acordes de *A Lot More Free* de Max McNown llenaron el interior del coche como un eco del pasado que se resistía a irse… o, tal vez, me susurraba algo.

Mi garganta se cerró y un escalofrío me recorrió la espalda, como si cada nota de la canción abriera un rincón olvidado de mi alma. La letra era una reflexión profunda sobre el proceso de sanación. Una perspectiva esperanzadora sobre la capacidad de sanar y crecer a partir de las experiencias difíciles. Era una canción sobre la resiliencia y la capacidad de encontrar la paz interior a través de la adversidad.

Y en ese momento, mirando a la mariposa, sentí que era un mensaje de Julia. Un mensaje en el que me pedía que no me dejara vencer por las adversidades y que siguiera adelante.

Que comenzara de nuevo.

Apreté el volante con fuerza, mientras una extraña sensación de nostalgia y algo más me invadía.

No era tristeza.

Era la certeza de que Julia estaba allí.

Y que, de algún modo imposible de explicar, me susurraba algo.

Me susurraba mi destino.

Capítulo 10

«Arriesgarse es perder momentáneamente el equilibrio, no arriesgarse es perderse a uno mismo.»
—Soren Kierkegaard

Darla



No entendía qué había sucedido con Campbell, pero había sentido una conexión tan intensa que hasta me había olvidado del mensaje que me había enviado por error la noche anterior. Probablemente, él lo tenía muy presente porque me había quedado con la sensación de que había huido. No sé… como si algo lo hubiera espantado de repente.

Sacudí la cabeza levemente y me concentré en Chris, que en ese momento me tironeaba hacia dentro de la casa.

—Vamos a jugar, Darla.

—Primero tienes que sacarte el uniforme, lavarte las manos y almorzar —ordenó Almudena que venía detrás de nosotros.

—Vamos, te acompaño —dije.

—Pero no te vas a ir —afirmó Chris.

—Me voy a quedar toda la tarde como te prometí.

Su rostro se iluminó con una maravillosa sonrisa. Me tomó de la mano y subimos corriendo las escaleras mientras Almudena protestaba por su ansiedad.

Reí. Y, por un momento, me dejé arrastrar por su inocencia y alegría.

Después de jugar toda la tarde y ayudarlo a armar una ciudad entera de bloques —invadida por dinosaurios, por supuesto—,

terminé más extenuada que tras una jornada en la cafetería. Pero también más feliz.

Miré la hora.

Ya había terminado mi jornada.

El señor Campbell no había llegado, pero me había indicado que, si Chris estaba bien, no me fuera después de las ocho de la noche.

—Tengo que irme, campeón —dije, acariciándole el cabello.

Chris me abrazó y me hizo prometerle que al día siguiente volvería.

Con Almudena me acompañaron hasta la puerta, donde el señor Coti ya me esperaba para llevarme a mi piso.

—Gracias por hoy —dijo Almudena.

—Nada que agradecer.

El hecho de que Campbell no volviera a la casa me hizo pasar una tarde tranquila, pero al mismo tiempo… también una sutil desilusión.

Estaba cayendo, lenta pero inevitablemente.

Cuando Campbell estaba cerca me ponía nerviosa… porque él me gustaba, me atraía mucho y sentía una sensación que nunca había experimentado.

Sus palabras de la noche anterior, aunque no eran para mí, me habían despertado un deseo que no podía controlar. No había borrado el *chat* porque, cada tanto, volvía a él y lo leía, imaginando que realmente era la destinataria y que ese hombre me deseaba.

Pero no podía seguir pensando en él de esa forma; de lo contrario, los meses de trabajo en su casa iban a ser un tormento.

Al llegar a mi piso me preparé un té y me dejé caer en el sofá sin siquiera quitarme los zapatos. Tenía el cuerpo agotado, pero la mente inquieta.

Puse música, recordando algo que siempre decía mi madre: *al alma la música calma*.

En ese momento sonreí y pensé que, si era así, yo iba a necesitar una *playlist* completa.

Comenzó a sonar *Fly* por Extreme Music. Una balada muy bonita, que, muy a mi pesar, me hizo recordar a Campbell. Me gustaba verlo jugar con Chris, escucharlo hablarle. Así como sentir su mirada, su voz, su risa.

Mientras la escuchaba me quedé en silencio, con la taza entre las manos.

Comencé a recordar la tarde con Chris: su risa, la luz de sus ojos cada vez que se le ocurría una nueva idea para el juego, sus abrazos…

Inevitablemente, la imagen de Campbell se coló entre mis pensamientos.

Por primera vez, Chris había hablado de su madre y lo había hecho como si ya no estuviera, y eso me había llevado a pensar que había fallecido.

Se me estrujó el corazón. Por Chris. Por Campbell.

¿Sería por eso por lo que, muchas veces, su mirada parecía tan lejana y triste?

Esa mirada…

Esa mirada que, otras veces, era tan intensa que me estremecía todo el cuerpo.

Apoyé la taza en la mesa y me abracé las piernas.

No quería confundirme.

Mi teléfono sonó interrumpiendo mis reflexiones.

Miré la pantalla.

Evander Campbell:

«Qué tal tu día con Chris?»

Él no me lo pone fácil, pensé.

Pero debía responderle.

Yo:

«Muy bien.

Jugamos toda la tarde y

pasamos muy lindo»

Evander Campbell:

«Gracias por quedarte hasta tarde.
No pude llegar a tiempo.
Pídele a Almudena lo que necesites»

Sin dejar de mirar la pantalla me recosté un poco más en el sillón. Sus palabras eran atentas, pero marcaban distancia.

Como debe ser, exclamó mi conciencia.

Yo:

«Lo tendré en cuenta.
Gracias»

Asumí que la conversación había terminado, así que dejé el teléfono sobre el sillón, pero volvió a sonar.

Evander Campbell:

«Chris está muy feliz, no dejó
de hablarme de ti»

Me mordí el labio. No sabía qué responderle. Ese hombre me confundía porque esas palabras no tenían nada de distante como las anteriores.

Yo:

«Me alegra saberlo.
Yo tmb estoy feliz de
poder pasar un tiempo con
él. Gracias x contármelo»

Y llegó otro mensaje, dejándome cada vez más confusa.

Evander Campbell:

«Llegar a casa después de
un día complicado y ver a mi
hijo tan feliz hizo que volviera
a tener esperanza. Me recordó
lo que era llegar a casa y sentir
algo parecido a la paz. Hacía
mucho que no lo sentía.
De verdad…gracias»

Esas palabras, tan profundas y cargadas de emotividad, me estrujaron aún más el corazón.

¿Campbell había perdido la esperanza? ¿La esperanza en qué?

¿Por qué no sentía paz al llegar a su casa?

No sabía si él quería seguir hablando conmigo, pero algo dentro de mí no podía dejarlo así. Necesitaba comprobar si estaba bien.

Yo:

«Todo bien?»

Inmediatamente me arrepentí. Quizás pensaba que había cruzado una línea. Me sentía tan mal conmigo que estuve a punto de apagar el teléfono y lanzarlo lejos, pero después de unos minutos, llegó su respuesta:

Evander Campbell:

«No lo sé»

Lo leí varias veces intentando entenderlo, pero no pude. Era como si quisiera decir más de lo que había escrito, pero yo no tenía idea de qué podía ser.

Tampoco pregunté porque esa vez… no me atreví.

Pero… no me despedí.

Ni él.

La conversación quedó flotando ahí.

Con el teléfono apoyado en el pecho me quedé inmóvil, deseando que llegara otro mensaje y como si temiera que el más mínimo movimiento rompiera el hilo invisible que nos unía en ese momento.

Ya estaba demasiado implicada.

Y lo peor… demasiado interesada.

Pero el teléfono siguió en silencio.

Esperando.

Como si también supiera que la conversación no había terminado.

Tomé aire, como para darme valor.

Y escribí:

Yo:

«Si necesitas hablar, estoy despierta»

Pasaron unos minutos y volví a ver los puntitos, señal de que estaba escribiendo, aunque tenía la sensación de que estaba dudando o no se atrevía a escribir lo que realmente quería.

Evander Campbell:

«Gracias, Darla.

Ya es muy tarde.

Vete a dormir.

Buenas noches»

Nuevamente marcaba distancia y, esa vez, daba la conversación por finalizada.

Ya no llegaría otro mensaje, aunque yo lo deseara.

Me fui a la cama y me tapé con la manta hasta el cuello, como si eso pudiera protegerme de las emociones que comenzaban a crecer en mi interior cual volcán a punto de estallar en toda su potencia.

No quería sentir eso…

No quería sentir nada por él.

Las manos me temblaban.

Apagué la luz como si con eso pudiera dejar de pensar… de sentir.

Cerré los ojos.

Y me dormí con sus palabras repitiéndose en mi cabeza: «*No lo sé*».

Yo tampoco sabía nada.

Solo que algo estaba a punto de cambiar.

Capítulo 11

«No vivas en el pasado, no sueñes sobre el futuro, concentra tu mente en el momento presente.»
—Buda

Evander



Dejé el teléfono y me llevé los dedos al puente de la nariz, presionando con fuerza.

Jamás había actuado de manera tan estúpida, irracional e impulsiva.

Jamás me había sentido tan fuera de control.

No entendía qué demonios me había impulsado a querer desnudar mi historia, mis conflictos, mis heridas, mi oscuridad ante… Darla Dupont. Apenas la conocía y, sin embargo, estuve a punto de… abrirle mi corazón.

Por suerte reaccioné a tiempo y corté la conversación antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirme.

¿Qué me sucedía con esa chica?

Di otro sorbo largo a mi *whisky*.

El ardor en la garganta era un castigo merecido.

Desde la muerte de Julia me había relacionado con otras mujeres. Todas en forma casual, sin compromiso, sin alma. Ninguna de ellas había despertado en mí la necesidad de hablar de lo que realmente sentía, de la soledad que me acompañaba día y noche.

Pero con Darla…

Con ella era distinto.

Con Darla sentía la necesidad de mostrarle quién era realmente.

Mi verdadero yo.

No ese hombre serio, rígido y parco que la mayoría conocía.

Sino el verdadero Evander.

Aquél que hacía tanto tiempo había enterrado junto a mi mujer.



Una semana había pasado desde la última vez que había visto a Darla.

Después de aquella noche en la que habíamos intercambiado mensajes, habíamos mantenido dos conversaciones telefónicas, y únicamente para hablar sobre la medicación que tomaba Chris para la alergia. La realidad era que… no me sentía capaz de mirarla a la cara. No quería volver a experimentar todas esas emociones que me provocaba. Si dejábamos de tener contacto por un tiempo, seguro que se me pasaría y todo volvería a la normalidad. Además, Almudena me ponía al tanto de todo lo que hacía con Chris y de lo bien que se llevaban. Estaba claro que Darla había conquistado el corazón de todos en mi casa, porque hasta el jardinero me había dicho: «La doctora de Christian es un encanto»; y Madison, la cocinera, todos los días me sorprendía con una receta que le había enseñado «la señorita Dupont». Y ni hablar de Chris y Almudena, Darla los tenía en el bolsillo. Chris se dormía hablando de ella y me contaba todo lo que habían hecho ese día.

Y yo…

Cada mañana escapaba de casa antes de que ella llegara y regresaba pasadas las ocho, asegurándome de no cruzármela.

Era contradictorio, huía de alguien cuya cercanía deseaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Sí, era un cobarde.

Pero no estaba preparado para enfrentar lo que esa chica me provocaba.

Mi corazón había pertenecido y seguiría perteneciendo a Julia.

El sonido de mi teléfono vibrando sobre mi escritorio me sacó de mis reflexiones.

Miré la pantalla y suspiré.

El nombre «Darla Dupont» aparecía allí.

No me podía dar el lujo de no atenderla porque podía querer decirme algo de Chris.

Exhalé.

—Campbell.

—Buenos días, señor. Disculpe que lo moleste. ¿Está ocupado o podemos robarle unos minutitos?

—Dime —respondí con sequedad.

—Es solo una consulta.

—¿Le sucede algo a mi hijo? —pregunté preocupado, aunque desde que ella estaba con Chris, en ese sentido me sentía mucho más tranquilo.

—Déjame hablar con mi papá —dijo Chris, y su voz sonó como si estuviera pegado a Darla.

—¿Qué sucede señorita Dupont?

—Chris está perfecto. Como le dije, queríamos hacerle una consulta —dijo, y por unos segundos solo escuché un murmullo, pero sin entender qué era lo que hablaban entre ellos—. Discúlpeme, es que Chris me estaba diciendo algo.

—¿Puedes decirme de una vez qué es lo que sucede?

Por el silencio que hizo, supuse que mi brusquedad la había sorprendido, pero era la única forma que conocía con ella para mantener la distancia.

—Este… queríamos saber si Chris puede traer un… cachorrito a la casa.

Silencio.

—¿Un qué? —pregunté al fin.

—Un perrito. Sería de algún refugio, algún perrito que necesite un hogar —dijo, y su voz ya no sonaba tan segura, aunque podía escuchar a mi hijo pidiendo para hablarme.

—No quiero mascotas, Darla.

—Si es por la alergia, le aseguro que no habrá problemas. Estuve leyendo la historia médica de Chris y no es alérgico a…

—No es por la alergia de mi hijo, tengo clarísimo a lo que es alérgico. Solo no quiero un jodido perro en mi casa.

—Podría pensarlo un…

—No. Y es mi única respuesta.

—Yo creo que le haría bien a Chris y…

¡Joder! Qué testaruda… y que irresistible podía ser cuando se ponía así.

—Señorita Darla, ¿estás sorda?

—No señor —respondió enseguida y, aunque no le veía la cara, estaba seguro de que había puesto los ojos en blanco.

—Un perro en mi casa no es una opción. Los viernes Chris se queda con mis padres y eso complicaría más las cosas.

—Chris podría llevarlo —murmuró, seguro que para que él no la escuchara.

—Definitivamente no —repetí.

—Podría solo… pensarlo. Podría ser el amigo perfecto para Chris —volvió a murmurar.

—Para eso te tiene a ti —dije malhumorado.

—Deme un segundo señor —dijo, y la escuché hablar con mi hijo, que no había dejado de pedir para hablar conmigo—. Lo comprendemos, señor Campbell. Que tenga buena jornada.

Y me colgó.

Estaba seguro de que no comprendía nada. Pero realmente no me importaba.

O… ¿sí?

Porque… si no me importaba… ¿por qué sentía el corazón tan pesado?



Esa tarde tenía la intención de salir temprano de la oficina para poder llegar a casa antes de que Darla se fuera, pero una reunión de último momento lo impidió.

Maldije a mi secretaria cuando me pasó la llamada de mi abogado y terminé reunido con él por dos horas.

De camino a casa iba malhumorado. Ese día quería hablar con ella y decirle que, antes de ilusionar a Chris con adoptar un perro, debió haber hablado conmigo. Además, también quería dejar ciertos límites en claro, porque no toleraba que me hubiera llamado a mi oficina para hablar de… ¡un maldito perro!

Mientras pensaba en ello, otra idea fue tomando fuerza.

Tenía su dirección porque figuraba en el contrato de trabajo y la recordaba muy bien.

Sin pensarlo demasiado, la puse en el GPS y me dirigí hacia allí.

Sí, era una locura.

Pero desde que la conocía había hecho unas cuantas. Una más no haría la diferencia.

Al llegar a su edificio no me sentía tan seguro y estuve a punto de no salir del coche y volver a casa.

Pero no lo hice.

Un impulso más fuerte me hizo bajar y tocar el timbre. Era un edificio chico y no había portero que recibiera a la visita.

Nadie atendió.

Insistí.

Justo cuando había decidido irme, escuché su voz.

—¿Sí?

Huye ahora que estás a tiempo, gritó mi conciencia.

No la escuché.

—Buenas noches, Darla. Soy Campbell.

Silencio.

—¿Darla? ¿Me escuchas?

—¿Señor Campbell? —preguntó con la sorpresa tiñendo su voz.

—Vine porque necesito hablar contigo. ¿Puedes ahora? Si no, igual podemos hacerlo mañana —dije, porque recién en ese momento se me ocurrió que quizás no estaba sola. Aunque pensar en eso no me agradó en absoluto.

—¿Todo bien? ¿Le pasó algo a Chris?

—Chris está bien, aunque es de él de quién necesito hablarte.

—Claro… pase.

La imagen que se me presentó apenas bajé del ascensor me dejó sin habla. Darla me esperaba en la puerta de su piso. Tenía el pelo un poco desordenado y vestía una bata. Me miraba con sorpresa, y… se veía más bella que nunca. Se me olvidó por completo el discurso que tenía preparado.

—Eeeh…, hola —titubeé, sintiéndome un idiota.

—Hola.

—Vine porque necesito hablar contigo —repetí con la voz más baja de lo habitual.

—Pase, por favor —dijo, apartándose de la puerta para que pudiera hacerlo.

El piso era bastante pequeño, pero estaba ordenado. Era cálido. El ambiente olía a café y a algo dulce.

Olía a Darla.

—¿Qué sucedió, señor Campbell? —preguntó, cruzándose de brazos con suavidad.

Me detuve en el centro del *living*, sin sentarme, y la miré.

—Como te dije hoy, no accionaste bien al incentivar a Chris con el tema del perro. Antes de hacerlo debiste hablar conmigo.

Me miró, y la sorpresa dio paso a la vergüenza, porque inmediatamente se sonrojó.

—Lo lamento. Solo quería ayudar a Chris porque sospeché que no iba a tener otra oportunidad de hablarlo con usted.

—¿Eso creías?

—Lo sospechaba —dijo, y su sonrojo se incrementó. Y a mí me pareció… adorable.

—Sabías que iba a molestarme —afirmé.

—Sabía que no iba a escucharlo. Yo… solo quiero verlo feliz.

Apreté la mandíbula. Me molestó la imagen que tenía de mí.

—¿Y crees que yo no quiero lo mismo?

Darla parpadeó. Parecía herida por mis palabras y el tono indignado con que las dije.

—Solo planteamos llevar a la casa a un cachorrito al que Chris le brinde cariño. Una mascota con la que jugar… que no viene con horarios ni protocolos que cumplir.

Me acerqué a ella y nuestros rostros quedaron a escasos centímetros.

Ella no retrocedió.

—¿Eso es lo que crees que soy yo para mi hijo? ¿Alguien con horarios y protocolos?

—No dije eso —respondió nerviosa.

La tenía al alcance de la mano. Notaba que se le había acelerado el pulso y que tenía los ojos completamente brillantes.

¿Podría ser que me deseara como yo a ella?

—No quiero que… se moleste conmigo —balbuceó, y su cálido aliento me hizo cosquillas en los labios.

—No estoy enojado contigo…, estoy enojado porque… no sé qué hacer con esto. —No tenía ni idea de que esas palabras iban a salir de mi boca y, sin embargo, no pude detenerlas.

—¿Con qué?

Silencio.

Nos mirábamos sin pestañear y sintiendo nuestros corazones latir en forma desbocada. Mis pulmones se llenaron con su dulce aroma y las campanas de alarma comenzaron a sonar a la distancia.

¿A quién quería engañar?

Ya NO había distancia.

Ni quería que la hubiera.

Ella entreabrió los labios, temblorosa, como si estuviera a punto de decir algo, pero no lo hizo. No le di tiempo. No quise palabras.

—A la mierda.

La sujeté por los antebrazos y, al mismo tiempo, agaché la cabeza para devorarle por fin esos labios que me tenían loco.

La besé.

Fue el beso perfecto.

El principio de mi perdición… y, quizás, también de mi redención.

Capítulo 12

«No recordamos los días, recordamos los momentos.»
—Cesare Pavese

Darla



Todavía tenía su nombre en los labios cuando sus manos me tomaron por sorpresa.

Me estaba besando con Evander Campbell… y se sentía tan bien.

Sus labios eran cálidos, suaves y perfectos.

Y me besaba tal como lo había imaginado.

Sí… muchas veces lo había soñado desde que ese hombre se cruzó en mi camino.

Me besaba sin prisa, pero con la urgencia implícita de alguien que ya se imaginaba arrancándome la bata y haciéndome suya allí mismo. Sus manos sujetaban mis caderas, apretándome contra él, haciendo que nuestros cuerpos se ensamblaran con una precisión casi dolorosa. La calidez de su cuerpo se filtraba a través de la ropa, encendiendo mi piel.

Su forma de besarme abrasaba todas las partes indicadas de mi cuerpo, y un hormigueo delicioso comenzaba a recorrerme entera. La sensación era tan salvaje y placentera que suprimía cualquier pensamiento razonable que pudiera tener.

Mis dedos se deslizaron por su pelo, abundante y suave, acariciándolo como tanto había deseado. Un gemido escapó de su boca y sus manos apretaron aún más mis caderas.

Jadeé.

Y él lo hizo suyo, como si ese sonido también le perteneciera.

Sus manos comenzaron a subir, lentas, seguras, pero se detuvieron justo debajo de mis pechos. Y, cuando estaba a punto de abrir mi bata… tomó aire con fuerza, y se apartó.

Durante unos segundos quedamos mirándonos en silencio, respirando con dificultad.

Sus ojos celestes parecían más oscuros con la luz tenue del *living*, y tenía los labios hinchados.

Probablemente como los tenía yo.

Pero lo que realmente me desarmó y desconcertó no fue la forma en que se apartó, sino lo que vi en sus ojos en ese preciso instante.

Fue su mirada.

Ya no había deseo ni admiración.

Solo arrepentimiento.

Y culpa.

Solo vi… el principio del adiós.

La vergüenza y la angustia me golpearon con fuerza.

—No puedo… —susurró, como si le doliera decirlo, bajando la mirada y negando con la cabeza—. No puedo hacer esto.

No pude decir nada.

¿Qué había para decir?

Me quedé allí, de pie en medio del *living*, desconcertada y observando cómo se daba vuelta y salía de mi piso con rapidez.

Sin mirar atrás.

Y sin decir una sola palabra más.



Cuatro días habían pasado desde nuestro beso.

Cuatro días sin verlo, sin hablar.

Al principio me dolió su actitud, pero después llegué a pensar que era mejor así. Con los días olvidaríamos lo que había sucedido entre nosotros y volveríamos a la «normalidad». Si es que había algo de «normal» en mi relación con él. Y por relación me refería

estrictamente a la laboral, porque era la única que existía entre nosotros, y con un gran nivel de frialdad.

Me sentía tan desconcertada que estuve a punto de llamar a Juanpi y a Mara para hablarles de Evander, pero al final no lo hice. No pude. Sentí que no debía. Él me había hecho firmar un acuerdo de confidencialidad y, en realidad, tampoco es que hubiera mucho que contarles.

Era mejor que lo olvidara.

En esos días también supe algo más de su vida.

Almudena —que siempre era muy discreta—, me compartió algunos detalles de la vida de Evander, seguramente porque había notado la escasa —o directamente inexistente— interacción que había entre nosotros en esos días. Yo no había dicho una sola palabra sobre él, pero se notaba la incomodidad cuando Almudena me daba las indicaciones que él había dejado para mí.

Fue en esa conversación que me enteré de que había estado casado tres años con la madre de Chris, una mujer llamada Julia, que había fallecido en un accidente automovilístico hacía poco más de dos años. Según Almudena, se amaban profundamente y su muerte le había partido el corazón, lo había devastado. Ella estaba convencida de que él la seguía amando y que aún sufría mucho por su ausencia. Desde aquel fatídico día, según me dijo ella, Evander no dejaba entrar a nadie en su vida. Vivía para su hijo y su empresa.

Y de repente, todo encajó.

La culpa en sus ojos.

El silencio.

Esa necesidad de mantenerse lejos, incluso cuando todo gritaba que quería acercarse.

Julia seguía allí, como una presencia silenciosa que él no se atrevía a soltar.

Y después de conocer más sobre su historia, logré entenderlo un poco mejor.

Comprendí que el secretismo en torno a su vida personal tenía mucho que ver con esa tragedia. Y también imaginé que, por eso, las fotografías que había en la casa eran solo de Chris con él o con sus abuelos.

Ni una imagen de su esposa.

Quizás, la parte más íntima de su vida estaba resguardada en las estancias menos accesibles de la casa, como protegiéndola del mundo exterior porque no quería compartirla con nadie.

Como tampoco quería compartir su corazón.

Capítulo 13

«Sea cual fuere la sustancia de la que están hechas las almas, la suya y la mía son idénticas.»
—Emily Brontë

Evander



La reunión se había prolongado media hora más de lo previsto, y todavía no veía señales de que fuera a terminar pronto. Miré por enésima vez el reloj y reprimí un bufido, aunque no pude evitar el gesto de fastidio. No había previsto que la reunión se atrasara tanto. Ese día quería salir a tiempo. Se lo había prometido a Chris.

—¿Algo más que quieras añadir, Rodrigo? —pregunté, intentando cerrar con diplomacia.

Mala idea.

Rodrigo, que al parecer sufría de verborragia, asintió y desplegó otro argumento técnico que sospechaba era lo mismo de antes con otras palabras. Me forcé a mantener la atención, aunque mi mente ya estaba a kilómetros de ahí.

Mi teléfono vibró sobre la mesa de reuniones.

Era un mensaje de Almudena:

Almudena:

«Disculpe la molestia. Dada la hora asumo que no va a poder llegar al Colegio de Chris y se me ocurrió que, si no tiene inconvenientes, podría

pedirle a la señorita Darla que vaya
a acompañar a Chris. Él va a quedar
muy contento de verla allí.
¿Le parece bien?»

¿Darla en el acto escolar del colegio?

No tenía claro si era una buena idea, pero sentía tanta culpa y arrepentimiento por no poder llegar que quería hacer lo mejor para mi hijo, aunque a mí no me terminara de convencer la sugerencia de Almudena.

Yo:

«Me parece bien. Gracias por
pensar en eso»

Dejé el teléfono sobre la mesa y traté de concentrarme en lo que hablaba Rodrigo.

Darla en el colegio de mi hijo. Rodeada de padres. De madres. De familias. Donde se suponía que tenía que estar yo.

La imagen me provocaba algo contradictorio. No porque desconfiara de Darla —todo lo contrario—, sino porque algo en mí se tensaba cada vez que imaginaba a mi hijo mirándola con esos ojos de devoción. Ojos que, hasta entonces, solo había tenido para mí.

Cuando por fin logré salir de la oficina, el acto de Chris ya llevaba más de una hora en marcha. Me subí al coche notando un nudo en el estómago propio de quien siente que falló. Que no cumplió con su promesa. Y no a cualquiera. A mi hijo.

Apenas puse un pie en el salón del colegio, me asaltó el murmullo característico de esos actos. En ese momento estaban en uno de los cortes. Miré a mi alrededor. Todo estaba decorado con guirnaldas coloridas y en el aire flotaba ese caos de padres charlando mezclado con el fondo de canciones infantiles. Enseguida busqué a Darla con la mirada. No iba a ser fácil encontrarla entre esa multitud.

Pero allí estaba.

Mis ojos la divisaron enseguida. Como si supieran adónde tenían que mirar.

Me sorprendí al verla sentada en la primera fila. Seguro que había llegado muy temprano para poder conseguir ese lugar. El agradecimiento me invadió.

Cuando me disponía a ir hacia allí, Agatha, la mamá de una compañerita de Chris, se plantó delante de mí impidiéndome el paso.

—Hola, Evander. ¿Dónde te has estado escondiendo? —saludó, inclinándose para darme un beso en la mejilla.

—Hola, Agatha.

—¿Recibiste mi mensaje? Te preguntaba si hoy venías y si querías que te guardara un lugar —dijo melosamente.

—No lo recibí, lo siento.

Sí, en estos eventos también tenía que lidiar con algunas madres que querían tener una cita conmigo. Atención no deseada. No es que fuera presumido, pero siempre era abordado por varias mujeres que competían por llamar mi atención. Nunca la tendrían. En ese sentido, el colegio de Chris estaba descartado.

—Tengo un asiento vacío junto a mí. Ven a sentarte a mi lado —propuso, con una sonrisa sensual.

—Te agradezco, Agatha, pero me están esperando.

—¿Te están esperando? —preguntó sorprendida—. ¿Estás saliendo con alguien?

—No es asunto tuyo, Agatha —respondí tajante, y comencé a caminar hacia donde se encontraba Darla.

En ese momento avisaban que el festival continuaba y la vi aplaudir con una sonrisa cálida, sincera. Un grupo de niños de siete u ocho años salió al escenario y ella aplaudió con más ganas, con esa atención absoluta que muy pocos adultos dedicaban a los niños cuando creían que nadie los estaba observando. No pude llegar hasta donde estaba, pero me quedé a un costado, apoyado contra la

pared, observándola. Tenía las manos entrelazadas sobre las piernas y se inclinaba hacia adelante como si cada palabra del acto fuera vital. A su lado, dos madres hablaban entre sí, pero Darla estaba hipnotizada con el baile de los niños.

Me quedé inmóvil, sintiendo cómo el corazón me golpeaba el pecho con una fuerza inesperada. No por la ternura del momento —que era mucha—, sino por la familiaridad que me atravesó como una ráfaga. Como si eso que estaba viendo no fuera una escena circunstancial, sino una imagen que deseaba en mi vida. Algo que quería sin saberlo… o sin querer admitirlo.

Decidí acercarme. Lo hice despacio para no interrumpirla. Notaba las miradas de las damas presentes que se preguntarían hacia quién me dirigía. Nunca había compartido ese espacio con nadie.

—Hola, Darla.

Y nuestros ojos se encontraron.

Verde contra celeste.

Y los suyos se abrieron con una mezcla de sorpresa y alivio. Estaba feliz de verme, seguramente por Chris, pero mi corazón se volvió a acelerar. Le ofrecí una sonrisa breve porque me fue imposible contenerla.

—Señor Campbell. Qué bueno que pudo llegar —susurró, y no perdí tiempo y me senté junto a ella.

—Lamento no haber podido llegar antes. ¿Chris actuó?

—Su clase es la próxima. Va a quedar muy feliz de verlo —afirmó con una sonrisa sincera.

—Y de verte a ti.

—Probablemente —respondió con timidez.

—Gracias, Darla. De verdad, muchas gracias por todo lo que haces por él —dije, y sin pensarlo tomé una de sus manos y la apreté.

Me miró con los ojos abiertos como platos y sentí como se estremeció.

Al igual que yo.

Enseguida aparté la mano.

—Parece que va a salir la clase de Chris —señalé para aliviar la tensión.

Cuando Chris salió al escenario y nos vio a los dos juntos, su rostro se iluminó. Nos tiró un beso con exageración y luego se concentró en su baile. Alzó los brazos en una coreografía torpe pero decidida y giró y cantó como nunca lo había hecho. Chris solía ser un niño tímido al que estos actos le resultaban incómodos, pero ese día parecía disfrutarlo.

Darla reía y aplaudía enternecida. Todos hablaban entre ellos, pero Darla parecía sintonizar una frecuencia distinta. La frecuencia de Chris.

Cuando el baile terminó, Chris nos señaló con entusiasmo y nos saludó como si fuéramos las únicas dos personas en el mundo. En su mundo.

Y en ese momento sentí que, para mí, ellos lo eran.

Algo se removió dentro de mí.

No estaba acostumbrado a vivirlo, y me desestabilizó.

El acto terminó con todos los niños en el escenario cantando una canción y recibiendo aplausos desmedidos.

La miré.

Me miró.

Sonrió.

Y eso tan extraño volvió a aletear dentro de mí.

Me acojonó tanto que desvié la vista.

Cuando Chris bajó del escenario corrió directo hacia nosotros, aún con la capa de su disfraz ondeando detrás.

—¿Viste lo que hice, papá? ¡¿Viste lo que hice?! —gritó eufórico, mientras se lanzaba a mis brazos.

Lo alcé riendo. Riendo de felicidad. Esa felicidad que había olvidado hacía muchos años.

—Estuviste increíble. Esa parte donde hiciste muchos giros estuvo maravillosa.

—¡La practiqué con Darla! —dijo Chris orgulloso, y la miró.

Darla nos observaba un paso atrás, con la sonrisa algo tímida de quien está compartiendo algo íntimo sin pertenecer del todo. Chris le extendió una mano para que se acercara y ella se acercó sin dudar. No pude dejar de mirarla. Pero yo no solté a Chris. Así que cuando mi hijo la abrazó, su cuerpo también quedó pegado al mío.

Y el corazón se me desbocó.

Y no era solo por su contacto físico —que también me alteraba—, sino también por esa especie de calidez que nos envolvió. Una calidez que había olvidado y que pensé que no volvería a sentir.

—¿Cenamos algo? —pregunté, separándome de ella.

—¡Hamburguesas! —gritó Chris sin dudar.

—¿Hamburguesas? ¿Eso es sano? —consulté, mirándola.

—Una vez cada tanto no le hará mal. Pídesela solo con queso —respondió.

—Si no tienes otro plan, nos gustaría que nos acompañaras —dije, desconociéndome por completo.

—Síií, Darla también viene —exclamó Chris, bajándose de mis brazos y yendo a tomarla de la mano.

—No quiero molestar —dijo, bajando la mirada.

—Nunca molestarías.

Le dije a Alonso que podía volver a la casa que yo me encargaría de llevar a Darla y los tres nos subimos a mi coche. Darla prefirió ir sentada atrás junto a Chris, y yo no insistí en que fuera adelante.

El local estaba a unas calles del colegio. Uno de esos lugares con bancos de madera, dibujos infantiles pegados en las paredes y un menú que hacía años no tenía delante.

Elegimos una mesa junto a la ventana. Chris se sentó entre los dos, todavía con la capa del disfraz puesta, mientras hablaba sin parar sobre la obra y los ensayos secretos con Darla.

—Tu hamburguesa será solo con queso —dijo Darla, mirando a Chris.

Me incliné hacia ella, apenas unos centímetros. Sentí cómo contenía la respiración cuando mi voz rozó su oído.

—¿Estás segura de que la comida de aquí no nos dará malestar estomacal? —pregunté, y primero rio, luego frunció el ceño.
—Señor Campbell —dijo, luego se acercó y me susurró—: no sea aguafiestas.

La miré y sonreí por su desfachatez.

—Bien, entonces ¿tú que vas a pedir? —consulté, mirándola.
—Lo mismo que Chris. Una hamburguesa solo con queso.
—Yo voy a pedir —dije, mirando el menú— hamburguesa Chilli.

La miré y la encontré sonriendo.

—¿Qué? —pregunté.
—¿En serio? ¿Esa hamburguesa?
—¿Por qué?
—Es… picante. Muy picante.
—Me gusta todo lo picante —respondí con doble sentido, y ella lo entendió porque se sonrojó hasta las orejas. Adorable.

Escuchaba con atención todo lo que Chris contaba, pero cada tanto desviaba la mirada hacia Darla. La forma en que reía de los comentarios de Chris, cómo lo ayudaba a ordenar las papas sin que se diera cuenta, cómo lo miraba.
Deseaba que me mirara a mí con esa devoción.
Pero ella evitaba mi mirada. Y cada vez que nos rozábamos sin querer, ella se tensaba.
Era sutil. Pero estaba ahí. Lo notaba.
Yo no le era indiferente.
Y eso me gustaba más de lo que debía.

—Señor Campbell, ¿pensó en lo de la mascota? —preguntó en un momento en que Chris estaba distraído.

—Ya sabes mi respuesta.

—¿No está abierto a pensarlo?

La miré entrecerrando los ojos.

¿Estaba abierto a cambiar de opinión?

En lo de la mascota, no.

En otros temas… tenía mis dudas.



El camino de regreso al edificio de Darla fue tranquilo. Chris hablaba sin parar desde el asiento trasero. Mi hijo estaba feliz y yo no podía estar más agradecido… a ella.

Darla lo escuchaba con esa paciencia suya que no era fingida, sino genuina, como si cada palabra de mi hijo mereciera toda su atención.

Yo conducía en silencio. Pero por dentro, el ruido era ensordecedor.

Me detuve frente a su edificio. Darla se desabrochó el cinturón y giró para despedirse de Chris.

—Gracias por invitarme, mi campeón —le dijo, y le dio un beso en la mejilla.

—¡Hoy fue el mejor día del mundo! —gritó Chris, todavía exaltado —. Ojalá vengas siempre con nosotros.

Darla se quedó quieta un segundo, sorprendida. Luego sonrió y le acarició el pelo.

—Yo también lo pasé muy bien.

Se bajó del coche, pero antes de cerrar la puerta, me miró.

—Gracias por traerme a casa. Y por dejarme ser parte de esta salida con Chris.

Asentí, sin poder decir nada, temeroso de decir algo de más.

Cuando cerró la puerta, me quedé mirándola mientras caminaba hacia la entrada. Estaba hermosa y sensual con ese vestido sencillo que me atrapaba sin remedio. Antes de entrar al edificio, giró la cabeza, como si sintiera que aún estaba siendo observada.

Y nuestros ojos se cruzaron, una vez más.

No dije nada. No hice ningún gesto. Solo la miré.

Sintiendo ese ruido sordo, constante.

Un susurro que quería abrirse paso, pero aún no encontraba el camino.

Capítulo 14

«La vida es como el jazz… es mucho mejor si es improvisada.»
—George Gershwin

Darla



—Darla, ¿vamos a ir al parque? —preguntó Chris, mientras terminaba de almorzar.

—Hoy no podemos, cariño.

—¿Por qué no podemos?

—Porque tu padre le dijo a Almudena que esta tarde necesitaba que te quedaras en casa.

—¿Por qué?

—No lo sé, mi campeón. Pero debemos obedecerlo.

—¿Podemos llamarlo y preguntarle?

—No podemos hacer eso. Tu papá está trabajando y no debemos molestarlo. Además, esas fueron sus indicaciones y debemos obedecerlo.

Chris protestó un poco más, pero no insistió.

Al llegar esa mañana, Almudena me había transmitido las órdenes de Campbell para ese día, y no eran otras que: «*No ir a ningún parque*». Ella no sabía los motivos, tampoco lo cuestionaba.

Como cualquier niño de cuatro años, Chris despertaba de su siesta con una energía inagotable, así que decidimos preparar unas galletas dulces para la merienda. Cuando era pequeña, mi madre solía hornear galletas conmigo para entretenerme, así que me pareció una buena idea.

Después de hacer la masa, senté a Chris en la barra y le expliqué cómo aplastar con el tenedor las bolitas de masa que yo dejaba sobre la bandeja. El primer intento fue un pequeño desastre, así que lo ayudé hasta que logramos que salieran «bien». Madison, la cocinera, nos regañó en varias ocasiones, pero terminó riendo con nosotros.

Cuando terminamos de poner todas en la bandeja, la metí en el horno.

—¿Cuántas vamos a hacer? —preguntó Chris.

—Las que tú quieras, socio.

—¡Síííí!

—¿Y qué se supone que están haciendo?

La voz de Campbell me sobresaltó. No por su tono, sino por su inesperada llegada. Desde que estaba en la casa, jamás había venido a las cuatro de la tarde.

—¡Papá! —exclamó Chris, con una sonrisa de oreja a oreja—. Hicimos galletas. ¿Vas a comer?

—Por supuesto. Ya mismo quiero probar una —respondió, sin despegar los ojos de su hijo. A mí, ni siquiera me dedicó una mirada.

—No puedes, papá —dijo Chris, levantando los brazos—. Todavía no están listas.

—Bueno, entonces mientras se hornean, podemos salir a hacer algo. Tengo una sorpresa para ti.

—¡Una sorpresa! —gritó Chris, abalanzándose sobre el padre, que rio como nunca lo había hecho delante de mí—. Darla viene con nosotros.

Recién en ese momento me miró.

—Buenas tardes, Darla. ¿Cómo estás?

—Buenas tardes, señor Campbell. Como le dijo Chris, estábamos haciendo galletas de limón.

—Huelen muy bien. Estoy deseando probarlas —dijo, volviendo a centrar su atención en su hijo, que ya estaba en sus brazos.

—¿Dónde vamos, papá?

—Es una sorpresa.

—Darla, vamos —insistió Chris.

—No, cariño. La sorpresa es para ti. Yo te prometo que te espero en la casa —afirmé.

—Nooo. Darla también viene —exigió, sacudiéndose en los brazos de su padre para que lo bajara.

Apenas lo posó en el piso, vino corriendo hacia mí y se abrazó a mis piernas. No quería mirar a Campbell a los ojos, intuía que no era lo que él quería, pero tampoco podía explicárselo a su hijo.

—No, mi campeón. Te voy a esperar aquí.

—Nooo.

—Señorita Darla, sería bueno que nos acompañara. Después de todo, tienes mucho que ver en esto.

Mi estómago dio un pequeño vuelco. No esperaba esa invitación. Lo miré, desconcertada, sin saber si hablaba en serio o si se arrepentiría al segundo siguiente.

—¿Yo?

—Así es.

—Es que…

—Los espero en el coche —indicó, y salió de la cocina sin dar opción a réplica.

Chris me miró con una sonrisa desbordante de alegría.

—¡Vamos, Darla! —dijo, tironeando de mí hacia la salida.

—Antes tenemos que lavarnos las manos, cambiarte la ropa porque está cubierta de harina y avisarle a Almudena.

—Está bien —respondió sin quejas, entusiasmado por subirse al coche de su padre y descubrir la prometida sorpresa.



El trayecto hacia… —no tenía la menor idea—, no fue incómodo porque Chris le iba contando a su padre como habíamos hecho las galletas.

Chris y yo íbamos sentados atrás. Yo acariciaba distraídamente su cabello mientras él seguía hablando. De repente, pasamos una señal de refugio de animales, y mi corazón se aceleró.

¿Podría ser que Evander hubiera cambiado de opinión respecto a la mascota para Chris?

Nuestros ojos se encontraron por el espejo retrovisor y pude ver en ellos un brillo extraño, no sabría decir si de alegría o… emoción.

—Señor Campbell, ¿vamos a dónde imagino? —Sonrió ampliamente, con satisfacción.

—¿Sabes leer, Darla? —bromeó, con una sonrisa ladeada, y esa actitud juguetona me desconcertó, pero me encantó.

—¡Eso es genial! —exclamé sin poder contenerme, y su sonrisa se amplió.

—¿Dónde vamos? —preguntó Chris.

—A un lugar que te va a encantar —respondí, acariciando su cabecita.

—¡¿Dónde?! ¡¿Dónde?! ¡¿Dónde?!

—Te dije que era una sorpresa —respondió Campbell.

El coche se detuvo y Campbell giró hacia nosotros y miró a su hijo con una gran sonrisa que a mí me aceleró el corazón.

—Chris, vinimos aquí a elegir un cachorrito para ti.

—¿Un cachorrito? —preguntó sin poder creérselo.

—Sí. Podemos bajar y elegir uno.

Chris gritó de alegría, y los tres estallamos en carcajadas.

Fue un momento maravilloso.

Lo miré y me sentí parte de algo que no sabía que estaba buscando... pero que no quería soltar.



Caminábamos por el pasillo del refugio, observando a los cachorros. Chris iba adelante y no paraba de saltar de alegría. Nunca lo había visto tan feliz.

Evander y yo caminábamos uno al lado del otro, pero sin mirarnos.

—Gracias —murmuró.

—¿Por qué?

—Por todo lo que haces por Chris. Sin duda, has logrado que sea más extrovertido y… feliz. Algo que yo… no había logrado. Ni siquiera sabía que mi hijo deseaba tener una mascota y que, tenerla, lo haría tan feliz. ¿Qué clase de jodido padre soy? —dijo, negando con la cabeza y mirando hacia el piso.

—No tenías por qué saberlo. Y yo creo que eres un padre excepcional.

—¿Eso crees?

—Estoy convencida. Chris te ama. Eres su héroe.

Me miró y el brillo en sus ojos se intensificó. De repente sus ojos se desviaron a mis labios y, por unos segundos, los mantuvo allí.

—Darla, yo…

El grito de Chris nos sacó de nuestra burbuja.

—¡Este! ¡Quiero este cachorrito!

Caminamos hasta allí para ver una pequeña bola de pelo amarillento casi blanco, mirándonos con felicidad y moviendo la cola con frenesí.

—Es precioso. Qué carita más dulce —dije, poniéndome en cuclillas para estar a la altura de Chris.

Evander me imitó y leyó el cartelito en voz alta:

Raza: Golden retriever
Hembra
6 semanas
Extrovertido, cariñoso y juguetón.

—Darla, ¿conoces esta raza? ¿cómo son con los niños?

—No conozco mucho, pero tengo entendido que son maravillosos con los niños. Pero deme un segundo —dije, tomé mi teléfono, busqué información en Google y la leí en voz alta—: *El golden retriever es de temperamento apacible, inteligente y cariñoso. Son juguetones, dóciles con los niños, y tienden a llevarse bien con otras mascotas y con los extraños. Estos perros tienen ganas de agradar, lo que probablemente explique por qué responden tan bien al adiestramiento en obediencia, hecho que hace que sean perros de apoyo muy populares. También les gusta trabajar, ya sea cazando aves o yendo a buscar las zapatillas de su propietario...* —Me detuve y lo miré, para mi sorpresa, me estaba mirando con una sonrisa divertida.

—Adelante, Darla, sigue. No me preocupa lo de las zapatillas, solo tendré la precaución de no dejarlas al alcance de esta bola de pelos.

No pude evitar largar una carcajada y él me quedó mirando con algo parecido al… embeleso. Sus labios se curvaron levemente y sus ojos recorrieron mi rostro con una calidez que me hizo estremecer.

—¿Seguro quieres este? —pregunté a Chris.
—Síííí. Se va a llamar Popy —respondió incapaz de controlarse.
—¿Popy? —preguntó Evander arqueando una ceja.
—A mí me parece un lindo nombre —acoté.
—Bien. Entonces Popy será.

Y los tres sonreímos con entusiasmo.

Había sido un día maravilloso.
Nunca había visto a Chris tan feliz… ni a su padre.

De camino, pasamos por una tienda de mascotas y Chris eligió la camita para Popy, un plato para la comida, otro para el agua y un montón de juguetes. Evander y yo nos centramos en sus necesidades alimenticias, y después de hablar con el vendedor, optó por comprar una bolsa de la mejor comida para cachorros.

Al llegar a casa, Chris paseó con Popy por todas las habitaciones para que, según él, conociera su nueva casa y a los empleados.

Evander se encerró en su escritorio con asuntos pendientes de la empresa y no lo volvimos a ver.

Almudena casi se desmaya cuando nos vio entrar con la nueva integrante de la familia. No podía creer que Chris hubiera convencido al padre respecto a la mascota.

Después de jugar un poco con Chris y Popy, decidí que era hora de volver a casa.

Como era viernes, el pequeño se quedaba con los abuelos, pero ese día, por la llegada de la perrita, habían cambiado los planes y ellos venían para allí.

Al no trabajar los fines de semana, iba a pasar dos días sin verlos ni saber de ellos, así que le pedí a Chris que me llamara y me pusiera al tanto de cómo se estaba adaptando Popy.

—Chris, me tengo que ir, pero dile a Almudena que me llame y tú me cuentas como va todo con Popy, ¿te parece?

—Síííí. La quiero mucho —dijo, estrujándola contra su pecho, y me pareció la cosa más dulce que había visto en mi vida.

—Tienes que cuidarla mucho porque es pequeñita como tú.

—¿Tú también eres la doctora de ella?

—En realidad los doctores de los animales son los veterinarios, pero, si me necesita, por supuesto que la ayudaré.

—¿Puedo dejarla dormir en mi cama?

—Tu papá dijo que debe dormir en la camita que le compraste. Además, creo que allí va a dormir más cómoda.

—Pero… ¿puede dormir en mi habitación?

—Eso no lo sé, tendrías que preguntárselo a él —respondí, porque en esa casa no se hacía nada sin su consentimiento.

—¿Se lo puedes preguntar?

¡Los niños y sus ocurrencias!

Apenas llegamos, Evander se había encerrado en su escritorio y no había salido más. No pensaba ir a golpearle la puerta para hacerle esa consulta. Si bien ese día había estado de buen humor, al llegar a la casa había vuelto a ser el hombre distante que siempre era conmigo.

Salvo cuando te besó, dijo mi conciencia.

Pero a esa vocecita sarcástica preferí no escucharla.

—No puedo, Chris. Tu papá está trabajado y no debemos molestarlo. Además, yo no puedo esperar a que termine porque tengo que volver a casa. Mejor pregúntaselo tú cuando salga de su escritorio.

—Me va a decir que no —dijo haciendo un morrito.

—Seguro que van a encontrar el mejor lugar para que duerma, y mañana tienes todo el día para jugar con ella.

—Está bien.

Me despedí de él con un abrazo y busqué a Almudena para avisarle que me iba. Como siempre, ella y Chris me acompañaron hasta la puerta principal, esa vez con Popy.

—¡Los abuelos están aquí! ¡Vienen a conocer a Popy! —exclamó Chris, entusiasmado.

Almudena y yo miramos hacia el portón que se abría justo en ese momento para dejar ingresar un coche negro muy lujoso.

—Son los padres del señor Campbell —me informó Almudena—. Como Chris no fue a su casa, vinieron a cenar con él. El señor siempre sale los viernes de noche y Chris se queda a dormir con los abuelos.

Había hablado un par de veces con la mamá porque llamaba para saber de su nieto, y me había parecido una señora encantadora, pero no los conocía personalmente.

Esperé para saludarlos y presentarme como correspondía.

La primera en salir del coche fue la abuela.

Muy elegante y atractiva, de poco más de sesenta años, con una postura recta y segura que transmitía autoridad sin arrogancia. Llevaba un vestido de lana azul oscuro y tacones bajos. Su cabello era castaño, y el maquillaje natural. El peinado, impecable, como si acabara de salir de la peluquería.

El padre era tan elegante y buen mozo como su hijo, y se le parecía bastante. Tal vez tenía unos pocos años más que ella.

Almudena los saludó con confianza, y Chris levantó a Popy con las dos manos para mostrárselas.

—¡Miren, abuelos! ¡Ella es Popy!

—Pero que criatura más hermosa —dijo la abuela, y aunque miró a la perrita, sus ojos se detuvieron en mí con calidez. Luego volvió a mirar a su nieto con ternura—. Es preciosa, cariño. Estamos muy contentos de que Popy forme parte de la familia.

—Soy Darla Dupont. Encantada de conocerlos —dije con una sonrisa, y extendí la mano. Ella me evaluó de arriba abajo, pero sin desdén, más bien curiosidad… y enseguida tuve la sensación de que me iba a agradar.

—Así que tú eres la famosa Darla —Sonrió—. Qué bueno que por fin nos conocemos. Estaba deseando hacerlo porque mi nieto no ha dejado de hablar de ti.

En lugar de darme la mano, me abrazó.

Por un instante quedé perpleja, pero enseguida reaccioné y le correspondí su cariñoso gesto.

—Yo soy el abuelo Emilio y es un gusto conocerte —saludó, extendiéndome su mano.

—Encantada, Emilio.

—Mi nombre ya lo sabes —dijo Josefina, con una sonrisa cómplice.

—Bueno, vamos adentro a ver como juegas con tu nueva amiga —dijo ella a Chris.

—Yo me despido porque ya me iba.

—Quédate a cenar con nosotros, Darla —me pidió Josefina, tomándome del brazo.

¿Cenar con ellos?

¡Ni muerta!

Seguro que su hijo no estaba de acuerdo con su invitación, y no quería arruinarles la cena familiar. Además, había hecho planes para cenar con Juanpi porque hacía mucho que no nos veíamos.

—Les pido disculpas y les agradezco mucho, pero esta noche no puedo quedarme. Hice planes con un amigo.

—Oh, qué pena. Pero es entendible. Imagino que debes tener un novio esperándote —dijo, y sentí que lo decía para obtener información de mi vida amorosa.

—No, es solo un amigo.

—¿Y tienes novio? —preguntó con esa picardía típica de madre curiosa.

—¡Josefina! —exclamó Emilio, avergonzado.

—Es una pregunta inocente —dijo, restándole importancia con un gesto—. Bueno, entonces vamos a tener que organizar otra cena en la que estemos todos.

—Por supuesto. Vendré encantada —dije sonriendo.

Chris se había puesto a jugar con Popy y no prestaba atención a la conversación, pero Almudena estaba atenta y sonriente.

Cuando me despedí, Chris soltó a Popy, vino a mi lado y me abrazó fuerte.

—Te voy a extrañar —dijo.

—Yo también, mi campeón. Pero ahora tienes a Popy para jugar, así que disfruta del fin de semana. El lunes estaré aquí para que juguemos los tres.

Levanté la vista y los abuelos nos miraban con asombro…, pero me pareció que había una alegría brillante en sus ojos.

Un movimiento a mi derecha llamó mi atención.

A unos metros, Evander estaba de pie, observándome con intensidad.

Nuestros ojos se encontraron y se detuvieron en los rostros del otro un segundo demasiado largo. Sentí que me miraba como si no supiera si abrazarme o alejarse. Por un instante, me pregunté si, al igual que yo, luchaba con las ganas de acercarse y el miedo de hacerlo.

Y yo… no sabía qué quería más.

Miré a sus padres y me despedí con rapidez.

—Encantada de conocerlos.

—Te aseguro que yo estoy más que encantada de conocerte, Darla. Y espero volver a verte pronto —dijo Josefina.

—Un gusto, Darla —agregó Emilio.

Y en ese segundo me sentí incluida, como si ya perteneciera a ese lugar, a esa familia… aunque mi corazón sabía que no tenía ese derecho.

Me fui hacia mi coche lo más rápido que pude, aunque en rapidez nada le ganaba al ritmo desbocado de mi corazón.

Sentía el calor de su mirada en mi espalda mientras me alejaba. Esa mirada y lo que me había hecho sentir su familia me habían puesto demasiado nerviosa.

Necesitaba alejarme de allí.

Sobre todo…. alejarme de él.

Capítulo 15

«En la vida algunas veces se gana, otras veces se aprende.»
—John Maxwell

Darla



Juanpi me recogió en mi casa a las diez de la noche. Insistió en que fuéramos en su coche porque en la zona del *restaurante* era complicado aparcar.

—Te ves bellísima, amiga. Ese nuevo trabajo te hace muy bien, porque tienes un brillo en los ojos que hace mucho no te veía —dijo, mientras conducía.

Me regaló una sonrisa y comprendí, una vez más, lo afortunada que era al contar con él. Tenía todo lo que conformaba un buen amigo. Aunque aún no le había contado nada de lo sucedido con Evander, esa noche pensaba hacerlo. Juanpi era mi mejor amigo, mi confidente, y lo quería muchísimo.

Entramos en el *restaurante* y nos sentamos en la mesa que nos habían reservado cercana a los ventanales para tener vista al mar. El lugar estaba repleto; era elegante y uno de los más concurridos de la ciudad. El aspecto era contemporáneo y con decoración minimalista. La carta que ofrecía era una de las más completas en cuanto a cocina italiana se refería.

Pedimos unas bebidas y, mientras esperábamos por nuestros platos, decidí contarle todo lo sucedido con Evander.

—Hay algo importante que debo contarte.

—¿Y ese rubor? No me digas que conociste a alguien y…

—Espera —dije, levantando la mano para detener su verborragia.

Juanpi bufó.

—Déjame hablar y no empieces a querer adivinar como haces siempre.

—Entonces, cuenta de una maldita vez.

Sonreí ante su ansiedad, tomé la copa y di un sorbo. Apoyé la copa en la mesa y lo miré.

—Es sobre Evander Campbell.

—¿Tu nuevo jefe? ¿Qué pasa con él? No me digas que…

Volví a levantar la mano para detenerlo, y él volvió a bufar.

Le conté, con pelos y señales, todo lo sucedido con Evander desde que lo conocía, el beso en mi piso y la preciosa tarde que habíamos pasado ese día.

—¡¿Te besaste con tu jefe?! —exclamó, mirándome con sorpresa.

—Baja la voz —pedí, haciendo el gesto con las manos.

—¿Qué importa si me escuchan? Mejor explícame esa bomba que acabas de arrojar.

—Es solo eso —respondí, encogiéndome de hombros.

—*Solo eso* —repitió—. ¿Y te parece poco?

—No sé qué hacer, Juanpi.

—¿Qué es esa cara?

—¿Qué cara?

—¡Te enamoraste de tu jefe!

—¡Nooo! ¿Cómo se te ocurre ese disparate?

—No me mientas, te conozco muy bien. ¿Qué te pasa con Campbell?

—No lo sé —dije, negando con la cabeza—. Es guapo… guapísimo, a decir verdad, y…

—Mayorcito. Me dijiste que debe tener cerca de cuarenta años.

—Ese no es el punto. El problema es que…

—¿Ese no es el punto? Cariño, te recuerdo: estuvo casado, tiene un hijo, y probablemente amantes. Además de que me acabas de contar que sigue enamorado de su mujer fallecida y, encima, es tu jefe. ¿No te parece un combo… complejo?

—Juanpi, no estoy pensando en salir con él.

—¿Entonces cuál es el problema? —Arqueó una ceja—. Te gusta.

—Sí.

—¿No has pensado en renunciar?

—Sí, pero aún no puedo dejar a Chris. No puedo…

—¡Santo Dios! Encima te has encariñado con el hijo.

—Es un niño adorable y está muy solo —señalé, porque la verdad era que, no solo me había encariñado, adoraba a ese pequeño.

—Darla, cariño, estás jugando con fuego. Te quiero mucho y no quiero verte sufrir.

—No seas exagerado.

—Si no piensas renunciar, entonces mantén la distancia. ¿Puedes hacer eso?

—Por supuesto —afirmé, pero ni a mí me soné convincente.

Tomé mi copa y, en ese momento, algo me hizo mirar hacia la entrada.

El objeto de nuestra conversación acababa de entrar… y no lo hacía solo.

Me quedé inmóvil, con la copa a medio camino de la boca.

A su lado caminaba una mujer despampanante, de vestido rojo, labios carmesí y un peinado que parecía sacado de una revista.

Él, por supuesto, iba impecable como siempre. Traje oscuro sin corbata, el cabello perfectamente revuelto y ese aire de hombre poderoso y seguro de sí mismo.

—¿Qué pasa? —preguntó Juanpi, quizá por mi expresión de sorpresa o, tal vez, desilusión.

—Es él… mi jefe. Acaba de entrar.

—¿Eh? ¿Aquí? ¿Dónde?

—No mires, por favor.

Pero mi suplica llegó tarde. Juanpi giró con su mejor intento de disimulo y abrió los ojos como platos.

—¡Madre mía! ¿*Ese* es tu jefe?

—Sssh, habla más bajo —susurré, bajando la vista, pero ya era tarde.

Evander también me había visto.

Y se detuvo.

La mujer le dijo algo, pero no respondió. Solo me miraba. No había sonrisas. Tampoco sorpresa. Solo esa mirada intensa y desconcertante.

—No puedo creer esto —murmuré.

—¿Quién es la Barbie satánica que lo acompaña? —ironizó Juanpi.

—No lo sé —respondí, sintiendo cómo la incomodidad se mezclaba con algo mucho más molesto—. Supongo que su novia.

Los hombres que se veían como él, con su carisma y su inteligencia, nunca estaban solteros. Obviamente, yo no la conocía porque todavía no se la había presentado a su hijo.

—No me dijiste que tenía novia —reclamó desconcertado.

—Es que no lo sabía, Juanpi. Si lo hubiera sabido antes, no le habría correspondido el beso.

Evander murmuró algo al *maître* que los guiaba hacia una mesa y… cambió de dirección.

—¡Dios mío! ¡Viene hacia acá! —susurré.

—¿En serio? —Juanpi se acomodó el cuello de la camisa con una sonrisa retorcida—. Esto se pone bueno.

Me enderecé como pude, tratando de recomponerme.

—Tranquila, cariño. Si él quiere juego…, tú no te vas a quedar en el banco de suplentes. Te lo aseguro.

—¿Qué vas a hacer?

—Solo un poco de juego sucio.

¡Qué Dios me ayudara!

Evander no me quitaba la mirada de encima mientras se acercaba.

Y estaba guapísimo.

—Buenas noches —saludó, deteniéndose a nuestro lado, y con Juanpi nos pusimos de pie.

—Señor Campbell. Qué sorpresa verlo aquí.

—Lo mismo digo —respondió con sequedad.

Como nadie decía nada más, me apresuré con las presentaciones.

—Le presento a Juan Pablo Moli —dije sin explicar nuestro vínculo, luego miré a mi amigo y agregué—: Juanpi, él es mi jefe, Evander Campbell.

Se estrecharon la mano. Yo esperé que me presentara a su acompañante, pero seguía mirando a Juanpi con demasiada seriedad. Mi amigo, con no sé qué plan, me pasó el brazo por los hombros y comenzó a acariciar mi hombro con sus dedos. Evander no apartaba la vista de ese gesto.

Luego de unos segundos la «Barbie» rompió el incómodo silencio.

—Yo soy Marta Mirán. Encantada chicos.

Ambos la saludamos con la mano.

—¿Cómo se encuentran Chris y Popy? —pregunté, y recién en ese momento apartó la vista de la mano de Juanpi y me volvió a mirar.

—Están bien, aunque mi hijo se enojó porque no lo dejé dormir con la perra. ¿Esa idea fue tuya?

—No, señor Campbell. Chris me lo comentó, pero le dije que se lo consultara.

—¿Tienes una perrita? ¡Qué ternura! —dijo ella, colgándose de su brazo.

Él la miró, pero no respondió. Volvió a centrar su atención en mí.

—Solo espero que esa mascota no se salga de control.

—Es cachorrita, solo hay que enseñarle hábitos.

—Tú fuiste la de la idea de llevar una mascota a la casa, así que imagino que será tu trabajo —dijo con seriedad.

—¿Su trabajo? —preguntó Juanpi, arqueando una ceja con seriedad—. Darla es doctora, no adiestradora de perros.

Campbell lo miró con frialdad, así que preferí intervenir.

—No se preocupe, haré lo que pueda.

—Bien. Qué disfruten su cena —dijo, y se fue con su cita colgada de su brazo.

—Igualmente —respondí, pero no sé si llegaron a escucharme.

—Me gané un enemigo de por vida —murmuró mi amigo, con una sonrisa victoriosa.

—¿Qué te propones, Juan Pablo Moli? —pregunté, mientras volvía a sentarme.

—Ese hombre está celoso de muerte. Y eso solo puede significar una cosa —afirmó, y puse los ojos en blanco.

—Deja de decir disparates.

—Lo que me preocupa es que tiene pareja, pero está loco por ti.

—¡Deja de decir disparates! —repetí.

—Entonces, explícame ¿por qué quería arrancarme la cabeza?

—Eso son imaginaciones tuyas.

—Y si las miradas mataran, él ya estaría condenado por asesinato porque en este preciso momento me está fulminando.

—¿Te está mirando? ¿Dónde están?

—Se sentaron en una mesa cercana y no deja de mirar hacia aquí, por muy acompañado que esté.

—¿En serio?

—¿Por qué te mentiría? Es más, no parece interesado en su cita, por mucho que esta intenta deshacerse en sonrisas y caídas de pestañas. El hombre solo tiene interés en ti.

—Lo dudo —dije, recordando el mensaje que me había enviado por error y que, seguramente, sería para Marta—. Si mira hacia aquí debe ser porque tal vez su cita lo esté aburriendo con su parloteo. Siempre me pareció un hombre al que no le gustan las charlas insustanciales.

—¿Y cómo sabes que la Barbie le está diciendo bobadas? Por la forma en que lo mira y lo toca… no lo parece —ironizó, y yo bufé molesta, cosa que hizo que mi amigo arqueara una ceja.

—Mejor olvidémonos de ellos y disfrutemos de nuestra noche —afirmé.

—Por mí, perfecto. ¿Tú puedes hacerlo?

—Por supuesto.

Bajo la atenta mirada de Juanpi, di un largo trago a mi bebida y comí un bocado del delicioso plato con la esperanza de que me ayudaran a bajar el nudo que sentía en la garganta.

Durante el resto de la noche, sentí la mirada constante de Evander sobre mi espalda.

Incluso cuando me levanté para ir al baño.

Ese hombre me desconcertaba cada vez más.

¿A qué estaba jugando?

Y yo… ¿quería entrar en ese juego?

Capítulo 16

«La vida es aquello que te va sucediendo mientras te empeñas en hacer otros planes.»
—John Lennon

Evander



Después de cenar, mi madre se fue al dormitorio de Chris para leerle un cuento, y yo bebía un *whisky* con mi padre en el *living* mientras conversábamos sobre el último partido de nuestro equipo de fútbol. En realidad, el que hablaba era él, porque mi cabeza estaba en otro lado. Desde que mis padres me habían dicho que Darla no se había quedado a cenar porque tenía una cita, me sentía furioso e inquieto. La imagen de ella sonriendo con otro me perseguía como una pesadilla. Y la posibilidad de que besara a otra persona hacía que mi ira no dejara de crecer.

Me pasé la mano por la incipiente barba con frustración.

¿Qué era ese estúpido sentimiento que me estaba comiendo vivo?

¿Eran celos?

Imposible.

Solo nos habíamos besado una vez.

¡Una maldita vez!

—Hijo, ¿te encuentras bien? —preguntó mi padre.

—Sí, por supuesto —respondí, aunque mi pierna rebotaba por debajo de la mesa mientras trataba de controlar esas emociones que me desbordaban.

—Pareces… nervioso, preocupado. ¿En la empresa va todo bien?

—Claro que sí, si no, ya te lo habría dicho —exhalé y di un sorbo al *whisky*—. Tengo que cambiarme porque voy a salir.

—Como todos los viernes —afirmó mi padre con una sonrisa cómplice—. ¿Cuándo conoceremos a la mujer con la que estás saliendo?

Dejé el vaso de *whisky* en la mesa y lo miré con seriedad.

—Yo no salgo con nadie. Son solo amigas sin compromiso, sin explicaciones y sin emoción ninguna.

—¿No pretendes darte una nueva oportunidad en el amor?

—No, papá —respondí tajante.

—Eres joven, hijo. Y ha pasado mucho tiempo desde que enviudaste —suspiró—. A Julia le gustaría que…

—Papá —lo interrumpí, mirándolo con dureza—. No podemos saber qué le gustaría a Julia porque está muerta y no puede opinar. No deduzcas cosas que nunca sabremos.

—Si es lo que deseas… —dijo, negando con la cabeza.

Sabía que mis padres deseaban verme feliz, como lo era cuando estaba casado con Julia, pero eso no sucedería. Esa clase de felicidad solo se daba una vez en la vida. Y yo ya la había vivido y la había perdido. Ya no había más oportunidades para mí.

—Cambiando de tema —dijo—, qué suerte tuviste al encontrar a Darla. Esa chica es fantástica. A Chris le ha hecho mucho bien.

—Ya veo que te sumaste a su club de *fans* —ironicé.

—¿Club de *fans*? ¿Por qué lo dices?

—Porque todos en esta casa parecen encandilados con ella.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿También estás encandilado? —preguntó, arqueando una ceja.

Supe enseguida que la pregunta venía con doble sentido.

Lo miré y me pellizqué el puente de mi nariz.

Aquí íbamos de nuevo.

—¿Qué sucede? ¿No te gusta la señorita Dupont?

—No me gusta lo que insinúas.

Me puse de pie y me fui a mi habitación para darme una ducha y cambiarme.

Esa noche iba a salir con Marta, y esa mujer era puro fuego. Pensaba disfrutar la noche teniendo mucho sexo ardiente, y de paso, apagar ese nerviosismo que me estaba dominando.

Sería lo de siempre.

Una simple distracción.



¡Maldición!

Darla estaba ahí. En el mismo *restaurante* al que había llegado con Marta.

Y no estaba sola.

¿Era su cita?

La rabia comenzó a resonar en mis oídos.

Estaba sentada cerca de los ventanales, con el cabello suelto, una copa entre los dedos y una sonrisa radiante que no era para mí.

Era para *él.*

El hombre que la acompañaba.

Y no me gustó.

Marta me hablaba de no sé qué plato que había probado en otro lugar —su voz chillona perforándome el oído—, pero mis ojos ya estaban clavados en Darla.

En cómo lo miraba.

En cómo él la hacía reír.

¿Quién era ese tipo?

¿Qué significaba para ella?

Mi sangre empezó a hervir.

—¿Evander? —insistió Marta notando que yo no la escuchaba—. ¿Sucede algo? Parece que acabas de ver un fantasma.

—No.

Cerré los ojos e inhalé profundamente para recomponerme, o al menos eso intenté, ignorando la fuerza que me impulsaba a dirigir la mirada hacia Darla.

Pero no pude.

Y sin pensarlo demasiado, le dije al *maître* que antes de ir a nuestra mesa, iría a saludar a unos amigos. Mis pasos me llevaron directo a Darla y, por fin, nuestros ojos se encontraron. Estaba sorprendida, lo noté cuando la copa en sus manos se quedó a medio camino de su boca.

Quizás… también incómoda.

Pero había algo más.

Ese brillo en los ojos que intentó disimular cuando se puso de pie.

¿Nervios? ¿Celos? ¿Deseo?

Fue ella la que rompió el hielo e hizo las presentaciones. El tal Juan Pablo me ofreció la mano con demasiada seguridad para mi gusto. Pero cuando le pasó el brazo por los hombros, quise arrancárselo de un golpe.

No lo hice.

No todavía.

La tomaba del hombro y la tocaba como si tuviera derecho.

Y todo en mí gritaba que lo apartara.

Pero era yo el que no tenía ningún derecho a sentir eso, así sintiera que Darla me pertenecía de alguna forma. Y esa discrepancia entre lo que sentía y lo que debía hacer, me hizo tener que recurrir a toda mi fuerza de voluntad y a mi férreo control para no alargar las manos y cargármela sobre el hombro para apartarla de ese tipo.

Como si ella me perteneciera.

Pero no me pertenecía.

No quería demostrar lo molesto que estaba. No me gustaba que ella no lo detuviera.

Lo que siguió fue una conversación tensa, llena de indirectas disfrazadas de cortesía. Y cuando ese idiota me contradijo, afirmando que Darla no era adiestradora de perros, entendí perfectamente lo que estaba haciendo: estaba marcando territorio.

Era hora de alejarme y poner distancia… aunque no quisiera.

Durante toda la cena estuve atento a ella, hacía un gran esfuerzo por concentrarme en lo que Marta me decía, pero no podía. Mi atención estaba en otro lado. Mi atención estaba en *ella*. En la señorita Darla Dupont.

Y puedo jurar que estaba a punto de perder mi puta cabeza.

¡¿Qué mierda me estaba sucediendo?!

¡¿Qué me había hecho esa mujer?!

Cuando los vi ponerse de pie para irse, mi cuerpo se tensó.

Algo ya había explotado en mi cabeza y sabía que no podía dejar las cosas así.

Mi mirada se fijó en la espalda de Darla mientras se alejaba.

No podía permitir que se fuera con él.

No esa noche.

Porque por primera vez en mucho tiempo… me sentía vivo.



Después de dejar a Marta en su casa con una excusa vaga y un beso en la mejilla que ella me reprochó, conduje sin rumbo durante varios minutos.

Mi cabeza decía que volviera a casa. Que no complicara las cosas… o, mejor dicho, que no complicara mi vida.

Mi cuerpo —no mi corazón— insistía en ir a su casa. A sabiendas de que era un gran error y que hasta podía encontrarla con el tipo con el que estaba en el *restaurante*.

No tenía que ir. No tenía derecho. Ella podía estar con quien quisiera. Pero la idea de que sus risas, sus gestos, incluso su cuerpo, pudieran pertenecerle a otro me revolvía el estómago.

Mientras mi razón me gritaba que mantuviera la distancia, que protegiera a Chris y no confundiera más las cosas, mi cuerpo la anhelaba con una fuerza que me dejaba sin aire. Me debatía entre la cordura y el deseo, entre lo correcto y lo inevitable.

Porque yo… no debía coquetear con ella, no podía tocarla o besarla como pasaba más de la mitad del día soñando con hacer.

Era enloquecedor.

También peligroso.

Pero esa noche…

Un par de horas y varios *whiskys* después de verla marcharse del *restaurante*… ya no quería pensarlo más. Giré el volante sabiendo a dónde tenía que ir. Ya no había vuelta atrás… ya no podía detenerme.

Darla y yo éramos una catástrofe a punto de suceder.

Detuve el coche frente a su edificio y respiré hondo.

Bajé y, justo cuando iba a tocar el timbre, una señora que salía del edificio me saludó y me abrió la puerta. Eso me permitió subir a su piso sin tener que darle explicaciones por el portero eléctrico. Igual, no las tenía.

En el ascensor, con las manos en los bolsillos, la mandíbula apretada y el corazón golpeándome en el pecho, intentaba encontrar una excusa para mi demente comportamiento. No tenía idea de qué iba a decirle. Pero estaba allí, y no estaba en mis planes irme sin hablar con ella.

La adrenalina comenzó a bombear a través de mí.

Bajé del ascensor y me paré frente a su puerta.

—He llegado hasta aquí sabiendo a lo que venía —murmuré.

Golpeé con los nudillos.

Una vez.

Dos.

Y entonces se abrió.

Y allí estaba la mujer que me estaba volviendo loco.

Descalza. Aún con el bonito vestido negro que llevaba en el restaurante y que abrazaba su perfecta y sensual figura. Esa figura que era letal.

Me miró.

Su expresión pasó del asombro al desconcierto.

—¿Señor Campbell?

—Necesitamos hablar.

—¿Ahora? ¿Sucedió algo?

—¿Sucedió algo? Sucede que me has hecho venir hasta aquí —respondí, sabiendo que para ella no tenía sentido.

Apoyé una mano en la puerta para terminar de abrirla, y entré a su piso como si ya no hubiera cruzado todas las líneas posibles.

—¿Yo? Yo no hice tal cosa —balbuceó sin apartar sus ojos de los míos.

—Oh, sí. Sí que lo hiciste.

—¿Hice algo que le molestara, señor Campbell?

—Salir con ese tipo. Dejar que te tocara —disparé sin poder detenerme. Ella abrió los ojos, incrédula—. Nosotros nos besamos. ¡Nos besamos!

—¿A qué está jugando, señor Campbell? —preguntó, con mucha seriedad.

—¿Quién era? ¡Y deja de llamarme *señor Campbell*!

Primero se sonrojó, y luego cruzó los brazos como si quisiera poner una barrera entre nosotros. Frunció el ceño y vi aparecer en su rostro algo parecido a la furia.

—No le debo explicaciones, *señor Campbell* —insistió, desafiándome—. No tiene derecho a pedírmelas y ni siquiera a estar aquí. Y le recuerdo… ¡usted también estaba con una mujer!

—¿Y eso te molesta?

—¿Molestarme? En absoluto —mintió, porque no era indiferencia lo que yo le provocaba—. Lo que me molesta es… esto —dijo, señalándome—, y que me envíe ese mensaje totalmente inadecuado, por más que no fuera para mí. Debería fijarse mejor a quién le envía esas… esas… palabras. Y también me molesta que llegue a mi piso a la hora que le venga en gana. Y que…

—¿Por qué me hiciste esto, Darla? —dije, interrumpiéndola, y sin tener idea de que esa pregunta iba a salir de mi boca. Por su expresión, ella tampoco.

—¡Yo no le he hecho nada!

Con cada frase nos habíamos ido acercando el uno al otro. Me di cuenta de que la tenía al alcance de la mano y que se le había acelerado el pulso. Podía oír su respiración agitada. La mía también.

Todo mi cuerpo temblaba de rabia, de deseo, de algo que no entendía. Y no podía esperar ni un segundo más para saborearla de nuevo.

La miré a los ojos.

Y me rendí.

—¡A la mierda con todo! —gruñí.

La besé.

La besé saciando las ganas que llevaba días acumulando.

Y en cuanto lo hice, supe que estaba dónde quería estar.

Se sentía jodidamente bien. Se sentía… correcto.

Sus labios eran tan suaves y deliciosos como los recordaba.

Había ido preparado para su rechazo, pero el gemido que escapó de su garganta me dijo todo: Darla también lo deseaba. Y se entregó a mí con la misma avidez.

La sujeté por la nuca y profundicé el beso. Mi lengua se encontró con la de ella y nos devoramos. Ella entrelazó los brazos en mi cuello y, con un dulce y delicado gemido, se entregó por completo. La empujé contra la pared, aferrándome a su cuerpo como si me diera el oxígeno que necesitaba para sobrevivir.

Quería todo de ella.

Estaba jodidamente perdido.

Perdido en su piel, en su sensualidad, en su calidez, en su entrega.

La deseaba con urgencia.

Mordí y lamí el lóbulo de su oreja y ella gimió. Mis manos se deslizaron sobre sus pechos por encima del vestido… pero no era suficiente.

Comencé a desvestirla. No se resistió.

El vestido cayó a sus pies revelando un sensual conjunto de lencería negro de encaje que parecía hecho para ella. Me tomé un instante para admirarla. Una visión hermosa y sensual como el infierno.

Comencé a quitarme la americana, dejándola caer al piso. Al desabrocharme la camisa, sus manos remplazaron las mías. Nos

desnudábamos entre tropiezos, manos impacientes y suspiros contenidos.

Y cuando la vi totalmente desnuda… perdí el aliento.

Darla Dupont era bellísima.

La sensualidad encarnada en una mujer.

Hipnótica.

Tan jodidamente *sexy*.

Mis ojos la devoraron sin pudor, hambrientos de ella.

Pensar en otro hombre tocándola, besándola, saboreándola como yo… me ponía furioso. Lo que Darla me hacía era demencial.

La miré a los ojos.

Sus ojos brillaban de deseo.

Y la volví a besar con hambre.

—El dormitorio —pedí sin aliento y apartándome solo los segundos necesarios.

—Al final del pasillo —balbuceó.

La tomé en brazos y caminé hacia allí con rapidez y sin dudar. Abrí la puerta de un puntapié y caímos en la cama enredados, sin dejar de besarnos ni tocarnos. Me cerní sobre ella. Su cuerpo pegado al mío se sentía… glorioso.

No…, glorioso se quedaba corto.

Lamí, mordí, saboreé cada rincón de su cuerpo hasta hacerla temblar.

—Sabes a puto cielo... —murmuré sobre su piel, esa piel que me hablaba como un idioma nuevo que quería aprender de memoria—. ¿Tienes idea de lo mucho que te deseo?

—Yo también te deseo —jadeó.

Sus ojos eran un incendio.

Su impaciencia, una provocación.

Y eso me volvió aún más salvaje. Más frenético. Más desesperado por ella.

Sus manos me sujetaron por la nuca, atrayéndome aún más, como si hubiera alguna ridícula posibilidad de que fuera a alejarme de ella.

Ya estaba fuera de mi control renunciar a Darla.

Y la besé con más fuerza.

—Condón… —murmuró.

Estaba tan desesperado por ella que hasta me había olvidado de la protección. Y eso era la muestra de lo que esa mujer me hacía, porque jamás me olvidaba de usarlo.

Fui hasta donde estaban mis pantalones, lo saqué y me lo coloqué.

Volví en segundos y me cerní sobre ella.

Con las manos en sus caderas la elevé justo donde la necesitaba.

Y entré en ella de una sola embestida.

Se arqueó.

Gritó.

Yo también.

Estaba adentro.

Estaba perdido.

Y al borde del abismo.

—Ah —gimió.

—¿Estás bien?

Asintió, aferrándose a mí. Darla era estrecha y su calidez me apretaba tanto que tuve que respirar profundamente para no perder el poco control que me quedaba. Pero debía ser cuidadoso porque yo era grande y no quería lastimarla. Quería darle placer, no solo tomarlo. Esperé unos segundos para que se acostumbrara a mi tamaño.

—Oh… por favor —balbuceó suplicante.

Y fue todo lo que necesité.

Comencé a moverme.

Y ya no me detuve.

Me apoyé en los codos y comencé a embestirla. Al principio lento, acompasado. Ella me siguió con las caderas y aceleré, embistiéndola más profundo, más fuerte.

Sus gemidos me marcaron el ritmo.

Sentí sus uñas clavarse en mi espalda y jadeé.

Le tomé las piernas y las elevé para poder llegar más profundo. La embestí sin tregua, guiado por su cuerpo, por sus sonidos, por su fuego.

Y la noté cerca.

—Córrete para mí, cariño. No lo retengas —susurré, besándola.

Y lo hizo.

Se liberó con un suspiro ahogado y agitándose de forma descontrolada bajo mi cuerpo.

Pero lo que me hizo perder totalmente el control, fue escuchar mi nombre en sus labios.

—Evander…

Me dejé ir.

La seguí, gruñendo mi liberación con un orgasmo tan potente que temí que se oyera en todo el edificio. Pero a juzgar por la forma en la que Darla me sonreía mientras me miraba con los ojos vidriosos, a ella no le importó.

A mí tampoco.

Sonreí y me incliné para besarla, mientras me atravesaban las últimas sacudidas del imponente éxtasis que acababa de experimentar.

—Esto recién empieza —susurré en su oreja.

—Lo sé… y no quiero que termine —respondió, moviendo el rostro y rozándome la boca con la suya.

Y la volví a besar.

Aunque sus palabras quedaron resonando en mi cabeza.

Porque yo no era el hombre que ella creía.
Lo que fuera que teníamos… iba a terminar.

Capítulo 17

«La vida o es una gran aventura o no es nada.»
—Hellen Keller

Darla



Mi cuerpo aún conservaba sus huellas, su perfume.

Pero estaba en la cama, sola. Esa cama que todavía llevaba el desorden de nuestro encuentro.

El silencio de la noche se sentía distinto.

¿O era yo la que había cambiado?

Apoyé la mejilla sobre la almohada, todavía tibia del lado que había ocupado Evander. Se había ido hacía apenas unos minutos, sin decir una palabra sobre lo sucedido entre nosotros. Solo se vistió, me besó en los labios y murmuró un simple: *«Nos vemos»*.

Ni un «*esto fue un error*».

Ni un «*tenemos que hablar*».

Solo el sonido de la puerta al cerrarse. Y ese vacío que su ausencia dejó atrás.

No tenía idea en qué posición habíamos quedado, pero tampoco había podido preguntar. Me había faltado valor.

Sabía lo que hacía cuando lo besé como si no hubiera consecuencias.

Cuando lo desnudé y me entregué a él en cuerpo y alma.

Era arriesgado y probablemente un error. Lo sabía.

Pero no quise pensar en nada.

Quise sentirlo. Vivirlo.

Me giré en la cama y abracé la sábana como si pudiera atrapar esos gloriosos recuerdos.

Evander Campbell me había hecho sentir intensamente viva. Pero en ese momento, todo me parecía más incierto que nunca.

El perfume de su piel seguía mezclado con el mío.

Cerré los ojos intentando aferrarme a esos recuerdos que aún estaban allí.

Y lo sentí cerca.

Aunque estuviera lejos.



Horas más tarde, me desperté a mitad de mañana.

Esa mañana de sábado no se sentía como un día de descanso, sino como de resaca emocional. Me quedé un largo rato sin moverme, mirando el techo. No estaba segura de lo que Evander quería de mí ni de lo que yo quería.

Me senté en la cama y dejé caer los pies al suelo.

El teléfono vibró sobre la mesa de noche.

Lo miré sintiendo un nudo en el estómago, temiendo lo que pudiera encontrar.

Pero no era un mensaje de él.

Era de Mara, invitándome a ir a la cafetería para charlar un rato. No quería mentirle a mi amiga, pero no podía contarle lo de Evander, así que inventé una excusa tonta y no fui.

El sábado transcurrió tranquilo, aunque sin noticias de él. Incluso comencé a cuestionarme si seguir trabajando en su casa. Me rompía el corazón alejarme de Chris, pero esas eran las consecuencias de haber permitido que su padre me nublara la razón. Me sentía furiosa conmigo, pero ya estaba hecho y no podía cambiarlo. A partir de ese momento, solo quedaba enfrentar lo que él decidiera.

A las once de la noche me metí en la cama con un libro en la mano. La habitación estaba oscura, iluminada solo por la luz tenue de la lámpara de la mesa de noche. La historia que leía era interesante, pero no importaba cuántas veces pasara los ojos por una línea, solo veía las palabras que Evander me había dicho: *Esto recién empieza*.

Por lo visto, él se había olvidado de ellas porque, desde que se había ido de mi piso, no sabía nada de él. Una parte de mí estaba

decepcionada de que no me hubiera llamado. Otra, furiosa.

Exhalé hondo e intenté concentrarme en la lectura.

Mi teléfono sonó.

El nombre *Evander Campbell* se iluminó en la pantalla.

Mi corazón dio un vuelco.

Había llegado el momento, temido y deseado.

Tomé aire, intentando sonar casual, aunque por dentro era un temblor.

—¿Hola?

—Hola, Darla —dijo, y me pareció que vacilaba.

—¿Cómo estás, Evander? —pregunté, dejando el formalismo de lado, ya no tenía sentido, al menos fuera del trabajo.

—Se puede decir que bien. Tú… ¿qué estás haciendo?

Me sorprendió el ruido que escuché de fondo, tanto como el tono de su voz, porque parecía que había bebido de más.

—Estoy leyendo.

—Siempre tan seria… —señaló, y me pareció que reía.

—¿Estás siendo gracioso o sarcástico?

Volvió a reír y yo sentí que mi cuerpo se estremecía por completo. ¡Dios!

—Ambas cosas.

—¿Para qué me llamaste?

—Para hablar… quería escucharte —susurró, y mi estómago brincó ante el tono de su voz.

—¿Dónde estás?

—En un bar.

—¿Estás solo? —pregunté, sin poder contenerme.

—Sí, aunque me gustaría estar contigo.

¡Oh, Dios mío! Mi corazón comenzó a aporrearme el pecho y el ruido de fondo a desvanecerse. Solo era su voz, su sensual voz susurrándome esas palabras.

—Pero desearía… que no fuera así.

La desilusión me invadió y sentí una gran puntada en el pecho.

—¿Por qué?
—Porque trabajas en mi casa y… no puedo mezclar negocios y placer —dijo finalmente.

Algo en mí se rompió, y la desilusión dio paso a la furia.

—Anoche no pensabas así.
—Anoche… anoche fue increíble… Pero no puede volver a suceder.
—¿Es lo que quieres?
—Es lo que debe ser —respondió, y pude notar la frustración en su voz.
—Así será entonces. Buenas noches, señor Campbell.
—Darla…

Pero no lo dejé decir nada más.
Corté la llamada.
Ya había escuchado lo que necesitaba.



—¡Hola, mi campeón! —exclamé, abrazando a Chris que salía del colegio y se había lanzado sobre mí.

Había decidido seguir trabajando para Evander, así que el lunes me presenté en el colegio para darle una sorpresa a Chris. Si su padre quería despedirme, tendría que decírmelo en la cara. Mientras tanto, pensaba seguir con mi trabajo.

Sospechaba que a Evander no lo iba a volver a ver porque, a partir de ese momento, seguramente evitaría encontrarse conmigo.

Después de nuestra charla telefónica del sábado a la noche, no había tenido más noticias de él. El lunes Almudena me había llamado para consultarme si podía ir por Chris al colegio ya que el pequeño lo había pedido. En esa conversación, también me dijo que esa mañana el señor Campbell se había ido de viaje. Al parecer, había

tenido que hacer un viaje de negocios a la ciudad de Nueva York de forma imprevista.

—Darla, te extrañé mucho. Pero jugué mucho, mucho, mucho con Popy —dijo Chris, sonriendo y sin soltarme.

—Yo también te extrañé, mi campeón, pero estaba segura de que te estabas divirtiendo con Popy. ¿Así que jugaron mucho?

—Síííí, y corrimos por los jardines, pero papá se enfadó porque Popy se comió una rosa y no nos dejó estar más allí. No quiere que saque a Popy a los jardines.

¡Qué imbécil!, pensé.

Podía entender que cuidara su jardín porque era precioso y todo estaba perfecto, pero… ¡¿no dejar salir más a su hijo y a la cachorra por una rosa?! Me parecía demasiado extremista.

—Bueno, la casa es muy grande y pueden jugar en otro lugar.

—Quiero llegar a casa para jugar con Popy.

—Ahora vas a tener toda la tarde para jugar con ella.

—Y contigo.

—Conmigo también.

En el trayecto me fue contando todo lo que había hecho con la perrita, pero en ningún momento nombró a su padre. Y yo tampoco.

Al llegar a la casa, Almudena nos estaba esperando en la puerta. Salimos del coche y Chris entró corriendo.

—Estaba deseando llegar para ver a Popy —dije sonriendo mientras saludaba a Almudena.

—Ha progresado mucho desde que estás con él. Tú no te das cuenta del cambio porque no llegaste a conocer al niño introvertido, pero te aseguro que es otro niño.

—Me alegra saberlo. Creo que la cachorrita le va a hacer mucho bien.

—Yo también lo creo. Aún sigo sorprendida de que el señor Campbell lo haya permitido, pero evidentemente, tú no solo has

cambiado a Chris —comentó con una sonrisa enigmática que preferí no ponerme a interpretar.

—¿El señor Campbell viaja mucho por trabajo?

—Realmente no, pero cuando lo hace suele estar cuatro o cinco días fuera, a veces más.

Asentí con la cabeza, pero no dije nada. Aunque lo primero que pensé fue que, al no tener mamá, eran muchos días para dejar a Chris. Pero yo no era quién para opinar.

—En esos días que el padre esté de viaje, Chris se queda aquí o con los abuelos —continuó Almudena.

—¿Y esta vez qué van a hacer?

—Se va a tener que quedar aquí porque los abuelos tampoco se encuentran en la ciudad —explicó, y me miró entrecerrando los ojos —. Si no tienes planes, a Chris le encantaría que te quedaras aquí. Hay varios dormitorios libres.

¿Quedarme en la casa de Campbell?

No, esa no era una buena idea.

—No creo que al señor Campbell le guste que me quede en la noche. Sus indicaciones son que no me quede más de las ocho.

—Te aseguro que no dirá nada. Es más, seguro que queda más tranquilo si sabe que tú estás.

—Si hubiera querido que me quedara, me lo habría dicho —afirmé.

Almudena me miró, pero no dijo nada.

Ese día, Evander solo llamó para hablar con Chris, y lo hizo al teléfono de Almudena. Lo escuché hablar en una videollamada porque el pequeño quería mostrarle como saltaba Popy, pero en ese momento salí de la sala para que pudieran hablar tranquilos.

Una parte de mí estaba un poco decepcionada de que no me hubiera llamado, pero sabía que no debía sentir eso.

Cuando me estaba dirigiendo a la cocina para servirme un vaso de agua, Almudena me llamó.

—Darla, hablé con el señor Campbell y le pareció buena idea el que te quedes a dormir. Sabe que a Chris le hace mucha ilusión y él queda más tranquilo teniéndote aquí.

¿Tranquilo? ¡Qué va!, pensé.

Pero más allá de eso, no me hacía sentir cómoda pasar la noche en su casa. Además, no había ido preparada y no tenía ninguna de mis cosas, ni siquiera el cepillo de dientes.

—¿Se lo dijiste a Chris?

—No, primero quería preguntártelo porque no sabía si podías y ya sabes cómo es Chris contigo, no te iba a dejar en paz hasta que aceptaras.

—Qué bueno que no lo hiciste porque hoy no vine preparada para quedarme. Hagamos lo siguiente: mañana traigo las cosas necesarias para pasar la noche y, si el señor Campbell sigue en Nueva York, entonces me quedo. ¿Te parece?

—De acuerdo, Darla —dijo con una sonrisa amable—. Chris va a quedar muy contento.

—Yo sé que sí. Mañana traigo unos cuentos infantiles y se los leo antes de dormir.

—Es una magnífica idea.

—Bueno, voy a ir a despedirme.

Apagué la luz principal, dejando encendida solo la lámpara de la mesa de noche. Tenía pensado seguir con mi lectura, pero estaba tan agotada que no creía poder leer más de dos o tres páginas. Me recosté en la cama con el libro que había traído y un té caliente.

Y entonces, mi teléfono sonó.

Su nombre se iluminó en la pantalla.

Dudé, pero las ganas de saber que quería fueron más fuertes.

—Señor Campbell —susurré.

—Hola, Darla.

Su voz sonaba distinta. Había una gran carga emocional que rara vez dejaba asomar.

—¿Cómo está? Si llamó para saber de Chris, le aseguro que está muy bien. Y también le recuerdo que ya no estoy en mi horario de trabajo —dije con tono seco, pero que no reflejaba en absoluto lo que me pasaba por dentro.

Silencio. Solo su respiración del otro lado.

—En realidad… llamé para saber cómo estás tú.
—No es su problema, señor Campbell.

Lo escuché suspirar. Un suspiro largo, como si cargara demasiado, y algo en mí se quebró un poco.

—Estoy en Nueva York.
—Lo sé —dije sin abandonar la frialdad.
—No puedo concentrarme en nada. No puedo dormir, Darla.

Me apoyé contra el respaldo de la cama.

—Será por el cambio horario, señor. Yo, en cambio, estoy sumamente cansada y ya estoy lista para dormir.

Otra pausa. Otra respiración.

—Sé que debes estar enfadada conmigo. Lo entiendo. Yo… yo, necesitaba escucharte.

Sentí que algo en mí se tensaba. ¿Qué le sucedía a ese hombre?

—¿Escucharme? Hay algo que no entiendo, señor Campbell, usted dejó claro que nuestra relación es solo de trabajo, pero como mi jefe, no debería estar llamándome a… —Miré el reloj de mi mesa de noche—, las once y media de la noche —y añadí con ironía—: A

menos que esta sea una consulta médica. En ese caso, le recomiendo que para el insomnio pruebe tomar…

—Es por ti —me interrumpió—. No dejo de pensarte.

Sus palabras me atravesaron como un disparo silencioso. ¿A qué estaba jugando?

—Sigo sin entender. ¿Qué es lo que necesita?

—No lo sé, Darla. Te juro que no lo sé. Estoy enloqueciendo. Yo no soy así. Nunca me cuestiono nada. Pero contigo…

Cerré los ojos. No quería emocionarme. Mucho menos ilusionarme.

—Señor Campbell…

—Evander. Dime Evander, por favor.

—Evander —cedí—, si es por lo que sucedió entre nosotros, puedes estar tranquilo porque no voy a hablar sobre eso ni reclamarte absolutamente nada. Tengo claro que no quieres volver sobre el tema ni verme. Fue solo esa noche, así que….

—No. Al contrario, Darla. Daría lo que fuera por tenerte a mi lado.

¡¿QUÉ?!

Tuve que cerrar los ojos, como si eso ayudara a entender lo que acababa de decirme.

—Evander, desde esa noche no sé nada de ti. Te fuiste de mi piso y…

—Y… sentí que dejaba algo demasiado valioso atrás.

¡¿QUÉ?! ¡¿QUÉ?! ¡¿QUÉ?!

—No voy a permitir que juegues conmigo —dije al fin, sintiéndome atrapada entre el orgullo y el deseo.

—Necesito que hablemos. Que hablemos con la verdad.

Cerré los ojos. Su voz se había vuelto grave, suave. Íntima.

—No sé qué hacer con lo que me haces sentir —agregó.

Apoyé la cabeza en la almohada, con el teléfono pegado a la oreja como si así pudiera acortar la distancia.

—Evander… es complicado —susurré.

Él seguía amando a su esposa y tenía su corazón cerrado. Yo, tenía que cuidar el mío, aunque en ese momento sintiera que… estaba en sus manos.

Lo escuché respirar.

—Lo tengo clarísimo. Solo dime si, cuando vuelva, podemos tener una conversación sincera sobre lo que sucede entre nosotros.

—Está bien.

Hubo un silencio leve. Y después, una pregunta inesperada.

—Háblame más.

—¿Sobre qué quieres que hable?

—Cuéntame que hizo Chris hoy y… cómo está la intrusa que vive en mi casa y lo está destruyendo todo —dijo, y por primera vez en la conversación, sonrió. Lo sentí en su voz—. Háblame como si todo estuviera bien. Háblame como si yo no fuera tu jefe. Háblame como si yo te importara.

Me importas, pensé.

Y hablamos.

Solo eso.

Como si por ese rato no hubiera miedos ni pasado ni complicaciones.

Solo dos personas compartiendo la noche.

Juntos.

A la distancia.

Capítulo 18

«Cada corazón canta una canción incompleta hasta que otro corazón le susurra.»
—Platón

Darla



Chris se reía a carcajadas mientras corría por el jardín con Popy saltando a su lado. Esa forma tan pura en que me miraba, tan llena de vida, me recordaba por qué, a pesar de todo lo que podía perder, había decidido seguir en esa casa.

Me había desafiado a una carrera con obstáculos inventados por él mismo —una rama, una piedra «mágica» que no podía pisarse y una vuelta completa alrededor de uno de los árboles—, y todo sin ser vistos por Almudena.

Yo fingía seguir sus reglas con toda la seriedad que ameritaba el juego, aunque me divertía tanto como él.

—¡Te gané! —gritó, lanzándose contra mí para que lo atrapara en el aire.

—¡Empate! ¡Fue empate! —exclamé riendo, mientras caíamos juntos sobre el césped.

Nos quedamos así un momento, mirando el cielo de la tarde, mientras una hermosa mariposa revoloteaba a nuestro alrededor como si quisiera integrarse a nuestro juego. Chris la siguió con la mirada, riendo. La mariposa se posó en mi mano. La levanté despacio hacia el cielo y por unos segundos se mantuvo allí, inmóvil. Parecía como si quisiera decirme algo. Luego alzó vuelo y se perdió entre los rosales.

Después de eso, Chris se puso a contar las nubes, y yo simplemente me quedé observándolo. Ese pequeño ya se había robado mi corazón.

Y su padre…

Negué con la cabeza. No era momento de pensar en él.

Evander no llamó ese día.

Y me sorprendí mirando el teléfono más veces de las necesarias.

Al caer la noche, Chris se durmió apenas le terminé de leer el segundo cuento. Popy se acurrucó en su camita a los pies de la cama de Chris, y yo me retiré en silencio a una de las habitaciones de huéspedes que Almudena me había preparado. Era una habitación amplia y bonita, pero tan impersonal como el resto de la casa.

Me puse el camisón que había traído y me metí en la cama. La casa estaba en completo silencio. Me acosté sin revisar el teléfono. No quería volver a decepcionarme.

Apagué la lámpara y me quedé dormida casi enseguida.

No sé qué hora era cuando me despertó un ruido. Al no estar en mi piso, cualquier ruido me parecía extraño. Este había sido un clic sutil, pero que logró despertarme. Abrí los ojos sin moverme. La puerta se abrió con cuidado.

Al principio pensé que era Chris, pero la silueta de un hombre grande se dibujó en la sombra, recortada por la poca luz que entraba desde el pasillo.

Contuve el aliento.

¿Esa figura era…?

Me incorporé apenas.

Él apareció en la penumbra. Cerró la puerta con cuidado y se quedó ahí, mirándome.

—¿Evander? —susurré sin saber si lo estaba soñando.

Al principio no se movió. Solo me miraba, con esa intensidad que podía incendiarme por dentro.

—Tenía que venir —dijo al fin, con voz ronca.

—¿Sucedió algo?

Negó con la cabeza y dio un paso más hacia mí.

—Tenía que venir, pero ni yo sé por qué.
—¿Por Chris? ¿Estabas preocupado por él?
—No… vine por ti.

Por un segundo sentí que el mundo se detenía. Me quedé en silencio, tratando de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Por mí? —repetí al fin, con la voz apenas audible.

Se acercó lentamente, como si cada paso fuera una decisión.
Me senté en la cama sin dejar de mirarlo.

—¿Qué haces aquí, Evander? —pregunté casi en un murmullo.
—Yo… realmente, no sé lo que demonios estoy haciendo —dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro. Parecía atormentado, angustiado—. Solo sé que… te necesitaba.

¡Oh, mi Dios!
Mi corazón se detuvo.

—Esta noche… necesito dormir a tu lado. Necesito abrazarte y que me abraces… por favor.

Parecía tan roto que mi corazón se partió.
Me conmovió tanto dolor… tanta pérdida.
Mi pobre señor Campbell. Mi pobre Evander.
Tan duro por fuera y tan destrozado por dentro.
No lo dudé.

—Esto está mal… pero ven aquí. —Aparté el cobertor para indicarle que se acostara.

Se desvistió de forma lenta, como si aún no estuviera convencido de lo que estaba haciendo. Cuando quedó solo con el *bóxer* se metió en la cama y se acomodó mirando el techo, no sin antes pasar su brazo por mi espalda para atraerme hacia él. Sin dudarlo lo abracé y apoyé mi cabeza en su pecho.

Inhaló bruscamente.

Ninguno de los dos habló por un momento o dos.

Pero estaba ahí.

Él, que siempre ponía límites. Él, que hablaba de distancias.

Estaba ahí, conmigo.

No dije nada más.

No hacía falta.

Porque a veces, lo más fuerte no se decía.

Se sentía.

Y esa noche lo sentía.

Lo sentíamos.

—Si esto está mal… ¿por qué se siente tan bien? ¿Por qué se siente como si fuera lo correcto? —susurró.

—Está mal porque no mezclas negocios y placer en tu casa.

Suspiró.

Con mi rostro apoyado en su pecho desnudo, podía sentir el martilleo loco de su corazón.

—Es verdad, no lo hago. Y sigo sin entender por qué lo estoy haciendo.

Era el momento.

—Sigues amando a tu esposa. Supongo que es por eso por lo que no dejas que nadie se acerque.

Lo noté tensarse y, cuando estaba segura de que no iba a responder, escuché su voz. Como un susurro. Y pude sentir la tristeza salir de él. La madre de su hijo, la mujer que amaba, no volvería.

—Julia falleció cuando Chris tenía casi dos años.

La angustia me envolvió.

—¿Cómo murió? —pregunté con suavidad, pero solo obtuve silencio como respuesta—. No tienes por qué decírmelo.

—En un accidente de tránsito. Murió en el acto.

—Lo siento mucho, Evander. Imagino lo duro que debe haber sido para ti.

—No, no creo que lo imagines.

—Tienes razón, solo puedo hacerme una pequeña idea de todo lo que has tenido que pasar y de tu gran dolor. Lo único que puedo decir es que… puedes contar conmigo para lo que necesites, sobre todo, con Chris.

Silencio… pesado.

—No tienes ni idea.

—¿De qué? —pregunté.

—Estoy muerto, Darla. Algo en mí se murió el día que enterré a Julia. No mereces estar con una persona como yo. Tú mereces estar con alguien que te adore, que te ame con toda el alma y… ese no soy yo. Nunca lo seré. Te voy a hacer daño y no quiero eso.

Sus palabras me atravesaron como un puñal. No supe qué decir. Levanté el rostro y lo miré. Estábamos en penumbra, pero mis ojos se habían adaptado a esa tenue luz y podía verlo perfectamente. Toda suerte de pensamientos y sentimientos pasaban a toda velocidad por mi cabeza.

Él me miraba con una tristeza infinita. Como nunca lo había hecho. Parecía tan perdido.

Algo había cambiado entre nosotros.

—¿Entonces?

—Yo solo te puedo ofrecerte buen sexo. No puedo prometerte nada más. No puedo ofrecerte una relación, pero es lo mereces.

—¿Y si te dijera que no busco una relación? —dije, a sabiendas de que en el fondo de mi ser no era lo que realmente quería, pero de él… estaba dispuesta a aceptar lo que me ofreciera—. En unos meses comienzo la residencia en el hospital y no puedo comprometerme en una relación. Una relación con un hombre es lo último que quiero.

Su respiración se hizo profunda.

—¿Qué buscas, Darla?

Lo pensé unos segundos. Y comprendí que, aun sabiendo que me estaba embarcando en algo que con toda seguridad me iba a hundir, no me importaba. La atracción que sentía por ese hombre era demasiado grande. Quería todo lo que me ofrecía. Ya había probado un poco... y necesitaba más.

—Esa satisfacción sexual de la que me hablaste.

Inhaló bruscamente.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Nadie tiene que enterarse de nuestro acuerdo. Lo que hagamos en nuestro tiempo personal se mantiene completamente separado de nuestra vida profesional. En la casa seré tu empleada y tú serás el señor Campbell. Afuera… seremos lo que nosotros decidamos.

De repente me levantó el mentón con la mano.

Su hermoso rostro y sus grandes ojos celestes me observaron intensamente.

Y me besó.

Y el beso comenzó a salirse del control.

—Detente, Evander —dije, interrumpiendo el beso—. Acá no debemos.

—Por hoy podemos hacer una excepción… y te aseguro que será la única.

—¿Estás seguro? —susurré, repitiendo su pregunta.

—Lo estoy.

Y volvió a asaltar mi boca.

Capítulo 19

«¿Quién puede entender los mil hilos que unen las almas de los hombres y el alcance de sus palabras?»
—Carmen Laforet

Darla



Lo que estaba sucediendo no era un impulso. Era la consecuencia inevitable de todo lo que veníamos sintiendo.
Y no era solo deseo.
Era necesidad.
Era consuelo.
Era fuego.
Ese encuentro era distinto al anterior, lo notaba en su mirada, en sus caricias.
Se apartó unos segundos y sus ojos encendidos recorrieron mi cuerpo.

—Eres tan hermosa —susurró—. Nunca me había sentido tan atraído físicamente por una mujer.

Me emocioné más de lo que quería admitir, pero traté de no demostrarlo.
Tomó mi rostro entre sus manos y sentí que dejaba de respirar. Ese gesto tenía una carga de ternura implícita muy significativa. Sus ojos brillosos perforaron los míos. Se inclinó y besó suavemente mis labios.

—Darla, cariño, debes protegerte, porque yo ya no puedo protegerte de mí.

—No te preocupes por mí, preocúpate por ti.

Y lo besé.

Y aunque no lo dije, su advertencia sincera hizo que una gran inquietud se arremolinara dentro de mí.

Sabía que debía protegerme.

No me iba a engañar. Me estaba adentrando en un territorio peligroso y desconocido, pero aun así quería seguir adelante.

Cuando interrumpimos el beso, me miró sorprendido. Se lamió los labios mientras su mirada devoraba mis pechos.

Si solo lo iba a tener por un corto tiempo, pensaba disfrutar cada segundo.

Alargué el brazo y acaricié su duro miembro por encima del *bóxer*.

Jadeó mientras me miraba sin aliento, pero de repente sus ojos se oscurecieron con una intensidad abrumadora y se cernió sobre mí sacándome el camisón por la cabeza.

Dios, era hermoso... y no solo por fuera. Había algo roto y vulnerable en él que me atrapaba sin remedio.

El poco control que habíamos tenido hasta ese momento se desvaneció en cuanto posó la palma de la mano en mi sexo.

Jadeamos.

Me arrancó las bragas.

Con el condón puesto, se acomodó entre mis piernas y yo recibí su gran cuerpo. Mis manos volaron a su ancha espalda y la recorrí con delicadeza.

Me miró y se deslizó lentamente en mi interior.

Ambos cerramos los ojos y jadeamos más fuerte.

Me volvió a besar con una ternura infinita y comenzó a embestirme lentamente. Le rodeé la cintura con mis piernas.

—Esto es el puto paraíso…. —dijo entre jadeos.

La esperanza floreció en mi pecho.

Aunque no debía.

Pero estaba totalmente perdida porque Evander estaba siendo sumamente dulce.

Me estaba haciendo el amor. Al menos, así lo sentía.

Se retiró hasta casi salir de mi cuerpo para volver a entrar con un movimiento certero.

Y las embestidas se intensificaron. Encontraron una cadencia que nos hizo enloquecer, llevándonos al límite.

Todo el cuerpo me quemaba.

Notaba su sabor en mis labios.

Notaba su piel bajo la mía.

Y, entonces, lo sentí.

Esa noche, Evander estaba realmente conmigo.

Lo sentía cerca de mí.

Era mío completamente.

Y estaba segura de que él también lo sentía.

Fuera lo que fuera eso.

Lo abracé más fuerte, entregándome totalmente a él, y noté los primeros espasmos del orgasmo.

—Evander…

—Dámelo, cariño… lo necesito… te necesito.

Y me rendí, susurrando su nombre, mientras mi cuerpo convulsionaba por completo.

Y no fue solo el clímax físico, sino que también fue una entrega real y absoluta.

Evander me siguió con un ronco gemido de placer.

Y solo por esa noche, todo estuvo bien en nuestro mundo.

No sabía si mañana él volvería a levantar sus muros… pero esa noche, los suyos y los míos se habían desquebrajado juntos.



Todo estaba en silencio.

Miré hacia la ventana y noté que aún no había amanecido.

Podía dormir un rato más.

Me arrebujé mejor bajo el cobertor sintiéndome muy cómoda y exquisitamente satisfecha.

¿Satisfecha?

Poco a poco comenzaron a asaltarme imágenes de la noche.

Evander sobre mí.

Yo, sobre Evander.

Suspiré.

Ya no estaba a mi lado.

Me senté en la cama y lo busqué, pero tampoco estaba en la habitación.

Volví a apoyar la cabeza en la almohada. Cerré los ojos, pero no pude evitar sentir cierta melancolía.

Por él.

Evander era un hombre atormentado y roto. Un hombre tragado por el dolor. Detrás de esa fachada de hombre duro y controlado, había un lado triste.

Una historia triste.

Seguía amando a su esposa fallecida y los muros que había construido mostraban la hondura de ese sentimiento. La seguiría amando hasta su último aliento.

Había pasado por mucho. Lo imaginé en el funeral. Chris con solo dos añitos, en realidad, creo que ni siquiera los había cumplido. Mi mente lo imaginó de traje negro, organizando el funeral de su mujer, de su gran amor, y mi corazón se partió un poco más.

Por primera vez, podía entender por qué era así, tan cerrado al mundo. Un hombre reservado, frío y que no mostraba sus emociones en absoluto. Salvo a su hijo. Pero incluso eso lo hacía en el cobijo de su casa, no en público.

Si lo tuviera a mi lado…, pensé.

Solo quería poner mis brazos alrededor de su cuello y abrazarlo con fuerza. Consolarlo.

Pero yo… solo era una más de esas mujeres en las que buscaba desahogo.

Y no era una queja. No podía serlo porque él había sido sincero y claro en cuanto a lo que podía brindarme, y yo lo había aceptado.

Pero eso no significaba que, dentro de mí, no hubiera deseado poder ser algo más. Acercarme a él un poco más para poder brindarle consuelo… amor.

Tenía que asimilar todo lo que me estaba sucediendo.

No volví a dormir.

No pude.

Me levanté unos minutos antes de las seis de la mañana. Ya no aguantaba quedarme en la cama porque lo único que hacía era pensar. Me di una ducha y bajé a la cocina.

—Buenos días, Madison —saludé a la cocinera que se encontraba preparando todo para el desayuno.

—Buenos días, señorita Darla. ¿Cómo durmió?

Si supieras que casi no pegué ojo en toda la noche por culpa de tu jefe —en realidad, nuestro jefe—, pensé.

—Muy cómoda, gracias.

—¿Sabes si Almudena y Chris ya se levantaron?

—No han bajado. El único que se levantó muy temprano, desayunó y salió, fue el señor Campbell.

—¿El señor Campbell? —pregunté, un poco sorprendida con la información y para disimular el hecho de ya saber que había llegado de su viaje.

—Yo estoy tan sorprendida como usted. Parece que llegó en la madrugada porque esta mañana tenía una reunión importante en la empresa.

—¿Estuvo con Chris?

—No sabría decirle —respondió, mientras me dejaba una taza de café en la barra de la cocina junto a un plato con tostadas y mermelada.

—Gracias, Madison.

—Merece.

Chris, Almudena y Popy llegaron a la cocina unos minutos después. Por ella me enteré de que Evander no había querido despertar al pequeño y solo había pasado por la habitación a darle un beso.

Como yo nunca había tenido la oportunidad de llevar a Chris al colegio, le pregunté a Almudena si podía hacerlo y, obviamente, no se negó.

El chofer nos llevó hasta allí. Chris se veía muy contento de que lo acompañara, aunque ese día parecía no tener muchas ganas de llegar. Para entretenerlo jugamos a contar los coches que pasaban. A él le tocaban los blancos y a mí los rojos. Por supuesto que ganó él.

Al llegar a la puerta del colegio, su inquietud aumentó.

—¿Qué sucede, mi campeón? ¿Por qué estás triste?

Se abrazó a mis piernas con fuerza, como si buscara refugio. Me acuclillé junto a él para quedar a su altura.

—Chris, dime que sucede, por favor. ¿En el colegio sucedió algo?

—No quiero entrar.

—Chris —dije, tomándole del mentón para poder mirarlo a los ojos —, dime los motivos y te aseguro que lo podremos solucionar.

—Me pelean —susurró.

—¿Quién te pelea?

—Víctor y Diego. Me pelean y no me dejan jugar. Me tengo que quedar todo el recreo parado en una esquina del patio —dijo, y comenzó a sollozar. Mi corazón dio un vuelco.

—¿Qué te hicieron? —silencio—. Dímelo, Chris, así podemos solucionarlo.

—Ellos son más grandes —dijo—, y si te lo cuento me van a pegar más.

—¡¿Te pegaron?! —exclamé incrédula.

¡¿A qué colegio de mierda iba que no eran capaces de avisar a la familia de esa situación?!

—¿Por qué te pegaron, mi amor? Dímelo porque te aseguro que no sucederá nada. Es más, voy a entrar a hablar con la directora ahora mismo.

—Me pegaron y no puedo jugar con ellos porque… no tengo mamá.

Mi corazón se quebró totalmente. Lo abracé fuerte. Eso era tan triste

—Mi amor. Tú tienes mamá. Julia es tu mamá. Ahora te cuida desde el cielo, pero es tu mamá.
—Yo quiero que seas mi mamá —sollozó.

¡Dios mío!
¿Qué respondía a eso?

—Mi amor, Julia es y será siempre tu mamá, pero te aseguro que yo te quiero con todo mi corazón y siempre vas a poder contar conmigo. Ahora vayamos adentro que tengo algo que hablar con la directora.
—¿Le vas a contar?
—Tiene que enterarse, Chris. Tú vas a ir a clase y no te vas a preocupar de nada más. Y si vuelve a suceder se lo vas a contar inmediatamente a la maestra, además de contárselo a tu padre a Almudena y a mí. ¿Está bien?
—Sí.

Lo dejé en su clase y me fui directamente a hablar con la directora.
Estaba furiosa.
Unos minutos después estaba sentada fuera de la oficina de la dirección, esperando para ser atendida.
Cuando ya estaba por tirar la puerta abajo, la directora la abrió. Me puse de pie y nos saludamos. Seguía con la misma seriedad que el día que la había conocido.

—Señorita Dupont, me dijeron que necesita hablar conmigo. Debe saber que yo no recibo sin reunión programada.
—Es por un tema importante y urgente.
—Aun así, le tengo que pedir que coordi…

—Usted me va a escuchar ahora o…

—¿Qué es lo que necesita? Porque si es de Christopher Campbell, le advierto que yo solo puedo hablar con el padre o con la señora Almudena Mar. A usted solo la autorizaron a retirar al niño.

—¿Qué? Chris está siendo golpeado y acosado por otros niños…

—Eso es imposible.

—¡Chris no miente! Y sucedió aquí.

—Señorita, tengo otra reunión, así que le agradecería que le diga al señor Campbell que programe una reunión y me lo venga a plantear él. Buenos días.

Y me cerró la puerta en la cara.

¡En la cara!

Salí de ese colegio como si me persiguiera el diablo. A cada segundo estaba más furiosa. No recordaba cuando había sido la última vez que la furia me había consumido como en ese momento.

Tomé el teléfono y llamé a Evander.

—Campbell —respondió, luego de que sonara varias veces.

—Evander…

—Señor Campbell para usted, señorita Dupont —dijo con frialdad.

¡¿QUÉ?!

Mal día para meterse conmigo, *señor Campbell*.

—Y una mierda, señor Campbell. Necesito hablar contigo. A.h.o.r.a

—Señorita Dupont, estoy en una reunión importante y usted no está en horario de trabajo. Si mal no recuerdo usted tiene que estar con mi hijo a partir de que sale del colegio. —Bajó la voz y agregó —: Habíamos quedado que…

¿Pero este imbécil qué se cree?

Veía todo el cielo de tono rojo.

—¡Es sobre tu hijo, IMBÉCIL!

Corté la llamada y presioné sobre el contacto de Almudena.

Hablé con ella y le conté todo lo que sabía. Ella vino enseguida al colegio a mantener una reunión con la directora.

Le pedí que se encargara de hablar con el «*señor Campbell*» porque a mí no me había querido escuchar.

Cuando Almudena salió del colegio me contó que la directora la había atendido y que ya estaba al tanto de todo lo sucedido con Chris y esos niños. Iba a citar al estúpido de Campbell y a los padres de los otros niños para evitar que cosas como esas siguieran sucediendo.

Después de eso me fui a mi piso. Aún faltaban unas cuantas horas para que Chris saliera del colegio.

Tenía el teléfono apagado, así que no sabía si Campbell me había llamado. Probablemente no.

Porque, claro… ¡no estaba en mi horario de trabajo!

Evander Campbell me había decepcionado.

Capítulo 20

«Si quieres volar, debes dejar atrás todas las cosas que te pesan.»
—Toni Morrison

Evander



Estaba sentado en la sala de reuniones del piso treinta de mi empresa, rodeado de ejecutivos que hablaban de balances, proyecciones y estrategias para el trimestre. Pero mi mente estaba en otra parte. No había dormido más de tres horas. Me había ido del cuarto de Darla antes del amanecer. Salí a escondidas para que nadie me viera y para huir de algo que me estaba sucediendo y no podía explicar.

Quería quedarme junto a ella.

Abrazarla toda la noche.

Acercarme más.

Exhalé un suspiro de derrota.

Sabía que eso que me sucedía era pasajero. Después iba a desear que se alejara… porque siempre era igual. Llegaba un momento en que querían más o yo me cansaba. Porque mi corazón estaba cerrado y así permanecería.

Mi teléfono vibró sobre la mesa de reuniones. Siempre que estaba reunido lo ponía en silencio.

Lo miré.

Era Darla.

Eran casi las nueve de la mañana.

¿Por qué me llamaba a esa hora?

Chris estaba en el colegio. Si algo hubiera ocurrido, me llamarían a mí.

¿Sería que…?

No, no podía ser.

Las cosas estaban claras entre nosotros.

¿Y si Darla se creía que tenía derecho a exigirme algo más, solo por haber pasado la noche conmigo?

Por haber dormido con ella en mi casa.

Por haberle contado parte de mi dolor.

No lo iba a permitir.

El fuerte impulso de atacarla y poner distancia se apoderó de mí.

—Disculpen —dije, levantándome—. Necesito atender esto.

Salí de la sala sin esperar respuesta y deslicé el dedo por la pantalla.

—Campbell —dije, marcando formalismo y con frialdad.

—Evander…

—Señor Campbell, para usted, señorita Dupont —la interrumpí, aunque algo dentro de mí ya sabía que estaba obrando mal.

—Y una mierda, señor Campbell. Necesito hablar contigo. A.h.o.r.a

Sus palabras me lo confirmaron.

Darla se sentía con derecho a exigirme, e incluso a llamar a mi oficina en horario de trabajo. Tenía que parar eso cuanto antes. Y aunque Chris la adoraba, iba a tener que tomar serias medidas.

—Señorita Dupont, estoy en una reunión importante y usted no está en horario de trabajo. Si mal no recuerdo, su responsabilidad con mi hijo empieza a partir de que sale del colegio.

—¡Es sobre tu hijo, IMBÉCIL!

Y cortó la llamada.

¿Era sobre Chris?

¿Le habría pasado algo?

Mi corazón se aceleró, y el arrepentimiento y la culpa me invadieron.

Enseguida la llamé, pero me mandó al buzón de voz. Intenté varias veces más, sin éxito. Evidentemente había apagado su teléfono.

Tenía que llamar a Almudena con urgencia.

El teléfono estaba ocupado y estaba por enloquecer.

Después de varios intentos, al fin sonó.

—Almudena, ¿qué pasó con Chris? ¿Está bien?

—Está físicamente bien, pero... —la voz de Almudena se quebró—. Le pegaron en el colegio y es probable que lo hayan amenazado. Fueron unos chicos mayores. Se lo confesó a Darla porque ella fue la que notó que no estaba bien. No lo dejan jugar. Darla intentó hablar con la directora, pero la trataron horrible, señor Campbell. Le dijeron que a ella no la podían atender porque no estaba autorizada. Parece que unos niños no le permiten jugar en el recreo porque… no tiene mamá.

Tuve que apoyar la mano libre contra la pared. La furia y el dolor se apoderaron de mí. Me quedé sin palabras.

—¿Señor Campbell?... ¿Evander?

—¿Dónde están ahora?

—Chris está en clase. Darla se fue a su domicilio. Yo me reuní con la directora para ponerla a al tanto de todo, pero sería bueno que usted también viniera. Además, lo van a citar a una reunión.

—Salgo para allí.

Sentí un zumbido sordo en los oídos. La imagen de Chris en un rincón del patio, solo, en silencio. La de Darla enfurecida, defendiendo a mi hijo. Y yo... en una oficina, hablando de balances. Y encima, desconfiando de la bondad de Darla.

No volví a entrar a la sala de reuniones. Le dije Noelia que les explicara que había tenido una emergencia familiar.

Subí a mi coche con la furia recorriendo por mis venas y creciendo a pasos agigantados. Apreté el volante con tanta fuerza que los

nudillos se me pusieron blancos.

Cuando pedí para ver a la directora, me preguntaron si tenía cita.

No debieron.

—¡Si no me atiende ahora mismo los acusaré de negligencia contra un menor que ha sido puesto a su cuidado! —grité.

Un segundo después la puerta de la oficina se abría.

—Soy el padre de Christopher Campbell. Usted me va a recibir ahora y me va a explicar cómo puede ser que mi hijo haya sido golpeado y acosado. ¡AHORA!

La mujer palideció.

Hablamos por veinte minutos.

No volví a alzar la voz. No fue necesario. Me aseguraron que no volvería a suceder y que se encargarían de hablar con las familias de los involucrados para hacerles saber del comportamiento de sus hijos y aplicar medidas. Yo amenacé con sacar a mi hijo del colegio si me enteraba de que le tocaban un solo pelo o volvía a ser molestado. Y eso no les convenía, no solo por lo que pagaba al año, que era una fortuna, sino también por mis contribuciones al colegio. Cada una de mis palabras cayó como una sentencia.

Cuando salí, mi pulso seguía acelerado.

Ya no era solo furia.

También sentía culpa. Dolor. Vergüenza.

Era el peso demoledor de haber fallado como padre... y como hombre.

Por eso aún me quedaba enfrentar otro de mis grandes errores.

Porque no solo había sido lo que le había dicho, sino cómo lo había hecho.

Intenté llamarla, pero siguió sin atenderme.

Me acerqué a su edificio, pero tampoco la encontré.

Tenía que volver a la empresa porque tenía más reuniones y no podía seguir postergándolas, pero esa noche iría hasta su piso y tendría una larga charla con Darla.

Era hora de sincerarse un poco más.

Darla se lo merecía.



La jornada de trabajo se me hizo eterna.

Después de que Chris llegó a casa, llamé varias veces para hablar con él y me tranquilizó saberlo contento.

Darla no me quiso atender.

Ni siquiera lo hizo cuando le pedí a Almudena que me pasara con ella. En ese momento puso como excusa que estaba ocupada.

No insistí.

Sabía que debía hablar con ella personalmente.

Esa noche, cuando volví a casa y vi a mi hijo feliz jugando con su perrita, el alivio me devolvió la fuerza y la tranquilidad, y mi cabeza volvió a centrarse en Darla.

No podía quedarme quieto.

Finalmente, después de leerle un libro a Chris, decidí ir hasta su edificio.

Bajé del coche y toqué timbre, pero nadie respondió.

¿Habría salido?

Volví a mi coche y esperé.

No pensaba irme sin verla. Sin explicarme.

Capítulo 21

«La vida es como el jazz... mejor si es improvisada.»
—George Gershwin

Darla



Hacía tiempo que no me reía tanto.

Y eso a pesar de estar furiosa, desilusionada y… triste.

Juanpi era un experto en hacerme olvidar lo que pesaba en mi corazón, al menos durante el rato que estaba con él. Tenía esa forma despreocupada y graciosa de hablar, como si nada en el mundo importara. Aunque yo sabía que no lo sentía realmente. Juanpi también tenía sus demonios y preocupaciones que socavaban su tranquilidad. Por eso mismo había decidido que esa era una buena noche para encontrarnos y olvidarnos de todos y todo. Disfrutar de nuestra amistad y pasar un buen momento.

Fuimos al cine y después a cenar. Aprovechamos la cena para ponernos al día, sobre todo, en el tema Evander Campbell. No se sorprendió de que nos hubiéramos acostado. Me hizo bien sentir que me escuchaba sin juzgarme y el que me diera su sincera opinión, aunque doliera. Él era así de transparente. Un amigo de verdad que no me decía lo que quería escuchar, sino lo que pensaba que era mejor para mí. Entre nosotros había honestidad, confianza y lealtad.

Nos conocíamos. Nos cuidábamos. Nos guiábamos.

Por eso no se guardó nada cuando le pregunté sobre mi relación con Evander.

—El sexo casual no es lo tuyo —afirmó Juanpi.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El conocerte como si fueras mi hermana. No estás hecha para ese tipo de relación, y menos con un hombre que carga una gran mochila de su pasado y que luego de pasar la noche contigo, te destrató.

—Eso es verdad, su comportamiento de hoy en la mañana no me lo esperaba y me desilusionó mucho.

—Quizás, hasta salga con otras mujeres. ¿Sabes si tiene amantes?

Tragué el nudo en mi garganta.

—Es probable que las tenga.

—Sé que no es lo que quieres escuchar, pero nunca te voy a mentir —exhaló—. Evidentemente, Campbell sigue amando a su esposa y no quiere volver a estar en una relación de verdad. Y si por algún motivo decidiera que contigo quiere algo «*más formal*» —dijo, haciendo el gesto de las comillas en el aire—, aunque es poco probable por todo lo que te dijo, igualmente siempre estarías en segundo lugar. No; en tercero o en cuarto porque no solo está su esposa, sino también su hijo y su empresa.

Exhalé profundamente.

—Lo sé.

—Sácalo de tu cabeza y no permitas que entre allí —dijo, señalando mi corazón—. Supéralo, cariño. No desperdicies tu vida con un hombre que no te merece. ¿Por qué mejor no sales con otros chicos de nuestra edad? Mi primo sigue preguntando por ti.

—Lo voy a pensar, te lo prometo.

—Darla, él debe estar con otras. Tú deberías hacer lo mismo. —Lo miré y sonreí con tristeza.

—Está bien. Quizás sea un buen momento para conocer a tu primo. Espero que no sea tan caradura como tú.

—¡Por favor! Si a mí me amas tal cual soy. —Ambos reímos de verdad.

Cuando llegamos a la puerta de mi edificio, busqué las llaves en mi bolso mientras él, caballeroso, me sostenía la chaqueta.

—Esto deberíamos hacerlo más seguido —propuso.
—Podemos salir el próximo viernes.
—¿Invito a mi primo? —preguntó con una media sonrisa.
—No sé, luego te digo. Te has vuelto todo un casamentero.
—Por mi amiga lo que sea.

Lo abracé fuerte.

—Te quiero, Juanpi.
—Yo también te quiero. Y prométeme que te vas a cuidar, y me refiero a cuidar ese gran corazón que tienes.
—Te lo prometo.

Nos volvimos a abrazar. Subió a su coche, me lanzo un beso y se fue.

Juanpi tenía razón. El modo en el que me había tratado Evander, con esa distante frialdad y descortesía, me había hecho sentir humillada. No solo por lo que dijo, sino por la forma en que lo hizo, como si yo no significara nada. Esa indiferencia caló más hondo de lo que esperaba.

Respiré profundamente, pensando en todo lo que me había dicho mi amigo.

Por lo menos esa noche, quería creer que podía.

Giré para abrir la puerta del edificio sintiendo por primera vez en el día que el ánimo se apoderaba de mí… hasta que escuché esos pasos acercándose.

Miré hacia mi derecha.

Y mis ojos se posaron en la mirada fría y dura de Evander Campbell.

Sus ojos estaban clavados en mí y parecía… ¿molesto?

No se me ocurrían los motivos de su enojo, pero tenía claro los motivos del mío.

No sé por qué estaba allí… pero primero iba a tener que escucharme.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Darla?

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Darla? No se equivoque, señor Campbell. Para usted, señorita Dupont —espeté, devolviéndole sus propias palabras como una bofetada.

Entrecerró los ojos y negó con la cabeza.

—¿Podemos hablar? —preguntó, sin abandonar el gesto de molestia.

—Por supuesto que no. Mi horario de trabajo hace horas que terminó. Y a partir de hoy, para usted, solo voy a cumplir ese horario. Puede irse por donde vino —dije, e intenté poner la llave en la cerradura, pero las manos me temblaban y no era una tarea fácil.

—¿Estabas en una maldita cita? —gruñó.

Lo volví a mirar. Sentí como si un gran caldero burbujeante de ira estuviera a punto de estallar dentro de mí.

—¡Eso no es de su incumbencia!

—¡Por supuesto que lo es! —Se acercó hasta quedar casi pegado a mi cuerpo—. Nosotros estamos follando.

Nosotros estamos follando.

Palabras frías.

Como él.

Pero no mentía.

Solo era eso para él. Alguien más con quien satisfacer sus necesidades sexuales. Y, muy a mi pesar, dolía. Dolía como un golpe seco al orgullo y al corazón.

—*Estábamos*. Debería hablar en pasado porque ya no sucederá más. A partir de este momento voy a olvidar todo lo que sucedió entre nosotros y solo será mi jefe, y por suerte solo durante este mes que me queda de contrato. Y espero verlo lo menos posible y hablar lo justamente necesario. Adiós, *señor Campbell*.

Abrí la puerta, pero en un movimiento rápido, él también entró.

—No terminamos de hablar.
—Se equivoca. Yo no tengo nada más para decir.

Caminé hacia los ascensores seguida por él.

—Pues yo tengo mucho que decir y…
—Escúchame bien, jodido idiota, porque…
—Hoy era *imbécil*. Ahora *jodido idiota*. Veo que me tienes en alta estima —me interrumpió.

¿Tenía ganas de bromear?
Creo que comenzó a salir humo por mis orejas.

—¡Es todo eso y mucho más! Váyase de una vez y déjeme en paz. No quiero hablar más con usted.
—Pues yo sí, y me vas a escuchar. Vine a pedirte disculpas por el modo en el que te traté hoy cuando solo querías ayudar.
—Linda forma de pedirlas. Ahora ¡lárguese!

Las puertas del ascensor se abrieron y entré a toda prisa, desesperada por perderlo de vista.
Él también lo hizo.
Estábamos solos.
De pronto, y probablemente por estar tan cerca en un lugar tan reducido, mi furia dio paso a algo más visceral. Más primitivo. Más peligroso.
Se me aceleró la respiración.
Él se acercó, mirándome intensamente.

—¿Qué hace? Le dije que se fuera y…

No pude terminar.

Sin darme tiempo a reaccionar, se acercó de golpe, acorralándome contra la pared del ascensor con su cuerpo e inmovilizándome con sus caderas.

Y me besó.

Gemí, muy a mi pesar, lo que le permitió invadir mi boca con su lengua y recorrérmela con su experta y sensual pericia.

Me rendí.

Eso solo lo lograba él.

Mi lengua se entrelazó con la suya en una danza lenta, sensual.

Nos besábamos con desesperación. Ni siquiera estaba segura de querer tomarme tiempo para respirar.

Sentí su erección contra mi vientre y subí una pierna para enroscarla en las suyas, apretándome más contra él.

—Diooos… ¿qué me haces? Me vuelves loco —murmuró entrecortadamente.

El ascensor se detuvo y se abrió la puerta.

Y al fin reaccioné, empujándolo para apartarlo de mí.

—Adiós, señor Campbell —abandoné el ascensor, pero me siguió.

—No me voy a ir hasta que me escuches.

—¿No puede entender que ya no quiero escucharlo? Usted me decepcionó.

Bajó la cabeza y se quedó mirando el piso.

—Lo sé. También me decepcioné a mí mismo. Te pido disculpas, Darla. Cometí un grave error, pero debes saber que fue porque… estoy asustado.

—¿Asustado? ¡Inventa otra excusa! Esa, conmigo, no te sirve —dije, y puse la llave en la cerradura.

—Es la verdad, Darla, aunque no me creas. Tú me haces sentir… cosas que no había sentido en mucho tiempo. —Mi mano quedó

paralizada en la cerradura—. Es más, me haces sentir cosas nuevas, cosas que nunca había sentido. Yo… no estoy preparado y, eso me asusta.

Giré el rostro y lo miré. Parecía totalmente perdido.

Abrí la puerta y le permití entrar. Tampoco íbamos a dar un espectáculo para mis vecinos. Cuando la puerta se cerró, nos quedamos de pie, mirándonos a los ojos.

—Tú me haces daño, Evander.

Sus ojos se agrandaron y pude ver esa vulnerabilidad que había mencionado.

—Te aseguro que no es mi intención. Pensé que estabas de acuerdo en la relación planteada.

—Lo estaba. Entré en esa relación teniendo claro que podía esperar y que no. Lo sigo teniendo claro, pero me hiciste comprender que no funciona para mí. Supongo que cuando hoy te llamé pensaste que era para reclamarte algo —señalé, y él, con pesar, asintió con la cabeza—. Lo imaginé, por eso me trataste con tanta frialdad y descortesía. Y también imagino que ya sabes que no era esa mi intención. Era para contarte toda la situación que estaba viviendo Chris.

—Me siento terrible, Darla. Por todo. Discúlpame, por favor.

—Te disculpo. Y lo hago porque supongo que tu experiencia con las mujeres te ha llevado a pensar que se acercan por interés o que todas quieren más. Quieren lo que no estás dispuesto a darles. Supongo que tendrás tus motivos para pensar así. El amar a otra persona es un gran motivo, porque es evidente que sigues amando a tu esposa. Pero debes saber que yo siempre cumplo mi palabra, Evander. Si te dije que aceptaba lo que me proponías, no pensaba cambiar las reglas. Pero…

—Siempre hay un «pero».

—No siempre lo hay. En este caso no voy a cambiar las reglas, simplemente no voy a seguir con algo que entendí, no me hace bien.

—¿Por qué dices que te hago daño?

—Porque me tratas como si te importara… y luego como si no significara nada. Me haces sentir usada.

—No es así. Te lo aseguro.

—Pero solo eres… cálido cuando estamos en una cama. Me haces sentir deseada un segundo y descartada al siguiente.

—¿Y ese no era el trato? —preguntó, pero no lo hizo con sarcasmo.

—¿Hacerme sentir así? ¿Tratarme del modo en que lo hiciste hoy? Por supuesto que no.

—No —dijo, negando con la cabeza—, eso estuvo mal. Me refiero a estar juntos y luego solo ser jefe-empleada.

—Ya no quiero eso —respondí, y se pasó la mano por el pelo con frustración.

—Quieres más —afirmó—. Quieres mi corazón.

—A veces se quiere lo imposible, pero no te preocupes, soy bastante realista. Solo… voy a proteger el mío.

—¿Me vas a dejar?

—Voy a continuar hasta que se cumplan los tres meses. Como te dije, siempre cumplo con mi palabra.

—Me refiero si me vas a dejar a mí.

—No se puede dejar lo que nunca se tuvo.

Se acercó rápidamente y me abrazó fuerte. Tanto que casi no podía respirar.

—Me tienes, Darla. Te juro que me tienes. Desde que estás en mi vida ya no me siento tan… solo.

¡Madre mía!

—Si es así, entonces ¿por qué me alejas?

—No es tan sencillo —dijo, y bajó la cabeza. Yo suspiré.

—Puede que un poco te entienda. Sé que no te va a gustar lo que te voy a decir, pero igual lo voy a hacer —dije, y me miró entrecerrando los ojos—. Yo creo que te domina el sentimiento de

culpa, como si volver a disfrutar de estar con alguien fuera una traición a Julia.

Como suponía, se apartó.

—No puedes saber lo que siento.

—Eso es verdad, pero es lo que parece. No quieres sentirte feliz con alguien ni tener la responsabilidad de hacerla feliz. No te acercas porque te proteges.

—Darla —dijo, volviendo a pasarse una mano por el pelo—, no vine aquí para tener una sesión de terapia.

—Otra vez estás a la defensiva y hablándome con frialdad para alejarme. No te preocupes, yo me voy a alejar sola. Vete, Evander, por favor.

Volvió a acercarse, y eso a mí no me convenía porque él me desestabilizaba.

Sus ojos se posaron en mis labios. La tensión sexual entre nosotros era pesada, de esas a punto de hacernos estallar. Quería volver a besarlo. Volver a acariciarlo. Volver a sentirlo entregado a mí. También era consciente de que ya había perdido totalmente el control de esa situación.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

—No te estoy pidiendo un noviazgo, pero por lo menos podrías no ser un témpano de hielo cuando me ves fuera del dormitorio.

Una media sonrisa se asomó en sus labios.

—De acuerdo. Y ¿te parecería bien que saliéramos de vez en cuando a cenar o bailar?

—No creo que podamos salir mucho porque te recuerdo que solo tenemos un mes.

—Entonces disfrutémoslo, Darla. Nosotros juntos somos puro fuego.

—Hasta que sales de la cama.

Por primera vez lo vi rodar los ojos y me causó un poco de gracia.

—No eres tú, soy yo. No sé qué pasa conmigo —dijo con frustración.

—Está bien, ya te dije que lo entendí. Ahora vete, por favor.

—¿Irme? No quiero irme, quiero que pasemos la noche juntos —dijo, acariciando mi rostro y deteniéndose en mis labios.

—Esta noche no —afirmé, negando con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque necesito pensar… y necesito cierta distancia.

—Podría convencerte —afirmó, besando suavemente mis labios.

—Seguramente, pero te pido que no lo hagas.

Me miró a los ojos y luego bajó a los labios. Los acarició con su pulgar.

—De verdad, te necesito —susurró, cerrando los ojos y apoyando su frente en la mía, y mi corazón comenzó a latir aceleradamente.

Dios, qué difícil me lo ponía.

Se inclinó para besarme, pero no lo hizo, sino que me quedó mirando a los ojos. Alcé los labios hacia él y lo besé. Mis manos se deslizaron por su sedoso pelo, atrayéndolo hacia mí. Él me tomó de la nuca y me besó más profundamente, apretándome más contra su cuerpo.

De pronto, cortó el beso y se alejó, mirándome con intensidad.

—O me voy ahora, o no podré hacerlo —dijo, esperando mi opinión.

—Es mejor que te vayas.

—Solo porque tú lo quieres. Pero volveremos a hablar mañana.

—Muy bien, señor Campbell.

—Evander. Para ti, siempre Evander.

—Hasta mañana… Evander.

Me dio un suave beso en los labios y se marchó.

Lo observé detenidamente mientras iba hacia la puerta. La idea de no volverlo a ver me resultaba desagradable y dolorosa.

¿Qué era eso?

Capítulo 22

«No hay nostalgia peor que añorar lo que nunca, jamás, sucedió.»
—Joaquín Sabina

Evander



Esperé todo el maldito día una señal de Darla. Un mensaje, una llamada, algo. Pero no llegó. Y aunque había prometido darle espacio, no podía evitar revisar el teléfono cada media hora como un adolescente inseguro. Me repetía que no debía presionarla, que lo mejor era dejar que pensara tranquila, pero la ansiedad me estaba matando.

¡¿Qué me estaba haciendo esa mujer?!

Como era viernes y Chris estaba con mis padres, había decidido salir a cenar con Marta. No era una cita, no era una noche planeada para terminar entre sábanas. Solo era una cena. Una despedida.

No era justo para ella, ni para mí, estar juntos y pensar en otra.

Desde que Darla estaba en mi vida, eso era lo que me había pasado todas las malditas veces que había salido con Marta.

Me ajusté el reloj con más fuerza de la necesaria y observé mi reflejo en el espejo del vestidor. El traje estaba impecable, como siempre.

Pero yo no.

Algo en mi expresión me delataba. Había algo más detrás de mis ojos, un cansancio que no era físico.

¿De qué estaba cansado?

Quizás, de sostener un equilibrio que ya no existía.

De luchar contra lo que sientes, dijo mi conciencia.

Tomé las llaves con brusquedad y finalmente salí.

Marta ya me esperaba en el *restaurante*. Estaba guapísima, como de costumbre. La besé en la mejilla, ganándome su ceño fruncido, y me senté frente a ella.

—¿Tantos días sin vernos y me saludas así? ¿Qué sucede contigo? —dijo molesta y sin rodeos.

—Cenemos tranquilos, Marta. Sabes que no me gustan los cuestionamientos.

—¿Estás saliendo con alguien más? —cerró la carta del *restaurante* sin leer nada y me miró directo a los ojos.

—Si lo estoy, no importa, porque nosotros no somos exclusivos. Siempre fue así y lo sabes desde que nos conocemos.

—Ya veo…

—Marta, no empieces con reclamos. Esa mierda no va conmigo.

—Me invitaste a cenar porque vas a despedirte. Vas a desaparecer. Es eso ¿verdad?

Guardé silencio. No iba a negar lo evidente.

—¿Para qué te molestaste en invitarme a cenar en un *restaurante* lujoso? No me hubieras llamado más y listo.

—No soy así —respondí, más seco de lo que pretendía.

Ella asintió con una media sonrisa.

—No, no lo eres. Por eso me gustas tanto.

La camarera se acercó, pedimos sin demasiado interés, y durante unos minutos dejamos que el ruido del restaurante llenara el espacio entre nosotros. Marta jugaba con el borde de su copa de vino. Yo la observaba, intentando encontrar palabras.

—Podrías ser sincero —afirmó.

—Siempre lo he sido. Las cosas entre nosotros están claras.

—No me refiero a eso. Dime la verdad sobre la mujer que logró meterse en tu corazón.

—No sé de dónde sacas eso —dije, un tanto inquieto.

—Vamos, Evander, no seas cobarde.
—Sí, estoy viendo a alguien —dije finalmente.

Ella soltó una breve risa.

—Eso está más que claro. El gran cambio es que parece que con ella… quieres monogamia. Y eso sí es nuevo en ti. ¿Va en serio?
—No lo sé —admití, apoyando los codos sobre la mesa—. Es ella la que no está segura de querer algo conmigo.
—Chica lista —dijo, sonriendo con los labios, pero no con los ojos.
—Vamos a dejar este tema, por favor.
—¿Por qué? Somos amigos. Los amigos charlan sobre estas cosas.
—No me siento cómodo.

Marta asintió, aunque su expresión se tensó apenas.

—Ella te importa.

Bajé la mirada al vino y no respondí. Mi silencio lo gritaba por mí.

—¿La amas?
—No… —comencé, pero me detuve. Ni siquiera estaba seguro de poder decirlo en voz alta—. No lo sé. Es… complicado.
—Siempre es complicado, Evander —dijo, mirándome con seriedad —. Lo complicado no impide que uno sienta.

Mi estómago se tensó. No supe qué decir. Nunca había hablado de amor con Marta. No de ese modo.

—Eres una mujer increíble. Debes estar con un hombre que se merezca tu amor.
—Es verdad —dijo con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

La miré fijamente. Marta era una mujer bonita, sensual y encantadora. Pero nunca logré verla de otra manera. Lo correcto era alejarme.

—Marta… lo mereces todo.

Ella suspiró, largo y lento.

—Lo sé. Y te respeto por decirlo.

La cena continuó en un silencio amable. Hablamos de cosas triviales, sin profundizar. Ella no lloró, lo cual agradecí.

Cuando nos despedimos afuera del *restaurante,* me abrazó con fuerza y me dio un delicado beso en los labios.

Antes de soltarme, me dijo al oído:

—Ojalá funcione con ella. Pero si no… no vuelvas a buscarme.

Asentí en silencio.

Abrí la puerta de su coche para que entrara. Se deslizó en el asiento del conductor y me saludó con la mano. Vi alejarse el coche y perderse entre el tránsito. Me quedé allí unos segundos más, observando la ciudad con una sensación extraña.

Me había despedido de Marta, pero solo pensaba en Darla.

En su voz. Su risa. Su mirada desafiante cuando se enojaba. Su manera de entregarse a mí. Su calidez.

Ya no tenía dudas.

La quería solo a ella.

Capítulo 23

«Cuanto más abiertos estemos a nuestros propios sentimientos, mejor podremos leer los de los demás.»
—Daniel Goleman

Darla



—No puedes seguir encerrada aquí analizando cada palabra que le dijiste —declaró Mara mientras ponía su *playlist* y comenzaba a escucharse *Call Me If You Miss Me* por Max McNown.

—Amo esta canción, pero ¿justo tenías que poner una que se llama *Llámame si me extrañas*?

—Perfecta para la ocasión —dijo con una sonrisa burlona. Yo le saqué la lengua.

—Y no estoy analizando nada —mentí descaradamente mientras me miraba en el espejo y me aplicaba labial.

Estábamos en mi piso preparándonos para nuestra salida. A Mara también le había contado todo lo sucedido con Evander y, al contrario de Juanpi, ella quería que le diera una oportunidad porque seguía insistiendo en que a él le pasaban cosas conmigo.

—Claro que no. Por eso revisaste un millón de veces el teléfono —dijo con sarcasmo.

Rodé los ojos, pero no contesté. No valía la pena discutir con alguien que me conocía tanto. No es que esperara un mensaje de Evander. Al fin y al cabo, yo le había pedido tiempo para pensar. Pero sin embargo… no me habría disgustado saber que pensaba en mí. Que le costaba respetar la distancia.

¡Ni yo me entendía!

Con Mara decidimos ir a un *restaurante* nuevo que ella juraba era «la nueva joya escondida de la ciudad». El plan era simple: cenar, reírnos y hablar de cualquier cosa menos de hombres emocionalmente inaccesibles.

Y, durante un rato, funcionó. Reímos, comimos de más y hablamos de trivialidades.

Habíamos ido en mi coche, y decidimos dar una vuelta por la ciudad porque era una noche espectacular.

Cuando pasamos frente a un *restaurante* lujoso, Mara pegó un grito que me hizo dar un brinco.

—¡Detente!

—¿Estás loca? No puedo detenerme ahora. ¿Qué te sucede?

—Tenemos que volver. Creo que en ese *restaurante* que pasamos estaba *tu* señor Campbell… con una mujer.

—¡No me jodas!

—Lo siento, Darla, pero estoy segura de que era él. Los vi cuando miré hacia allí. Estaban sentados junto a los ventanales.

—Tengo que verlo.

Ni lo pensé. Di la vuelta y volví hacia el lugar. Aparqué al otro lado de la calle del *restaurante*, pero no salimos del coche.

Y los vi.

Mi mandíbula se desencajó.

Mis manos temblaron.

Mi corazón se detuvo.

Lo que veía, no me gustaba en absoluto.

Era la misma mujer que aquella vez en el *restaurante*, cuando yo estaba con Juanpi. Hermosa, distinguida, sentada justo frente a él.

Y él… elegante, relajado, como si nada.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Mara—. ¿Vas a esperar a que salga para enfrentarlo?

Entrecerré los ojos mientras los observaba.

—Solo vamos a espiarlo.

—¿Solo eso?

—No voy a hacer una escena de celos. No tengo ningún derecho. No es mi novio… aunque claramente sí lo es de ella.

—¿Entonces?

—Nada.

—No me digas nada… algo te sucede. Admítelo.

—Solo estoy furiosa porque ese hombre es el mismo que anoche me dijo que me necesitaba y que lo hacía sentir cosas nuevas —dije, sintiendo una gran indignación.

Mara se bajó un poco en el asiento como si eso nos volviera invisibles.

—Tal vez es una clienta. O una amiga. O… no sé, familiar.

—Mara, no soy estúpida. Está en una cita en un *restaurante* romántico un viernes por la noche.

Mara no respondió.

Yo tampoco dije más.

Guardamos silencio mientras observábamos a la parejita feliz desde el coche.

Un rato después, salieron del *restaurante* muy juntos.

Él le tocó la mano. Un gesto simple, pero suficiente.

Y se abrazaron.

Y ella lo besó.

¡Lo besó!

Fue un beso suave en los labios. Nada escandaloso. Pero… demasiado íntimo.

Mi estómago se cerró de golpe.

—¡Es un jodido idiota!

—Darla…

—Y yo… estúpidamente pensaba que…. —No terminé la frase, era mejor ya no pensar en eso.

—Darla —volvió a llamar mi atención.

—¿Qué?

—Dime qué es lo que te está sucediendo con ese hombre.

Apreté los dientes. No iba a llorar, ni siquiera por rabia. No por alguien que ni siquiera había sido capaz de ser honesto.

Mara suspiró y me tomó la mano. Yo solo asentí.

—Ya no tengo que pensar nada —dije, intentando sonar firme—. Se terminó. No sigo con esto. No lo quiero más en mi vida.

Nos fuimos dejándolos allí mientras se susurraban cosas al oído. Seguramente lo mismo que le había escrito en aquél mensaje que, equivocadamente, me había enviado a mí.

Yo… ya no tenía nada más que ver.

Ni que pensar.



En mi cama, repasaba mentalmente cada escena como una película que no dejaba de repetirse. Con esa mujer lo había visto dos veces y esa noche la actitud entre ellos era la de una pareja enamorada.

Era su novia.

Con ella tenía una relación y se dejaba ver.

Pero cuando le había preguntado si tenía novia me había dicho que no. No entendía por qué me había mentido.

Se habían abrazado con sentimiento.

Se habían besado íntimamente.

A mí me había dicho que fuera de la habitación solo éramos jefe y empleada. Ahora entendía por qué: no quería que nos vieran porque ya tenía pareja.

Yo solo era su amante a escondidas.

Mi teléfono vibró sobre la mesa de noche.

Era una llamada de Almudena.

—¿Almudena? —contesté al instante.

—Darla… perdona que te esté molestando a esta hora tan inadecuada —dijo, y su voz sonaba tan inquieta que me preocupé—.

¿Puedes hablar?

—Sí, claro. ¿Qué sucede, Almudena?

—Chris tiene fiebre. Esta noche se quedó con sus abuelos y acaban de llamarme muy preocupados. Dicen que no han logrado bajársela del todo y… él solo quiere que vayas tú. Está llorando, pidiendo por ti.

Mi corazón se partió por «mi campeón». El hecho de que pidiera por mí ya decía mucho. Me enderecé en la cama, ya poniéndome de pie mientras hablaba.

—Por supuesto que iré. Pásame la dirección de los abuelos y avísales que estoy en camino. ¿El padre está al tanto? —pregunté, aunque imaginé que si estaba con la novia no se había enterado.

—No hemos podido localizarlo.

¡Por supuesto!
Jodido imbécil.

—En cinco minutos salgo para allí.

—Te envío la dirección por mensaje. No es lejos de la casa del señor Campbell. Gracias, Darla. De verdad… no sé qué haríamos sin ti.

—Nada que agradecer. Estoy saliendo.

Y mientras me vestía a toda prisa, la rabia se mezclaba con la preocupación. Chris tenía fiebre. Y su padre… ¡ni siquiera atendía el maldito teléfono!

Claro, probablemente estaba ocupado. Muy ocupado.

En todas las posiciones que puedas imaginar con su perfecta novia, pensé, recordando el mensaje que me había enviado equivocadamente.

El trayecto en coche fue corto, pero se me hizo eterno. Apenas llegué, el señor Emilio Campbell me abrió la puerta. Me recibió con la misma simpatía que me había tratado el día que nos conocimos en la casa de su hijo.

—Darla querida, gracias por venir tan rápido. —Me estrechó la mano—. Estamos bastante inquietos, no hemos logrado bajarle la fiebre y está apagadito. Pero en cuanto mi nieto sepa que viniste, se le va a iluminar la carita.

—¿Le dieron algo para la fiebre?

—Antifebril. Y Josefina le está poniendo compresas frías en el cuerpito. Vamos que te llevo a su habitación. Ahora está con Josefina. Está decaído, pero se puso contento cuando le dijimos que venías.

Asentí y fui con él. En cuanto entré, Chris abrió los ojos y me dedicó esa maravillosa sonrisa que siempre tenía para mí.

—Hola, mi campeón.

—¡Darla!

Inmediatamente saltó de la cama y se lanzó a mis brazos.

—Parece que recuperó la energía —dijo Josefina sonriendo.

Me acerqué a ella y la saludé con un beso en la mejilla.

—Gracias por venir, Darla. Eres un sol.

—No me tienen que agradecer, de verdad. ¿Cómo está usted, Josefina?

—Bien, gracias, cariño.

Me senté en la cama con Chris en brazos, lo acaricié y besé en esas mejillas regordetas.

—Vamos a tomarte la fiebre y a revisarte. ¿Te parece?

Asintió y lo volví a acostar para poder examinarlo mejor.

Después de un exhaustivo examen, llegué a la conclusión de que era infección de garganta. Dada su historia clínica, me aseguré de que no estuviera con crisis de broncoespasmo, pero por suerte no tenía ninguna sibilancia[3] ni dificultades para respirar.

—Bueno, parece que estamos con la garganta muy roja —dije, mientras me sacaba el estetoscopio.

—¿Es la garganta? —preguntó Josefina.

—Sí. Sin embargo, la garganta suele verse igual en infecciones virales y bacterianas, así que solo mirándola es difícil saber la causa. Si llegara a ser bacteriana, aunque sospecho que no lo es, requerirá de antibiótico.

—¿Y cómo lo sabremos? —preguntó Emilio.

—Hay que hacerle una prueba. Para eso va a ser necesario llamar a un médico de la clínica en la que lo atienden. Mientras tanto, solo analgésico para bajar la fiebre y para los dolores, que beba mucho líquido y descansar —dije, mirando a Chris—. Me escuchaste pequeñín, nada de estar corriendo y saltando con Popy.

—Gracias, Darla. No tenemos palabras para agradecerte todo lo que haces por nuestro nieto.

—Él no solo es mi paciente favorito, es mi campeón —dije, acariciando su rostro.

—Chris y Evander tienen suerte de tenerte —dijo Josefina, pero el que nombrara a su hijo me tensó.

—Bueno, será mejor que me vaya y los deje descansar porque es de madrugada.

—Nooo, quédate —dijo Chris, abrazándome.

—No puedo, Chris. Tú estás con los abuelos y, seguramente, mañana vendrá tu padre para estar contigo. Yo tengo que volver a mi casa.

—Nooo.

—Darla, querida, puedes quedarte aquí. Tenemos habitaciones libres —dijo Josefina.

—Querida, quizás Darla tenga planes o la esté esperando alguien —señaló Emilio mirando a su esposa.

—No es eso. Solo que Chris está aquí para disfrutar con ustedes. Conmigo pasa bastante tiempo.

—Yo estaría encantada de que te quedaras con nosotros —dijo Josefina.

—Y se lo agradezco, de verdad… pero no creo que sea lo mejor.

—Quédate, Darla —pidió Chris, sin soltarme.

—Hagamos esto —dije, separándolo de mis brazos para mirarlo a los ojos—, me quedo hasta que te duermas y mañana vengo a ver como sigues. ¿Te parece bien?

Pareció pensarlo y luego de unos segundos asintió con la cabeza.

—Eres un ángel —dijo Josefina, y lo primero que pensé fue que, seguramente no lo pensaría si supiera que a su hijo tenía deseos de darle una buena patada en las pelotas hasta dejarlo morado.



Chris ya sin fiebre, se había quedado dormido. Le había leído un cuento y estaba en mis brazos.

—Lo voy a meter en la cama —susurré a Josefina que estaba en el dormitorio mirándonos con gran atención.

Salimos del dormitorio en puntillas.

—Darla ¿aceptarías tomar un té conmigo?
—¿Ahora?
—Sí, son apenas las dos y media de la mañana —dijo sonriendo y haciéndome sonreír.
—Está bien. Tomemos ese té.

Nos sentamos en la barra de la cocina, una al lado de la otra, con una taza de té frente a cada una.

—Quería hablar contigo porque me enteré de lo sucedido con Chris en el colegio y me quedé preocupada —dijo, mientras le daba un sorbo a su té.
—Sí, una situación lamentable. Pero no te preocupes porque ya está hablado y no van a permitir que vuelva a suceder. El señor Campbell se encargó de eso.
—Pero tengo entendido que fue a ti a quien se lo contó mi nieto, ¿verdad?
—Sí, así fue.

Negó con la cabeza.

—Chris ha cambiado mucho desde que estás con él. Le has hecho mucho bien.

—Chris se robó mi corazón —dije, y Josefina entrecerró los ojos.

—¿Solo Chris?

¿Qué había detrás de esa pregunta?

¿Sabía lo que había pasado con su hijo o lo sospechaba?

—Almudena también. Es una mujer encantadora —dije, intentando salir airosa de esa situación incómoda.

Josefina me miró con una calma que inquietaba. Luego, con la naturalidad de quien dice algo evidente, dijo:

—Tú, también le harías mucho bien a Evander —afirmó, y casi me atraganté con el té.

No podía creerlo. Esa mujer era directa y certera como una flecha que va directo al blanco.

Y… ¿estaba haciendo de celestina?

—Imagino que lo dices porque desde que trabajo para él está más tranquilo en lo referente a la salud de Chris —afirmé.

—Eres buena evadiendo temas —dijo, sonriendo y bebiendo otro sorbo de té—, pero creo que sabes a qué me refiero.

—Sospecho que estás tratando de emparejarme con tu hijo —dije, porque no tenía sentido seguir haciéndome la tonta—, pero te aseguro que no somos compatibles.

Y sonrió como si yo estuviera diciendo una gran bobada.

—Evander se comporta diferente contigo. El otro día pude ver cómo te miraba. Nunca lo he visto mirar a una mujer de la forma en que te mira a ti. Yo estoy segura de que…

El ruido de la puerta principal abriéndose nos dejó paralizadas. Y a mí, con ganas de saber qué era lo que iba a decir.

—Debe ser mi hijo —dijo, dejando la taza sobre la barra de la cocina y poniéndose de pie. Mi cuerpo se tensó por completo—. Voy a decirle que estás aquí porque es mejor que seas tú la que le explique lo que tiene Chris.

Salió de la cocina y yo me quedé paralizada, pensando en cómo escapar de esa casa. No quería verlo. No quería tenerlo frente a mí.

Unos segundos después, lo escuché saludar a sus padres con ese tono cortés que tan bien conocía. Y luego pasos en el pasillo, hasta que lo tuve frente a mí. De pie en el umbral, con esa expresión que no supe cómo descifrar.

Las imágenes de él y su novia volvieron a mi mente, así como también la de Chris con fiebre, y tuve que contener las ganas de lanzarle la taza de té por la cabeza.

No me levanté, permanecí sentada con la taza entre las manos, como si eso pudiera darme la estabilidad que necesitaba en ese momento.

— Gracias por venir, Darla. Me dijo mi madre que tuvieron que llamarte porque Chris enfermó —dijo, acercándose a mí.

—Sí, por suerte para Chris yo suelo atender el teléfono por si me necesita —respondí sin mirarlo directamente.

—¿Qué quieres decir?

—Solo lo que dije, nada más.

Se detuvo frente a la barra y apoyó sus dos manos inclinando el cuerpo para acercarse a mí.

—¿Estás insinuando que no me preocupo de mi hijo?

—Yo no insinúo, señor Campbell. Yo voy de frente, aunque no creo que sepas lo que eso significa —dije, poniéndome de pie y caminando hacia la salida.

Me tomó del brazo para detenerme, pero con un movimiento brusco me solté.

—¿Qué es lo que te sucede? —preguntó confundido.
—No es momento ni lugar. Ahora deberías ir con Chris.
—Me dijeron mis padres que está descansando y que ahora no tiene fiebre.
—Pues igual ve con él. Tu hijo debe ser lo primero.
—Y lo es. No sé a qué viene todo esto —dijo, frunciendo el ceño.

¡¿Era idiota?!

—Tu hijo tenía fiebre. Pero claro, estabas demasiado ocupado como para atender el teléfono cuando te llamaron o, quizás, no había señal en el *restaurante* al que llevaste a tu novia —dije con el mayor sarcasmo que pude reunir.

Me miró y su gesto delató el momento exacto en el que comprendió lo que significaban mis palabras.

—¿Qué estás diciendo?
—¿De verdad necesito explicarlo?
—¿Se trata de Marta?

Negué con la cabeza.
Sí, era el mayor idiota de todos los idiotas.

—Eres… eres… ¡un imbécil! Por supuesto que se trata de ella.
—No sé lo que viste o te contaron, pero me encontré con ella para terminar la relación que teníamos, que aclaro, no era noviazgo.

Mi corazón comenzó a latir salvajemente.

—No te creo. Y no quiero escuchar más de tus mentiras. Me voy.

Se paró delante de mí para evitar que siguiera caminando.

—No. Ahora me toca a mí. Necesito que me escuches.

Levanté el rostro y lo miré. Sus ojos celestes me miraban con un brillo especial.

—Lo que viste fue una despedida, nada más. Con Marta no éramos novios. Si bien es con la mujer que he salido más, nunca fuimos más que amigos que se encontraban cada tanto para pasar un buen rato, ni siquiera era una relación monógama. Pero lo que fuera que teníamos, se terminó. No nos volveremos a ver.

—Pues… qué forma tan rara de cortar una relación —dije irónica —. Una cena íntima, besos, abrazos…y luego, ¿qué? ¿Postre en tu casa o en la de ella?

El aire entre nosotros chasqueaba como si fuera electricidad.

—Si estabas allí, habrás visto que después de cenar ella se fue en su coche y yo en el mío.

Eso no podía rebatirlo porque no me había quedado para verlo.

Nos quedamos en silencio, enfrentados en medio de la cocina. Todo lo que había entre nosotros estaba ahí, suspendido, cargado, a punto de estallar.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué rompiste con ella?

—Y después dices que yo soy el idiota —dijo sonriendo.

Arqueé una ceja.

—Rompí con ella porque solo quiero estar contigo —afirmó, e intentó tomar mi mano, pero la aparté.

Me quedé en silencio.

—Acepta mi propuesta, por favor. Sigamos viéndonos y disfrutando de la química que hay entre nosotros. Dime que sí, Darla.

—¿Por qué debería?

—Porque estoy loco por ti.

¡Madre mía!

—Cenemos juntos, mañana. Tengamos una… cita. Una cita real. —Tomó mi mano
y besó mis dedos. Sentí el efecto de ese beso hasta la punta de los pies.

Mordí mi labio inferior mientras mi corazón bailaba al escucharlo. Lo miré y estuve segura de que nunca lo había visto tan nervioso y vulnerable.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —pregunté directamente.

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar.

No te acobardes, no te acobardes, me dije.

—Está bien. Acepto cenar así hablamos, porque es evidente que hay cosas entre nosotros que están confusas, señor Campbell —dije, y él sonrió como si yo acabara de aceptar un desafío silencioso que no conocía.

—Evander. Para ti soy Evander.

Capítulo 24

«En un beso, sabrás todo lo que he callado.»
—Pablo Neruda

Darla



Iba a tener mi primera cita con Evander.

Sí, había aceptado su invitación.

Y estaba nerviosa.

Me puse el vestido negro entallado que siempre guardaba para ocasiones especiales. Ese que no era demasiado elegante ni demasiado provocador, pero que tenía el poder de hacerme sentir… distinta. Más femenina, más sensual.

Me miré al espejo con las manos apoyadas en el borde del lavabo, intentando calmar el temblor que sentía en ellas. Los nervios hacían piruetas en mi estómago como si una parte de mí supiera que esa noche podía cambiarlo todo.

Sabía que este encuentro iba a ser distinto. Por primera vez íbamos a salir como pareja.

Pero no era solo eso.

Esa noche nos íbamos a mirar a los ojos sabiendo que había algo más.

Algo que podía marcar un antes y un después.

Me retoqué el maquillaje y me puse un poco más de brillo labial.

El timbre sonó.

Con los codos doblados, agité mis brazos como un pájaro intentando airearme las axilas. Estaba más nerviosa de lo que quería admitir.

Me dirigí hacia el portero eléctrico sintiendo el corazón latir desbocado.

—¿Sí?

—Soy Evander —respondió. Solo escuchar su nombre dicho por él me provocó un escalofrío que recorrió toda mi piel, como si, con solo su voz, controlara mis emociones. No quería ni imaginar lo que me esperaba durante toda la noche.

—¿Subes?

—Mejor te espero aquí. Si subo… probablemente no salgamos. Y realmente quiero salir contigo —dijo, y no pude evitar sonreír, aunque mi respiración se aceleró. ¿Cómo era posible que me afectara tanto? Solo me había hecho una simple insinuación, una broma, y mis hormonas ya se habían disparado.

—Ya bajo.

—Más te vale.

—Te recuerdo que ahora no eres mi jefe, así que deja de darme órdenes amenazantes.

—No te imaginas todo el repertorio de… — se detuvo un segundo, y luego lo escuché hablarle a alguien más—: Buenas noches, señora. ¿Necesita ayuda con esas bolsas?

—No, gracias, querido —respondió una voz de señora mayor—. ¿Entras?

—No, gracias. Estoy esperando a mi…cita.

—Ah, diviértete, entonces.

—Gracias —le dijo, y luego volvió a hablarme—: Tienes vecinas muy amables, así que baja ahora o me voy con tu vecina de ochenta años que acaba de entrar al edificio.

¡Evander Campbell bromeaba!

Y encima era encantador con las vecinas.

Me gustó esa faceta suya, así que decidí seguirle el juego.

—Deberías. Ella está más cerca de tu edad que yo.

—¿Eso piensas? Ya te voy a enseñar a respetar a tus mayores.

Largué una carcajada y lo escuché reír también.

—Ya bajo.

Me puse un poco más de perfume, tomé mi bolso de mano y salí a encontrarme con mi cita.

El señor Evander Campbell.

Apenas crucé la puerta, lo vi esperándome, apoyado en la parte trasera de su coche.

Dios… era guapísimo.

Llevaba traje azul oscuro con camisa blanca. El primer botón desabrochado, como si quisiera equilibrar su formalidad con un aire de cercanía. Sus ojos azules me miraron fijamente, y con esa mandíbula marcada parecía salido de la portada de una revista.

Y entonces sonrió. Esa sonrisa lenta, sexy, devastadora.

Casi caigo a sus pies.

Mordí mi labio inferior mientras mi corazón se desbocaba en el pecho.

Se acercó y se detuvo frente a mí.

—Hola.

—Hola —dije, sonriendo.

—Estás hermosa —me dijo en voz baja, haciendo que mi corazón se acelerara aún más.

Tomó mi rostro en su mano y me besó suavemente. Fue un beso reverente.

—He estado esperando esto todo el día.

Sonreí contra sus labios, mientras mis manos se apoyaban en sus caderas. Estaba siendo tan dulce que me desarmaba por completo.

—¿Cuáles son tus planes para mí esta noche?

—Empezaremos por ir a cenar. Luego… veremos que nos depara la noche —dijo, sin soltar mi rostro y volviéndome a besar.

—Suena… tentador —dije sonriendo contra sus labios.

—No te haces una idea. Vámonos ahora o te cargo sobre mis hombros y no salimos de tu dormitorio por una semana.

Sus propuestas me ponían más nerviosa… y más excitada.

Dio un paso atrás y tomó mi mano entre las suyas, llevándome hacia su coche. Me abrió la puerta y, antes de cerrarla, me regaló otra sonrisa.

Esa noche había algo nuevo en él. Algo que me descolocaba. Como si hubiese soltado por fin una parte del peso que llevaba encima. La sombra de la tristeza. Desde que lo conocía, nunca había visto ese brillo en sus ojos. Por primera vez notaba en él algo parecido a la felicidad.

Apenas se montó en el coche encendió la radio y comenzó a escucharse *Life Begins* por Shelly Fraley. Parecía una ironía de la vida escuchar *La vida comienza*. Pero no dije nada. Él tampoco hizo ningún comentario, pero sí comenzó a realizarme preguntas. Cosas que nunca le habían importado y que hicieron que todo pareciera más real.

—Háblame de tus padres.

—¿Qué quieres saber?

—No sé, lo que quieras contarme. A los míos ya los conoces, pero yo no sé nada de los tuyos.

—¿Y por qué quieres saber? —pregunté, haciendo que por un segundo volteara y me mirara. Ese tipo de interés no lo había mostrado nunca. Y, aunque quería disimularlo, me llegó al corazón. Nuestros ojos se encontraron y ese brillo en su mirada volvió a fascinarme.

—Porque quiero saber todo de ti.

Me tomé unos segundos antes de responder.

—Mis padres son… maravillosos. Han luchado mucho en la vida para que yo pudiera cumplir mis sueños. Mis estudios requirieron de un gran esfuerzo económico y ellos trabajaron duro para que pudiera seguir estudiando. Se los debo todo —dije orgullosa.

—Deben estar muy orgullosos de ti.

—Lo están.

—¿No los ves muy seguido?

—No. Mucho menos de lo que desearía. Mi trabajo no me permite viajar mucho y… ellos tampoco pueden darse el lujo de venir.

—Darla, si quieres ir a verlos yo puedo…

—No, no. Antes de comenzar la residencia tengo pensado ir a pasar unos días con ellos. Primero tengo que hablar con mi jefe sobre la fecha de finalización de mi contrato —bromeé.

—Supongo que el cabrón de tu jefe no te hará problemas, pero si te los hace, siempre puedes contar conmigo.

—Eres mi héroe —dije, y ambos reímos con complicidad.

Unos minutos después estábamos en el *restaurante Le Gros*, un lugar exclusivo de la ciudad. Las mesas estaban iluminadas por velas y toda la decoración era muy elegante y romántica. Nuestra mesa estaba bastante apartada, como si hasta el ambiente supiera que lo nuestro necesitaba más intimidad que palabras.

Nunca había ido a ese lugar, pero sabía que Manuel, un antiguo compañero de la cafetería, trabajaba allí.

De repente lo vi y enseguida vino a saludarme con una sonrisa radiante.

—¡Hola, Darla! —saludó efusivamente.

—Hola, Manuel. ¿Cómo has estado?

—Muy bien. ¿Y tú? ¡Tanto tiempo sin verte!

—Muy bien, gracias —respondí, y nos saludamos con un beso en la mejilla—. El otro día Mara se acordaba de ti.

—¿Siguen trabajando en la cafetería?

—Mara sí, yo renuncié porque en un mes comienzo la residencia.

En ese momento me di cuenta de que debía presentar a Evander, que nos miraba con seriedad.

—Manuel, este es Evander Campbell.

—Un gusto —dijo Manuel, extendiéndole la mano.

—Igualmente —respondió Evander, con el tono serio y formal que usaba con casi todo el mundo.

Enseguida Manuel volvió a dirigirse a mí.

—Te felicito entonces. Cumpliste tu sueño de ser doctora.
—Muchas gracias.
—Bueno, tengo que seguir trabajando, pero me dio mucha alegría verte.
—Lo mismo digo.

Se despidió y se fue.

—¿Quién es él? —preguntó, Evander.
—Mi ex —mentí, solo por ver su reacción, y sus ojos se abrieron desmesuradamente.
—No me jodas. Ya mismo nos vamos de aquí —dijo, mirando hacia donde estaba Manuel.
—Fue una broma —dije, riendo—. Es un ex compañero de *ArteLatte.*

Me miró y entrecerró los ojos, pero enseguida su semblante se relajó.

—Hoy estás muy bromista.
—Será porque estoy… pasándolo bien.
—Lo mismo digo —dijo, y me tomó una mano por encima de la mesa.

Bebimos *champán* y la cena fue increíble. La conversación fluyó con facilidad. Él se veía relajado como nunca, riendo y siendo encantador.

—Brindemos —propuso, levantando su copa.
—¿Por qué vamos a brindar? —pregunté, haciendo que me mirara intensamente. Esas miradas tan suyas, y que me incendiaban.

—Por nuestra primera cita… y por todas las que vendrán —susurró, chocando su copa con la mía antes de tomar un sorbo.

—Estás siendo muy optimista, cosa rara en ti.

—Quizás, solo dije mis deseos en voz alta.

—Evander, solo tenemos un mes. Cuando comience la residencia, no nos volveremos a ver —le recordé, porque quería saber si algo había cambiado para él

—Yo creo que ese tema deberíamos replanteárnoslo.

Nuestros ojos permanecían en el otro y, nuevamente, surgió ese sentimiento cálido entre nosotros, como si estuviéramos cayendo en algo que ninguno de los dos se atrevía a nombrar.

Un sentimiento que crecía sin permiso.

Podía sentirlo.

Y sabía que él también.



En la cena hablamos y reímos durante horas. Luego fuimos a bailar y disfruté como hacía mucho tiempo no lo hacía.

Evander Campbell también sabía cómo hacer divertir a una mujer.

Hasta me cantó al oído cuando bailábamos lentamente.

Cantaba terrible, pero con todo mi respeto a la cantante Danica Dora, la versión de Evander me pareció la mejor versión de la canción *I Don't Wanna Leave Ya,* sobre todo, porque me lo cantaba al oído. Bailar pegada a él escuchándolo decir: *No quiero dejarte*, era todo lo que mi corazón deseaba escuchar.

Y después de toda esa noche romántica, nos esperaba —o por lo menos yo esperaba— la parte más intensa de la noche.

Lo que no imaginaba era que también sería una noche de ternura y romanticismo, no solo de deseo.

—Darla, no quiero irme esta noche.

—Y yo no quiero que te vayas.

Sus rasgos se relajaron y me tomó en sus brazos, abrazándome con fuerza. Por varios minutos nos quedamos encerrados en nuestro

abrazo.

Ese hombre que me abrazaba era alguien nuevo.

Alguien que, por primera vez, bajaba la guardia.

Alguien a quien no había conocido antes.

Alguien que, por ese momento, parecía mío.

Entonces, sus labios reclamaron los míos con una electricidad ardiente, y cuando gemí, su lengua se hundió profundamente encontrando la mía, arrebatándome todo.

Me entregué a su boca, a sus caricias, a su control…, a él.

Escuché su gruñido y sentí el leve movimiento de sus caderas contra mi pelvis. Jadeé y empujé las caderas ante su contacto, ansiosa por más.

Me necesitaba tanto como yo a él.

Sin previo aviso, me tomó en sus brazos y me llevó al dormitorio.

Caímos en la cama.

Y empezó la locura.

Nos despojamos de la ropa en cuestión de segundos. Ambos necesitábamos estar piel con piel.

—¿No tienes idea de lo hermosa que eres, verdad? —Sus ojos brillaban de excitación mientras me observaba, ahuecando mi pecho en su mano, una vez más.

Su adoración me derretía.

Se inclinó, se llevó uno de mis pechos a su boca y su lengua dibujó círculos suaves, como si saboreara cada parte de mí. Mis ojos se cerraron y mi cabeza cayó hacia atrás. Era como si tuviera un manual para mi cuerpo y supiera exactamente qué hacer para volverme loca.

Nos besamos de nuevo y empecé a perder el control.

Evander deslizó su mano entre mis piernas, explorando la humedad cálida y expectante de mi sexo.

Gemí y arqueé la espalda.

—Estás tan mojada, cariño —susurró, mientras sus dedos rodeaban mi clítoris con un vaivén delicioso.

Se elevó sobre mí y se acomodó con cuidado entre mis piernas, besándome mientras lo hacía. Mis dedos se deslizaban por su espalda, se enredaban en su cabello, queriendo memorizarlo todo.

Y nuestros ojos no se apartaban del otro.

—Dios… eres perfecta —susurró, y se deslizó dentro de mí con lentitud.

Gemimos juntos.

Adoraba verlo perder el control.

Lentamente se retiró y luego volvió a entrar en mi cuerpo con más profundidad. Comenzó un ritmo circular, íntimo, preciso.

Y me volvió loca.

Nuestros cuerpos tomaron su propio ritmo. Un ritmo perfecto. Cada vez iba más y más profundo. Mis piernas se cerraron en su cintura, hasta que de pronto tomó una y la colocó sobre su hombro. Ese pequeño cambio hizo que llegara aún más profundamente.

Y ya no lo retuve.

Me dejé ir desde lo más profundo de mí, como si toda la carga emocional de esa noche se liberara en un solo estallido de placer, un placer que recorría todo mi cuerpo como una ola que me sacudía sin control.

Me aferré a él con todas mis fuerzas.

—Jooodeeer… —exclamó, y lo pude sentir correrse dentro de mí.

Me encantaba cómo se le agitaba la respiración cuando perdía el control.

Siguió moviéndose lentamente, pero sin separar sus labios de los míos.

Y luego dejó caer la cabeza en mi hombro. Los dos jadeábamos buscando aire.

Podía sentir su corazón latiendo fuerte contra el mío. Se sentía especial. Íntimo.

Y estuve segura de que ese sentimiento nuevo que estaba naciendo en mí, se había salido de mi control.



Estábamos acostados, aún entrelazados, disfrutando de ese estado de relajación que se siente después de experimentar un orgasmo demoledor. Mi cabeza descansaba en su pecho y él me tenía fuertemente abrazada mientras me acariciaba el pelo.

Ese toque físico era tan real.

Besé su pecho escuchando su corazón latiendo con fuerza. Evander me tomó del mentón y besó delicadamente mis labios. No fue como los besos de antes, cargados de deseo. Fue distinto. Cálido. Cariñoso. De esos que se sienten naturales… perfectos.

—Tu dormitorio es muy… tú.

—¿Muy *yo*? ¿Qué quieres decir?

—Muy personal. Con fotografías, con recuerdos que hablan de ti. Es... bonito.

—Y un poco caótico —dije, sonriendo.

Me acarició el rostro, me colocó un mechón de cabello detrás de mi oreja y exhaló.

—Darla… ¿alguna vez has sentido que conoces a alguien mejor de lo que realmente lo conoces? Como… si siempre lo hubieras conocido.

—Sí, me ha pasado —asentí suavemente, pero sin explicarle que eso solo me había sucedido con él.

—Desde que te conozco… lo siento así. Es como una conexión que no debería estar, pero está ahí. La siento desde que te vi en la cafetería. Y no puedo dejar de pensar en ti. Es constante y, para ser honesto, me está volviendo loco.

Pasé mis dedos por su barba incipiente. Él se puso serio sin dejar de mirarme. Como había dicho, existía ese sentimiento de cercanía entre nosotros que no podíamos explicar. Era un vínculo… y con cada segundo que pasaba se hacía más fuerte.

—Yo también lo siento. Y solo contigo. Contigo todo es distinto. Nunca había sentido esto con nadie —dije, porque era el momento de profundizar, aunque en realidad no sabía ni lo que estaba haciendo porque apenas estaba aprendiendo a manejar todo lo que Evander me hacía sentir.—. ¿Por qué en el *restaurante* dijiste que debíamos replantearnos el mes que nos queda?

Sus ojos sostuvieron los míos, pero no dejó de acariciarme.

Mi corazón latía fuerte en mi pecho.

Él también parecía nervioso.

Sabía que con esa pregunta podía haber arruinado el momento, pero tenía que saberlo.

Estudió mi rostro y pasó su dedo por mi mejilla y mi labio inferior.

—Esto es nuevo para mí —dijo al fin.

—¿Lo de que sientes que ya me conocías?

—Sí y… siento que yo… —Su voz se fue apagando, como si le costara decirlo.

—¿Qué? —insistí.

—No puedo soportar la idea de…

—¿Separarnos? —pregunté, porque la ansiedad me estaba matando.

—No tenemos por qué dejar de vernos cuando dejes de trabajar para mí —exhaló pesadamente.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy, y no quiero que veas a otros. No quiero que salgas más con ese tal Juan Pablo.

—Juanpi es solo un amigo. Nos conocemos desde hace años. Estudiamos juntos. Solo hay amistad entre nosotros.

—No me gustó verte con él.

—¿Por qué? —lo presioné, y me miró como si estuviera procesando la pregunta.

—Porque no me gusta sentirme celoso.

Repté por su cuerpo y lo besé suavemente en los labios. Esa sensación volvió a hacerse presente.

Cercanía.

—¿Siempre te molesta si una mujer con la que sales está con otro? —pregunté.

—No. No hay monogamia en mis relaciones.

—Pero… te molestaría si yo estuviera con otra persona —afirmé, sintiendo que mi corazón bailaba en mi pecho.

—Sí —respondió sin dudarlo, aunque su rostro demostraba que estaba atravesando como una especie de confusión que no sabía manejar.

—Mientras estemos juntos, no saldré con nadie más. Pero tú tampoco lo harás.

—No voy a salir con nadie más —aseguró, pero parecía molesto y eso me confundió.

—¿Te molesta no poder hacerlo? ¿Te molesta que lo nuestro sea diferente? —pregunté, mirándolo a los ojos con intensidad.

—No debería serlo.

—¿Y qué pasa si lo es?

Me miró un tanto desconcertado.

Y en vez de responderme, me besó.

Me abrazó con fuerza.

Y la emoción en ese beso casi me desgarró el corazón.

No necesité su respuesta.

El beso y el abrazo lo dijeron todo.

Aunque él pensara que no debería sentirlo ni pudiera nombrarlo aún, lo nuestro también era importante para él.

Era especial.

Y eso lo hacía aún más real.

Capítulo 25

«Negarse al amor por miedo a sufrir es como negarse a vivir por miedo a morir.»
—Jim Morrison

Evander



El agua caliente corría sobre nosotros y sonreí mientras enjabonaba el hermoso cuerpo de Darla. En realidad, mientras adoraba su cuerpo.
También habíamos hecho el amor en la ducha.

Era adicto a ella.

Comencé a lavarle la espalda, el estómago, los hombros… y, cuando mis dedos bajaron más, su cuerpo volvió a reaccionar a mí, y me dejó hacer. Darla confiaba completamente en mí.

También era adicto al modo en que me deseaba. A lo que me hacía sentir.

Esa mujer iba a ser mi perdición.

La giré para que me mirara y la besé.

—¿Luego de la ducha te vas a ir? —preguntó, besándome el pecho.

—No estoy listo para irme. Te dije que quería quedarme.

—¿Toda la noche? —preguntó, rozando sus labios con los míos.

—¿Puedo?

—Puedes quedarte el tiempo que quieras —respondió sin dudar.

—Me voy a quedar toda la noche contigo. Chris está con mis padres porque no quiero sacarlo hasta que esté totalmente recuperado de la infección de garganta.

—Haces bien.

Volví a besarla y la temperatura del baño volvió a subir.
El beso se hizo frenético.

—Vamos a la cama, cariño —dije.

Salimos de la ducha, la envolví en una toalla y la sequé con delicadeza. No recordaba haber hecho eso con nadie… ni siquiera con Julia.
Negué con la cabeza.
En ese momento no quería pensar en Julia. No era justo para Darla.
La guie hasta el dormitorio.

—Arrodíllate en la cama —le pedí.

Por unos segundos solo me miró, luego asintió e hizo lo que le había pedido.
Me incliné y besé la curva perfecta de su cuerpo, mientras mis dedos se deslizaban entre sus piernas para acariciar su sexo.
Ya estaba mojada para mí.
Me ubiqué detrás de ella tomándola de las caderas y coloqué mi sexo en su entrada. Comencé a empujar lentamente y, sin estar totalmente adentro, salí y volví a entrar. Quería ser cuidadoso porque yo era muy grande y ella tan estrecha que sentía que la llenaba por completo.
Gimió.
Me retiré nuevamente y la penetré con fuerza.
Mi excitación era tal que los ojos se me cerraban, pero quería verla. No quería perderme ningún detalle.
Me incliné sobre su espalda y comencé a hacer círculos con el pulgar sobre su clítoris. Deseaba provocarla, llevarla al límite, sentir su desespero.
Su desespero por mí.
Y no me hizo esperar.

La sentí tensarse.

—Oh, Dios —gritó, aferrándose a las sábanas con fuerza—. ¡Oh… oh!

—Dámelo, cariño.

Y lo hizo.

El orgasmo la atravesó con tal intensidad que su cuerpo convulsionó por completo.

Y entonces me dejé ir yo también.

Me liberé mientras el orgasmo más exquisito de mi vida me envolvía.

Fue como si todo mi cuerpo se vaciara… y al mismo tiempo se llenaba de algo nuevo.



Escuchaba su respiración mientras dormía de lado, frente a mí.

No podía ni quería apartar los ojos de ella, por si acaso estaba soñando y Darla no estaba conmigo cuando despertara.

No quería estar en ningún otro lugar que no fuera allí con ella.

La necesitaba cerca de mí.

La necesitaba en mi vida.

Desde la muerte de Julia no había dormido con nadie. Ni siquiera lo había considerado. Pero con Darla… se sentía natural. Como si mi cuerpo la reconociera.

La observé con detenimiento.

Su largo y sedoso cabello desparramado sobre la almohada. Sus deliciosos y carnosos labios entreabiertos. Sus largas pestañas resaltando sobre su hermosa piel de terciopelo. Darla era jodidamente perfecta en todos los sentidos.

Le acaricié el rostro y ella, sin despertar, tomó mi mano, la apretó y la llevó a su pecho.

El mío se sacudió.

¿Qué era eso?

Y lo supe.

Aunque el cambio era aterrador, ahora traía consigo un rayo de esperanza.

Paz.

Le volví a acariciar el rostro y le coloqué un mechón de cabello detrás de su oreja para verla mejor.

No quería despertarla, pero no pude evitarlo, y me incliné y besé sus labios con suavidad. Las ganas de volver a saborearla se estaban convirtiendo en una puta agonía.

Pero debía dejarla descansar.

Ella se acurrucó más contra mí. Su aliento cálido me hizo cosquillas en el cuello. Y tenerla así, hizo que de repente me sintiera tremendamente emocional.

Darla estaba trayéndome de vuelta.

Despertaba algo que creía muerto.

Y yo no quería sentirlo.

No debía.

Y la odiaba por eso.

Pero, sobre todo… la necesitaba por eso.

Había hecho una promesa. No volver a enamorarme. No exponerme. No exponer a Chris.

Pero ahí estaba ella… derrumbando todo.

Y tener a Darla en mis brazos era lo más cerca que jamás había estado del cielo en años.

Y me sentía… culpable.

Pero esa llama que comenzaba a crecer dentro de mí, sin permiso ni control… me atemorizaba tanto como me consolaba.

Y eso me golpeó como un puño invisible en el pecho.



La música sonaba baja en el *Moon Bar*, lo justo para no dificultar las conversaciones. El olor a madera, cerveza y nostalgia impregnaba el aire.

Me senté en la mesa que solíamos ocupar, mientras Ciro ya había pedido una ronda de *whisky* y Arsenio me estudiaba con los ojos entrecerrados.

—Miren quién volvió del más allá —soltó Arsenio, levantando su vaso—. Pensamos que habías muerto o te habías fugado con la niñera.

—No es la niñera, la contraté como la doctora de Chris —respondí, mirándolo con el ceño fruncido.

—O, mejor dicho —dijo con una sonrisa ladeada—, la mujer que ha puesto de cabeza la vida del serio y severo Evander Campbell.

—Jódete —le dije.

Ciro lo miró y sonrió, pero no dijo nada.

—¿Estás bien? —preguntó.

Tomé el vaso, le di un trago largo al *whisky*.
Fuerte, como necesitaba.

—No lo sé.

Arsenio apoyó el codo en la mesa y sonrió con aire de suficiencia.

—Eso es un sí, pero con un miedo de muerte.

Ciro le lanzó una seria mirada y luego volvió a enfocarse en mí.

—Suelta de una vez.

—Anoche… estuve con ella. Toda la noche. Me quedé a dormir.

—¿Dormiste con ella? —preguntaron al unísono, abriendo los ojos con una sincronización perfecta, como si estuvieran en estado de *shock*.

—¿Y? —preguntó Arsenio—. ¿Fue tan terrible como parece por esa cara o tan bueno que te dejó el cerebro freído?

Cerré los ojos. Los recuerdos se apoderaron de mí.

—Fue lo mejor que me pasó en mucho tiempo. Fue perfecto —confesé.

Arsenio dejó el vaso sobre la mesa con un golpe suave. Miró a Ciro como si entre ellos hubiera un diálogo silencioso. Luego ambos me miraron.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó Arsenio.

—No lo sé —respondí, pasándome las manos por el pelo—. Con Darla me siento bien. Más que bien. Pero ¿a qué precio? Tengo que controlarlo o lo voy a joder todo.

—¿A qué precio? ¿Controlarlo? ¡¿Joder qué?! —preguntó Ciro.

—No quiero lastimarla —admití—. No quiero hacerle daño a Chris. No quiero joder todo lo que construí.

Arsenio resopló.

—¿Lo que construiste? ¿Te refieres a los muros que rodean tu corazón, Campbell? —ironizó—. Ya era hora de que alguien los sacudiera.

—No puedo…

—Evander, no permitas que el miedo estropee tu oportunidad de ser feliz. Tú más que nadie merece serlo.

—No me gusta sentirme así… vulnerable. Yo tenía la vida organizada, me sentía centrado, autosuficiente… y ahora siento que estoy al borde de un precipicio.

—Tienes miedo de volver a abrir tu corazón —afirmó Ciro, y Arsenio asintió—. Es normal, todo lo bueno de la vida asusta un poco. Es la forma de saber que estás viviendo de verdad.

—No es tan fácil.

—Nadie puede asegurarte de que nada saldrá mal, es un riego real que tendrás que correr. Pero créeme, ese riego vale la pena, porque a veces, las cosas salen completamente diferentes —exhaló —. Ni yo ni Arsenio, que estuvimos a tu lado siempre, podemos imaginar el dolor que has tenido que vivir, pero comprendemos que ahora estés sintiendo que ese dolor se reaviva.

Por unos segundos los tres nos quedamos en silencio y mirando al frente.

—Nunca es fácil —continuó al fin Ciro, tranquilo—. Pero… hace mucho tiempo que no te vemos tan…
—Jodido —dijo Arsenio, y los tres sonreímos.
—Con ilusión —afirmó Ciro.

Apuré mi vaso de *whisky*. Mi corazón latía con fuerza. Me quedé callado.

—Nunca te oí hablar así desde…

No terminó la frase. No necesitaba hacerlo. Los tres sabíamos desde cuándo.

—No es que quiera reemplazarla —murmuré—. Julia fue... es...
—Y siempre será —dijo Ciro—, pero la vida sigue.

Arsenio se sirvió otro trago. Luego me miró con una seriedad poco común en él.

—El problema no es Julia —dijo, bebió otro sorbo y añadió—: El problema es que sigues viviendo entre fantasmas. ¿Y cuántas cosas te estás perdiendo mientras lo haces? No pierdas esto que tienes. No la pierdas a Darla.
—No entiendo que está sucediendo conmigo. Me siento feliz, pero también… culpable. Siento que… la estoy traicionando a Julia. Y no sé cómo manejarlo. No sé cómo lidiar con esto que siento.

Mis amigos intercambiaron miradas y luego asintieron.

—Estás vivo y respiras —dijo Arsenio.
—Evander, lo que quiere decir Arsenio es que… Julia está muerta, pero tú estás vivo. Tu corazón sigue latiendo. ¡Estás vivo, hermano! Y estás dejando que los recuerdos no te permitan vivir tu propia vida. Hemos visto cómo te has dejado consumir, como dejaste que la tristeza te tragara sin permitir que te ayudáramos. Pero esta vez no permitiremos que te hundas de nuevo. Darla te volvió a la luz —dijo

con una intensidad que me golpeó el pecho—, y no dejaremos que te vuelvas a arrastrar a la oscuridad.

—No quiero volver allí —murmuré.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —preguntó Arsenio mientras llegaba otra ronda de bebidas.

—No lo sé. Hoy, cuando desayunábamos, le dije que quería tener una relación con ella, pero que mi hijo era lo más importante.

—Eso está bien —dijo Ciro.

—Darla lo entendió, es más, ella quiere tanto a Chris que dijo que para ella es igual.

—Valora eso, hermano —dijo Arsenio.

—Lo valoro, pero por eso mismo, también le dije que no quería que nadie se enterara de nuestra relación. No quiero hacerle daño a Chris. Temo que, si algo sale mal entre nosotros, Chris vuelva a perder a alguien importante.

—Eso que le planteaste no está bien —dijo Ciro, serio.

—¿Ella lo aceptó? —preguntó Arsenio con el ceño fruncido.

—Sí, lo hizo, pero vi la desilusión en su rostro. Y no me gustó. No me gustó porque sé que lo merece todo. Y yo solo… la escondo. Ojalá pudiera hacerla feliz, pero…

—Pero nada, Campbell —interrumpió Arsenio—. Te repito: ¿Qué vas a hacer al respecto?

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, como si presintiera que lo que venía podía cambiarlo todo.

Capítulo 26

«No entendía cómo llegaba la tristeza al alma, pero sí cómo la abandonaba.»
—Gabriel García Márquez

Darla



Mi teléfono comenzó a sonar y me emocioné cuando vi que era mi madre.

—Hola, mamá. —Me apresuré a atender—. ¿Cómo están?

—Hola, cariño. Estamos muy bien. Tu padre no está porque fue a comprar algunas cosas que necesitábamos. ¿Tú cómo estás? —El sonido dulce de su voz me reconfortó.

—Todo bien por aquí. Cuéntame cómo marchan las obras de la casa. ¿Están conformes con los arreglos que han hecho?

—Sí, cariño, y todo gracias a ti. Pero cuéntame cómo estás —pidió, porque seguramente notó algo de nostalgia en mi voz. Siempre notaba mi estado de ánimo, aunque me esforzara en ocultarlo.

—Estoy bien, mami —respondí con una sonrisa—. Solo que los echo de menos.

—¿Qué sucede, cariño? ¿De verdad está todo bien?

—De verdad que sí. Solo que… estoy un poco cansada y eso me pone nostálgica.

Mi madre suspiró.

—Me preocupa que estés trabajando mucho.

—Estoy bien, de verdad. No tienes que preocuparte. Chris es un ángel. Además, como te había dicho, no soy yo quien lo cuida. Solo me quedo con él por si llegara a presentarse algo que requiera de mi atención. De hecho, me divierto bastante con él.

—¿Estás segura? Dime la verdad.

Sonreí con resignación.

Me acosté con mi jefe que tiene treinta y ocho años y… puede que me haya enamorado.

—No pasa nada, mamá. Te lo aseguro —dije y bebí un poco de agua.

—¿Conociste a alguien? ¿Cómo está ese corazoncito?

¿Cómo lo hacía? Siempre daba en el clavo. Seguramente las madres tenían un sexto sentido para sospechar cuando algo le sucedía a los hijos. Y seguramente el de la mía estaba potenciado.

—No conocí a nadie ni quiero hacerlo. No te olvides que en poco menos de un mes arranco la residencia, y no voy a tener tiempo para noviazgos —mentí, aunque me pesaba hacerlo. No quería preocuparla.

Mi madre rio.

—El amor no se busca, cariño, llega cuando menos lo esperas.

Lo sabía. Y yo habría agregado: *y de quién menos imaginarías*.

—Yo espero que a mí no me encuentre —dije, y mi madre volvió a reír.

—Eres una mujer maravillosa. No solo hermosa por fuera, también lo eres por dentro que es lo más importante. El amor llegará… cuando menos lo esperes —dijo, y aunque no la veía, podía imaginar su sonrisa.

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, cariño.

—Mándale un beso grande a papá.

—Se lo daré —dijo, y agregó—: Y, cariño… mañana todo va a estar bien. Además de que es un día importante para ti. Para nosotros fue el día en que fuimos bendecidos.

Tragué el nudo en la garganta mientras sentía que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Los amo, mamá.

—Cuídate, mi amor. Mañana hablamos.

Me quedé mirando el teléfono que había dejado sobre la mesa.

¿Me había enamorado de Evander Campbell?

Quería volver a tenerlo en mis brazos.

Quería volver a dormir con él porque tenerlo a mi lado había sido… increíble.

Quería besarlo, abrazarlo, borrar todas sus penas, curar cada parte de él que estaba rota, porque sabía lo atormentado que estaba.

Haría cualquier cosa por verlo sonreír.

Verlo feliz.

Suspiré.

Había llegado el momento de sincerarme conmigo misma.

Estaba enamorada de él.

Había sucedido en algún momento entre nuestro primer encuentro en la cafetería y nuestros interminables besos y abrazos. Nuestras noches haciendo el amor. Porque en ese momento comprendí que, para mí, nunca había sido solo sexo.

Siempre le había hecho el amor.

Él… era perfecto para mí.

Aunque él no pensara igual.

Estaba a un día de mi cumpleaños.

Cumplía veinticinco.

Y seguramente lo iba a pasar con Mara y Juanpi.

El año anterior había pedido unos días libres en la cafetería y había ido a pasarlo con mis padres. Esa vez no podría hacerlo porque tenía que trabajar, y al estar Chris enfermito, ni siquiera podía pedirme ese día. Además, me gustaba la idea de pasarlo con Chris, pero no pensaba decir nada sobre mi cumpleaños.

Tampoco pensaba decírselo a Evander.

Después de haber pasado una noche y una mañana maravillosa, se había ido a lo de sus padres a pasar el día con Chris porque era domingo. El pequeño seguía allí porque no querían sacarlo hasta que mejorara.

Evander me había dicho que quería tener una relación romántica conmigo. Una relación que fuera monógama, pero, por ahora, secreta. No quería que nadie en su casa se enterara, sobre todo, Chris. Según él, era para cuidar a su hijo, porque Chris me quería mucho y podía llegar a confundirse.

No hacía falta ser adivina para intuir que él no veía un futuro juntos.

Lo único que había cambiado era que teníamos una relación monógama y, aparentemente, también existía fuera del dormitorio.

Comprendía que no debía apegarme demasiado a él, que debía mantener cierta distancia emocional. Pero quizás… ya era demasiado tarde.

Aún no me había encontrado con todo el pasado de Evander Campbell. No se había abierto conmigo sobre su esposa fallecida y todo lo que sentía, pero imaginaba que ese tema era muy doloroso para él y no lo iba a presionar.

Mientras estaba perdida en mis pensamientos mi teléfono sonó. Era Mara.

—Hola, Mara.

—Hola, hola, hola. ¡Estás a unas horas de los veinticinco! —exclamó con efusividad.

—Lo sé. Cuarto de siglo. ¡Qué vejez!

—Cállate, que yo tengo cuatro más que tú —me reprendió, y sonreí—. ¿Cómo lo festejaremos? Porque asumo que este año no irás a pasarlo con tus padres.

—No, me quedo por aquí. Pensaba pasarlo contigo y con Juanpi. ¿Estás libre?

—Por supuesto. Mañana, el día —o más bien la noche— es para ti. ¿Salimos o lo festejamos en tu casa?

—Como ustedes quieran. A mí me da igual mientras los tenga a mi lado.

Mi cumpleaños no había sido nunca un día muy importante para mí. Siempre le restaba importancia. Solo me gustaba pasarlo con mis afectos. Esa vez deseaba tener a Evander y a Chris conmigo, pero era un deseo imposible, así que ni siquiera iba a gastar el deseo de cumpleaños pidiéndolo.

—¡Ay! No digas eso que me vas a hacer llorar.

—No llores, que si no vamos a ser dos —dije ya con lágrimas en los ojos, porque estaba más sensible de lo que quería admitir.

—Y dime una cosa. ¿Qué pasó con tu jefe? Tuviste la cita, ¿y? —preguntó, porque a Mara le había contado todo lo sucedido después de haberlo visto salir del *restaurante* con su amiga.

—Bueno… parece que vamos a seguir con esto que tenemos que… ni sé cómo llamarlo.

—¿Qué? No entiendo. Te invitó a una cita y van a seguir viéndose como pareja, ¿y? —insistió.

—Tenemos una relación romántica y monógama, pero no le vamos a decir a nadie. Y por «nadie» me refiero a su familia y toda la gente que trabaja en su casa. No quiere que Chris se entere.

Silencio.

Y en Mara eso era sumamente extraño.

Y su silencio me golpeó más que cualquier comentario sarcástico que pudiera hacer.

—¿Estás de acuerdo en mantener una relación en esos términos? —preguntó al fin.

—Quiero estar con él. Disfruto de su compañía. Supongo que cuando deje de trabajar en su casa ya no nos volveremos a ver. Él

dijo que podíamos seguir viéndonos, pero estoy segura de que eso no va a suceder. Es una relación sin futuro, así que no tiene sentido prolongarla más allá del tiempo que trabaje para él.

—¿Estás segura de que no te estás metiendo en algo que será perjudicial para ti? Te conozco Darla, y aunque no lo digas, sé que estás más involucrada de lo que quieres admitir. Puedes salir herida. Lo sabes ¿verdad?

—Como en cualquier relación, pero gracias por preocuparte. Te aseguro que tengo las cosas claras.

—A mí, su planteo no me convence, pero…

—No te preocupes. Ahora dime cómo vamos a festejar mi cumpleaños.

Dejamos el tema Evander e hicimos una videollamada con Juanpi. Al final decidimos salir a bailar.

Después de hablar con mis amigos, decidí salir a correr. Necesitaba despejar mi mente y el ejercicio me ayudaba con eso.

Diez minutos después aparcaba mi coche en un parque de la ciudad ideal para correr. Me puse los *AirPods* y, tan pronto como las primeras notas de *Running Low* de SYML llegaron a mis oídos, eché a correr.

Cuando corría, me desconectaba del mundo. Solo escuchaba la música y disfrutaba el momento. Sin embargo, en lo único que podía pensar mientras corría era en Evander y en lo que sentía por él. Era difícil admitir la facilidad con la que me había enamorado… de algo que nunca podría tener.

Mientras corría sentía que las emociones comenzaban a subir por mi garganta.

Si bien a todos les había dicho que tenía las cosas claras y la relación con Evander no me iba a afectar… sí lo hacía.

Ya me afectaba.

Me afectaba saber que dentro de unas semanas ya no lo vería más… ni a Chris.

Me detuve, me llevé las manos a las caderas, eché la cabeza hacia atrás y me quedé mirando el cielo.

Suspiré y me incliné hacia adelante, apoyando las manos en los muslos.

Me faltaba el aire… y no era por haber corrido.

Me faltaba el aire porque sabía que, irremediablemente, lo iba a perder.

Media hora más tarde, mientras conducía de vuelta a mi edificio, decidí que ese domingo me lo iba a dedicar a mí. Un regalo de cumpleaños adelantado.

Después de ducharme, me puse un lindo vestido, me maquillé un poco y decidí ir a caminar por un centro comercial. Tomaría un café con algún postre rico, iría al cine y me compraría alguna cosa que me gustara. Después de todo, con lo que me pagaba Campbell, me podía dar ese gusto.

Salí de mi piso decidida a disfrutar de lo que quedaba del domingo.

Apagué el teléfono. No quería que me volviera a la realidad.

No quería que nada me distrajera porque necesitaba ese tiempo para mí.

Había disfrutado.

Haberme tomado esas horas para mí había resultado una muy buena decisión.

Ya eran casi la medianoche cuando volvía a mi edificio. El tránsito estaba tranquilo, seguramente porque era domingo. Si bien la noche era fresca, bajé el vidrio para que el aire acariciara mi piel.

Me sentía menos… pesada que en la mañana. Y por *pesada*, me refería a la carga emocional.

Miré hacia el asiento y sonreí al ver las bolsas de mis compras. Me había autorregalado un perfume, una cajita con *macarons* que planeaba comer en pijama viendo una película, lencería y un precioso vestido para usar en el festejo de mi cumpleaños con Mara y Juanpi.

Estaba por entrar al garaje de mi edificio cuando lo vi.

El coche de Evander estaba estacionado ahí.

Enseguida salió de él y me miró. Su ceño estaba fruncido, cosa que era bastante habitual en él, pero en ese momento no entendía por qué.

Se acercó sin apartar sus ojos de los míos. Se detuvo frente a mi ventanilla y se inclinó para hablarme.

—Hola —saludé.

—¿De dónde vienes? Estaba preocupado —dijo con voz baja, casi tensa—. Te llamé varias veces.

—Fui al cine y a hacer algunas compras. Apagué el teléfono… necesitaba desconectarme —suspiré—. La verdad es que… quería estar sola un rato.

—¿Estar sola? —repitió con una mezcla de alivio y fastidio—. ¿Por qué?

—Porque lo necesitaba.

—¿Y no se te ocurrió que podía preocuparme?

En ese momento llegó un vecino con su coche y se detuvo detrás del mío. Debía entrar al edificio para que él también pudiera hacerlo.

—¿Quieres entrar? —pregunté.

—Sí —respondió, y, mientras él rodeaba el coche para entrar por la puerta del copiloto, saqué las bolsas de mis compras y las pasé al asiento de atrás.

En cuanto se sentó a mi lado, entré en el garaje de mi edificio. Nos recibió la oscuridad, pero en cuanto las luces detectaron la presencia del vehículo, comenzaron a encenderse.

Evander iba en silencio.

Yo también, aunque en mi cabeza tenía un gran alboroto.

Apagué el motor en cuanto aparqué en mi lugar.

Nos quedamos quietos y en silencio, mirando hacia adelante.

—Así que querías estar sola. ¿Puedo saber por qué? —preguntó sin mirarme.

—Nada en particular —respondí, porque ni muerta le decía que era por lo sensible que me sentía al comprender que me había enamorado de él—. Necesitaba comprar algunas cosas y decidí aprovechar para pasear e ir al cine.

—Pero dijiste que necesitabas desconectarte —me recordó, y en ese momento giró el rostro. Nuestros ojos se encontraron y esa conexión volvió a surgir.

El ambiente entre nosotros estaba cargado.

Yo trataba de mantener la calma, pero mis emociones estaban demasiado a flor de piel.

Suspiré.

—Evander… yo…

No pude terminar. Se abalanzó sobre mí, no dándome tiempo a reaccionar.

Me besó.

¡Dios! Era lo que necesitaba. Lo necesitaba.

Sus labios, cálidos y suaves, me obligaron a abrir la boca, y su lengua se entrelazó con la mía.

Oh, Dios… era el beso perfecto. Succión, caricia, y una promesa suave de lo que vendría.

Jadeé, deseando fundirme con su cuerpo.

Era consciente de que me estaba conformando con las migajas que me daba, sabía que aceptaría lo que fuera de él porque ya había asumido y aceptado que nuestra relación era pasajera. Así que, aunque pasara el resto de mi vida buscando en otro lo que él me hacía sentir —sabiendo que sería imposible—, aprovecharía cada instante a su lado.

—¿Sigues queriendo estar sola? —susurró en mis labios—. Porque, a menos que quieras que me vaya, tengo intención de pasar toda la noche contigo.

¿Volver a pasar toda la noche con él?

¿Dónde debía firmar?

¡Y lo haría hasta con los ojos cerrados!

—Quédate —susurré, y lo volví a besar, mientras él sonreía.

—No creo que logre salir de este coche sin antes poseerte —jadeó cerca de mi oreja.

Me estremecí al saber que él también podía perder el control.

Yo tampoco quería que esperara.

Y para demostrárselo, bajé mi mano hasta rozar su entrepierna. Noté su excitación y, saber que me deseaba, que yo era capaz de excitarlo hasta ese punto, me enloqueció de placer.

El sonido que emitió al sentir mi mano fue profundo. Un gemido ronco y ahogado. Me agarró fuertemente de la cintura hasta llevarme hacia él y sentarme sobre su regazo.

No podía moverme con facilidad por el vestido, pero no me importaba. Solo me importaba él. Sus besos. Sus caricias. Lo que me hacía sentir.

Mis manos recorrieron su torso, duro bajo la camisa, mientras sus dedos bajaban ávidamente desde mi cintura hasta mis nalgas, atrayéndome más a él.

En ese momento la luz del aparcamiento se apagó, dejando el lugar prácticamente a oscuras, apenas iluminado por las luces de emergencia.

Eso pareció devolverle un poco de lucidez.

—¿Quieres continuar… o prefieres subir? —susurró en mis labios.

—No te detengas —afirmé.

—¿Estás segura? —Me miró fijamente, y asentí sin dudar—. Ven aquí —jadeó.

Volvió a levantarme y me acomodó mejor en su regazo. Deslizó su asiento hacia atrás para tener más espacio.

Comencé a desabotonar su camisa mientras mis labios descendían por su piel. Busqué de nuevo sus labios y me encontré con su pasión incontrolada. Su lengua buscó la mía, provocándome tales

sensaciones de éxtasis que ni siquiera fui consciente del momento en que el vestido se arremolinó en mi cintura. Sus dedos rozaron levemente mi entrepierna y supe que se iba a encontrar con la humedad de mi excitación.

Enseguida y con firmeza, me colocó encima de él.

—Balancéate sobre mí —jadeó.

Sus fuertes manos aferradas a mi cintura me guiaron hacia abajo. Sentí como me penetraba lento, profundo. Me mordí el labio para no gritar, pero en cuanto mis muslos tocaron los suyos, él empujó hacia arriba… y no pude evitar gritar.

—¡Evander! —exclamé, aferrándome al reposacabezas de su asiento.

—Lo sé, cariño…

Me alzó apenas y volvió a dejarme caer. El fuego recorría mis entrañas, incitándome a moverme más fuerte, más rápido. Su boca encontró mi pecho. No supe cómo, pero había bajado la cremallera del vestido hasta conseguir liberar uno de ellos y me mordía el pezón. El cúmulo de sensaciones que sentía hicieron que me rindiera por completo.

Me faltaba el aire.

Y exploté.

Un orgasmo demoledor sacudió todo mi cuerpo.

Escondí mi rostro en su cuello para amortiguar el grito.

Evander inhaló con fuerza, empujó más profundo… y se corrió dentro de mí.

Nuestros cuerpos se sacudieron, temblaron y por fin se relajaron por completo.

Nos volvimos a besar.

Un beso lento, suave y cariñoso.

—¿Qué me estás haciendo? —susurró en mi oreja.

—Estoy haciéndote el amor —respondí en voz baja.

Él no dijo nada.



Cuando entramos en el ascensor y me vi reflejada en el espejo, me sorprendí de mi imagen y hasta me ruboricé un poco. Tenía el pelo alborotado, el vestido arrugado y mal colocado, los labios hinchados y… un rostro que gritaba sexo. Igual que el de Evander.

Él me miró y sonrió.

—Solo hace falta mirarte para darse cuenta —dijo con una sonrisa pícara. Se acercó a mi oreja y susurró con voz grave—: Estás bellísima.

Las puertas del ascensor se cerraron y, justo entonces, mi bolso vibró. Saqué el teléfono y vi el nombre de mi madre en la pantalla.

—Es mi mamá —murmuré, y él me miró sorprendido, probablemente porque era medianoche.

Deslicé el dedo sobre la pantalla para contestar.

—Hola, mamá.

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron mis padres a la vez—. ¡Te llamamos justo cuando pasaron los primeros minutos del día, como cada año! —agregó mi madre.

Sentí que Evander me miraba, nuevamente con el ceño fruncido.

—Gracias, a ambos —respondí, tratando de mantener la voz tranquila—. Justo estoy llegando a casa.

—Papá está aquí también. ¡Los dos te mandamos muchísimos besos! ¡Veinticinco años! ¡Parece mentira, cariño!

—Sí, es verdad. Yo también les mando un enorme beso. Los echo de menos —dije, y vi que Evander desviaba la mirada hacia el panel del ascensor, como si intentara mantenerse al margen, pero estaba segura de que lo había escuchado porque mis padres habían gritado con todas sus fuerzas.

—Esperamos verte pronto, hija. Que tengas un día hermoso, te lo mereces —siguió mi madre, y mi papá, desde el fondo, gritó algo ininteligible pero lleno de cariño.

—Gracias, los amo —dije en voz baja, y corté la llamada cuando las puertas del ascensor se abrieron en mi piso.

Volví a guardar el teléfono. Evander me observaba con una intensidad voraz. Por un segundo, ninguno de los dos habló. Caminamos en silencio hasta la puerta de mi piso.

Se detuvo antes de entrar y me miró.

—¿Hoy es tu cumpleaños? —preguntó, su voz casi un susurro.

Asentí, con una leve sonrisa.

—Sí. Hoy cumplo veinticinco años.

Él bajó la mirada y, por un momento, pareció buscar las palabras adecuadas.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Me encogí de hombros.

—No suelo darle mucha importancia a mi cumpleaños. Prefiero así… —dije, sincera, sintiendo que el aire entre nosotros cambiaba. Ya no era solo deseo, también había ternura.

Él me miró durante un instante largo, y luego, simplemente, me abrazó.

—Feliz cumpleaños, cariño.

Cerré los ojos y lo rodeé con los brazos.

—¿Qué quieres para tu cumpleaños? Pide lo que quieras.

—Es a ti a quien quiero —dije sin pensar.

Me miró y, después de unos segundos sonrió. El corazón me volvió a latir con fuerza.

—¿Eso es lo que quieres? ¿A mí?

—Sí.

—Entonces abre esa puerta porque tu deseo ya se hizo realidad. Y esta noche pienso darte un orgasmo por cada año cumplido.

Capítulo 27

«Aprendemos a amar no cuando encontramos a la persona perfecta, sino cuando llegamos a ver de manera perfecta a una persona imperfecta.»
—Sam Keen

Darla



El sol se filtraba entre las cortinas, cálido y suave, como si supiera que necesitaba una caricia para despertar.
Estiré un brazo hacia el otro lado de la cama, pero solo encontré sábanas frías.

Evander se había ido hacía unas horas, pero había cumplido su promesa: me había regalado una noche que no iba a olvidar.

Abrí los ojos despacio, y durante unos segundos me quedé quieta, escuchando el silencio. Ese silencio que llegaba después de una noche intensa y ardiente.

Me acomodé sobre la almohada y cerré los ojos otra vez, buscando en la memoria los restos de la noche anterior.

Había sido perfecto.

No solo el deseo. No solo sus besos o el modo en que sus manos conocían mi cuerpo como si siempre hubieran estado ahí. Fue la forma en que me miró. Como si yo fuera lo único que existía para él. Como si, por un momento, se hubiera permitido sentir sin culpa.

No sé si era porque había reconocido mis sentimientos por él, pero todo se había sentido magnificado. Cada mirada, cada sonrisa, cada toque.

Recordé cómo me susurró que me estaba haciendo el amor.

Recordé cómo se rindió. Cómo se entregó a mí por completo.

Sonreí.

Mi cuerpo aún conservaba su olor.

Mis muslos, levemente adoloridos, me recordaban cada instante en que había sido mío.

Cada jadeo. Cada caricia.

Suspiré, sabiendo que no podía pedirle más.

Me levanté despacio, me envolví en la bata y fui a la cocina a preparar café. Necesitaba algo caliente que me ayudara a despertar del todo.

Estaba sirviéndomelo cuando sonó el timbre y me sobresalté. Caminé descalza hacia el telefonillo del portero eléctrico.

—¿Sí?

—Buenos días —dijo la voz de un hombre—. Tengo un obsequio para entregarle a la señorita Darla Dupont. Me pidieron que lo entregara en mano.

—Suba, por favor.

Apenas abrí la puerta me encontré con un hombre oculto tras un gran ramo de rosas que le cubría el rostro. Movió la cabeza y me miró.

—¿Eres Darla Dupont? —preguntó, y asentí con la cabeza.

Me extendió el ramo de rosas rojas más grande que había visto en mi vida. Venían en un hermoso jarrón de cristal, pero era un ramo tan grande que tuve que sujetarlo con ambas manos.

—Gracias —susurré.

—No hay de qué —respondió, antes de marcharse.

Aspiré su esencia, un perfume profundo y hermoso. Cerré la puerta despacio y llevé el jarrón a la barra de la cocina. Tomé la tarjeta y la abrí. Estaba escrita por él. Supe que era su letra apenas vi las primeras trazas.

Feliz cumpleaños, cariño.

Gracias por esa celebración increíble.
No puedo borrar la sonrisa de mi rostro.
EC

Sostuve la tarjeta contra mi pecho mientras la felicidad me invadía. Para mí también había sido un comienzo de cumpleaños increíble. El mejor de mi vida, sin duda.

Y tampoco podía borrar la sonrisa de mi rostro.

Leí su nota una y otra vez.

Y supe que, de a poco, Evander se estaba acercando.

Marqué su número, sonriendo mientras sonaba. Casi no podía contener mi emoción

—Hola.

—Hola —respondí—. Acabo de recibir las rosas más hermosas que he visto en mi vida.

—Me alegra saber que te gustaron.

—Gracias, son realmente hermosas y… lo que dice la tarjeta… también. Para mí fue la mejor celebración que he tenido.

Hubo un silencio. Como si los dos esperáramos que el otro hablara primero.

—¿Esta noche seguimos la celebración? —preguntó finalmente—. Puedo ir a tu piso y prepararte la cena.

—¿Tú? ¿Cocinar? —dije, sonriendo.

—¿Por qué te ríes? Soy un excelente cocinero.

—Eres excelente en muchas cosas —dije sin poder detenerme, y él largó una carcajada.

—Si tú lo dices, no pienso contradecirte. Bueno… ¿seguimos celebrando, entonces?

En ese momento recordé a mis amigos y supe que no podía abandonarlos. Ellos siempre habían estado a mi lado en mis solitarios cumpleaños.

—Lamentablemente, no voy a poder. Mara y Juanpi me invitaron a cenar con ellos.

Silencio.

—¿No puedes cancelar?

—No quiero hacerlo, Evander. No es justo para mis amigos. Ellos siempre han estado a mi lado cuando yo estaba sola porque mis padres no podían venir a verme o yo no podía ir a pasarlo con ellos. Si tú quisieras… me encantaría que vinieras. Mis amigos son encantadores y yo sería feliz si estuvieras conmigo —propuse, aunque sabía la respuesta.

—Sabes que no quiero que nos vean juntos.

—Lo sé.

—¡Joder, Darla! ¿No puedes, simplemente, celebrar con ellos otro día?

—No —suspiré—. ¿Cuánto tiempo va a durar esto?

—¿Qué?

—¿Esto de escondernos como adolescentes? —pregunté un poco enfadada y… desilusionada.

—No lo sé. Ya hemos hablado de esto —respondió con voz seria.

—Es verdad. Solo que… pensé que… como es mi cumpleaños podrías hacer…

—Tengo que dejarte porque me están esperando en una reunión.

Cortó la llamada.

Y así, de un momento a otro, mi cumpleaños se arruinó.

La música se oía desde la vereda, y la vibración de los graves hacía temblar hasta el suelo. Juanpi soltó un silbido al ver la cantidad de gente entrando al exclusivo club al que habíamos ido para festejar mi cumpleaños.

—Esto está que arde —dijo, ajustándose el saco como si fuera a caminar por una alfombra roja.

—Perfecto para levantar el ánimo de la cumpleañera —agregó Mara, dándome un codazo suave, y Juanpi la miró con seriedad.

Ambos sabían todo lo sucedido con Evander. A ellos no les escondía nada.

—No estoy deprimida —mentí.

—Entonces recuérdaselo a tu rostro —bromeó—. Pero hablando en serio, con nosotros no tienes que fingir nada. Sabemos que no estás bien por la discusión que tuviste con tu «relación sin etiquetas», pero nosotros nos vamos a encargar de que pases una noche fantástica, te olvides de todo y disfrutes como debe ser. Además, deja de arreglarte el vestido porque te queda sensual como el infierno.

Rodé los ojos, pero no discutí. Me conocían demasiado bien.

—Darla, vamos a divertirnos. Es una promesa —dijo Juanpi.

Entramos al local y el calor nos envolvió enseguida. Luces de colores, música fuerte, risas, copas elevadas… Todo invitaba a desconectarse de todo y divertirse.

Juanpi nos consiguió una mesa cerca de la pista y Mara se encargó de pedir los tragos.

Me acomodé en una silla y, por primera vez, desde que había hablado con Evander, dejé escapar una risa auténtica. Estaba con ellos. Mis personas. Mis amigos de siempre y a los que quería con todo mi corazón. No permitiría que Evander Campbell me arruinara mi noche.

—A ver, preciosa —dijo Juanpi, señalándome con su copa—. Hoy no se piensa en hombres que no te saben cuidar. Hoy se baila, se grita, se canta desafinado. ¿Entendido?

—Entendidísimo —dije, brindando con ellos.

El trago era fuerte, dulce y perfecto. Como lo necesitaba.

Mara me agarró de la mano y me llevó a la pista apenas empezó a sonar *Ritmo* por Black Eyed Peas y J Balvin. Juanpi se nos unió enseguida. Bailamos, reímos, nos abrazamos.

Miré a mis amigos.

Y en ese momento, sentí que todo estaba bien.

Que mi mundo volvía a ser sencillo.

Juanpi bailaba con una copa en la mano, haciendo movimientos exagerados que solo él podía sostener con dignidad, mientras Mara le sacaba fotos con su teléfono y reía a carcajadas.

Agradecí tenerlos a mi lado y, a partir de ese momento, me propuse pasar el mejor cumpleaños que pudiera tener.

Habíamos bebido, reído y bailado como hacía mucho tiempo no lo hacíamos. No tenía idea cuánto tiempo llevábamos bailando. Sentía a las personas a mi lado, meciéndose casi como si flotaran. Perdí la noción del tiempo a medida que saltábamos de una canción a otra. Me olvidé de todo, hasta de que en algún momento los pies habían comenzado a dolerme. Lo único que no lograba sacarme de encima, a pesar del esfuerzo, era el tonto deseo que Evander estuviera allí, que fuera partícipe de esa noche conmigo.

—Voy por más copas —dijo Juanpi, alejándose entre la multitud.

—Yo estoy intentando quemar todas las que me he tomado —dije, y Mara soltó una risa de borracha que me hizo reír.

Mi amiga había bebido de más, en realidad todos, aunque yo no estaba borracha, solo… contenta.

—Esto está diverti…dísimo.

—Creo que es mejor que vayamos a sentarnos —dije, señalando nuestra mesa, y entonces… lo vi.

Se me cortó la respiración.

Sentado en el sofá estaba Evander y me observaba con intensidad.

Parecía mi fantasía hecha realidad.

Con su camisa arremangada mostrando sus fuertes antebrazos apoyados sobre el respaldo del sofá y un par de botones desabrochados insinuando su magnífico pecho. Pocas veces lo había visto tan… informal, casi relajado. Parecía más joven y con menos… cargas.

Tras dejar su copa en la mesa, se levantó y caminó hacia mí con la calma de un depredador. La seguridad con la que andaba y la intensidad con la que me miraba fueron suficientes para que mi mente se aclarara de golpe.

La música sonaba fuerte, pero yo solo escuchaba el latido de mi corazón.

Que él estuviera allí no podía ser una coincidencia.

—¡A brindar por la cumpleañera más guapa de la ciudad! —gritó Juanpi que llegaba en ese momento.

—¿Yo estoy viendo visiones o ese es *tu* Campbell? —preguntó Mara, agudizando la vista en dirección a él.

—Es él —susurré, y Juanpi volteó para mirarlo.

—Bueno, parece que se dignó a aparecer. Un punto para el serio Campbell —dijo, luego, mirando a Mara, agregó—: Mara, vamos a dejarlos a solas. —Me miró—. Cualquier cosa estamos en la mesa.

Asentí y me quedé allí, de pie. Mirando cómo se acercaba.

Se detuvo frente a mí, haciéndome más consciente de su poderosa presencia. Tuve que contenerme para no alzar la mano y pasarla por su rostro porque era algo que siempre lo hacía sonreír.

Y quería verlo sonreír.

Quería que me sonriera.

—¿Te estas divirtiendo? —preguntó con los ojos fijos en los míos.

—Mucho —respondí, y lejos de retroceder, avancé hasta casi hacer que nuestros pechos se rozasen.

Alzó una mano y me retiró el pelo que me caía sobre el hombro, dejando que su dedo pulgar vagase por mi piel expuesta. El deseo comenzaba a envolvernos, pero debía mantenerme cauta.

—¿Qué haces aquí, Evander? ¿Es un encuentro casual?

Antes de responder, sus ojos se desviaron a mis labios

—A tu primera pregunta la respuesta es: estoy aquí para celebrar tu cumpleaños contigo. Es donde quiero estar. Por una maldita vez en mi vida, lo único que estoy haciendo es justo lo que quiero. —Me acarició una mejilla con sus dedos—. Creo que la segunda ya está respondida, pero igual lo voy a decir: No es un encuentro casual, vine por ti.

—Gracias por venir.

—Estás hermosísima. Eres hermosísima. Te estuve viendo bailar y te aseguro que tu sonrisa ilumina este lugar mucho más que todas las luces que hay en este techo.

Me estiró una mano y se la tomé.

—¿No te preocupa que te vean conmigo? —pregunté, porque aún me dolían sus palabras.

—Estoy aquí… contigo. —Me soltó la mano y me tomó la barbilla —. Y no pienso alejarme de ti.

El fuego de sus ojos se intensificó. Me tomó de la cintura y tiró de mí para pegarme a su cuerpo, apoyando sus manos en mi espalda.

—¿Quieres bailar? —susurró en mi oído, presionándome contra él.

—Era lo que estaba haciendo.

—Pero yo te pregunté si quieres bailar conmigo.

—¿Sabes bailar?

Sonrió.

Tomó mi mano y me hizo girar, primero a un lado y luego al otro. Bailamos juntos y debo confesar que era muy divertido. Me hizo girar muchas veces y bailó conmigo al ritmo de la divertida música.

Cuando la canción terminó ya estaba sin aliento, pero el destino —o puede ser que haya sido Mara, que estaba hablando con el DJ— quiso que la siguiente canción fuera lenta. Comencé a escuchar los

primeros acordes de la canción *I Need Your Love* por Keane. Amaba esa canción. Era súper romántica, pero me mataba bailarla con él. La letra reflejaba una profunda necesidad, una súplica apasionada de amor y conexión.

Evander no me dejó pensar más. Me tomó de la cintura para acercarme a él. Apoyé las manos sobre su duro pecho, sintiendo que ese baile lo iba a cambiar todo.

Lo miré.

Me miró.

Y después dejó de existir todo lo que no fuéramos nosotros.

Nos mecíamos lentamente al ritmo de la canción. Subí mis manos para apoyarlas en su nuca. Sus dedos se ciñeron con más fuerza sobre mi cintura y, sorprendiéndome, comenzó a cantar la canción en mi oído:

I need your love
I need your love, I need your love, I need your love
Can't give it up, I need your love

Era el momento más romántico de toda mi vida.

No quería soltarlo nunca; quería seguir entre sus brazos para siempre.

Parecía que, después de todo, mi deseo de cumpleaños se había hecho realidad.

En mis labios afloró una sonrisa.

Evander lo notó.

—Si sonríes así, cualquiera podría pensar que te gusta como canto.

—Me gusta cómo cantas. En realidad, me gusta esta canción cantada por ti —contesté, sabiendo que con esas palabras decía mucho, pero en ese momento no me importó.

Volvimos a mirarnos.

El aire crepitaba a nuestro alrededor.

Le acaricié la mejilla y él se acercó y me dio un dulce beso en los labios. Luego apoyó su frente contra la mía y permanecimos así, respirándonos el uno al otro mientras seguíamos meciéndonos con esa hermosa canción.

—No quiero perderte, Darla, no quiero que te alejes de mí, pero temo no ser lo suficientemente bueno para ti. Yo… no debería pedirte que te conformes con migajas… pero te quiero para mí y eso me convierte en el cabrón más egoísta del mundo.

—Evander… yo…

Las luces se encendieron y comenzó a escucharse la tradicional canción de cumpleaños. Supe enseguida que era para mí, pero no podía apartar los ojos de Evander. Seguíamos mirándonos, como si lo único que quisiéramos ver lo tuviéramos delante.

—¡Feliz cumpleaños, Darla! —exclamaron Mara y Juanpi a la vez.

Sonreí y los miré.

Juanpi tenía en sus manos una torta con las velitas encendidas.

Evander me tomó de la mano y me llevó hasta donde estaba mi amigo.

—Feliz cumpleaños, cariño. Pide un deseo —dijo, sonriendo.

Mis ojos volvieron a buscar los suyos y apagué la última vela pidiendo mi deseo de cumpleaños:

No dejes que se aleje.

Y las soplé.

Capítulo 28

«Siempre hay algo de locura en el amor.
Pero también hay siempre
una cierta razón en la locura.»
—Nietzsche

Evander



El techo del dormitorio de Darla tenía una grieta en la esquina. La había notado antes, pero esta vez me detuve a mirarla. Como si en ese pequeño detalle pudiera encontrar algo que me distrajera del temblor que aún sentía en el pecho.

Ella dormía a mi lado después de haber hecho el amor dos veces. Su respiración era tranquila, acompasada. Su mano descansaba sobre mi abdomen, parecía que necesitaba estar segura de que yo seguía allí.

Mis ojos se detuvieron en esa hermosa mujer que dormía junto a mí. Mi corazón se contrajo ante la idea de no volver a tenerla nunca más.

Darla era adictiva.

Era felicidad.

Nunca había conocido a nadie como ella.

La seguí mirando… y no podía moverme. No por el cansancio, ni siquiera por su calor suave que me envolvía.

Era otra cosa.

Era esa maldita necesidad de abrirle mi corazón y mostrarle las sombras que habitaban en él.

Ella merecía conocerlas.

Pero temía que eso la alejara.

Darla era luz.

Ella era un milagro en mi vida.

Era esa bondad pura e inocente que no debía ser apagada con mi oscuridad.

Pero no podía alejarme de ella, y temía que, si hablaba, si compartía mi historia o en lo que me había convertido luego del fallecimiento de Julia... algo iba a romperse.

—¿Evander? —murmuró.

—Estoy aquí, cariño —le susurré, envolviendo mi brazo alrededor de ella para acercarla. Sonrió sin abrir sus ojos y se acurrucó en mi pecho.

—¿Estás despierto? —su voz era tenue, como si no quisiera interrumpir mi silencio.

—Sí —susurré.

Deslicé mis dedos por su espalda desnuda, apenas tocándola. Se estremeció.

—¿Estás bien? —preguntó.

Una pregunta simple, pero difícil de responder.

¿Lo estaba?

—Darla... hay cosas de mi vida que no te he contado —dije con la voz un poco ronca.

—No tienes que hacerlo si no quieres —susurró.

—Necesito hacerlo. Necesito que sepas a qué te enfrentas… —tragué saliva—. Necesito abrirte mi corazón.

No respondió. Solo esperó. Esa era una de las muchas cosas que me gustaban de Darla. No llenaba los silencios por ansiedad. Sabía escuchar.

—Estuve casado con Julia casi seis años. A veces siento que fue en otra vida, a veces siento que fue ayer —suspiré—. Éramos felices.

La amaba. La amaba tanto que el día que falleció pensé que también moriría. Creo que solo seguí adelante por Chris.

—Lo siento mucho —susurró, y sentí que realmente mi dolor era suyo, como si quisiera borrarme el sufrimiento, como si quisiera… cuidarme.

Y después de mucho tiempo… me emocioné, reviví emociones que pensé olvidadas.
Percibí la mirada de Darla sobre mí, pero no podía mirarla porque mis ojos estaban brillosos, así que seguí mirando al techo.

—Cuando nació Chris... fue todo. Teníamos la familia que tanto habíamos deseado.

Hice una pausa.

El pecho me dolía como si las palabras lo estuvieran desgarrando por dentro.

El silencio volvió.

Darla no intentó interrumpirlo.

—Pero el accidente lo cambió todo. Julia se fue para siempre. Con su muerte, nuestra familia se rompió. Me quedé solo con un bebé de casi dos años… y un dolor que me consumía. Ni siquiera confiaba en mí para cuidarlo. Pero logré hacerlo gracias a mi madre y a Almudena —inhalé hondo, tratando de llevar aire a mis pulmones porque dolía más de lo que las palabras podían expresar—. Y juré en su tumba que nunca iba a amar a otra mujer. Juré que no traicionaría el amor que nos teníamos. Julia estaba muerta. Y yo estaba muerto por dentro. Su partida apagó todo lo que alguna vez me hizo sentir vivo.

—¿Sigues estando muerto por dentro?

—Eso creía… hasta que llegaste a mi vida. Desde que te vi, lo supe. Y cuando te conocí, entendí que eras especial.

—¿Estar conmigo te hace sentir que la estás traicionando? —preguntó en voz baja, casi en un susurro.

La miré.

Sus hermosos ojos verdes me miraban, no con compasión, sino con tristeza y un gran sentimiento.

—Lo estoy haciendo… yo prometí…

—Evander —dijo, y se sentó en la cama para mirarme de frente—, tienes derecho a seguir con tu vida. Tienes derecho a ser feliz. Yo no sé si soy la persona que te hará feliz, pero si la encuentras, no la dejes ir. No es traición sentir algo de nuevo. El amor no se divide, se transforma.

—El precio del amor es la pérdida.

—Hay algo de verdad en eso, pero la mayoría de las personas piensan que vale el riesgo.

—No he tenido una relación seria con una mujer desde que murió Julia —exhalé con cansancio—. Ese es el problema, Darla. No puedo volver a enamorarme, y eso significa que voy a querer que te vayas en algún momento. Y lo harás.

Darla suspiró. Deslizó una mano por mi mejilla con suavidad y luego me dio un tierno beso en los labios. Me volvió a mirar como si se preparara para decir algo trascendental. Mi corazón comenzó a latir desbocado.

¿Me iba a dejar?

¿La había asustado?

¿Desilusionado?

Un miedo asfixiante se apoderó de mí.

—Darla… yo… no sé si estoy preparado para una relación como la que mereces. Pero la idea de no tenerte en mi vida es demasiado dolorosa —confesé.

Sonrió esperanzada, pero mi corazón se estrujó aún más porque, si bien la quería a mi lado, no estaba enamorado de ella.

Sí, era un puto egoísta.

—Sé que no me amas, pero el que sea especial para ti, es suficiente para mí. Por lo menos por ahora.

—Eres valiente —dije.

—O muy tonta —dijo, sonriendo—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí.

—¿Por qué no hay fotografías de Julia en la casa? ¿Por qué sigues usando el anillo de bodas?

Suspiré y mis ojos se detuvieron en la alianza de matrimonio que me había acompañado desde la boda con Julia.

—Nunca pude quitármelo. —Me encogí de hombros—. No creo estar preparado para hacerlo, para romper ese lazo.

Darla bajó la vista. Sabía que esas palabras no eran las que esperaba y que la estaba poniendo en una situación incómoda, pero no le pensaba mentir. Aunque eso significara que ella pudiera alejarse de mí. Aunque eso significara que perdería lo único bueno que me había sucedido en años.

—Te entiendo. El anillo simboliza tu amor por ella, su unión. La decisión de quitártelo es personal y no debes tomarla hasta que estés listo para hacerlo.

—Lo siento, Darla. No quiero hacerte daño. Yo… —No me dejó terminar, puso un dedo en mis labios.

—No me pidas disculpas, no tienes que hacerlo. Soy yo la que decido seguir a tu lado, aunque lo único que me puedas entregar sea tu cuerpo… no tu corazón. Nunca me obligaste a nada —suspiró —. Ahora respóndeme la otra pregunta porque, lo que sí quiero, es tener bien claro a lo que me enfrento.

—En la casa hay fotografías, pero solo están en mi dormitorio.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque no quiero que nadie las vea, solo Chris y yo. Bueno, y la señora de la limpieza, aunque tiene prohibido tocarlas.

Me miró como esperando una mejor explicación. Sus ojos tristes sostenían los míos.

—Siento que el recuerdo de Julia solo debe pertenecer a nosotros. Es para respetar su memoria.

—¿Puedo pedirte algo? —preguntó, y me pareció que tenía lágrimas en los ojos.

—Sí.

—Prométeme que, mientras llega el momento de separarnos —dijo, y yo sentí como si un gran cuchillo se clavara en mi pecho—, no me engañarás. Ni siquiera con Julia. No quiero que estés conmigo y pienses en ella. Si es así, te pido que me respetes y te alejes.

—Lo prometo. He sido sincero contigo más que con cualquier otra persona.

—No tenemos mucho tiempo juntos, Evander. Aprovechemos al máximo el breve periodo de tiempo que tenemos. El sexo entre nosotros es muy bueno —dijo, y aunque me sorprendí, no me gustó que relacionara lo nuestro solo con sexo.

—¿Todo se trata del sexo para ti? —pregunté sin poder esconder mi desilusión.

—Tú fuiste quien dijo que se trataría solo de sexo.

—No lo es.

Cuando sus ojos se iluminaron, comprendí que acababa de admitir que ella era más. Más que un escape. Más de lo que me atrevía a aceptar.

Y aunque no lo dijimos en voz alta, ambos lo sabíamos.

Capítulo 29

«En asuntos de amor, los locos son los que tienen más experiencia. De amor no preguntes nunca a cuerdos; los cuerdos aman cuerdamente, que es como no haber amado nunca.»
—Jacinto Benavente

Darla



Si me permitía llorar, perdería todo el control. Así que… no lo hice.

Había pasado casi una hora desde que Evander se había ido, y todavía estaba en mi cama, mirando al techo.

Había sido una noche de confesiones.

La mayoría de ellas… dolorosas.

Sus palabras resonaban en mi cabeza.

Algo había cambiado.

Todo había cambiado.

Y era como si hubiera conocido a un hombre nuevo.

Por primera vez, podía entender por qué era así, tan cerrado al mundo y con miedo de volver a estar demasiado cerca de alguien. Y aunque parezca contradictorio, yo me había sentido más cerca de él que nunca. Más de lo que debía.

Era como si fuera dos personas diferentes. El hombre con el que estaba a solas era cálido, tierno, vulnerable y sensible. El otro, el de negocios, era reservado, frío y no mostraba sus emociones en absoluto.

Creo que, por todo eso, tenía esta vocecita molesta en mi mente que me decía que fuera cautelosa.

Lo más fácil era irme, pero… él estaba tan solo. Tan destrozado.

Quería curar su corazón, pero lamentablemente, todas mis horas de estudio no me servían para nada con ese tipo de heridas.

Y aunque lo amara, no debía confundirme.

De su parte no había falsas pretensiones, ni promesas ni necesidad de fingir sentimientos que no existían ni iban a existir.

Él nunca me amaría.

Sin importar lo que hiciera, no iba a poder *curar* a Evander. No podía volver atrás el tiempo para él. Él ya había estado enamorado, había tenido una familia feliz con otra persona, pero sin final feliz.

Ahora, ya no quería nuevos comienzos.

No quería una nueva familia.

No me quería a mí.

No tenía lugar en su mundo.

Y no importaba cuánto lo amara, solo era una extraña.



—Chris, hoy tienes la clase abierta en el colegio. ¡Qué bueno! —exclamé, mientras lo ayudaba a ponerse el uniforme.

Normalmente, yo no estaba a la hora en la que se iba al colegio, siempre llegaba para esperarlo a su vuelta, pero ese día había ido porque quería alentarlo dado que tenía una clase abierta en la que iban los padres a hablar de sus profesiones, pero no lo notaba muy entusiasmado.

—¿Estás contento de que tu papá va a ir a estar contigo y a contarles a tus amiguitos de su trabajo?

—Sí —respondió, pero como yo pensaba, no lo hizo con alegría.

—¿Sucede algo, mi campeón? —pregunté, y él negó con la cabeza —. Puedes confiar en mí y contarme lo que sea.

—No quiero ir.

—¿Y eso por qué? ¿Otra vez te molestaron esos niños? —consulté preocupada.

—No.

—¿Entonces?

—No quiero ir porque…

—Puedes contármelo —insistí, animándolo a expresarse.

—Porque todos van a ir con la mamá y el papá, y yo solo tengo papá.

Procuré mantener la compostura, pero mi corazón se hundió en mi pecho. Afrontar la ausencia de la figura materna a cualquier edad era muy duro, y a la suya, también difícil de entender.

—Es verdad, tu mamá no estará en la clase, pero te va a acompañar desde aquí —dije, tocando su corazón—. Tu papá va a estar a tu lado y se van a divertir mucho juntos. Además, estoy segura de que va a impresionar a todos tus compañeritos cuando les cuente todo lo que hace en su empresa. ¿No crees?

—Sí —dijo, y aunque sonó un poco más entusiasmado, aún no lo notaba convencido.

—¿Me prometes que luego me contarás todo sobre esa maravillosa clase? —dije, acomodándole la última prenda del uniforme.

—Yo quiero que también vengas a mi clase —pidió, con esos hermosos ojitos tan parecidos a los de su padre.

—No puedo, cariño.

—Sí, puedes. ¡Les diré que eres mi mamá! —exclamó, y pareció que la energía le había vuelto a tope.

—No podemos hacer eso, estaríamos siendo deshonestos. Yo no soy tu mamá, Chris —dije, tomándolo de las dos manos, y nuevamente, su rostro se entristeció.

—Yo quiero que lo seas.

¿Qué se decía a eso?

Tuve que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas.

Me dolía que sufriera.

Me dolía que no creciera con su mamá. Yo no podía imaginar mi infancia sin el cariño de la mía.

—Yo soy tu amiga. Tú eres mi mejor amigo. Eres mi campeón. Siempre contarás conmigo, pero no puedo ser tu mamá, Chris.

—¿Y si te casas con mi papá?

—Eso tampoco puedo hacerlo. Pero nunca olvides que siempre podrás contar conmigo y que… te quiero con todo mi corazón.

Lo abracé fuerte y él correspondió a mi abrazo.

—Te quiero, mi campeón.

—Yo también te quiero, Darla.

Lo acompañé hasta la camioneta donde Almudena y el señor Coti esperaban para llevarlo al colegio.

Nos despedimos con un gran abrazo y, cuando el portón se cerró, dejé que mis emociones salieran. La tristeza que había visto en los ojos de Chris había calado hondo en mi corazón. Me limpié las lágrimas que corrían por mi mejilla y, cuando me disponía a entrar nuevamente en la casa, la vi.

La mariposa de siempre revoloteaba a mi alrededor.

La quedé mirando mientras recordaba las palabras de Chris: *«Mi papá dice que a mi mamá le gustaban mucho las mariposas y que ella decía que traían mensajes».*

La miré y sonreí, estirando mi mano para que se posara en ella.

Para mi sorpresa, lo hizo.

—¿Tienes un mensaje para mí? Porque ahora estoy tan perdida que lo necesitaría —dije, sintiéndome una loca al hablar con ella.

La mariposa levantó vuelo y se posó en mi corazón, y fue como si pudiera sentir su liviandad atravesando mi piel. De repente me sentí nerviosa. Como si realmente me entendiera y me estuviera dando un mensaje. Luego entendí que era por lo sensible que me sentía ese día.

—Te acabas de posar en mi corazón. Te aseguro que está un poco maltrecho… pero volverá a estar *normal*, o eso espero —dije, haciendo catarsis con el bello insecto como si me pudiera entender.

En ese momento volvió a levantar vuelo y se alejó hacia los rosales. Mientras la observaba mi teléfono comenzó a vibrar en el bolsillo de mi pantalón.

Era Evander.

—¿Hola?

—Darla, ¿dónde estás?

—Estoy en tu casa. Vine temprano porque quería saludar a Chris antes de su clase abierta —expliqué, porque normalmente no llegaba hasta el mediodía.

—Gracias por eso. ¿Podrías hacerme un favor?

—Sí, claro.

—Chris olvidó que tenía que traer merienda para compartir. ¿Podrías comprar algo dulce y traerlo al colegio? Es que Almudena y Alonso ya se fueron y no iban para casa, iban hasta lo de mis padres a buscar todo lo que Chris dejó en los días que estuvo quedándose con mis padres porque estaba enfermo.

—Por supuesto. Pero dime qué compro, porque no tengo idea de lo que se lleva en estos casos.

—No sé… compra algún postre o algo que les guste a los niños.

—Y que sea sano —dije, y noté que reía.

—Eso también, doctora.

—Está bien. En un rato estoy por el colegio. Te aviso cuando llegue así sales a la entrada y te lo doy.

—Gracias. Y… discúlpame que te haya tenido que molestar.

—No es molestia. Nos vemos en un rato.

Quince minutos después lo estaba llamando para avisarle que estaba en la puerta del colegio.

—Darla, entra y ven directo al salón de Chris. No puedo salir porque creo que soy el siguiente en hablar.

—¿Me dejarán pasar?

—Ya avisé al portero que venías —murmuró.

—Está bien.

Me acerqué a la entrada, le di mi nombre al portero y enseguida me dejó pasar.

Sabía cuál era el salón de Chris, así que apuré el paso y me dirigí hacia allí. Entré tratando de hacer el menor ruido posible, pero igual varias cabezas giraron en mi dirección y no me perdieron de vista, sobre todo, cuando vieron que me acercaba a Evander. Antes pasé por una mesa donde estaba dispuesta toda la comida y dejé el paquete con lo que había comprado.

Evander vestía un traje gris oscuro y estaba espectacular, como siempre.

Yo, en cambio, que no sabía que iba a tener que ir hasta allí, iba informal. Vestía con un *jean*, una camiseta blanca y deportivas, todo lo contrario a las mujeres que estaban allí que derrochaban elegancia.

Los niños estaban en sus respectivos lugares y los padres de pie, al final del salón. Solo una pareja estaba al frente y en ese momento se encontraban hablando sobre sus respectivas profesiones.

—Ya dejé la comida en la mesa —susurré, deteniéndome a su lado.

—Gracias, Darla —susurró también para no molestar, pero me recorrió con la mirada sin disimulo ninguno.

Lo vi fruncir el ceño, e imaginé que era por mi atuendo. No me gustó. Y no pude quedarme callada.

—Lamento no haberme vestido *glamurosa.* No sabía que tendría que venir.

—Mi problema no es tu ropa, que te aseguro te queda genial, mi problema es que pareces menor de edad y si salgo contigo me preocupa que me arresten, o peor, se crean que soy tu padre —susurró.

—Entonces deja de mirarme como un pervertido —susurré, y lo vi sonreír.

—Nunca lo hago.

—No estoy de acuerdo, pero bueno, me voy para evitarte el arresto. Que disfruten mucho la clase. ¿Ya hablaste?

—Soy el siguiente.

—Impresiónalos —dije sonriente, y él me miró y también sonrió.

—Eso intentaré. Aunque es difícil complacer a este público tan crítico —dijo, señalando a los niños con la cabeza.

—Seguro que, con tu encanto, te la vas a ingeniar —comenté, haciéndole un guiño.

—¿Crees que soy encantador? —preguntó, bajando aún más la voz y con una sonrisa ladina.

—No tanto como te crees… aunque puede que tengas tus momentos.

El aplauso general interrumpió nuestro diálogo, así que nos unimos a él.

—Ahora es el turno del señor Evander Campbell, papá de Christopher —dijo, la que supuse era la maestra, y lo miró para invitarlo a ir al frente.

Evander sonrió y se acomodó la chaqueta. Luego me miró.

—Nos vemos en la casa —susurró.

—Suerte —dije, y me dispuse a retirarme del salón, pero en ese momento Chris volteó para mirar a su padre y me vio. El rostro se le iluminó con una gran sonrisa.

—¡Darla, viniste! —exclamó.

—Me tengo que ir —dije, articulando las palabras para que me entendiera y señalándole la salida.

—¡Nooo! ¡Quédate, Darla! —gritó, dejándome paralizada.

Miré a Evander y noté que su rostro se ensombreció. Evidentemente a él no le parecía buena idea que me quedara en una clase en la que solo había padres.

—¡Quédate! —volvió a gritar, Chris.

Mis ojos se elevaron para volver a encontrarse con los de Evander, esperando indicaciones. Yo no sabía que hacer porque temía que Chris se largara a llorar. Me miró con resignación y asintió con la cabeza. Evidentemente no quería que estuviera allí, pero no tenía alternativa. Me fui bien al fondo y me quedé allí sintiéndome totalmente fuera de lugar.

La clase abierta había terminado y en ese momento invitaban a los padres a acercase a la mesa para comer algo con sus hijos. Yo solo estaba esperando para poder darle un beso a Chris y salir de allí lo más rápido que pudiera.

Las madres me miraban fijamente. Sentía que pausaban sus conversaciones para estudiarme, seguramente preguntándose quién era. Imaginaba que Evander Campbell era el tema de conversación de muchas de ellas.

Vi a Chris venir corriendo hacia mí y me acuclillé para recibirlo.

Evander se había quedado conversando con una pareja.

—¡Darla, viniste!

—Hola, mi campeón. Solo vine a traer la merienda porque olvidaste decirle a tu padre que debías traer algo para compartir.

—Sí, lo olvidé —dijo sonriendo, y luego me dio un sonoro beso en la mejilla.

—Parece que todos quedaron encantados con lo que tu padre les contó —dije, porque la realidad era que ese hombre, apenas comenzó a hablar, se metió a grandes y chicos en el bolsillo. Y, sobre todo, al público femenino.

—Sí. Vamos a comer —exigió, tomándome de la mano y tironeando de mí.

—No puedo, Chris. Tengo que volver a la casa.

—¡No!

—No hagas berrinche. Voy a volver a la casa y te esperaré allí.

—No te vayas.

—Puedes quedarte —dijo Evander, que en ese momento se detuvo a nuestro lado.

Me sentía incómoda.

—No corresponde que me quede, señor Campbell.
—Ya estás aquí, Darla —dijo, y me pareció que lo hizo como si no tuviera otra opción.
—Pero no puedo quedarme, lo siento.
—Pero te voy a traer torta de chocolate. Quédate aquí hasta que vuelva. No te vayas —dijo, Chris, tomó la mano de su padre y tironeó de él para ir hacia la mesa en la que estaba la comida y la bebida.

No podía hacerle ese desplante a Chris, así que me quedé allí, sintiéndome totalmente fuera de lugar y blanco de las miradas de las interesadas mujeres que estaban en el salón.

—Lo siento, ¿no nos hemos conocido? —preguntó una voz femenina presuntuosa.

Volteé para ver a una mujer de unos treinta y algo de años, muy elegante, pero con una sonrisa falsa y cargada de petulancia.

—No lo creo. Soy Darla. —Extendí mi mano y ella la estrechó.
—Yo soy Muriel —dijo, estudiándome sin disimulo.
—Encantada.
—¿Eres familiar de Evander? ¿La hermana menor?

Directa, indiscreta y… bruja.

—No, no soy familiar —respondí, sin aclarar nada más.
—Hola, Muriel —saludó Evander, que llegaba en ese momento.
—Hola, Evander. ¿Cómo has estado? —preguntó melosa y besándolo en ambas mejillas. Me concentré en Chris y no los volví a mirar.

Ellos entablaron una conversación. Vi que ella le acariciaba el brazo y decidí alejarme. Me sentía como una *tercera rueda*[4].

Entonces comprendí que, aunque sintiera que había algo especial entre nosotros, Evander no sentía lo mismo.

Me alejé bastante y enseguida llegó Chris con una porción de torta de chocolate para mí. Ese pequeño valía todo el esfuerzo que estaba haciendo ese día.

Mientras comíamos la torta vi que se le acercaron dos madres más. Una por una, todas coqueteaban con él.

¡¿Quién era ese hombre?!

¡Por Dios!

¡Idiota arrogante!

Puse los ojos en blanco y decidí prestarle toda mi atención a Chris.

Actúa con calma, me dije.

¡Imposible!

Viéndolo reír con ellas y observar cómo dejaba que lo tocaran hizo que mis celos explotaran en todo su esplendor.

Para mi suerte la maestra dijo que los padres debían despedirse de los niños porque seguirían con la clase. Le di un beso a Chris y salí de allí como si fuera perseguida por el diablo.

Mi teléfono sonó y el nombre del *playboy* se iluminó en mi pantalla.

No lo atendí.

Volvió a sonar.

Lo volví a ignorar.

Cuando estaba frente al volante de mi coche me llegó un mensaje:

Evander Campbell:

«Dónde estás?»

No le contestes.
No le contestes.
Tengo que contestarle.

Yo:

«No es de tu incumbencia.
Sigue conversando con tus amigas»

Evander Campbell:

«Qué? Estás celosa?»

Yo:

«No son celos. Es desilusión»

Apagué el teléfono.
¡Evander Campbell era un idiota!

Capítulo 30

«Ser un buen recuerdo en la vida de alguien, es una forma de quedarse para siempre.»
—Joaquín Sabina

Darla



La puerta de mi piso se cerró con un sonido seco detrás de mí.
Me quité los zapatos en la entrada. Todo me dolía: los pies, la cabeza, el pecho.
Fui directo a la cocina y puse agua para un té. Solo necesitaba algo caliente que me ayudara con la frialdad que sentía en todo el cuerpo.

El vapor comenzó a subir de la taza y me senté en la silla de la cocina con las manos alrededor de la cerámica como si pudiera absorber algo de su calor. Sentía una mezcla de decepción, enojo y tristeza.

Ese día no había tenido más noticias de Evander. Con Chris habíamos pasado una tarde preciosa, pero me fui de la casa antes de que su padre llegara.

Recién encendí el teléfono al llegar a mi piso, y me encontré con varias llamadas perdidas de él, pero no se las devolví.

Me levanté, fui al dormitorio y abrí el *placard*. No era la primera vez que pensaba en irme, pero sí era la primera vez que sentía que realmente lo necesitaba. Por mi salud mental.

Busqué mi bolso, guardé algo de ropa y tomé el teléfono para avisarle a Evander que me tomaría unos días.

Estaba escribiendo cuando sonó el timbre. Me llamó la atención que fuera el timbre de mi puerta y no el del portero eléctrico.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy Chris —dijo esa vocecita que tanto quería, y mi corazón se desbocó.

Inmediatamente abrí la puerta y me encontré con Chris y Evander sosteniendo una torta de cumpleaños con velitas encendidas.

—¡Feliz cumpleaños, Darla! —dijeron a la vez.

—Muchas gracias. ¿Qué hacen aquí? —De repente, me di cuenta de lo contenta que estaba de tenerlos allí.

—Celebrar tu cumpleaños como se debe. Chris no pudo saludarte, así que decidimos que te traeríamos una torta y el obsequio.

—¡Pide un deseo! —exclamó, Chris, y Evander sonrió con entusiasmo.

Me acuclillé y los miré.

Aunque quisiera convencerme de otra cosa, todo lo que deseaba lo tenía frente a mí.

Soplé.

—Biiieeen —gritó Chris.

—Pasen por favor, y tomen asiento —dije y me aparté de la puerta para que pudieran entrar.

—Esto es para ti. —Chris me extendió una bolsita de una reconocida joyería.

—Gracias, mi campeón.

Miré a Evander algo avergonzada. Sabía que en esa famosa joyería todo era carísimo. Él sonrió y fue a la cocina a dejar la torta sobre la barra. Luego se sentó junto a nosotros en los sillones del *living*.

Abrí la cajita con cautela. Dentro, un par de pendientes de diamantes resplandecía. Eran largos, con cinco diamantes relucientes. Realmente eran preciosos. Los más hermosos que había visto.

—Muchas gracias. Son maravillosos, pero es demasiado.

—Tú te mereces mucho más —dijo Evander.

Chris me abrazó y luego, como todo niño curioso, comenzó a recorrer mi piso.

—No tenías por qué molestarte.
—No es molestia, al contrario. Además, no habías celebrado tu cumpleaños con Chris, y ambos se lo merecen.
—Es que no quería molestar.
—Tú nunca molestas, Darla. Para nosotros eres una persona muy importante. Lo sabes ¿verdad?

No pude responder porque Chris me llamaba desde mi dormitorio.

—Ya vuelvo —dije, me puse de pie y fui hasta allí—. Dime, tesoro.
—¿Puedo ver una película de dibujitos?
—Sí, por supuesto. Déjame ver qué tenemos.

Se acostó en mi cama. Eligió ver *Toy Story*, que ya habíamos visto en su casa en dos oportunidades, pero que le encantaba.
Volví al *living* y me senté junto a su padre.

—Está viendo *Toy Story* —dije, y Evander sonrió.
—Por enésima vez.
—Algo así —suspiré—. Respecto a lo que dijiste sobre lo importante que soy para ustedes, estoy segura de que lo soy para Chris —hice una pausa de unos segundos en el que nos miramos con seriedad—. No creo que lo sea para ti. Puede que nos llevemos bien en algunos aspectos, nada más.
—Lo dices por lo que pasó hoy en el colegio de Chris.
—Evander, te dije que no te voy a exigir nada, pero tampoco estoy dispuesta a sentirme como me sentí hoy. Y hablando de eso, quería pedirte unos días porque voy a viajar a ver a mis padres.
—¿Te vas? —preguntó boquiabierto, con una expresión indescifrable.
—Unos días. Necesito hacerlo.
—¿Le sucedió algo a tus padres?

—No. Voy a hacerlo por mí. Necesito alejarme de ti.

—¿Alejarte de mí? ¿Por qué, Darla? Lo que sucedió hoy solo fue…

—No es solo por eso —lo interrumpí—. Es por todo, Evander. Necesito alejarme de toda esta… intensidad. Necesito reflexionar. Ya sabes, cuando las cosas te… confunden y no puedes soportarlo más, tienes que escapar de la vida para tener tiempo de pensar.

Negó con la cabeza.

—Entonces… lo haces para alejarte de mí —afirmó, removiéndose en el sillón como si estuviera incómodo.

—Sí.

—¿Puedo saber por qué?

—Aún no estoy preparada para hablar de eso —afirmé, porque darle las razones verdaderas sería confesarle mis sentimientos.

—Yo no quiero que te vayas.

—Pero a veces tampoco quieres tenerme cerca. Sigues alejándome —dije, y suspiró pasándose la mano por el pelo.

—Eso no es así.

—Sabes que sí. Pero bueno, tú sabrás por qué lo haces, aunque no lo quieras compartir conmigo —suspiré—. Solo te pido unos días.

—¿Cuántos?

—Supongo que dos o tres… quizás más, aún no lo sé.

—Está bien… pero… no me dejes. Estos días a tu lado han sido…

—Papá, Darla, ¡vengan conmigo a ver la película!

Evander exhaló y me miró.

Me puse de pie y me dirigí al dormitorio seguida por él.

Lo que siguió fue que Evander y yo nos acostamos en mi cama con Chris en el medio. El pequeñín estaba exultante por tenerlos a los dos junto a él, y para mi sorpresa, Evander no parecía incómodo.

A mitad de película Chris se durmió. Evander me miró y me tendió la mano, invitándome a salir. En el *living*, se sentó en el sillón y me atrajo hacia su regazo.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana —respondí, y él cerró los ojos y apoyó su frente en la mía.

—¿Puedes pensarlo mejor? No quiero que te alejes —pidió, casi como una súplica.

—Ya está decidido —suspiré, sabiendo de que iba a tener que dar una mejor explicación—. Creo que para que me entiendas, es momento de que sea sincera contigo, aunque con eso solo logre que no me quieras ver más —dije, y se apartó mirándome con preocupación.

—¿Qué sucede, Darla? —preguntó, y apartó un mechón de pelo de mi cara, poniéndolo tras mi oreja.

Había llegado el momento de sincerarme.

Titubeé un instante.

No…, se lo tenía que confesar.

Como decía mi padre: *«Esconder los sentimientos nunca le había hecho bien a nadie».*

—Estoy enamorada de ti.

Palideció.

Y quedó sin habla… y creo que sin respiración.

Abrió los ojos de puro e inexplicable miedo.

—Respira, Evander. Tengo tanto miedo como tú, aunque seguramente por diferentes motivos. Yo… nunca había sentido esto por nadie. Ni siquiera sabía que podía sentir así, pero llegaste a mi vida y me enseñaste lo que era sentirse enamorada. Te amo, y no puedo detener lo que siento —suspiré—. No puedo cambiar tu pasado, pero desearía ser parte de tu futuro.

Creo que estaba en *shock*.

Total y absolutamente perdido.

—¿Puedes decir algo?

Pasaron unos minutos, y cuando pensé que ya no le iba a escuchar la voz, sus palabras llegaron, aunque dolieron en el alma. Como si me arrancaran algo que no me permitía respirar acompasadamente por la opresión.

—Tienes razón. Debería dejarte ir. Yo… no te convengo.

Nunca me habían dado un puñetazo en el estómago, pero seguramente se sentía parecido a lo que sentí en ese momento.

—¿Por qué? —pregunté, y tensó la mandíbula, como si le costara responder porque sabía que me iba a doler.

—Yo… nunca voy a poder corresponderte.

—Nunca digas nunca —dije, esperando una respuesta más esperanzadora.

—En mi caso, nunca es la opción más posible.

El brillo de sus ojos se apagó de golpe y percibí una tristeza que no le había visto nunca.

Algo se rompió dentro de mí.

Seguramente, mi corazón.

El nudo en mi garganta dolía como nunca mientras trataba de contener la angustia que me estaba estrangulando.

Evander se puso de pie abruptamente.

Lo miré, pero él no podía ni sostenerme la mirada.

—Voy a ir por Chris. Es mejor que nos vayamos. —Se pasó una mano por el pelo como si estuviera desesperado—. Lo siento, Darla.

Lo miré alejarse hasta que desapareció de mi vista.

La tristeza se apoderó de mí.

Me tembló la mandíbula, pero me mordí el interior del labio para hacer que parara.

Dejé caer la cabeza y exhalé profundamente.

Intenté respirar más despacio para contener las lágrimas. No iba a llorar. No en ese momento. Sabía que debía mantenerme impasible

mientras estuviera en mi piso. Luego tendría tiempo para desarmarme, para romperme en mil pedazos.

Porque… estaba rota.

Me dolía el pecho al pensar en no volver a verlos nunca más.

Pero sabía lo que tenía que hacer.

Capítulo 31

«No me recuerdes ausente.
No me busques en el olvido.
Búscame dentro tuyo.
Allí estaré contigo»
—Mario Benedetti

Evander



Miré la lápida de Julia, como tantas veces lo había hecho. Le acomodé en un jarrón el ramo de rosas que había cortado del jardín de casa y limpié el polvo que se había posado sobre su nombre en la lápida.

Luego di un paso atrás y seguí observando, mientras escuchaba el sonido distante de una cortadora de césped.

Necesitaba hablar con Julia.

No podía seguir viviendo como si mi vida ya se hubiera acabado.

Mi vida no se había acabado.

Tenía a Chris y tenía a… Darla.

Me senté en el suelo frente a la lápida, como tantas veces antes, aunque esa vez era distinto.

—Julia, hoy no vine a hablarte de nuestro hijo como siempre lo hago… Hoy vine a hablarte de mí… de nosotros. Necesito confesarte algo —dije, sintiendo un gran nudo en la garganta—. No sé ni por dónde comenzar. —Bajé la cabeza—. Yo… conocí a alguien. Alguien especial. Alguien que me sacó de la oscuridad en la que me había encerrado y derribó las barreras que había levantado.

»Yo… estaba muerto, Julia. Desde que te fuiste… estaba muerto en vida, apenas sobrevivía. Pero Darla… me hizo volver a sentir vivo. Fue… sorpresivo. Creía que era imposible. Creía que no volvería a sentir lo que siento. Pero mi corazón volvió a latir. —Las lágrimas comenzaron a correr por mi rostro—. Y por más que he luchado contra ello, no puedo más. Me volví a enamorar, Julia, pero no puedo ser feliz porque, al hacerlo, siento que… te estoy traicionando. Que traiciono tu memoria y la promesa que te hice. Pero te juro que no puedo más. Ayúdame, Julia… por favor.

Y lloré.

Lloré como no lo hacía desde su muerte.

Entonces, con los ojos empañados…la vi.

Una hermosa mariposa comenzó a revolotear a mi alrededor.

Parecía que quería llamar mi atención.

Y lo supe… o elegí creer en ello.

Era un mensaje de Julia.

El llanto me ahogó y me sacudió todo el cuerpo mientras la miraba posarse en la lápida de mi esposa.

—Gracias. Siempre estarás en mi corazón. Y prometo que a Chris siempre le hablaré de ti y lo mucho que lo amabas. Pase lo que pase, no te olvidaré nunca. No olvidaré ningún momento de los que vivimos juntos. Pero necesito seguir. Necesito volver a la luz y dejar salir todo esto que siento y no puedo detener.

»Me enamoré de Darla. Ella… es una buena mujer. Adora a Chris y él a ella. Darla lo ha ayudado mucho. —Me detuve, temblando, y me sequé las lágrimas con el dorso de la mano—. Y me ama. Seguramente no merezco su amor, pero la amo tanto que no quiero perderla.

Miré a la mariposa que seguía allí. Luego bajé la vista hacia mi mano. Mi anillo de boda brillaba bajo el sol.

No me lo había sacado nunca.

Había sido mi armadura y mi ancla.

Lo deslicé de mi dedo, sintiendo que algo dentro de mí también se desprendía.

Le di un beso y lo guardé en el bolsillo de mi camisa.

Quizás, algún día, nuestro hijo se lo entregue a la mujer que ame.

—Siempre estarás en mi corazón, Julia.

Me puse de pie y fui hasta la lápida para apoyar mi mano sobre la piedra fría.

La mariposa levantó vuelo.

La seguí con la mirada hasta que se perdió entre los árboles.

Me quedé de pie, solo, pero sabiendo que no estaba olvidándola.

No estaba reemplazándola.

Solo estaba eligiendo vivir.

Por Chris.

Por mí.

Por ella.

Y también…

Por la mujer que había logrado enseñarme que el amor no era una traición, sino un regalo.

Capítulo 32

«El amor es eso: cuando alguien, aun conociendo tus cicatrices, se queda para besarlas.»
—Benjamín Griss

Darla



La tarde caía sobre la casa de mis padres. Desde la ventana del living, veía cómo las hojas se mecían con el viento otoñal. Estaba soleado y tranquilo. Todo parecía en calma. Eran de esos días en los que el mundo parecía girar un poco más lento, al contrario que mi cabeza. Dentro de mí, el huracán de emociones que se había desatado la noche que me despedí de Evander y Chris seguía en categoría cinco.

Estaba sentada con mi madre al lado y una taza de té humeante entre las manos. Ella hablaba de cosas cotidianas, pero yo apenas escuchaba. Asentía, sonreía, pero mi mente estaba lejos.

Desde que había llegado, había hecho todo lo posible por desconectarme. Paseos con mi padre, charlas largas con mi madre, comidas caseras, siestas sin alarmas.

Y aun así… no había conseguido sacar a Evander de mi cabeza.

Ni a Chris.

Con mi campeón había hablado por teléfono apenas llegué a lo de mis padres. Ni siquiera me había podido despedir de él porque cuando su padre se fue de mi piso, él dormía en sus brazos. Solo había podido darle un beso.

Por eso lo había llamado al teléfono de Almudena. Como excusa por mi ausencia, le había dicho que el viaje había sido de improviso y que no sabía cuantos días tendría que quedarme con mis padres.

Si bien Chris lo entendió, no dejó de preguntarme cuándo volvería. Se me estrujaba el corazón al pensar que ya no lo haría, y no había tenido la suficiente valentía para decírselo.

Tampoco quería pensar en eso.

Los extrañaba… mucho.

—Estás muy callada —dijo mamá mirándome por encima de sus anteojos.

—Es que estoy un poco cansada —respondí.

—Y muy pensativa.

—Me conoces bien, mamá.

—Sí, cariño. Por eso sé que sigues pensando en él.

—No tanto.

A mi madre le había contado todo lo sucedido con Evander, pero le había pedido que no se lo dijera a mi papá porque él solía preocuparse de más. Y después de todo, un corazón roto no era nada grave. El problema era saber qué hacer para reconstruirlo.

¿Qué hacía con todos esos pedacitos de corazón que quedaban?

No tenía la menor idea.

Porque en ese momento solo sentía dolor.

Mi amiga Mara me había dicho una vez que, de cierta forma, todos teníamos el corazón roto. Quizá fuera cierto.

Evander tenía su corazón roto.

Y había roto el mío.

Y dolía demasiado.

El amor era complicado. Le entregabas tu corazón a alguien y esperabas, rogándole a Dios, que no lo rompiera.

Pero era casi seguro que lo hiciera.

¡Jodido amor!

Mamá extendió su mano y acarició la mía con ternura.

—Mi amor, no minimices lo que sientes. Si te duele, te duele. Es válido sentir ese dolor, así como también lo es llorar.

—Gracias, mamá —dije emocionada, porque si bien le había contado lo sucedido, no me había permitido quebrarme delante de

ella.

—Sabes, he pensado mucho en todo lo que me has contado sobre Evander. Sin duda ese hombre ha sufrido mucho. No lo conozco, pero al escuchar su historia sentí que… —se interrumpió y me miró con cautela.

—Dímelo, mamá. Siempre has sido sincera conmigo.

—Por eso mismo, mi amor. No te quiero mentir. Creo que él también te ama, pero no está listo para reconocerlo.

—No, mamá. En eso te equivocas. Evander sigue enamorado de su esposa fallecida.

—Quizás, pero…

—Voy a salir a caminar un rato —dije, dejando la taza sobre la mesa del *living* y poniéndome de pie.

En ese momento el timbre sonó y ambas nos miramos.

—¿Esperabas a alguien, mamá?

—No, debe ser tu padre que se olvidó de la llave. Siempre hace lo mismo —dijo, negando con la cabeza—. Tú lleva las tazas a la cocina que yo voy a abrirle.

Estaba lavando las tazas cuando escuché la voz de mi madre. Volteé y la encontré detrás de mí, con mirada expectante.

—Cariño… hay un hombre preguntando por ti.

La miré confundida.

—Es él —afirmó.

—¿Quién? —pregunté.

—Es Evander Campbell. Me dijo que necesita hablar contigo. Te está esperando en el *living*.

Me quedé petrificada, pero sentía el corazón aporreándome el pecho.

—¡¿Está aquí?! ¿Estás segura de que es él?

—No grites —dijo, haciendo el gesto con las manos para que bajara la voz—. No lo conozco, pero me dijo que se llama Evander Campbell —sonrió—. ¡Y qué guapo es! ¡Madre del Amor Hermoso! —exclamó, haciéndose aire con las manos.

—¡Mamá!

—Es que es muy guapo y *sexy*, hija. No voy a dejar de decir lo que es evidente.

—¡Ay, Dios mío! ¿Cómo supo dónde vivía? —pregunté, conmocionada.

—Cariño, es como yo te digo. Ese hombre está…

—Mamá, en este momento no necesito que me digas eso. —Me sequé las manos con una servilleta—. ¿Qué hago?

—Ve a hablar con él. —Volvió a sonreír—. Parece un modelo de revista de guapo que es.

—Deja de decir eso.

—Ve de una vez. No lo hagas esperar —dijo, dándome un empujoncito—. Parecía bastante nervioso.

—¿Nervioso?

—Eso me pareció. Aunque tú estás igual… o peor.

—No me ayudas en nada, mamá —dije, y tuvo que taparse la boca para no largar una carcajada—. Dudo mucho que esté nervioso, siempre usa la frialdad como máscara para ocultar sus emociones.

—Cariño, no seas tan dura con él. Solo… escucha lo que vino a decirte.

Con las piernas temblorosas me encaminé hacia el *living*. Me quedé en el umbral, sin moverme. Evander estaba de pie en el medio del salón mirando hacia la ventana. Es probable que haya notado mi presencia porque su rostro giró hacia mí. Y me encontré con sus maravillosos ojos, pero que esa vez parecían muy cansados. Había algo distinto en su expresión, no solo era cansancio, parecía… vulnerable.

—Hola, Darla —dijo, con la voz ronca, quebrada.

—¿Qué haces aquí, Evander? ¿Cómo supiste la dirección de mis padres? —pregunté, con el corazón golpeando contra mis costillas.

—Discúlpame por haber venido sin avisar. Tenía miedo de que no me recibieras y… necesito hablar contigo de algo importante. ¿Podemos hablar? —dijo, dando un paso hacia mí.

—Creo que la última vez que hablamos fuiste muy claro. No solo con palabras, sino también con tu actitud. Te confesé mis sentimientos, Evander. Me dijiste que NUNCA ibas a corresponderme y saliste corriendo.

Tenía los ojos brillantes, pero firmes. Como si estuviera conteniendo un alud de palabras, esas palabras que parecían suspendidas entre nosotros, frágiles y potentes al mismo tiempo. Evander dio unos pasos más. Lo hizo lentamente, como si supiera que cada paso debía ser conquistado con la verdad.

Estaba a un suspiro de distancia.

—Yo… no fui sincero. Esa noche… no te abrí mi corazón —dijo, negando con la cabeza, pero sin dejar de mirarme—. Como siempre… estaba asustado y eso me impedía ver la verdad.

—Evander… —susurré, pero él volvió a negar con la cabeza, como pidiéndome que lo dejara continuar, y terminó de acortar la distancia entre nosotros.

—Darla… yo… no estaba preparado. Perdóname por alejarte. Pero la idea de no tenerte en mi vida es demasiado dolorosa.

Mis labios temblaron. Sentía las lágrimas quemándome los ojos, pero no las dejé caer.

—Darla… cariño. —Me tomó de ambas manos—. Yo… amo que estés dispuesta a quedarte conmigo a pesar de todo lo que te confesé. Amo que me escuches, que me permitas hablar en lugar de hacerlo tú. Amo que me hagas reír.

»Todo este tiempo, pensé que estaba roto. Resulta que solo te estaba esperando. Ya no quiero seguir escapando de lo que siento

por ti. Darla… te amo. —Su voz se quebró al final, como si tuviera tanto miedo como yo.

¿Acababa de decir que…?

¿Evander me amaba?

Mi corazón comenzó a latir tan rápido que pensé que infartaría… pero de felicidad.

Nos quedamos así, suspendidos en ese instante, hasta que alargó la mano y me acarició una mejilla. Seguro pudo sentir el leve estremecimiento que su roce me provocó.

—No te imaginas lo que te he extrañado. Te extraño a ti y lo que somos cuando estámos juntos. —Volvió a acariciar mi mejilla—. ¿Sigues queriendo ser parte de mi futuro?

—¿Estás seguro de que eso es lo que tú quieres? —pregunté, con voz temblorosa.

—Es lo que más deseo. Te quiero en mi vida. Te elijo frente al mundo. Te amo, Darla.

Las lágrimas empezaron a caer a raudales. Esa vez, no hice el menor esfuerzo por contenerlas. Quien se encontraba a mi lado era Evander, el hombre al que amaba y que me acababa confesar sus sentimientos. Ante él no me importaba mostrar debilidad. Se acercó más, me rodeó con los brazos y yo enterré la cara en su cuello, mojándolo con mis lágrimas. Volví a sentir su cuerpo, su olor, su presencia reconfortante.

—Te amo, Evander. Te amo tanto que en estos días sin ti he vivido en la oscuridad.

—Allí estaba yo hasta que te conocí, mi amor. Tú me trajiste a la vida. Tú, iluminas mi vida y la de Chris.

Eran las palabras más maravillosas que había escuchado en mi vida.

Nuestros ojos se miraron, intensos y brillantes.

Nuestras bocas se buscaron.

Y se encontraron.

Se devoraron.

Fue un beso abrasador, anhelante, ansioso. Nos devorábamos con la urgencia de quien ha sobrevivido a una tormenta y por fin encuentra refugio. Nuestras lenguas se enredaron y los cuerpos encajaron a la perfección, como siempre hacían. Ambos respondimos con la pasión que siempre hubo entre nosotros, y también con el amor. Le eché los brazos al cuello, alcé las manos hacia su pelo rebelde. Adoraba hundir mis dedos en él. Y a Evander le encantaba que lo hiciera. Deseaba fundirme en él. Reclamar su cuerpo y su corazón para siempre.

—Ejem, ejem. —Una tosecita seca nos hizo separar y mirar hacia la puerta.

Mi padre estaba de pie en el umbral y nos miraba con el ceño fruncido.

—Hola, papá.

—Buenas tardes, señor Dupont. Encantado de conocerlo —dijo Evander con calidez y acercándose a él con la mano tendida—. Soy Evander Campbell… el novio de su hija.

¡¿QUÉ?!

Capítulo 33

«El mejor tipo de amor es el que despierta el alma y nos hace aspirar a más. Que enciende fuego en nuestros corazones y nos trae paz a la mente.»
—El cuaderno de Noah - Nicholas Sparks

Darla



Evander acababa de llamarse a sí mismo mi novio delante de mi padre.
Mi novio.
Todavía estaba procesando esas palabras cuando vi la cara de mi papá transformarse lentamente. Lo conocía lo suficiente como para saber que no estaba seguro de si debía fruncir el ceño… o sonreír, aunque fuera por compromiso.

Y, para ser honesta, tampoco sabía cómo iba a reaccionar. Mi padre ni siquiera estaba al tanto de todo lo que había vivido con Evander, solo lo sabía mi madre.

Los miré y, a pesar de los nervios, no pude evitar sonreír.

Yo, que había llegado a esa casa con el corazón hecho trizas, ahora tenía a Evander allí presentándose ante mi padre como mi novio.

¡Jamás en mi vida había llevado un novio a mi casa!

Mi corazón, todavía agitado por el beso y por todo lo que nos habíamos dicho minutos antes, con esas palabras estaba por abandonar mi cuerpo.

¿Era eso lo que se sentía cuando, por fin, se elegía ser feliz?

¿Era eso lo que se sentía cuando se estaba en paz?

Aunque miré a mi padre y… digamos que, *paz*, no me pareció la palabra adecuada para ese momento.

—¿Novio? —preguntó, y eligió fruncir el ceño en vez de la sonrisa… falsa.

—Así es. Darla y yo estamos enamorados —respondió, me miró y sonrió.

Nunca me había desmayado en mi vida, pero en ese momento dudé de que mis piernas me pudieran seguir sosteniendo por mucho más tiempo.

Los ojos de mi padre se giraron hacia mí como preguntándome cuándo pensaba darle la noticia.

Yo… había quedado sin habla.

Por suerte, tenía a mi madre que siempre oportuna, llegó a salvarme. O a salvar a Evander, para ser más precisa.

—Querido, ¿conseguiste todo lo que te pedí?

Mi padre la miró como preguntándole en silencio si estaba al tanto de mi *noviazgo*.

—Veo que ya conociste al novio de Darla. ¿Viste que preciosa pareja hacen?

Silencio.

—¿Tú sabías?

—Señor Dupont, creo que le debemos una explicación —dijo Evander con tranquilidad—. Lamento haberme presentado en su casa sin avisar, es que… Darla y yo estábamos un poco distanciados y he viajado hasta aquí para darle una sorpresa y solucionar el malentendido. Amo a su hija. Ella es muy importante para mí y le prometo que la voy a cuidar.

Mi madre plantó una sonrisa bobalicona en su cara.

Mi padre siguió mirándonos. Seguía procesándolo todo.

Evander me tendió la mano para que se la tomara y me acercara. Lo hice. Su mano tibia sostuvo la mía con decisión.

—¿Desde cuándo están de novios? —preguntó mi padre.

Al fin encontré mi voz.

—Hace unos meses —mentí, porque no podía decirles que me acababa de enterar—. Lamento no habérselos contado y que se hayan enterado de esta forma, pero, como les dijo Evander, en los últimos días nos habíamos distanciado y no pensé que nos fuéramos a reconciliar. Yo… también lo amo —dije, mirándolo a él, que me sonrió como si mis palabras fueran las más maravillosas que había escuchado.

—Felicidades —dijo mamá, y noté cuando se acercó a mi padre y le dio un disimulado codazo en las costillas.

—Felicidades —dijo al fin, luego miró a Evander y agregó—: Espero que cumplas tu palabra, chico. Mi hija es una mujer maravillosa y con un gran corazón, así que…

—Papá, no…

—Tiene razón —dijo Evander—. Soy un hombre afortunado por tenerla a mi lado.

Después de esa tensa conversación, mi madre lo invitó con un café, pero yo preferí salir de casa. Necesitábamos seguir hablando, pero a solas.

Evander se despidió de mis padres y nos subimos a su coche.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—A cualquier lado donde podamos sentarnos a conversar tranquilos.

—No conozco esta ciudad, así que lo dejo en tus manos.

—Vayamos a una cafetería que está a unas calles de aquí.

—¿Por qué le dijiste a mis padres que eres mi novio?

—Porque es lo que quiero ser. ¿No quieres lo mismo?

—Evander… te amo, pero aún llevas el anillo de… —Mis ojos se clavaron en su mano. Estaba vacía. Por primera vez—. ¿Te sacaste el anillo de boda?

Asintió, mientras me miraba con seriedad.

—Fui al cementerio a hablarle de ti… de todo lo que siento —dijo, su voz era baja, pero clara.

Lo miré sorprendida, sin saber qué decir.

—Necesitaba hablarlo con Julia. Decirle todo. —Se detuvo, bajó la vista y luego la alzó hacia mí—. Le hablé de lo maravillosa que eres conmigo y con Chris, pero, sobre todo, le hablé de mis sentimientos. Me saqué el anillo delante de su tumba.

Sentí un nudo en la garganta. Quería decir algo, pero no pude.

—Durante mucho tiempo fue… una armadura. Mi forma de decirle al mundo, y a mí mismo, que nunca la olvidaría.
—Evander… —susurré conmovida.
—No sé si tiene sentido para ti, pero…
—Lo tiene, Evander, por supuesto que lo tiene —afirmé, interrumpiéndolo.
—Lo hice en el cementerio porque fue una forma de hacerla partícipe de mi decisión. Tenía que contarle que… voy a empezar desde cero. No porque la vaya a olvidar… sino porque entendí que amarte, no es traicionar su memoria. —Me tomó una mano por encima de la mesa—. Es honrarla… eligiendo vivir y amando. Amándote.

Me quedé mirándolo.
A ese hombre que hasta hacía poco se escondía tras la culpa y el miedo.
A ese hombre que había decidido soltar el pasado sin dejar de honrarlo.

Y que ahora me miraba con los ojos más sinceros que había visto nunca.

—Gracias por compartirlo conmigo —susurré.

—Estoy seguro de que Julia me escuchó. —Acarició mi mano—. Tú también estabas ahí. En cada palabra que dije. En cada decisión.

Me mordí el labio inferior para no llorar otra vez.

¿Qué se suponía que hacía una mujer cuando el hombre que amaba le decía algo así?

—Evander… —dije con un hilo de voz—. Quiero que sepas que no espero que olvides. Sé que Julia es parte de tu historia… de la de Chris. Y me parece hermoso que siempre lo sea.

—Gracias. Eso significa más de lo que puedo expresar. —Deslizó sus dedos entre los míos—. ¿Puedo pedirte algo?

Asentí, sin palabras.

—Quiero que me ayudes a comenzar de cero, contigo. Sin miedo. Sin esconder lo que sentimos. Quiero que vivamos esto con la verdad y el amor por delante.

—¿Cuándo dices «esto» a qué te refieres?

Evander apretó mi mano con fuerza y se inclinó hacia mí.

—Esto… es amor. Y si me permites estar en tu vida, va a ser nuestra historia.

Escucharlo decir esas palabras tan emotivas y esperanzadores hizo que mi corazón se estremeciera. No por sorpresa, sino por la certeza de que esas palabras eran reales.

Eran para mí.

Eran nuestras.

Sentí que una nueva página se abría delante de nosotros, y esa vez, no daríamos un paso atrás.

Comenzaríamos a escribir NUESTRA historia.

Capítulo 34

«El amor es la condición en que la felicidad de otra persona es esencial para la tuya propia.»
—Robert A. Heinlein

Darla



Después de nuestra conversación, Evander me llevó a casa de mis padres, pero solo para despedirme de ellos porque había decidido volver con él.

El viaje de regreso fue tranquilo y conversamos poco porque después de tantos días en que la tristeza no me permitía descansar, la paz me invadió y me quedé dormida.

Cuando llegamos a mi edificio era de madrugada, y él decidió quedarse a dormir conmigo.

Ambos éramos conscientes de que había mucho que decir y mucho que aclarar, pero podía esperar al día siguiente. Aquella noche era solo para amarnos.

Una vez dentro de mi piso, cerré a mis espaldas y nos miramos. Ambos necesitábamos dar rienda suelta a toda esa necesidad del otro que nos estaba consumiendo. Una necesidad intensa, urgente y arrolladora.

Dio un paso hacia mí y yo hice lo mismo. Salí a su encuentro, y en cuestión de segundos nuestras bocas se devoraron una a la otra. El deseo y la pasión contenida se desbordaron. Le eché los brazos al cuello y Evander me rodeó la cintura pegándome a su cuerpo, haciéndome sentir la presión sobre su torso. Nuestras lenguas se enredaron mientras deslizaba las manos bajo mi blusa y acariciaba mi cuerpo, ascendiendo con lentitud, rodeándome la espalda para

buscar el cierre del sujetador y liberar mis pechos. Bajó la boca hasta mi cuello, lamiendo cada centímetro de mi piel. Interrumpió el beso y me tomó de la mano para llevarme al dormitorio.

Y allí, nos encontramos de nuevo, frente a frente, sacándonos la ropa que nos cubría con impaciencia, de forma torpe y apresurada.

Cuando ninguna prenda quedaba en nuestros cuerpos, nos quedamos contemplándonos por largos segundos.

—Tan bella, tan preciosa… —murmuró. El azul de su mirada se volvió casi negro.

—Tú también.

Se acercó, rodeó mi cintura y sostuvo mi cabeza para invadir mi boca. Y el deseo se descontroló y nos dejamos caer sobre la cama dispuestos a entregarnos al otro en cuerpo y alma. Dispuestos a dejar el dolor de lado y permitir que el amor llenara nuestros corazones.

Seguimos besándonos, mientras nuestras manos se entremezclaban. Su boca saboreó mis pechos despacio, arrancándome fuertes gemidos. Sus labios succionaron, besaron y jugaron con mi piel, provocándome un placer indescriptible que me hizo retorcerme de deseo.

Mis manos se deslizaron por su cuerpo, explorando con caricias y leves mordiscos, mientras mis labios lo besaban. Me encantaba ver cómo perdía el control.

Cuando sus manos llegaron a mi clítoris, me acarició con un vigor delicioso y medido.

Nuestras bocas susurraban palabras de amor, de ese amor que ahora nos atrevíamos a confesar sin contención. De ese amor que se había abierto paso derrumbando muros; fuertes, altos y protegidos muros.

Me tomó de las muñecas y llevó mis manos por encima de mi cabeza. Bajó su rostro hacia mi sexo y comenzó a lamer el centro de mi deseo.

—Evander… —gemí.

Notó que mi cuerpo ya se encontraba al límite y se acomodó entre mis piernas, observándome todo el tiempo.

Nuestras miradas decían demasiado.

Solo pude pensar que toda mujer debería ser contemplada de ese modo en algún momento de su vida.

Tan deseada y amada.

Sin dejar de mirarme de ese modo, aferró su erección y se introdujo poco a poco en mí.

Dejé escapar el aire mientras un gemido ronco salía de su boca.

La sensación de plenitud me recorrió entera.

Fusionábamos nuestros cuerpos desnudos en algo que trascendía lo físico.

—Estoy exactamente dónde quiero estar —susurró, y cerré los ojos abrumada por todo lo que me hacía sentir—. Mírame, mi amor. No me prives de esos hermosos ojos verdes.

Volví a mirar esos penetrantes ojos de ese azul tan intenso y hermoso. Brillaban, como seguramente lo hacían los míos.

Y buscó mis labios y me besó.

Levanté mis piernas y lo envolví en ellas. Nos fundimos en uno solo, con la misma pasión y el mismo deseo. Sus primeras acometidas fueron lentas, profundas, incluso cuidadosas. Hasta que todo se descontroló y se hicieron más rítmicas, rápidas e intensas. Todos sus músculos estaban en tensión y se marcaban deliciosamente.

Las primeras contracciones me hicieron arquear la espalda y me dejé llevar. Todo se volvió borroso. Sucumbí al deleite. Me rendí a él.

Y, mientras me deshacía de placer, sentí su gruñido gutural al tiempo que se corría.

—Te amo, Darla.

—Yo también te amo.

Después de haber hecho lo amor durante horas, me sentía agotada. Ni siquiera podía recordar los orgasmos que había tenido.

Estaba en cama, tumbada boca arriba, medio adormilada. Evander, con la cabeza sobre mi vientre y sus brazos alrededor de mi cintura. Había volcado todo su cuerpo entre mis piernas y, cada tanto, dejaba un suave beso cerca de mi vientre. Yo acariciaba su pelo desordenado lentamente.

A su lado me sentía completa y feliz.

—Mañana, después de desayunar, iremos a mi casa. Si bien no le vamos a explicar nada a Chris porque no lo entendería, me gustaría que, de a poco, comenzara a vernos juntos.

—¿Estás seguro?

Levantó la cabeza y me miró.

—Darla, eres mi mujer, mi pareja, mi novia… como quieras llamarlo, lo que significa que, de ahora en más, estaremos juntos la mayor parte del tiempo.

—¿Qué sucederá con mi contrato de trabajo? En una semana comienzo la residencia.

—Cariño, me parece que el contrato ha quedado obsoleto, ¿no crees? —dijo, sonriendo.

—¿Ya no estaré con Chris? —pregunté, porque no tenía claro si seguiría yendo a su casa como empleada.

—Estarás, pero como mi novia. —Acarició una de mis mejillas—. Hablando de tu residencia, imagino que tus horarios van a ser complicados, ¿verdad?

—Probablemente.

—Bueno, nos arreglaremos para tratar de estar juntos todo el tiempo posible —exhaló—. Darla… gracias.

—¿Por qué me agradeces?

—Por darme la oportunidad de estar contigo.

Desperté con la luz del sol filtrándose por las rendijas de la persiana.

Me sentía extrañamente liviana, como si el peso que cargaba esos días ya no estuviera.

Evander dormía a mi lado, boca abajo, con un brazo extendido hacia mí y el rostro relajado. Su respiración era profunda y pausada. Lo observé durante unos segundos, acariciando con la mirada la línea de su espalda y el cabello despeinado.

Se veía tan joven así.

Y en paz.

Esa paz que siempre le había sido esquiva.

Me incorporé con cuidado, sin despertarlo, y fui a la cocina. Encendí la cafetera y me puse su camisa, la que había quedado tirada en el suelo. Me llegaba a la mitad de los muslos, y olía a él. Sonreí mientras me abotonaba un par de botones al azar.

Unos minutos después, Evander apareció en la puerta de la cocina, solo llevaba puestos sus *boxers*, despeinado y con los ojos entrecerrados.

—¿Hay café o tengo que seducirte otra vez para obtener una taza?

—Si vas a intentar seducirme por un café, no quiero pensar lo que harás cuando pruebes mis panqueques —bromeé, mientras le alcanzaba una taza humeante.

Él se acercó y me abrazó por la cintura desde atrás, apoyando el mentón en mi hombro.

—No te imaginas cuánto hace que no amanecía así —dijo, dándome un beso en el cuello.

—¿Cómo?

—Relajado, tranquilo… en paz. Feliz.

Apoyé mi cabeza contra la suya.

—Yo igual. Es una sensación tan maravillosa que… parece irreal.

Me hizo girar para que quedáramos de frente.

—Pero es real, cariño. Soy tu realidad y eres la mía. Esto que tenemos, a partir de ahora, será nuestra realidad.

—Te amo, Evander.

—Yo también te amo.

Desayunamos entre risas tontas, un par de miradas cómplices y más de una caricia que, muchas veces, me encargué de detener porque, si no, no iba a llegar a tiempo a su empresa.

—¿Vamos? —preguntó él, estirando su mano.

—Sí, vamos.

Íbamos juntos a su casa. Él tenía que cambiarse para ir a su empresa y yo me quedaría con Chris.

Luego… iríamos viendo.

Teníamos todo el tiempo para nosotros.

Cuando llegamos apagó su coche frente a la puerta de su casa y me miró con una expresión suave en la cara.

—¿Lista?

Asentí.

Evander abrió la puerta y dejamos pasar a Popy, que salió corriendo a recibirnos agitando la cola.

—Papá —se oyó la voz de Chris desde el interior, pero en cuanto me vio, su sonrisa se ensanchó—. ¡Darla! ¡Ya llegaste! ¡Hurra!

—Creo que está más contento de verte a ti que a mí.

Sonreí y me agaché para abrazarlo.

—¿Cómo ha estado mi campeón?

—Bien. ¿Ahora te vas a quedar?

Evander se agachó para quedar a nuestra altura y me miró con ese brillo especial en los ojos que no se le había borrado desde que había llegado a la casa de mis padres.

—Darla va a comenzar la residencia en el hospital para completar su carrera y ser una doctora, pero la vas a poder ver todos los días, o por lo menos, cuando ella pueda.

Sin soltarme, Chris estiró un bracito y atrajo a su padre hacia nosotros, quedando los tres envueltos en un abrazo apretado.

Con Evander nos miramos, y no fueron necesarias palabras, el silencio lo dijo todo.

Él me sonrió, besó a su hijo en la mejilla y me dio un suave beso en los labios.

Mi pecho explotó de felicidad.

El *nosotros* ya se sentía firme y real.

Capítulo 35

«Si me preguntas cuántas veces viniste a mi mente, diría una sola vez, porque llegaste y nunca te fuiste.»
—Mahmoud Darwish

Evander



No imaginaba que pudiera volver a sentirme así.

Vivo.

Feliz.

En paz con la vida.

Ya hacía unas semanas que Darla y yo estábamos juntos y nuestras vidas se habían ensamblado con naturalidad. Era como si esas piezas que éramos —Chris, Darla y yo—, hubieran encajado de forma perfecta, como piezas de un mismo puzle, de ese que era nuestra historia y comenzábamos a construir.

Día a día nos consolidábamos como pareja.

Como familia.

Darla había comenzado su residencia y, como habíamos previsto, sus horarios eran complicados y agotadores. Muchas veces trabajaba en la noche y otras se pasaba el día entero en el hospital. Si bien la echaba de menos, era su profesión, salvaba vidas, y estaba orgulloso de ella.

No convivíamos, pero, aun así, Darla pasaba mucho tiempo en casa.

Salvo las noches.

Me costaba convencerla de que se quedara a dormir conmigo. No porque no quisiera —ambos amábamos dormir abrazados después

de hacer el amor—, sino porque sentía que debíamos darle tiempo a Chris para adaptarse a vernos juntos.

La realidad era que mi hijo había tomado nuestra relación con más naturalidad de la que esperábamos.

Y estaba feliz como nunca lo había visto.

Habíamos hablado con él explicándole que éramos novios. Al principio, esa conversación había resultado un poco incómoda, no por Chris, sino por nuestros miedos. Pero había terminado siendo una charla natural, sensible y honesta, con una explicación acorde a su edad.

La primera vez que Chris me vio darle un beso en los labios a Darla, con mucho entusiasmo e inocencia, había preguntado si ella era su mamá. No solo eso, había exclamado efusivamente: *¡Ahora tengo mamá! ¡Darla es mi mamá!*

Y Darla se había ruborizado hasta las orejas.

Me había sentado con él y le había explicado que su mamá siempre sería Julia, además de conversar todo lo que corresponde en esos casos. Aunque estaba seguro de que mi hijo amaba a Darla tanto como se puede amar a una madre. Y ella se había ganado ese amor. La relación entre ellos era fuerte y maravillosa. Y si bien eso me gustaba y me daba tranquilidad, también estaba presente el miedo a perder a Darla y que eso le causara sufrimiento a Chris. Aún no me podía creer que una mujer tan maravillosa como Darla me amara… y que amara a Chris con esa entrega tan natural.

Lo único que empañaba mi felicidad era que se acercaba el tercer aniversario de la muerte de Julia, y esa fecha me angustiaba profundamente.

Nunca olvidaría el trágico acontecimiento que cambió nuestras vidas para siempre. El que me arrebató a Julia. Esa mañana, el pasado había regresado con fuerza: Julia, el accidente, la tarde en que la policía llegó a mi oficina para decirme que había muerto. Y yo, yendo a la morgue a reconocerla. Había abrazado su cuerpo frío sintiendo que el mío se helaba para siempre. Esas imágenes no las olvidaría jamás.

Darla y Chris me ayudaban a no pensar tanto, pero ese día esas imágenes me perseguían. Ella me había preguntado varias veces si

me ocurría algo, si había algo de lo que quisiera hablarle, pero no me resultaba fácil hacerlo. No le había dicho que mañana era el aniversario de la muerte de Julia.

Me había visto cortar unas rosas del jardín, pero no me preguntó para quién eran ni qué iba a hacer con ellas. Sabía que estaba preocupada… pero ese día no podía hablar, más que nada necesitaba estar solo. Luego le explicaría.

Mi teléfono sonó volviéndome a la realidad.

Era mi madre.

—Mamá.

—Cariño, ¿cómo estás? —preguntó con la preocupación tiñendo su voz—. ¿Dónde estás?

—Estoy bien, mamá. Estoy en la oficina, pero en un rato voy a ir al cementerio.

—Tu padre y yo queremos acompañarte.

—No, mamá. Quiero estar solo. Les agradezco… pero hoy quiero estar solo.

—¿Y Darla? Pídele a ella que te acompañe. Cariño, Darla te ama, refúgiate en ella. Rodéate de todo ese amor que Darla y Chris sienten por ti. En tu hogar tienes todo el amor que necesitas.

—Darla no sabe que hoy es el aniversario de la muerte de Julia.

—¿No se lo contaste? ¿Por qué, hijo?

—No lo sé… no pude. No quiero que me mire con compasión.

—¿Compasión? Con lo que Darla te mira es con amor. Nunca vi tanto amor en el rostro de una mujer. Darla te ama profundamente y quiere lo mejor para ti y para Chris. Permítele que te acompañe, cobíjate en sus brazos. No estás solo, cariño.

Mis padres estaban felices con mi noviazgo con Darla. La adoraban… como todos. Esa mujer era luz, era maravillosa, y yo tenía la fortuna de que me amara.

—Lo sé, mamá. Pero entiéndeme. Hoy quiero estar solo. Te pido que no le digas nada a Darla, por favor. Ella va a estar todo el día en el hospital y va a llegar cansada y no quiero preocuparla —afirmé, y

escuché un bufido de parte de mi madre que, evidentemente, no estaba de acuerdo conmigo.

—Sigo pensando que alguien que se preocupa por ti como lo hace ella, debería saber por lo que estás pasando.

Tomé aire.

—Lo hablaré con ella… pero hoy no, mamá. Hoy no puedo hablar con ella de lo ocurrido. Ahora, si no te molesta, necesito seguir trabajado —dije, porque ni con mi madre quería seguir hablando.

—Estamos aquí para ti. Sabes que puedes contar con nosotros para todo lo que necesites.

—Lo sé, gracias.

—Te queremos, cariño.

—Y yo a ustedes.

Corté la llamada, apoyé los codos en el escritorio y me tomé la cabeza con ambas manos. Sentí en los ojos el escozor de las lágrimas y me puse de pie.

Era hora de ir al cementerio a llevarle sus rosas. A honrar lo que fue.

Volví del cementerio sin decir una palabra.

Chris no estaba, porque mis padres se lo habían llevado a dormir con ellos. Ese día siempre se lo llevaban para que no me viera destruido.

Darla estaba en el hospital y, si no recordaba mal, tenía guardia. No nos veríamos hasta el día siguiente.

Me encerré en mi escritorio, cerré las cortinas, y me serví un *whisky*. Al final, cambié de idea: tomé también la botella.

Me apoltroné en el sillón y, con el mando del equipo de música, seleccioné una canción cualquiera, empezó a sonar *Walking Blind* de Aidan Hawken. Terminaba la canción y con amargo deleite la repetía. Era una canción hermosa, pero triste.

Me bebí de un solo trago todo el licor del vaso. La bebida abrasó todo lo que tocó a su paso. Y, aun así, fue un bálsamo.

El segundo trago lo tomé directamente de la botella.

En un momento dado el equipo de música se silenció, pero un gemido ronco inundó la habitación.

Mi gemido.

Tomé el teléfono y busqué lo que sabía que necesitaba escuchar, aunque doliera.

Lo había escuchado tantas… tantas veces.

Y esa noche lo necesitaba.

Presioné en el audio.

La voz de Julia llenó la habitación.

Se escuchaba alegre.

Dulce.

Viva.

—Hola, amor… solo quería decirte que te amo. Y que esta noche… esta noche voy a usar ese camisón que te vuelve loco —soltó entre risas—. Quiero que no haya excusas. Esta noche es solo nuestra. Quiero hacer el amor contigo como si fuera la primera vez —hizo una pausa y luego añadió—: Te espero. Siempre tuya.

Apoyé el teléfono en el sillón y cerré los ojos.

La voz de Julia seguía resonando en mis oídos, con esa mezcla cruel de amor y ausencia.

Sabía que tenía que borrar ese mensaje.

Y me prometí que esa era la última vez que lo iba a escuchar.

Mi historia con Julia había llegado a su final y, por primera vez, lo aceptaba.

Estaba comenzando a escribir mi historia con Darla. Y no quería que nada tambaleara los cimientos de lo que estábamos construyendo.

Dejé la botella en el piso.

Tomé el teléfono.

Y borré el mensaje.

Capítulo 36

«Aunque el mundo esté lleno de sufrimiento, también está lleno de superación.»
—Helen Keller

Darla



No sabía por qué, pero ese día sentía que Evander me necesitaba. Que debía estar cerca suyo. Y me dejé llevar por mi intuición, esa que nacía del profundo amor que sentía por él. Estaba convencida de que algo no estaba bien, aunque él no me lo hubiera dicho; lo intuía en su mirada, en su forma de callar, en los gestos que no sabía disimular.

Sin pensarlo demasiado, le pedí a Juanpi que me cambiara el turno en el hospital. Le resumí lo que me ocurría y mi amigo no me hizo demasiadas preguntas. Accedió enseguida, aunque se viera perjudicado porque mi turno abarcaba la noche.

Me fui hasta su casa directo del hospital. No sabía si iba a querer hablar, pero quería estar a su lado.

Para él.

Madison, la cocinera, fue quien me abrió la puerta.

Me miró y, sin que fuera necesario preguntarle nada, dijo en tono bajo:

—Está en su escritorio. Llegó hace un rato y se encerró ahí.

Asentí, agradecida.

—¿Sabes si ya cenó?

—El señor Campbell no ha comido nada. Desde que llegó está encerrado allí y pidió no ser molestado.

Eso avivó mis sospechas. Y también mi preocupación.

—Gracias, Madison. Voy a ir con él. Quizás en un rato te pida que nos sirvas la cena, pero no te preocupes, yo te aviso.

Todo estaba en silencio. Caminé por el pasillo con pasos suaves, como para no invadir su calma.
La puerta del escritorio estaba entreabierta.
Y fue entonces cuando la escuché.
Una voz femenina. Dulce. Íntima.

—… solo quería decirte que te amo. Y que esta noche… esta noche voy a usar ese camisón que te vuelve loco…

Quedé paralizada.

—Esta noche es solo nuestra. Quiero hacer el amor contigo como si fuera la primera vez… Te espero. Siempre tuya.

La visión de una mujer con Evander me atravesó como una puñalada.
Los celos se retorcieron en mi estómago.
Pero el dolor y la desilusión que me golpearon fueron más fuertes.
Sentí náuseas.
¿Estaba con alguien? ¿O había recibido ese mensaje?
Estaba en *shock* y no podía asegurar que no hubiera una mujer con él.
¿Por eso no quería ser molestado?
¿Para ella había recolectado las rosas esa mañana?
El abatimiento se apoderó de mí.
Y mi corazón se derrumbó.
No quise escuchar más.
Tampoco reuní el valor para enfrentarlo… o enfrentarlos.
No podía.

Me giré despacio, con el corazón latiéndome en la garganta.

Ahora todo tenía sentido.

Su distancia. Su mirada perdida. Su silencio.

No era el dolor.

Era ella.

Otra mujer.

Seguramente su distanciamiento se debía a que no sabía cómo decírmelo.

Sentí como si me hubieran arrancado algo.

Encendí mi coche y… simplemente me fui.

Pero el mismo trayecto que había hecho, intuyendo que me necesitaba y con ansias de tenerlo en mis brazos… en ese momento lo hacía con la amarga certeza de que no quería volverlo a ver.



Cuando llegué a mi piso me derrumbé en el sofá.

Lloré de rabia, de decepción, de dolor.

Estaba furiosa con él, furiosa conmigo misma por no haber sido capaz de darme cuenta que no me amaba, por creerle… me sentía defraudada.

Oh, Dios…

Lloré, sabiendo que no había cura para ese desamor. No podía entenderlo. Nunca conseguiría entenderlo.

Por primera vez me sentí indefensa delante de una situación de la cual no sabía cómo salir. Solo se me ocurrió llamar a Mara y pedirle ayuda.

—Mara, perdóname que te moleste a esta hora. ¿Estás en tu casa?

—Hola, Darla. Sí, estoy en casa. Hace un rato llegué de la cafetería porque me tocó cerrar. Pero… ¿estás bien?

—No… no estoy bien —sollocé.

—¿Qué sucede, cariño?

—¿Puedo ir a tu casa?

—Por supuesto. Eso no tienes ni que preguntarlo. Pero… ¿estás en condiciones de conducir?

—Sí… pero mejor llamo un taxi.
—Acá te estaré esperando.

Quince minutos después estaba golpeando en la puerta de Mara. Apenas la abrió, nos abrazamos fuerte.

Nos sentamos en el sofá largo y en la mesa ya nos esperaban dos copas de licor.

—Bébelo, te va a venir bien.

Le conté todo lo que había ocurrido y ella quedó pensativa.

—¿Y piensas que era aquella mujer con la que lo vimos en el *restaurante*?
—No lo sé… quizá —respondí, un poco más tranquila al haberme desahogado.
—Pero hay algo que no entiendo —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Por qué fue a buscarte a la casa de tus padres para confesarte que te amaba si unas semanas después iba a salir con otra?
—Yo creo que nunca dejó de verla.
—Entonces… aquella vez que te dijo que se había encontrado con ella para despedirse, te mintió.
—O quizás sea otra. No lo sé —dije, negando con la cabeza—. Ni quiero saberlo. Esta mañana lo vi cortando rosas en el jardín y, como una estúpida, pensé que eran para mí. Obvio que no me las dio. Después, en el hospital, estaba preocupada porque lo había notado extraño y llegué a pensar que las rosas eran para Julia y que iba a ir al cementerio. —Volví a negar con la cabeza—. Evidentemente, eran para su amante.
—¿Qué vas a hacer ahora?
—Justo mañana es mi día libre. Me va a venir bien alejarme de todo y pensar.
—Quédate aquí —dijo Mara, tomándome las manos.
—Gracias.
—Pero yo me refería a él. ¿Qué vas a hacer con Evander?

—Eso no tengo que pensarlo, Mara. Evander ya no forma parte de mi vida. No puedo estar con alguien que me ha traicionado. No importa cuánto lo ame. No puedo superarlo.

—¿Y Chris?

—En eso sí necesito pensar. No quiero abandonarlo —dije y otro nudo en la garganta me impidió seguir hablando. Me tomé el rostro con las manos y volví a sollozar.

—Es probable que no permita que lo vuelvas a ver. Por lo que me has contado sobre su forma de ser… no creo que permita que lo sigas viendo.

—Espero que no sea así. Aunque me duela seguir viéndolo a él y, sobre todo, con otra mujer, igual haría el esfuerzo porque siento que Chris me necesita.

—Deberías hablar con él. ¿Por qué te escondes? Tú no debes avergonzarte de nada. Es él quién debería esconderse por hipócrita traicionero.

—Sé que debemos hablar, pero necesito un tiempo para sentirme más fuerte. —La miré a través de las lágrimas.

—Tarde o temprano tendrás que enfrentarlo, cariño.

—Lo sé.

—Vuelvo a hacerte la pregunta que te hice por teléfono: ¿estás bien?

—No, pero lo estaré. —Tragué el nudo en mi garganta—. Pero necesito algo de tiempo.

—Ven aquí —dijo Mara estirando sus brazos, y me refugié en ellos buscando consuelo.

No dijo nada más y no intentó convencerme de que hablara con Evander. Simplemente se quedó a mi lado, y en ese momento, eso era todo lo que necesitaba.

Capítulo 37

«Una mariposa simboliza la aceptación de cada nueva fase en la vida. Es mantener la fe cuando todo a tu alrededor cambió.»
—Lisa Kleypas

Evander



¡Pum, pum, pum, pum!

¿Qué demonios?

El ruido que llegaba desde la cocina me despertó. Y con él, el monumental dolor de cabeza. Pero no era lo único que me dolía. Había dormido sentado en el sillón y sentía los músculos agarrotados.

¡Pum, pum, pum, pum!

Un gruñido escapó de mis labios cargado de frustración y malestar, como si el estruendo en la cocina se hubiera incrustado en mi cráneo.

Seguramente era Madison golpeando algo con el palote de amasar, pero a mí me sonaba como un maldito taladro.

Abrí los ojos y miré el lugar.

Un vaso y una botella vacía estaban en el piso, pruebas irrefutables de la gran resaca que se expandía en todo mi cuerpo, pero, sobre todo, en mi cabeza.

Suspiré derrotado y me fui incorporando con lentitud.

Necesitaba un baño, un café bien cargado y un ibuprofeno.

Busqué mi teléfono y lo vi tirado en el piso.

Fui por él y lo desbloqué.

Eran casi las nueve.

Lo primero que vino a mi mente fue Darla.

Necesitaba verla

Necesitaba abrazarla.

Necesitaba escuchar su dulce voz.

Necesitaba escucharla llamándome «*mi amor*».

Volver a sentirme vivo.

Darla me volvía al presente… al mundo de los vivos.

Volví a mirar la hora. Seguramente estaba por salir del hospital o, quizá, ya había salido. En ese momento no recordaba si su guardia era hasta las ocho o las nueve.

Marqué su número.

Una vez.

Dos.

Tres.

Nada.

No era típico de ella no responder, ni tampoco lo era el hecho de que no me enviara algún mensaje. En sus ratos libres siempre me escribía, aunque fuera solo para saber cómo estábamos con Chris… o para decirme que me amaba.

Un mal presentimiento se apoderó de mí.

Intenté no alarmarme.

En un hospital siempre puede surgir alguna emergencia, me repetí.

Tenía que ducharme porque después de esa noche tan deprimente, mi estado era lamentable, así que subí a mi habitación y fui directo al baño.

Luego de la ducha probé llamarla nuevamente, pero mis llamadas volvieron a terminar en el buzón de voz.

Sin desayunar, tomé las llaves de mi coche y fui directamente al hospital.

—¿La doctora Dupont? —repitió la recepcionista, mirando la pantalla frente a ella—. Ella no se encuentra en el hospital. Su turno terminó ayer a las diez de la noche y hoy tiene el día libre.

Mi mente tardó unos segundos en procesar esa información.

—¿Está segura?

—Sí, señor. Es lo que está cargado en el sistema.

—Gracias.

Salí de allí sintiendo que algo no encajaba.

La preocupación comenzaba a dominarme.

Si bien todo el alcohol ingerido la noche anterior había hecho estragos en mi cabeza, estaba seguro de que Darla me había dicho que tenía guardia nocturna y que salía a las ocho o nueve de la mañana. Además, si era su día libre... ¿por qué no atendía mis llamadas?

Conduje hasta su edificio. Usé la llave que me había dado semanas atrás y entré.

Todo estaba en silencio y no había rastro de ella.

El dormitorio impecable, como si nadie hubiera pasado la noche allí.

Volví a la cocina y noté que las llaves de su coche estaban sobre la barra.

¿Dónde estaba?

Solo había un solo lugar donde podía obtener una pista.

Sin dudarlo me dirigí a la cafetería *ArteLatte* en busca de respuestas.



—¿Dónde está ella? —gruñí, mirando a Mara, la amiga de Darla.

Me miró por encima del hombro con desprecio y luego siguió mirando el café que estaba preparando.

—No sé de qué hablas.

—Por supuesto que lo sabes. ¿Dónde está Darla?

—Si tú no lo sabes, yo menos. Darla ya no trabaja aquí y, si mal no recuerdo, es TÚ novia —increpó, y la hostilidad en su voz me hizo pensar que había algo que se me estaba escapando.

—No actúes como tonta, sabes exactamente dónde está.

—Dame una buena razón para no estrellarte esta taza en la cara.

—No sé qué mierda te hice para que me trates así, pero yo solo quiero saber dónde está.

—Por si no te has dado cuenta, estoy trabajando, así que lárgate.

—No me iré sin saber dónde está Darla. No está en el hospital ni en su piso, y no atiende mis llamadas.

—Por algo será.

Esa no era la respuesta que esperaba.

—¿Qué insinúas?

Dejó la taza en la barra y me miró con… odio.

—¿Insinuar? Yo no insinúo nada, señor Campbell. Solo digo la verdad. Usted es un maldito hijo de puta.

—¿Qué? Vete al infierno. Ni siquiera me conoces. Solo dime dónde está Darla.

—Por supuesto que no se lo diré. Ella no quiere saber más nada de usted, se fue porque se enteró de su vil traición.

—¿Qué? —dije, sintiendo que el piso se movía bajo mis pies.

—La has lastimado profundamente, imbécil —escupió esas palabras con furia—. Ella te entregó su corazón. Ella te ama y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por ti, pero la engañaste. Ella… escuchó a tu amante diciéndote todo lo que te iba a hacer esa noche. Sí, mírame perplejo porque ya no tienes como esconderlo —dijo, burlándose—. Anoche fue a tu casa, encima cambió su turno porque quería estar contigo debido a que sentía que la necesitabas, pero llegó justo para escuchar a tu amante.

—No sé de qué mierda estás hablando. No tengo una amante ni estuve con nadie —dije, desesperado—. Dime dónde está —exigí.

—Ni en tus sueños te lo voy a decir. Eres un bastardo que la hizo llorar. Y eso, Evander Campbell, no te lo voy a perdonar —suspiró—. Yo… daría cualquier cosa porque me mirara como te mira a ti. Daría todo lo que tengo por escuchar de su boca esas palabras que solo te ha dicho a ti, esas que tanto tiempo he querido escuchar. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Eres un idiota. Perdiste a la mejor mujer

que podías tener. Perdiste a Darla Dupont. Y no vas a encontrar otra igual.

Quedé paralizado por su confesión.

¿Ella estaba enamorada de Darla?

No me extrañaba porque cualquiera que la conociera se enamoraría de ella.

Pero no era eso lo que me preocupaba, sino el hecho de que Darla pensara que la había traicionado.

Y no tenía ni puta idea de lo que la había llevado a pensarlo.

—Yo no la traicioné. Te juro que no lo hice.

—Me vas a hacer llorar —soltó, burlona.

—Déjate de sarcasmos y dime a dónde se fue.

—Darla te ama, no entiendo qué te ve, no la mereces, pero si realmente la amas y dices la verdad, vas a tener que encontrarla por tu cuenta y convencerla. Yo no te voy a ayudar.

Y no lo hizo.

No me dio ningún dato.

Salí de la cafetería con mis sentimientos hechos un lío.

Saber que ella estaba bien me generó cierta tranquilidad, pero mi mente no lograba acallar el torbellino de preguntas.

¿Por qué pensaba que la había traicionado?

¿Qué había visto o escuchado?

El desconcierto se aferraba a mi pecho como un peso imposible de sacudir. Me sentía como si estuviera en una historia donde yo era el villano sin saber por qué.

Podía odiarme, podía huir, podía esconderse. Pero la encontraría. No me iba a ser difícil. Solo tenía que llamar a un conocido detective y daría con ella, aunque algo me decía que, si seguía a su amiga Mara o al otro, el tal Juan Pablo, daría con ella antes que el detective.

Nada me iba a separar de Darla.

Nada.

Iba a remover cielo y tierra si era necesario. Aunque tuviera que enfrentarme a todos sus amigos, a su orgullo herido o a los malentendidos que nos separaban, no me rendiría.

No esa vez.

Estaba dispuesto a pelear, aunque fuera con las manos vacías. Y si tenía que arrastrarme hasta el fin del mundo para que me creyera, lo haría.

Porque perderla… no era una opción.

Capítulo 38

«Quien tiene un porqué para vivir puede soportar casi cualquier cómo.»
—Friedrich Nietzsche

Darla



La casa de Mara estaba en silencio.

Un silencio espeso, denso, como si la tristeza misma la habitara. Como si las paredes supieran que mi desconsuelo.

Afuera llovía, una de esas lluvias finas que apenas se escuchan, pero que mojan como si llevaran horas cayendo.

Estaba sentada en el sofá, envuelta en una manta, con una taza de té entre las manos. No lo había probado. Solo necesitaba sentir algo tibio entre los dedos, algo que evitara que el frío terminara de apoderarse de mí. Ese frío que nacía en mi corazón.

No había dormido en toda la noche.

Cada vez que cerraba los ojos, escuchaba la voz de esa mujer hablándole a Evander y un escalofrío me recorría la espalda, como si cada sílaba pronunciada me atravesara la piel. Era un eco que no podía silenciar, una tortura que se repetía una y otra vez.

Cada palabra.

«Hola, amor… solo quería decirte que te amo…»

«Voy a usar ese camisón que te vuelve loco…»

«Quiero hacer el amor contigo como si fuera la primera vez…»

Y el mundo volvía a partirse.

Jamás, ni un millón de años, imaginé que Evander pudiera hacerme algo así.

Tenía tantas esperanzas, tantos sueños para nosotros…

Me había imaginado tardes en el parque con Chris, los tres riendo mientras jugábamos con Popy. Me había visto despertando cada mañana con Evander a mi lado, compartiendo cafés, silencios y caricias. Había soñado con una familia, con una vida llena de pequeñas rutinas que nos hicieran felices.

Pero todo eso se había roto de un solo golpe.

Había llorado hasta que mis lágrimas se agotaron. Ahora necesitaba estar sola. Respirar. Pensar.

Mara estaba trabajando en la cafetería y, por primera vez en muchas horas, podía dejarme llevar por el dolor en vez de negarlo. Pero no me hundiría en él. Usaría ese dolor como una fuerza que me impulsara a salir de la oscuridad. El dolor traía una energía potente, y la emplearía para aprender.

Después de todo, Evander me había enseñado a amar. Y Chris también.

Dos amores. Tan distintos, pero tan profundos a la vez.

Me dolía el pecho físicamente al pensar en no volver a verlos.

Sobre eso, una de las primeras decisiones que tenía que tomar era sobre Chris. Aún no sabía cómo pedirle a Evander para que me permitiera seguir viéndolo, pero lo que sí tenía claro era que dejar de verlo… no era una opción.

Chris me adoraba.

Y yo a él.

No podía desaparecer de su vida, aunque sufriera al ver a Evander con otra mujer.

Por Chris… resistiría.

En esas reflexiones me encontraba cuando sonó el timbre.

Seguramente era alguien buscando a Mara. Nadie sabía que yo estaba allí; ni siquiera se lo había contado a Juanpi. El pobre había tenido que hacer mi guardia de la noche y seguramente estaba descansando. No quería molestarlo.

Fui hasta la puerta y abrí.

Y me encontré con quien menos esperaba.

—Hola —fue lo único que pude decir.

—Creo que necesitaré más que un «*hola*» —dijo, y entró en la casa de Mara sin esperar a que le diera paso.

¿En serio?
¡Grandísimo caradura!

—Y tú vas a necesitar una gran explicación para que no te saque de aquí sin miramientos y de forma nada educada —dije, cerrando la puerta de un portazo.

—¿Yo? Te recuerdo que no fui yo quien desapareció sin decir nada, sin atender mis llamadas ni devolvérmelas. ¡La explicación te corresponde a ti! —espetó, enfurecido—. ¿Se puede saber por qué mierda lo hiciste? ¿Qué fue lo hice para que me dejaras sin una explicación?

—¿Tener una amante? —solté, con la más insolente ironía.

—¿Qué?

—La escuché, Evander. Anoche estuve en tu casa. Como una idiota, cambié mi turno para poder estar contigo porque sospechaba que necesitabas consuelo… que, evidentemente, buscaste en otra.

—¿Te volviste loca? No sé qué demonios escuchaste, pero anoche estuve solo. ¡So-lo!

—No dudo de que estuvieras solo… pero escuché a una mujer hablándote. Si no estaba allí, era un mensaje. O una llamada.

Entornó los ojos y dio un par de pasos hacia mí, pero se detuvo en seco.

—¿De qué estás hablan…? —No terminó la pregunta. Fue como si, de pronto, hubiera recordado. O entendido.

—Ya veo… entendiste a qué me refiero. Te acordaste de lo que te dijo *tu* amiga.

Evander inhaló bruscamente y me quedó mirando sin parpadear.

No dijo nada. Solo caminó hacia las ventanas y se quedó contemplando la ciudad, sumido en sus pensamientos. El viento soplaba y el sonido de la lluvia golpeaba suave contra el vidrio.

Dándome la espalda, negó con la cabeza y se pasó la mano por el pelo.

De repente se dio vuelta y me miró.

Parecía que le dolía decirme lo que tenía que confesar.

A mí también.

—Sí. Lo entendí todo. —Me miró con amargura—. Pero las palabras que escuchaste… no eran de una simple amiga.

Sentí que el corazón se me hundía en el pecho como un ancla, pesada y cortante. Confirmarlo de su boca fue como recibir el golpe final. Y las lágrimas empezaran a correr por mis mejillas sin control.

—La amas —susurré, sintiendo una angustia asfixiante.

—Fue…y será una mujer muy importante en mi vida. Siempre —aseguró, sin dudar.

Lo miré con decepción y dolor.

Un gran dolor.

—¿Por qué, Evander? ¿Por qué me ilusionaste diciéndome que me amabas? ¿Por qué fuiste tan cruel?

Se acercó y me tomó de los hombros.

—El mensaje que escuchaste… era de Julia. —Levanté la mirada, confundida—. Ayer se cumplieron tres años de su muerte. Por eso yo… no estaba bien. No podía hablar de ello. Ayer fue un día de mierda… —Se pasó la mano por el pelo una vez más—. Cuando llegué a casa, me encerré en mi escritorio, bebí más de la cuenta y… escuché ese mensaje. El único que guardaba en mi teléfono. Nunca pude borrarlo… hasta ayer. Ayer lo borré porque ya no lo necesito. A Julia la voy a llevar siempre en mi corazón, y eso ya lo sabes. Pero cuando te conocí, sucedió lo que nunca pensé que sucedería. Tú, lograste que mi corazón volviera a latir. Y eso me desconcertó. A medida que lo que sentía por ti, crecía, me sentía más confundido. ¿Sabes por qué? —preguntó, pero no esperó mi respuesta y

continuó—: Porque comprendí que te amaba más de lo que había amado a Julia, que estaba más enamorado de lo que había estado nunca.

»Al principio luché contra eso que sentía porque era como si le estuviera siendo infiel, como si estuviera traicionando su memoria y faltando a mi promesa. Pero no pude luchar contra todo este amor que siento por ti. Un sentimiento fuerte y poderoso. Te amo, Darla.

»Julia es mi pasado y no la olvidaré. Tú eres mi presente. Y pretendo que seas mi futuro.

»Borré el mensaje porque quiero empezar una vida contigo sin cargar con todo ese dolor. Quiero comenzar una vida contigo sin fantasmas. Por eso lo hice. Ya no soy un viudo, Darla. Ahora soy el hombre que te ama. Porque mi amor te pertenece a ti. Porque ahora sé quién soy y lo que quiero para el resto de mi vida. Te quiero a ti, cada parte de ti. Quiero empezar una vida contigo. Te amo, Darla. Sin ti… no puedo respirar.

¡Dios mío!

Estaba estupefacta.

Así me quedé, mirando a ese hombre profundamente herido…

A ese hombre al que amaba con todo mi ser.

Y tenía la fortuna de ser correspondida.

¡Me había equivocado!

Y entre todas mis lágrimas, entendí que no estaba perdiéndolo.

Lo estaba volviendo a encontrar.

El amor no era un cuento perfecto.

Era eso.

Un error. Una explicación. Una verdad que volvía a unir el corazón.

Lo nuestro era amor real, imperfecto y valiente.

Me había equivocado y, aunque me dolía haberlo hecho sufrir… sentí un gran alivio al saberlo.

Un nudo de arrepentimiento se formó en mi estómago. La decepción, la vergüenza y la tristeza se mezclaron como una bola de plomo que me pesaba en el alma.

Sin pensarlo, me arrojé a sus brazos.
No lo impidió. Tampoco me correspondió.

—Lo siento. Lo siento tanto.
—Dudaste de mi amor, de mi palabra, de mí —dijo, con la voz teñida de tristeza.
—¿Podemos hablar? —pregunté, mirándolo a los ojos, esos ojos que reflejaban dolor.
—El momento de hablar era anoche, Darla. Me hiciste vivir un infierno. Al principio pensé que te había sucedido algo… ¿sabes lo que se siente? Pensé… pensé… que habías tenido un accidente.

Mi corazón se hundió al comprenderlo.
Ese hombre roto… había temido que me pasara lo mismo que a su esposa.

—Te busqué por toda la maldita ciudad… Luego, cuando tu amiga me dijo que creías que te había traicionado y yo no tenía ni puta idea de lo que hablaba… pensé que te había perdido… ¿Sabes lo que se siente?
—Lo sé… No puedes respirar.
—¡Exacto!

Me puse de puntillas y besé suavemente sus labios. Tomé sus brazos, que seguían colgando a los costados de su cuerpo, y me rodeé con ellos.

—Te amo, Evander. Voy a pasar el resto de mi vida compensándote por mi error.
—¿Cómo pudiste dudar de mí? ¿Cómo diablos podría estar con otra mujer si te pertenezco? —susurró con la voz quebrada.

Dejé caer la cabeza, invadida por la decepción de lo que le había causado.
Y, justamente, ese día.

—Yo… quizá… —tartamudeé, mientras las lágrimas volvían a brotar. Lo miré. Él no dejaba de observarme—. Creo que aun no comprendo cómo… un hombre como tú… puede amarme. Nunca lo entendí. Y tengo miedo… Miedo de… no ser suficiente para ti. —Me encogí de hombros—. Nunca comprendí como, pudiendo estar con esas mujeres elegantes y glamorosas con las que salías, preferiste salir conmigo. Nunca lo entendí… y escuchar esas palabras… quizá fue como confirmar mis temores. Lo siento… Por favor, por favor, perdóname. Te amo. Siempre te voy a amar.

Me quedé contemplando su expresión impasible.

Y esperé.

—¿Yo te he dado algún motivo para que desconfíes de mí? —preguntó al fin.

—No —susurré, negando con la cabeza, mientras miraba fijamente sus grandes ojos azules: El dolor en ellos rompía aún más mi corazón.

—Yo te amo. Te amo, Darla Dupont. Eres la única persona con la que quiero estar. Eres la única persona que hizo y hace latir mi corazón. La única que me devolvió las ganas de vivir.

—Y tú a mí.

—Dime que me crees.

—Te creo, Evander Campbell. Confío en ti. —Sonrió y la ternura iluminó sus hermosos ojos.

—Tendrás que hacer algo más impresionante para convencerme.

Y esa vez fui yo quien sonrió. El bromista, el dulce, el romántico Evander… había vuelto.

—¿Qué tengo que hacer para que me creas, señor Campbell?

—Evander. Para ti, siempre Evander.

—¿Qué tengo que hacer para que me creas, mi amor? —dije, rodeándolo con mis brazos. Él me estrechó contra su cuerpo.

—Susúrrame mi destino. Nuestro destino.

—¿Qué?

Su mirada se clavó en la mía. Era una mirada llena de esperanza. Luego, sin decir una palabra más, se arrodilló y sus manos temblorosas sacaron del bolsillo de su americana una caja de terciopelo negro.

—Cásate conmigo… por favor. —Abrió la caja para revelar un solitario con un enorme diamante ovalado.

Sin pensarlo, me arrodillé frente a él.

Su mano tomó mi mandíbula con delicadeza y presionó sus labios contra los míos. Las lágrimas rodaron por mis mejillas y él las limpió con su pulgar.

—Deja de llorar, Dupont, y respóndeme porque me está por dar un ataque cardíaco.

—No te preocupes, tu futura esposa es doctora y te va a poder reanimar —dije, sonriendo.

Su rostro se iluminó con una enorme y maravillosa sonrisa. Se puso de pie, llevándome con él.

—¿Eso es un sí, doctora?

—Eso es un gran sí. Porque voy a cuidar tu corazón, siempre. Y ahora te voy a susurrar nuestro destino: Te amo y te amaré toda la vida. Acepto tu pasado, lugares rotos y todo. Te acepto a ti y cada parte de ti.

—Susúrramelo otra vez.

—Te acepto, Evander, con todo. Con tu gran corazón y con cada cicatriz que hay en él. Con tu pasado, tu presente y nuestro futuro. Porque quiero ser tu esposa y que formemos una familia con Chris.

—Eso es lo que más deseo.

Y nos besamos.

Nos besamos, nos besamos y nos besamos.

Sintiendo lo fuerte que era nuestro amor.

Sacó el anillo y, con la mano aún temblorosa, lo deslizó sobre mi dedo.

Nuestros labios se volvieron a encontrar en un beso suave, dulce, tierno.

Finalmente, estaba donde pertenecía.

En sus brazos.

Epílogo 1

«La felicidad es una mariposa que, cuando la persigues, siempre está fuera de tu alcance, pero si te sientas tranquilamente, puede posarse sobre ti.»
—Nathaniel Hawthorne

Darla



Seis meses después…

El vestido colgaba frente a mí, blanco y sencillo, como una promesa tejida en hilos de esperanza.
Mamá y Mara fueron las que me ayudaron a vestirme.

El vestido era nuevo. La tiara, antigua pero hermosa, había sido la que usó Josefina el día de su boda. También llevaba algo azul. En cuanto a lo prestado, mamá me había dado sus pendientes de brillantes.

Parecía una princesa… y me veía feliz.

Mamá y Mara me habían dejado sola unos minutos. Estaba en la habitación de Evander, que en realidad desde hacía unos meses era la nuestra. Me había mudado con él y Chris y la convivencia era mágica.

Éramos una familia.

Afuera, el jardín de la casa se vestía de flores, luces suaves y el murmullo alegre de los invitados.

Ahí dentro, reinaba la calma.

No estaba nerviosa.

¿Cómo podía estar nerviosa cuando iba a cumplir mi sueño más anhelado?

Estaba inmensamente feliz.

Y sentía gratitud.

Porque tenía una familia maravillosa en la que reinaba el amor y el respeto.

Evander y yo habíamos recorrido un largo camino, lleno de sombras, tropiezos, heridas…

Pero, sobre todo, lleno de luz.

Y amor.

El camino del amor que él y Chris me regalaban cada día.

Y el que aprendí a abrazar con valentía.

La valentía que me daba el amor.

Volví a mirarme en el espejo.

En ese momento, vi reflejada a una mujer que había dudado de sí misma demasiadas veces, pero que ahora tenía la certeza de ser amada.

Elegida.

Y lista.



Comenzó a escucharse *Heavenly Day* por Patty Griffin y las puertas se abrieron.

La felicidad me desbordaba.

Y no estaba sola.

Mi mano derecha sujetaba con fuerza la de Chris, que caminaba con paso decidido a mi lado.

En la otra, sostenía el lazo de la correa de Popy, que estaba engalanada con un gran moño blanco.

Los tres avanzábamos felices entre pétalos que caían al suelo.

Avanzábamos hacia el futuro.

Ellos eran mi futuro.

Ellos eran mi familia.

En el jardín de la casa nos acompañaban nuestros afectos y junto a Evander estaban nuestros padres, pero mis ojos solo lo buscaron a él.

Evander.

Traje oscuro, mirada transparente y emocionada.

Y la sonrisa más maravillosa que le había visto y que nos dedicaba por completo a nosotros.

Me esperaba al final de ese camino por el que estábamos caminando, un camino alfombrado para la ocasión. Un camino que recorría para unirme definitivamente a él.

Para amarnos por el resto de nuestras vidas.

Y entonces… ocurrió.

Una mariposa, como salida de un recuerdo, voló entre los invitados, rozó el aire cálido de la tarde y vino a posarse con delicadeza sobre mi velo.

Me detuve un segundo. Porque en el fondo de mi corazón supe que era Julia acompañándonos.

O quizá era el destino.

O ambas cosas, susurrándonos que estábamos donde debíamos estar.

La mariposa se quedó allí unos segundos. Luego alzó vuelo y se alejó, suave, liviana… como una bendición.

Nuestra bendición.

La seguí con la mirada, sonreí y seguí caminando hacia él.

Cuando llegamos al altar, que era la glorieta del jardín, Evander estiró su mano para acercarme a él y me dio un beso en la mejilla.

—Te ves hermosa, mi amor —murmuró, mirándome con intensa emoción.

Sonreí y le acaricié la mejilla.

—Soy feliz —dije.

—Yo también.

Sonrió, y luego se inclinó y tomó a Chris en sus brazos.

Entonces, le entregué la correa de Popy a mi mamá. Nos acercamos para que el juez iniciara la ceremonia.

—Puede besar a la novia —anunció el juez.

Y nos besamos.
Mientras Chris correteaba con Popy alrededor de la glorieta.
Eso… eso también era la felicidad.

—Gracias por no rendirte —susurró en mi oído, emocionado.
—Nunca, mi amor. Tú me enseñaste que el amor verdadero no se rinde. Que se elige.
—Y yo te elijo. Hoy. Mañana. Siempre.

Lo abracé con fuerza.
Y cerré los ojos.
No necesitábamos más palabras.
El amor no fue un milagro.
Fue una elección.
Una que el destino nos susurró… y nosotros decidimos escuchar.

Epílogo 2

«¿Qué sería de la vida si no tuviéramos el valor de intentar algo nuevo?»
—Vincent van Gogh

Evander



Tres años después…

Si alguien me hubiera dicho que la chica de la cafetería no solo iba a salvar la vida de mi hijo, sino que también me iba a salvar a mí, sacándome de la oscuridad e iluminando mi vida con su amor… lo habría tildado de loco.

Sí, de loco.

Porque yo estaba muerto en vida.

Pero esa hermosa doctora… me salvó.

Mi amor por ella, por Darla Campbell, mi mujer, crecía cada día.

Y la pasión también.

Si en ese momento tuviera que definir la felicidad, podría decir, sin ninguna duda, que era lo que sentía cuando estaba con mi familia.

Con Darla, Chris, nuestra pequeña Pía y también Popy.

Ellos eran mi bendición.

Lo más preciado de mi vida.

Y haría cualquier cosa por ellos.

La vida me había premiado dos veces con el amor. Nunca sabría si lo merecía, pero no podía estar más agradecido.

Volví a mirarlos.

Mi hermosa Darla, sentada sobre una manta, leía a la sombra de uno de los árboles de nuestro patio trasero.

Chris y Pía jugaban con una pelota, mientras Popy corría a su alrededor.

Y yo, deslumbrado y desbordado de amor, me dedicaba a mirarlos.

Darla levantó la vista y me sonrió. Enseguida estiró su mano para que fuera a su encuentro.

Me senté detrás ella y apoyó su espalda en mi pecho, mientras la rodeaba con mis brazos.

—Cariño, ¿sabes que no les pasará nada si dejas de mirarlos un segundo?

—Estar con ustedes y mirarlos son los momentos más felices de mi vida.

—Lo sé, a mí me pasa igual. Pero puedes estar tranquilo porque Popy los vigila más que Almudena —dijo y rio. Ese sonido era el mejor del mundo.

—Gracias por esta familia, mi amor. Te amo —dije, y besé su mejilla.

Giró, dejó el libro sobre la manta y me sostuvo el rostro entre las manos.

La miré embobado.

—Yo también te amo.

Besó mis labios y luego se acercó a mi oreja.

—Hoy es viernes, señor Campbell… Los niños se van con los abuelos. ¿Qué tiene en mente para esta noche? —susurró con voz melosa.

—Se me ocurren varias cosas… y en todas estás desnuda.

—¿En serio? Qué casualidad, yo estaba pensando lo mismo en cuanto a ti —dijo, con una sonrisa pícara.

—Soy el tipo más afortunado del mundo.

—Estoy de acuerdo —respondió, y me besó.

Pero….

—¡Mamá, papá! ¡Pía no me quiere dar la pelota! —protestó Chris, mientras su hermana, con la pelota en la mano, corría a esconderse.
—Mi gozo en un pozo —murmuré, y Darla volvió a reír.
—Esta noche, señor Campbell… soy toda suya. Es una promesa.

Me estallaba el corazón de amor y deseo.

—Estoy de acuerdo, señora Campbell. Completamente de acuerdo.

FIN



Otras obras de D.D. Gianni:

Déjame amarte



SINOPSIS:

Dayanna Degreen es una joven de 25 años, bella, exitosa y millonaria, pero con una vida marcada por la tragedia familiar. Si bien disfruta de su trabajo, su vida es ordenada y solitaria. Vive en un lujoso hotel ubicado en la ciudad de Madrid del cual es propietaria. Se refugia en el trabajo para acallar su soledad, se conforma con su vida tranquila y piensa que no necesita nada más para ser feliz. Le huye al amor, la aterra volver a necesitar a alguien, a perder a esa persona que se convierta en importante en su vida. Ella piensa que, si no lo tiene, no lo pierde, pero lo que no sabe es que, del amor no se puede huir.

Kyle Adams es un actor de fama mundial, ídolo de todas las generaciones tras cosechar grandes éxitos en su carrera y tener gran carisma con la gente. Es atractivo y sexy a rabiar, pero a sus 31 años sigue sin querer ningún compromiso sentimental y vive la vida sin ataduras de ningún tipo. Las mujeres deliran por él, lo consideran un hombre irresistible, lo que hace que tenga una larga lista de conquistas amorosas.

Sus caminos se cruzan en un país distinto al que viven. Para ella, un país con recuerdos de su infancia. Para él, un país que no conocía, pero no olvidará jamás. Una noche que invita al romanticismo y una amiga que insiste en que Dayanna olvide su ordenado mundo y, por

una vez, solo disfrute y se deje llevar. Si él es el candidato imposible y ella la chica que no está preparada para dejarse amar, seguro que será solo sexo, ¿no?
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/1LFERBbleVxYsACmX7z1yP?si=eec10a7a930d411f
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Déjame sanar tu corazón



SINOPSIS:
Dafne Davidsson es una brillante y bella joven de 26 años, con una carrera profesional exitosa y con una idea clara sobre el amor: No existe. Por eso ha decidido disfrutar de la vida y no comprometerse con nadie. Su corazón está blindado y nadie tiene la llave para abrirlo. Es la CEO de una cadena hotelera y su vida transcurre entre el trabajo, sus amigas y relaciones esporádicas.
Alvar Hills es contratado como gerente general por la empresa en la que trabaja Dafne. Es un hombre atractivo y sexy, que inmediatamente se integra a la empresa y congenia bien con todos, aunque Dafne lo trate de evitar a toda costa porque le hace sentir emociones que nunca había experimentado.
Unas miradas intensas, un viaje de negocios que los hace compartir más tiempo del que tenían planeado, atracción y pasión arrolladoras imposibles de negar, y todo lo planeado se

olvida en una noche que los cambiará para siempre.
Pero ¿serán esos sentimientos tan poderosos que logren que Dafne baje sus barreras? Y Alvar ¿podrá confiar en Dafne luego de que los celos de otro hombre la obliguen a mentirle para evitar que su hermano se vea perjudicado?
Descúbrelo en esta apasionante historia de amor, pasión y sanación.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/6CBJDKE9h74NVaftycvFV9?si=b38517408e374e01
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Mi ángel



SINOPSIS:

Darcy Davis desde que tiene uso de razón, estuvo enamorada de **Helio Clay,** el mejor amigo de su hermano. Siempre lo admiró desde lejos y tuvo que ver la larga fila de conquistas amorosas que desfilaban por su vida. Ella está convencida de que, aunque ya sea una hermosa mujer, Helio la sigue mirando como a la hermana pequeña de su mejor amigo. Lo que ella no sabe es que, para Helio ella es inalcanzable, y que ella fue quien le cambió la vida y lo salvó. Ella fue su ángel. Descubre esta historia de amor apasionada y amistad verdadera, en la que te emocionarás, reirás y te enamorarás de todos sus

personajes. ¡No te la pierdas! Cerrarás el libro con una sonrisa y también te garantizo alguna lágrima de emoción.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/1LRBQHbbRZpBL3jJLJAfZT?si=2329985174fb4b3e

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Hasta que llegaste tú

SINOPSIS:



Delfina Darner es una joven de 25 años, bella y con una carrera profesional exitosa. Si bien nunca se ha enamorado y disfruta de su soltería junto a sus amigos, no está cerrada al amor. Está convencida de que se enamorará cuando el destino lo decida.

Hermes Darwich a sus 38 años es un hombre poderoso y sumamente atractivo, pero que ha sido traicionado y ha dejado que esa experiencia marcara su vida convirtiéndose en un hombre amargado, desconfiado y negándose a amar, negándose a abrir su corazón y negándose a ser feliz. Juzga y mide a todas las mujeres con la misma vara que mide a la mujer que lo traicionó engañándolo con su mejor amigo.

Ellos se conocen por accidente cuando Delfina vuelca una bebida en su camisa y reconocen en esa mirada a la persona que, sin saberlo, estaban buscando. A partir de allí, sus caminos se comienzan a entrelazar. La atracción entre ellos es inmediata y ninguno podrá luchar

contra la pasión que corre por sus cuerpos cuando están cerca del otro. Sin darse cuenta, Hermes irá abandonando todas sus reglas y verá como Delfina pondrá sus propósitos y su vida de cabeza, llevando luz a su oscuro corazón. Delfina se rendirá ante la pasión y el amor que siente por ese complicado y sexy hombre y aceptará sus reglas, hasta que su desconfianza la hiera profundamente.

Pero cuando todo parece encaminarse, una persona llegará a sus vidas para poner su relación a prueba.

¿El amor que sienten pasará esta prueba de fuego? Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión y enseñanzas de vida.

Personajes entrañables que los acompañarán en esta aventura y que te harán emocionar y reír.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/4Vsn5QrxqWsPHSaKnmg9cr?si=00176b9501d048a2

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Más fuertes que el destino

SINOPSIS:



¿Puede el amor desafiar al destino? Averígualo en esta romántica y apasionada historia de amor.

Cuando una noche en el bar de su hotel, la joven, bella e inexperta en el amor, **Dalina Dukart** conoce al poderoso, atractivo, autoritario e independiente **Henry Woollardy**, no se imagina que la historia de ellos acaba de comenzar y que ese hombre pondrá su mundo al revés, tanto como ella lo hará cambiar todas sus creencias sobre el amor. La atracción entre ellos será inmediata y ninguno podrá luchar contra la pasión que se desata en sus cuerpos cuando están cerca del otro.

Aunque se resistan, el destino, porfiado e implacable, se empeñará en cruzar sus caminos y los embarcará en un romance excitante, sensual, pero repleto de inseguridades y desconfianza. En ese camino y, como si de un juego de montaña rusa se tratara, su relación subirá y bajará emocionalmente y deberán enfrentarse a la traición de una persona cercana y a la desconfianza que los rodea, pero donde su pasión nunca decaerá.

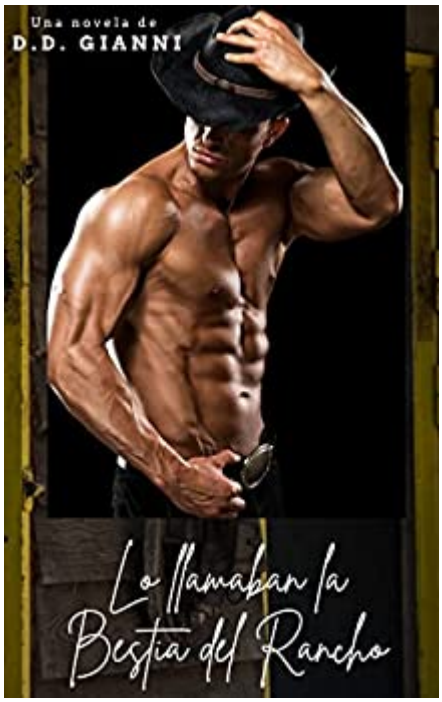
¿Podrán ser más fuertes que el destino?

Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión y enseñanzas de vida, con personajes entrañables que los acompañarán en esta aventura y que te harán emocionar y reír, embarcándose, tanto ellos como los personajes principales en sucesos hilarantes.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/3xTp2lp5x3nykIr1SjEy2R?si=b3bee82c5782493b

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Lo llamaban La Bestia del Rancho



SINOPSIS:

Dallas Delmont es una hermosa joven de 25 años que ha dedicado su tiempo al estudio y acaba de recibirse de doctora. Su vida es demasiado tranquila, así que, su amiga Kate, que se acaba de recibir con ella, le propone pasar las vacaciones en su rancho para descansar y salir de juerga con sus amigos antes de comenzar a trabajar en la clínica médica. Lo que Dallas ignora es que el hermano de Kate, que vive en el rancho, pondrá su mundo patas arriba y lo que prometían ser unas divertidas y tranquilas vacaciones con su amiga, se convierten en un viaje que transformará completamente su vida.

Johan Scott a sus 36 años es un hombre amargado, taciturno y con un carácter tan endemoniado que se ha ganado el mote de La Bestia del Rancho. La gente le teme y lo compadece por igual. Su vida cambió unos años atrás cuando en un accidente de tránsito perdió a su mejor amigo y el quedó lisiado de una pierna de por vida. La culpa y los remordimientos lo transformaron en el ser huraño y amargado del presente, un hombre que cree que no merece ser feliz y vive encerrado en sus demonios negándose a ser amado.

Ellos se conocen en el rancho y la atracción es inmediata. Dallas reconoce que al malhumorado, altanero y grosero hermano de su amiga todos lo podrán apodar La Bestia del Rancho, pero tiene el rostro de un ángel y el cuerpo de un sexy guerrero y que, por

más que se lo niegue, le aborrece y le atrae a partes iguales. Por su parte, Johan se siente confundido y aterrorizado porque cada vez que se cruza con la hermosa Dallas, siente que, después de muchos años, alguien lo mira y no ve a una Bestia, sino que ve a Johan, al hombre deprimido, solitario y con un atormentado corazón, pero también siente que él no merece que nadie lo vea de esa forma porque él no merece ser feliz. Además, está convencido que una mujer tan bella como Dallas jamás se fijaría en un hombre lisiado física y emocionalmente.
Pero nada se puede hacer cuando el amor y la pasión te golpean con fuerza. Ninguno podrá luchar contra la pasión arrolladora que les despierta el otro, mientras otro sentimiento más poderoso crece en su corazón.
¿Su amor podrá superar todas las barreras autoimpuestas y las que la propia vida les presente? Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión, romance, momentos divertidos y enseñanzas de vida.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

https://open.spotify.com/playlist/5mIndWgxh8b26VZCFOGFxP?si=dc6583bf1bc9475a
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Mi destino eres tú



SINOPSIS:

Después de muchos años, **Denise De la Corte**, una hermosa joven de 26 años, vuelve a su país de nacimiento, Uruguay, con el único objetivo de concurrir al velatorio de su padre, Feliciano De la Corte, quien la separó de su vida cuando era una niña, enviándola a un internado en España y condenándola al sufrimiento y la soledad. Su madre había fallecido en el parto y él, un importante hombre de negocios prefirió dedicar todo su tiempo a su empresa olvidándose de su hija. Pero lo que Denise pensó que sería una despedida para dejar atrás los rencores, aliviar el dolor y otorgar el perdón, se transforma en un viaje que cambiará su vida para siempre. Para poder cumplir una promesa se ve obligada a acatar las exigencias establecidas por Feliciano De la Corte, que incluyen trabajar codo a codo en su empresa junto a su joven socio. Esto, y las cartas que le deja en las que le abre su corazón y le confiesa detalles de su vida y de la de otros personajes de la historia, la llevan a un destino muy distinto al que había imaginado para ella.

Aitor Sarrasqueta, es el socio minoritario de la empresa De la Corte Corp, y tampoco ha tenido una vida fácil. Hasta el momento del fallecimiento de su socio no conoce a Denise, pero está convencido de que su hija no es más que una mocosa superficial y malcriada que lo único que quiere es el dinero de Feliciano, por eso no duda en que la chica le entregará el control total de la empresa vendiéndole sus acciones. Con eso él podrá cumplir su sueño, y de paso se podrá deshacer de ella para no volver a verla nunca más.

Antes de conocerlo, Denise está convencida de que el socio de la empresa debe ser un señor de la edad de su padre, que al igual que este, su único objetivo en la vida debe ser

aumentar su poder y riqueza. Hombres que ella odia y que quiere tener muy lejos de su vida. Por su parte, Aitor cree que Denise es una chica superficial que solo aspira a satisfacer sus caprichos, sin importarle el trabajo ni el esfuerzo que requiera ganar el dinero que ella solicita. Mujeres que el aborrece y en las que jamás se fijaría.

Nada los prepara para la sorpresa que se llevan al conocerse, dejándolos totalmente desconcertados y sintiendo una atracción y un deseo por el otro que les es difícil de manejar.

Pero cuando se rinden a esas emociones, la vida no les da tregua, volviéndolos a sorprender con hechos que pueden alterar su vida para siempre. Las cartas de Feliciano De la Corte les revelan información tan crucial que los puede unir o separarlos para siempre. Sin saberlo, sus caminos estaban entrelazados desde el nacimiento mismo, pero esos caminos ¿los llevarán al mismo destino? ¿Estarán destinados a estar juntos?

Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión, romance, momentos divertidos y enseñanzas de vida.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/5wPwKNXiCgOAl8X1zFynqY?si=f6cb73242b1a412f

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Y de repente tú



SINOPSIS:

Historia de amor narrada desde el punto de vista de ambos protagonistas. Si bien la historia comienza siendo narrada por la protagonista femenina, a partir de que la pareja se conoce, la historia es contada por ambos.

Dakota Durban está lista para comenzar sus vacaciones en Alicante, España. Allí pasará unas semanas con su gran amiga Nicole, quien le aseguró que la va a hacer olvidar de su perfecto mundo, de todas sus responsabilidades y sus prejuicios, y la obligará a divertirse como nunca lo ha hecho. Dakota es una hermosa chica de 27 años con una cargada agenda de trabajo, y su forma de ser es recatada, seria y educada, prefiriendo la vida tranquila a las agitadas noches de Alicante que le describe su amiga, pero en sus vacaciones está dispuesta a seguirle la corriente y disfrutar, aunque sea en esas semanas libres.

Almar Suescún es uno de los propietarios del bar «Naked Heart», un lugar en el que aprovecha su irresistible atractivo y sensualidad para estar todas las noches con una mujer

distinta, o con varias.
Él es el tipo de hombre atrevido, descarado y sensual, del cual una chica como Dakota prefiere mantenerse alejada a toda costa. Ella es la chica hermosa y sumamente sexy que Almar jamás permitiría que saliera del «Naked Heart» sin lograr lo que él siempre busca en una mujer, solo placer.
Y de repente se conocen y cada uno rompe los esquemas del otro y el control de sus vidas. Se atraen tanto que solo vislumbran problemas. Y los problemas surgen porque la atracción es poderosa y la seducción inevitable.
Pero… no solo son completamente distintos y quieren cosas distintas, también viven en continentes distintos.
Pero… el destino siempre hace de las suyas.
Conoce esta hermosa historia de amor repleta de pasión, romance y momentos divertidos con personajes entrañables.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:
https://open.spotify.com/playlist/73O9VO4e6wzsNzJjjFC3Ml?si=030135417e174631
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Doctora de mi corazón



SINOPSIS:

Devon Dulcet es una joven pediatra que ve como su vida se desmorona cuando le determinan incapacidad para lograr un embarazo y, ante el diagnostico irrevocable, su esposo la abandona sin miramientos, culpándola de arruinar su vida al privarlo de tener hijos. Al sentirse sola a todos los niveles y embargada por un profundo dolor, busca refugio en su amada profesión y en sus amigos, logrando con el tiempo salir adelante. Pero Devon tiene claro que no va a volver a pasar por ese dolor y, para eso, también se hace una promesa, cerrar su corazón al amor y a cualquier emoción parecida porque, ¿quién amaría a una persona que no puede formar una familia con hijos? Ella cree que no merece ser amada, pero se equivoca. Nada la prepara para la sacudida que se produce en su vida cuando se cruza con una pequeña paciente ávida de atención, y con su autoritario, pero atractivo padre.

William Cavaller es viudo, abogado e importante empresario, pero, sobre todo, padre amoroso de Aurora, una niña de 3 años. Su primer matrimonio fue una farsa y juró que nunca más pasaría por ese calvario. Además, ahora que su hija es parte de su vida, no permitirá, por nada del mundo, que una mujer juegue con los sentimientos de la pequeña. Pero ¿qué sucedería si un hermoso ángel se cruza en su vida para cambiar el rumbo que él había marcado?

Sí; sus vidas se cruzan y, aunque ambos hacen todo lo posible para evitarse, es difícil escapar de la pasión y el deseo irrefrenable que se despierta en ellos cuando se enfrentan y, aunque sus planes sean huir de esas nuevas y desconcertantes emociones, parece que el destino tiene otros planes distintos, y la pequeña Aurora también.

Pero cuando ambos se dejan llevar por esa emoción nueva que crece a pasos agigantados y los deja totalmente vulnerables, el pasado regresa con intenciones de estropearlo todo.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

https://open.spotify.com/playlist/6QBgdK08VmfO7fEbPt9ElW?si=168337f36db84010

Siempre fuiste tú



SINOPSIS

Fascinación, eso era lo que sentía **Dareen Dayet** por **Alex Kastillén**, el atractivo y sexy hermano mayor de los mellizos Amanda y Elir, sus mejores amigos y, también, el mejor amigo de su hermano. Dareen siempre lo había observado con anhelo, pero sabiendo que él la miraba, pero no la veía, o eso creía ella. A sus 24 años aún no había conocido el amor, salvo el amor platónico que sentía por Alex. Pero una noche y gracias al club secreto «Los Elegidos», puede ocultarse tras una máscara y dejar a Dareen para convertirse en Lady Red, una mujer sensual y atrevida que, no solo despierta la curiosidad de Alex, o Lord Dark, como es llamado en ese club, sino también una pasión arrolladora y un deseo irrefrenable como nunca él había sentido. En la piel de Lady Red, ella ve la posibilidad de cumplir su sueño de besarlo y estar con él, y Alex ve la misma posibilidad en una mujer que le

recuerda mucho a la que ha deseado desde siempre en secreto, pero que nunca podrá ser suya.

El problema surge cuando después de esa noche maravillosa, apasionada e inolvidable, cada vez que se ven, sus cuerpos parecen reconocerse y la atracción flota entre ellos y les es imposible dominarla, sobre todo cuando se ven forzados a compartir tiempo en un crucero con sus hermanos para festejar el cumpleaños de los mellizos.

Alex sabía que lo que Dareen le hacía sentir debía enterrarlo en el fondo de su corazón, pero cada vez le resultaba más difícil de reprimir; y Dareen tenía claro que los daños colaterales de ese encuentro íntimo y clandestino serían difíciles de superar, pero no pudo evitarlo.

Y cuando ese sentimiento silencioso y agazapado en sus corazones ya no puede ser ocultado, la vida no les dará tregua, les pondrá obstáculos y les deparará sorpresas que los obligarán a reprimirlo. Pero… el amor es más fuerte y siempre triunfa ¿verdad?

Descúbrelo en esta hermosa historia de profundo amor, colmada de pasión arrolladora, romance y momentos divertidos con personajes entrañables.

La música siempre es una compañera de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

https://open.spotify.com/playlist/3wPBYzbkvEOTlQV2cU4KpB?si=1ac6017bcdd34da6

Una reina para King



SINOPSIS:

Carter King, un hombre tan atractivo como egocéntrico y soberbio, ve como el testamento de su padre pone su vida patas arriba al enfrentarlo a la difícil decisión de casarse o perder la empresa familiar. Con todo a su disposición, el pasar por el altar no estaba en sus planes, y la única solución que se le ocurre es hacer un «trato» con alguien y seguir con su vida de soltero con «discreción», eso sí, para hacerlo necesitaría a una mujer que no lo complicara en lo relacionado a temas de enamoramiento, celos, reproches y toda esa «mierda del amor». Ni se le ocurriría planteárselo a alguna de las mujeres con las que salía porque correría el riesgo de que terminaran reclamándole lo que él no estaba dispuesto a dar.

A no ser que la arpía de…

Della Davenport conoce a los King desde que era pequeña, son parte de su familia, salvo el hijo mayor, Carter, con el que nunca se entendió y al que considera el imbécil más pedante y creído que había conocido en su vida. Adora a sus hermanos y a su madre, incluso había querido mucho al señor Lucas King y su muerte le había causado un profundo dolor, pero a Carter no había manera de que pudiera tolerarlo y prefería tenerlo lejos de ella.

Una propuesta inesperada les cambiará la vida y, lo que parecía que sólo los afectaría en… casi nada, termina cambiando su vida por completo.

Acompaña a Della y Carter en esta aventura romántica, apasionada y divertida, donde disfrutarás de una gran historia de amor y en la que, como siempre, no faltará el drama y los personajes despiadados.

Conócelos y descubrirás que, ni él es tan pedante ni ella tan indiferente.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:
https://open.spotify.com/playlist/2uGrGM5vxPBl2ePOQ9GKBZ?si=02fc107b69434a00

Corazón de Fuego



SINOPSIS:
Dixie Daudet es considerada una princesa… pero de hielo. Bella, implacable en los negocios, distante y experta demostrando indiferencia. Pocos saben que eso es solo una fachada, una forma de no mostrar sus sentimientos y vulnerabilidades, y muchos menos conocen la presión a la que se ve sometida en su vida y la soledad que la rodea. Su padre, empresario reconocido, millonario y padre manipulador, dedicó su vida a su empresa, mientras Dixie lidiaba con el desprecio y el maltrato de su madrastra y la hija de esta. Su padre solo le exigió y le enseñó a manejar la empresa con carácter y temple, convirtiéndola en una persona inflexible, y ella, por conseguir algo de su atención, lo obedeció en todo y se guio por sus preceptos, incluso en las relaciones románticas, porque solo salía con ejecutivos, hombres de traje y corbata, respetuosos y educados. Hombres pulidos y correctos que la gran mayoría de las veces la hacían esconder un bostezo.
«Harley» Chevalier es todo lo contrario a Dixie y huye del mundo en el que ella se mueve. Vive a su modo sin importarle lo que piensen de él ni lo que se espera que haga. Es increíblemente atractivo y sexy, y las mujeres mueren por su atención.
Dixie se mueve en coches de lujo y viste ropa de diseñador.
Harley conduce una moto y jamás usaría traje y corbata.

Y aunque se mueven en mundos distintos, el destino los enfrenta, o mejor dicho los sienta juntos, y sus mundos comienzan a girar diferente a como lo hacían hasta ese momento. Ninguno de los dos está acostumbrado a tratar con personas tan diferentes a ellos, y aun así, no pueden ignorar lo que el otro les provoca.

Dixie y Harley, dos corazones solitarios que, por esas cosas del destino, se encontraron y se atrevieron a arder juntos rompiendo todo convencionalismo.

Pero el mundo que los rodea nos les pondrá las cosas fáciles. Se verán rodeados de mentiras y traidores que harán cualquier argucia por separarlos. ¿Lo lograrán? Averígualo acompañándolos en esta aventura romántica y apasionada, aderezada con una buena dosis de humor. Te garantizo que disfrutarás de una preciosa, ardiente y emocionante historia de amor.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en la siguiente playlist:

https://open.spotify.com/playlist/2aB248bsHExNSNXXBmf9YB?si=9f8f0e25469f4283

Contrato de Amor



SINOPSIS:

Después de residir varios años en España, país al que había viajado para realizar una especialización de su carrera profesional, **Diana Devereux** volvió a su país natal decidida a encontrar un buen empleo y disfrutar con sus amigos todos esos encuentros que tanto había añorado. A sus 26 años y con un currículo brillante, esperaba sacarles provecho a tantos años de estudio y encontrar el trabajo de sus sueños. Con lo que no contaba era con que el hermano mayor de sus mejores amigas la quisiera reclutar para su empresa y saboteara sus entrevistas para que no tuviera oportunidad de rechazarle.

La vida había hecho que **Alistair Kenna** fuera un hombre exitoso, serio, excesivamente responsable y desconfiado como el demonio. A muy temprana edad se había hecho cargo de sus tres hermanos, pero eso no había evitado que se consolidara como un empresario prestigioso y reconocido. A esa altura de su vida, su empresa era lo más importante y tenía muy claro que jamás se involucraría con una mujer que trabajara para él, como tampoco se involucraría sentimentalmente con una, y en ese último caso sin importar donde trabajara. En su vida no entraba el romance ni los compromisos que no fueran laborales. Acostumbraba a liberar las tensiones del trabajo saliendo con «amigas» que eran sólo el rollo de una noche.

Pero…

Años antes, cuando había visto a Diana, la amiga de sus hermanos, se había sentido tan desconcertado y maravillado que había decidido evitarla a como diera lugar, hacer como

si no existiera o ignorar su presencia.

Pero

Años después, la vida o el destino, más porfiados que él, volvieron a ponerla en su camino y, esa vez, vistiendo solo… ropa interior. Fue entonces cuando ni aunque cerrase los ojos o huyera voluntariamente despavorido, podía sacarse aquella imagen y ese recuerdo de su cabeza. Así que… en contra de sus reglas, hizo todo lo posible por tenerla cerca.

Y firmaron un primer contrato: de trabajo.

Pero…

Sin poder evitarlo y sin voluntad para resistirse, el trato se terminó ampliando e incluyó… sexo. Las reglas eran sexo sin ataduras, sin compromiso.

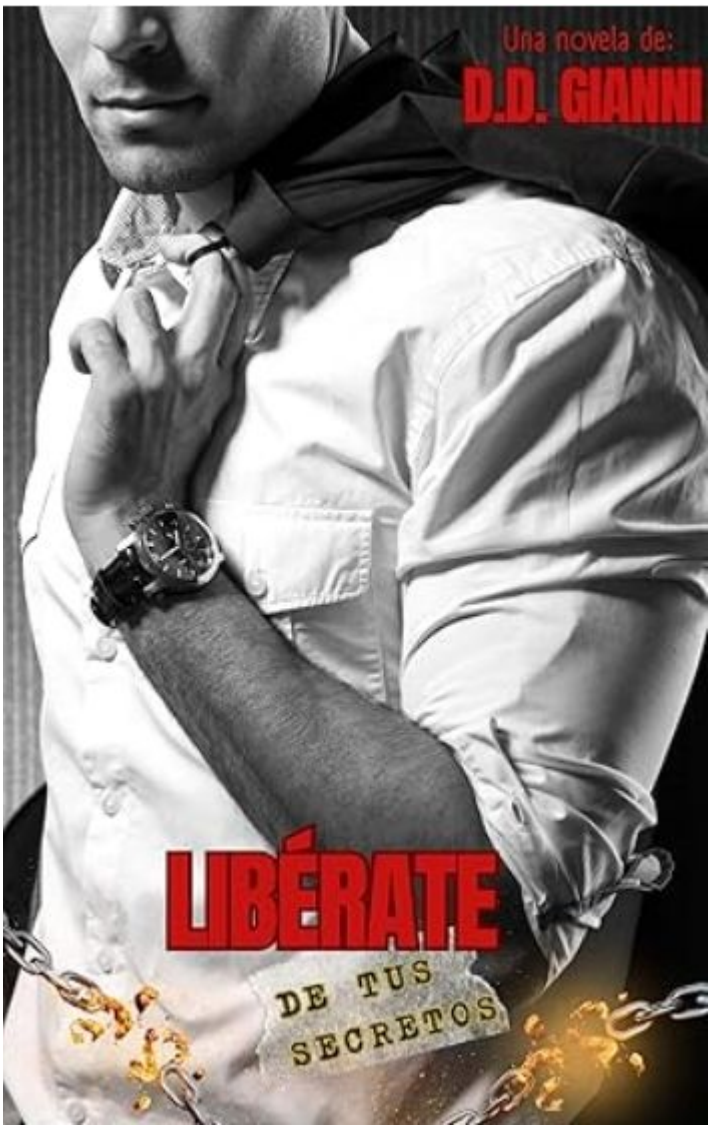
Pero…

Las reglas están para romperse y las de ese segundo trato comenzaron a desvanecerse hasta que las rompieron como profesionales, convirtiendo ese trato en algo muy distinto.

Acompáñalos en esta aventura apasionada y romántica, y disfrutarás de una preciosa historia de amor y amistad. No faltará el drama y los personajes inescrupulosos que harán cualquier cosa por separarlos.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en la siguiente playlist:
https://open.spotify.com/playlist/6QGsmRFFEDl5UzsqyUuD3n?si=8db51b2656334438

Libérate de tus Secretos



Sinopsis:

Ella no tenía intención de forjar lazos sólidos con nadie. Su trágico pasado la había hecho tomar esa determinación, así como estudiar medicina para ser cirujana y poder salvar vidas, ser capaz de salvar la vida del ser querido de alguien.

Se conocieron una noche que Clemente había bebido de más para poder huir de su realidad y Damaris, convencida de que quería experimentar con su sexualidad, había decidido volverse un poco impulsiva.

Y pasó… lo que tenía que pasar.

Pero…, él lo olvidó o, mejor dicho, creyó que había sido un sueño, uno que lo ayudó a seguir adelante.

Ella guardó el secreto.

Siete años más tarde el destino volvió a cruzar sus caminos.

Para Clemente fue como un *déjà vu* que lo confundía, desconcertaba e impedía que se alejara de esa mujer que le recordaba a… la ninfa de su sueño.

Para Damaris también fue desconcertante porque no solo sintió el nerviosismo de alguien que oculta algo, sintió algo más, algo que la consumía como el recuerdo de aquella noche que, muy a su pesar, nunca había olvidado.

Sus vidas no eran sencillas y ambos guardaban grandes secretos.

¿Se podrán liberar de ellos y apostar por el amor?

Averígualo en esta preciosa, romántica y apasionada historia de amor y amistad.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando ese momento musical. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en la siguiente playlist:

https://open.spotify.com/playlist/6N2F6wwaqMzidSweMKKOWH?si=VSjro4nGTH-dTsfWY1dLjA

El Camino hacia Ti



Sinopsis:

Después de un matrimonio desastroso, **Dillon Daurelli** deseaba un nuevo comienzo en su vida. Ansiaba dejar el pasado atrás, ese pasado en el que solo recordaba la humillación, infelicidad y decepción. Por esa razón, aceptar el trabajo como veterinaria del «Rancho El Camino», un rancho ganadero de un pueblo alejado de la ciudad en la que vivía, se le presentaba como la mejor oportunidad para reescribir su historia. Algo en ella le decía que ese lugar le brindaría la paz y la libertad que tanto anhelaba, y la ayudaría a sanar.

Pero Dillon no contaba con que el destino le tenía preparado algo más. Porque quizás el rancho no solo era un refugio, sino también el lugar donde su verdadera historia comenzaría a escribirse.

Y, sobre todo, no contaba con… **Tobías Lexington**.

Ante la jubilación de su antiguo veterinario, Tobías había contratado para el rancho a un joven veterinario cuyo currículo lo había sorprendido para bien, no solo por su extensa formación académica, sino también por su especialización en asistencia a equinos, cosa que

demostraba su pasión y compromiso con los caballos. El joven Dillon Daurelli era lo que el rancho necesitaba.

Pero… la sorpresa fue grande cuando el día que se presentó en su rancho, constató que Dillon Daurelli ¡era una mujer! Y, encima…, hermosa y sensual como el infierno. Así que… no dudó en despedirla. Él no quería a una mujer en su rancho, y menos a una que lo alteraba tanto.

Pero Tobías no contaba con que, sus abuelos casamenteros y una yegua que decidió parir ese día, tiraran abajo su decisión. Tal parecía que Dillon era lo que realmente necesitaba y… no solo como profesional.

Él también arrastraba una historia que lo había convertido en un hombre desconfiado y… un tanto gruñón. Había pasado gran parte de su vida manteniendo a las mujeres a distancia. El campo le había enseñado a ser independiente, a confiar solo en sí mismo, en sus abuelos, en su hermano y en su trabajo. Nada más.

Pero la cercanía de Dillon le hacía cuestionarse sus propios límites, esa muralla invisible que había levantado alrededor de su corazón durante años y que, comenzaba a desquebrajarse. Parecía que Dillon había llegado para romper todos sus esquemas y hacerlo perder el equilibrio que tanto cuidaba.

Entre ellos saltaban chispas y ardía un fuego abrazador que se hacía más intenso con cada segundo. Era como si la atracción fuera una fuerza inevitable que los iba a hacer colisionar sin remedio.

Y colisionaron.

Acompáñalos en esta aventura emotiva, apasionada y romántica, y disfrutarás de una preciosa historia de amor. No faltarán los personajes entrañables que acompañarán a la pareja e «incentivarán» el romance, así como crueles e inescrupulosos que harán cualquier cosa por separarlos.

Sobre la autora:



D.D. Gianni es el seudónimo que uso para escribir. Mi nombre es Daniela. Soy contadora y vivo en Montevideo, Uruguay.

Leer es uno de mis pasatiempos favoritos y, a partir de allí, fue que desarrollé la pasión por escribir. Realicé el curso «Escritura de una Novela paso a paso» dictado por la escritora novelista Cristina López Barrio (dejo el certificado en mi perfil: https://www.amazon.com/author/ddgianni)

¿Por qué deberían leer mis historias? Creo que todos los escritoras/es hemos sido, en mayor o menor medida, unos apasionados lectores y nos hemos sumergidos en muchísimas historias. Leer es adentrarse en otro mundo, y que ustedes se sumerjan en el mundo que he creado y que pueda trasmitirles todas las emociones que siento cuando escribo la historia, es maravilloso y significa todo para mí. Que se emocionen, entristezcan un poquito (nunca mucho), rían y hasta se enfurezcan, es todo un logro y mi mayor recompensa. Mis historias son todas románticas, con muchos momentos apasionados, con un poquito de drama, risas y, en ocasiones, también alguna lágrima. Además del amor romántico, también te vas a encontrar con fuertes lazos de amistad, ese lazo peculiar que tanto necesitamos para ayudarnos a sobrellevar los malos momentos y sacarnos sonrisas cuando creemos que ya no vamos a poder reír. Mis personajes son ficticios, pero te aseguro que representan a cualquier ser humano con sus virtudes y defectos. Te adentrarás en un mundo que te hará sentir todo eso, un mundo que te hará volar la imaginación y experimentar sensaciones tan maravillosas como el amor, la pasión arrolladora, la amistad verdadera e incluso la esperanza. Desde el fondo de mi corazón, gracias por ser parte de este viaje literario, gracias por leer mis historias. No duden en ponerse en contacto conmigo, siempre es un verdadero placer saber de mis lectores. Con todo mi cariño, ❤️

D.D. Gianni

Espero disfruten mis historias.

Sígueme en redes sociales para enterarte de mis próximos libros y de todas mis promociones. Y no dudes en ponerte en contacto conmigo para cualquier consulta, siempre es un verdadero placer saber de mis lectores.

 : @ddgianni_books

: https://www.amazon.com/author/ddgianni

- : ddgiannibooks@gmail.com

---

[1] La maniobra de Heimlich es un procedimiento de emergencia que se puede realizar en niños mayores de un año para liberar una obstrucción en las vías respiratorias.

[2] Un médico residente es un graduado en medicina que, durante un periodo de 3 a 5 años dependiendo de la especialidad elegida, trabaja bajo supervisión en diferentes departamentos hospitalarios, adquiriendo experiencia práctica y participando en rondas médicas para evaluar y ajustar tratamientos de pacientes. Es una modalidad de estudio-trabajo que se desarrolla en escenarios reales de la práctica médica. Es supervisada por personal superior docente y asistencial. Es remunerada.

[3] Sonido agudo y silbante que puede producirse al respirar cuando las vías respiratorias de los pulmones se estrechan o bloquean.

[4] «Persona tercera rueda» es una persona que se siente innecesaria o excluida de un grupo, especialmente cuando se encuentra con una pareja que parece preferir estar a solas.